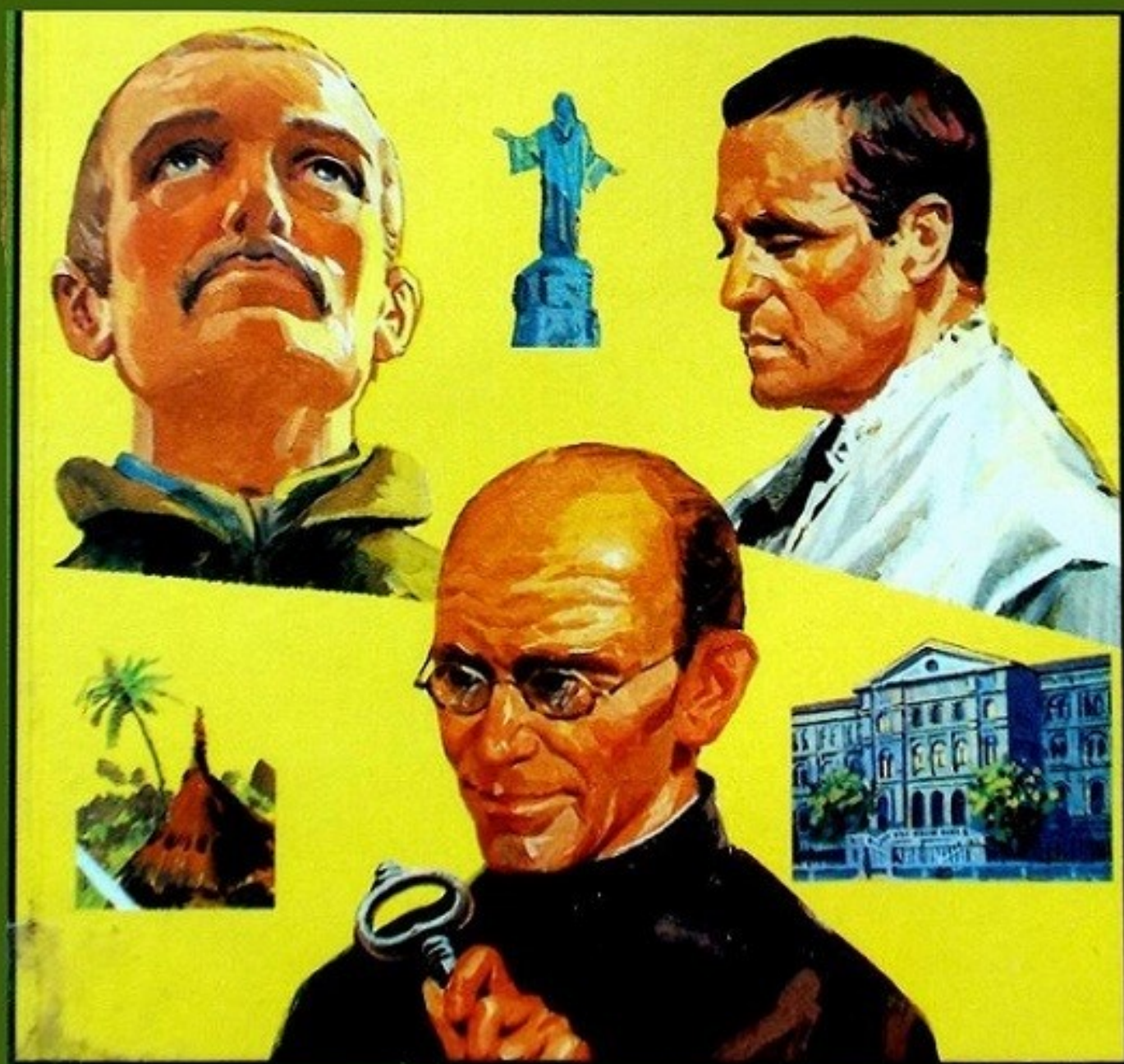


J. A. de Sobrino, S.I.

TRES QUE DIJERON SI

P. San Vitores, P. Rubio, Hno. Gárate



(Contraportada)

José A. de Sobrino, S.I., nació en Cádiz. Doctor en Filología y licenciado en Filosofía y Teología. Profesor emérito de la Universidad Católica de Washington y director del Intercambio Cultural en la Embajada de España. Autor de *Así fue Jesús, El venerable Spínola. Introducción crítica a los Estados Unidos, La mejor película, la familia; Setenta veces sí, Ojos nuevos,*

María y nosotros, Buscando su vida y otras novelas juveniles. Su imagen y su voz son muy conocidas en España a través de sus programas de televisión y radio.

Tres que dijeron SI. Y a los que la Iglesia corresponde con un festivo SI, proclamándolos bienaventurados que gozan de Dios en el cielo y nos protegen en la tierra. Sus vidas fueron, a la vez, coincidentes y diversas. Coincidieron en el origen: los tres eran españoles. Coincidieron en el camino: los tres fueron jesuitas. Coinciden en el fin: los tres son glorificados en el mismo día. Y difieren en tantas cosas humanas que nos distinguen a los hombres.

San Vitores vivió en el siglo XVII —un siglo casi de Oro—; tenía alma de misionero y de mártir, y se fue a «conquistar» para Cristo los remotos confines del Imperio español: las islas Marianas.

José María Rubio y Francisco Gárate son casi contemporáneos, y la mitad de sus vidas pertenecen a este siglo. Uno fue sacerdote y el otro hermano coadjutor. El sacerdote ejerció su ministerio en Madrid, repartiendo la Palabra de Dios y el perdón, en la predicación y el confesonario. Y multiplicando su caridad con

los cuerpos y las almas en el centro de la ciudad y en los suburbios. Gárate nació en Loyola y fue un hombre del pueblo. Callado y casi inmóvil: cuarenta años en la portería de la Universidad de Deusto, en Bilbao. Santificándose día tras día en el «monótono y terrible cotidiano», como lo llamó un Papa.

San Vitores vivió en *allegro vivace*. Rubio y Gárate, en el *andante* de su trabajo sacerdotal y laboral. Tres nuevos españoles en el cielo. Sin duda que han encontrado su puesto entre las estrellas del Camino de Santiago.

TRES QUE DIJERON SÍ

P. San Vitores, P. Rubio, Hno. Gárate

POR
JOSÉ ANTONIO DE SOBRINO, S. I.

Madrid
1985

Con licencia del Arzobispado de Sevilla (12-VIII- 1985)

ÍNDICE

Prólogo.....	6
BEATO DIEGO LUIS DE SAN VITORES.....	10
CAPÍTULO I.....	12
Infancia y vocación religiosa.....	12
CAPÍTULO II.....	20
Del noviciado al altar.....	20
CAPÍTULO III.....	25
Siete años de esperanza.....	25
CAPÍTULO IV.....	30
De Cádiz a Filipinas pasando por Nueva España.....	30
CAPÍTULO V.....	33
Una esperanza inmediata: Filipinas.....	33
CAPÍTULO VI.....	43
Panorama y misterio de las Marianas.....	43
CAPÍTULO VII.....	50
Luces y sombras del nuevo apostolado.....	50
CAPÍTULO VIII.....	57
Al final, el martirio.....	57
CAPÍTULO IX.....	64
Proceso de canonización.....	64
BEATO JOSÉ MARÍA RUBIO Y PERALTA.....	72
CAPÍTULO I.....	76
¿Una resurrección “oficial”?.....	76
CAPÍTULO II.....	84
Todo comenzó en Dalías.....	84
CAPÍTULO III.....	91
Preparación y primeros años de sacerdocio.....	91
CAPÍTULO IV.....	102
De la «afición» a la realidad.....	102

CAPÍTULO V.....	109
Madrid, misión abierta.....	109
CAPÍTULO VI.....	117
Sus dos «armas»: la predicación y el confesionario.....	117
CAPÍTULO VII.....	127
Últimos días y muerte.....	127
CAPÍTULO VIII.....	136
Fama de santidad: leyenda y realidad.....	136
CAPÍTULO IX.....	145
Un modelo para el Vaticano II.....	145
BEATO FRANCISCO GARATE.....	153
CAPÍTULO I.....	156
Un paraíso escondido: el caserío de Errekarte.....	156
CAPÍTULO II.....	164
De Poyanne a La Guardia.....	164
CAPÍTULO III.....	170
Entrada en la universidad.....	170
CAPÍTULO IV.....	174
El santo portero de Deusto: unión con Dios.....	174
CAPÍTULO V.....	182
El santo portero de Deusto: la caridad del «hermano finuras».....	182
CAPÍTULO VI.....	190
El santo portero de Deusto: la mayor «abnegación... posible».....	190
CAPÍTULO VII.....	195
Enfermedad y muerte del hermano Gárate.....	195
CAPÍTULO VIII.....	199
Fama de santidad y milagros.....	199
CAPÍTULO IX.....	207
El «negativo» del hermano Gárate.....	207
CAPÍTULO X.....	217
La segunda barca y la soledad sonora.....	217

PRÓLOGO

Por mi ventana oval de un antiguo palacio romano entra el sol y el aire de otoño. Y con el aire y el sol, la cúpula de San Pedro del Vaticano y un tañido de campanas. Parece que en esta mañana del 6 de octubre una ronda de ángeles hubiera bajado a la tierra a repicarlas. No sólo las de San Pedro, sino también otras de lejanas tierras, y particularmente en tres: trío de campanas.

El primer repique de gloria suena por todo lo alto, y está colocado en las agujas góticas de la catedral de Burgos, a la que se une la vecina parroquia de San Gil, porque allí nació y en la parroquia se bautizó, el año 1627, Diego de San Vito res, mártir de la Iglesia y colonizador del archipiélago de las Marianas.

Las campanas del segundo repique están colocadas en la torre de la parroquia de Santa María de Ambrós, la única que existe en el pueblecito de Dalias, situado en la provincia de Almería, en el extremo oriental de la región andaluza y a pocos kilómetros del mar. El campanario se alegra porque allí se bautizó el niño José María Rubio Peralta que hoy sube a los altares.

El tercer repique no es el de la torre de una modesta parroquia sino de las campanas del Santuario de Loyola. Junto a él está la Casa-Torre de Iñigo de Loyola, y a pocos metros de distancia, todavía se conserva el caserío de Recarte, donde nació otro de los que hoy suben a los altares, Francisco Gárate, un hermano coadjutor que nació en dicho caserío, vivió en la Universidad de Deusto de Bilbao y hoy forma parte del nuevo tríptico de los santos.

Y además el cuarto repique, el más solemne, de dimensiones pontificias y católicas, las campanas de San Pedro del Vaticano. Debajo de ellas, dentro de la basílica y en la «gloria» de Bernini, están las imágenes de los tres beatos que hoy solemniza la Iglesia. Diego de San Vito res, Francisco Gárate y José María Rubio. Juan Pablo II proclama solemnemente que hay tres bienaventurados más en el cielo y que se ha descubierto una constelación de tres nuevas estrellas en el firmamento de la Iglesia. Tres campanas y tres estrellas que dijeron a Dios que SÍ. El uno

se lo dijo con la sangre que derramó en una isla perdida de un continente casi desconocido. El otro dijo que SI con su quehacer pastoral de sacerdote que reparte la palabra y el perdón. El tercero dijo que SÍ, sin apenas hablar, con el trabajo constante y su callada vida monótona de portero en una institución universitaria.

El uno salió de la antigua «Cabeza de Castilla» y llegó a los últimos confines de lo que entonces era el Imperio Español. El otro nació en el Sur de España y murió en el Centro. El tercero procedía del Norte y en el Norte murió. Tres santos de España para el mundo entero.

Tres que dijeron que SI en la Compañía de Jesús que Ignacio de Loyola colocó al servicio de la Iglesia bajo la obediencia del Romano Pontífice. Tres hombres santos, no sólo santos de España y de la Compañía, sino de la Iglesia Universal, y que nos pertenecen a cada uno de nosotros. Porque el camino que ellos recorrieron es el camino de la santidad al que todos estamos llamados. Camino siempre arduo y que tiene rasgos y colores difíciles de reproducir en la paleta humana.

Diego Luis de San Vitores, el mártir, proporciona los colores fuertes y heroicos, el tono caliente del que al final dijo que SÍ con su sangre; pero que ya lo había dicho a lo largo de su vida con una abnegación y sacrificio permanentes. Es una pincelada fuerte que nos hace falta en nuestra vida contemporánea, a veces tan descolorida y estandarizada, a la que falta esa valentía de los síes absolutos y de la entrega sin reserva. Diego Luis de San Vitores, modelo para los momentos difíciles de la vida.

El P. José María Rubio nos presenta un modelo sacerdotal, que es paradigma y ejemplo para todos aquellos que son llamados a una acción pastoral en la Iglesia en todo lugar: ya sea el centro de la metrópolis, o la periferia del suburbio. En su modelo están comprendidos tantos padres y madres que quieren seguir a Cristo en el apostolado inaparente de enseñar la palabra de Dios y de repartir el pan y la paz, y de ayudar a que otros ayuden. José María Rubio, modelo para la pastoral del seglar y del sacerdote, en una Iglesia bastante semejante a la que él vivió y que sigue requiriendo apóstoles como él lo fue.

El hermano Gárate, en fin, nos ofrece en la paleta de su imagen el verde apacible de sus valles de Euskadi, incluso las nieblas matinales que desdibujan un perfil en el que, al parecer, nada extraordinario ha sucedido; aunque sí, porque es la santificación extraordinaria y heroica de la vida ordinaria. La oración de todas las horas. La subida de todos los escalones.

La paciencia ante la puerta que no se abre. Todo esto que constituye la monotonía de la vida. Una vida sin pantallas que ofrezcan programas novedosos, pero que se santifica así porque hace con amor extraordinario todo su quehacer ordinario. Francisco Gárate, un modelo para la monotonía de lo cotidiano.

Hay en el aire de Roma un nuevo repique de campanas. Se advierte en el firmamento de la Iglesia una nueva constelación de estrellas. Miremos al cielo.

Sobre estas tres biografías existe un buen número de publicaciones, algunas de las cuales hemos consultado para incorporar en nuestra narración algunos de sus datos. Mas por tratarse de un tríptico que se publica con ocasión de la beatificación conjunta, nos ha parecido más apropiado utilizar, como principal fuente informativa, los tres Procesos Canónicos que son los documentos «oficiales» de sus virtudes y milagros.

Esta información se contiene en las *Actas de los Procesos Canónicos* y en las respectivas Posiciones compiladas por la Postulación General de la Compañía de Jesús.

Maniliensis (Manila) *seu Aganiensis* (Agaña) *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Didaci Aloisii De San Vitores*. Tipografía Guerra. Romae 1981.

Matritensis (Madrid) *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Iosephi Mariae Rubio y Peralta*. Tip. Guerra. Romae 1978.

Victoriensis (Vitoria) *et Flaviobrigensis* (Bilbao) *Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Francisci Gárate*. Tip. Guerra. Romae 1979.

Las partes principales de estas Posiciones las forman no sólo el *Sumario de las Declaraciones de los Testigos*, sino asimismo las *Informaciones* en las que la Postulación ha presentado de modo crítico las figuras de los Beatos y ha probado su Martirio o el ejercicio de las virtudes heroicas; v además las *Respuestas* (Resposiones) dadas por la Postulación a las *Dificultades* (Animadversiones) propuestas por el Promotor de la Fe.

Estos volúmenes constan, pues, de varias partes y no tienen una paginación seguida, sino que cada parte lleva numeración independiente. Por ello, al referirnos a estas diversas partes, usaremos las siguientes abreviaturas: Para la Vida del Beato Diego Luis de San Vitores, solamente Pos. (= Positio). Para las Vidas de los Beatos José María Rubio y Francisco

Gárate, Sum. (= Sumario de las Declaraciones); Inf. (= Informaciones de la Postulación); A.P. (= Animadversiones del Promotor de la Fe); Rp.A. (= Respuesta a las Animadversiones).

BEATO DIEGO LUIS DE SAN VITORES

CRONOLOGIA

1627	12 de novbre.	Nace en Burgos.
1631		Su familia se traslada a Madrid.
1635		Su familia se traslada a Guadix.
1638		Nuevo traslado a Madrid.
1640	25 de marzo	La Virgen le habla en el Col. Imperial.
1640	25 de julio	Noviciado en Villarejo de Fuentes.
1651	23 de dicbre.	Se ordena sacerdote.
1651-1660		Diversos destinos y oficios en España.
1660	14 de mayo	Salida de Cádiz para Nueva España.
1660	julio	Llegada a Méjico.
1662	5 de abril	Sale de Acapulco para Filipinas.
1662	10 de julio	Desembarca en Lampón, Filipinas.
1665	24 de junio	Felipe IV firma la Cédula Real para misionar las Marianas.
1668	23 de marzo	Embarca en Acapulco para las Marianas.
1668	16 de junio	Llegada a Guam. Las Marianas.
1669	2 de febrero	Se inaugura la primera iglesia.
1671	11 de sepbre.	Comienza la Gran Guerra de Guam.
1671	21 de octubre	Fin de la Gran Guerra de Guam.
1672	2 de abril	Martirio.
1673	9 de enero	Comienza el Proceso de Guam.
1676	10 de febrero	Comienza el Proceso de Méjico.
1676	5 de octubre	Comienza el Proceso de Manila.
1688	1 de abril	Comienza el Proceso de Toledo.
1981	31 de julio	El Relator formula tres preguntas a los Consultores.
1982	24 de marzo	Sesión de los Consultores «históricos».
1984	16 de abril	Sesión para las Pruebas del Martirio.
1984	9 de novbre.	Decreto de Beatificación, Roma.

1985

6 de octubre

Beatificación en Roma por Juan Pablo II.

Capítulo I

INFANCIA Y VOCACIÓN RELIGIOSA

Su árbol genealógico estaba bien plantado. Su padre, Jerónimo de San Vitores de la Portilla, había nacido en Burgos en 1596 y era oriundo de la Montaña, de una región vecina a Laredo y Santoña. Su madre, Francisca Alonso de Maluenda, nació en Sevilla, aunque de padres burgaleses. Ambos eran nobles. Los dos con bienes de fortuna. Más la de ella que la de él, pues dicen los amigos de los números que don Jerónimo aportó a la boda un cuento (es decir un millón de maravedises) y doña Francisca trajo cinco... Además, encaramándose por el árbol genealógico de los Maluendas, hay quienes se atreven a llegar hasta el Cid Campeador. Para completar estos datos genealógicos, conviene recordar que doña Francisca Alonso, al casarse con don Jerónimo era viuda de don Juan de Quintanadueñas, de quien había tenido varios hijos. Estos no se vuelven a mencionar en la vida de Diego, y según algunos biógrafos, disfrutaban de cierta preferencia de la madre, respecto a los hijos habidos en el segundo matrimonio.

No todo era historia y pasado en los padres de Diego: porque don Jerónimo no sólo había sido dos veces Procurador en Cortes, sino que entonces seguía disfrutando del favor del rey, Felipe III, que había nombrado a su hijo mayor, José de San Vitores, Marqués de la Rambla, Vizconde de Cabra y Gentilhombre de Boca. (Esta es una denominación palaciega, aplicable a un cortesano, que originariamente tenía el oficio de servir a la mesa real.) Para que no faltase la prosapia sagrada en la familia, un tío de Diego había sido sucesivamente obispo de Orense, Almería y Zamora y terminó sus días de General de la Orden de San Benito.

Nació nuestro biografiado en Burgos el día 12 de noviembre de 1627 y fue bautizado en la parroquia de San Gil y le pusieron como nombre de pila, Diego Jerónimo. Ya veremos cómo, más adelante, este segundo nombre fue sustituido, a iniciativa del muchacho, por el de Luis, es decir Luis Gonzaga, su patrono y modelo espiritual. Diego fue el segundo de cuatro hermanos: José, el primogénito, Felipe que murió de niño, y Francisca, la más pequeña que simpatizaba mucho con Diego.

En el libro de familia, que no era entonces un documento burocrático sino el testigo de una tradición y casi una oración, el padre, al escribir el nombre de cada uno de sus hijos añadía: «Dios le críe para su santo servicio». Mas al escribir el de su hijo Diego, cambió de estilo: «Dios le haga santo». De la vida infantil de Diego cuentan sus primeros biógrafos algunos hechos singulares y aun peregrinos sobre su espíritu de oración y mortificación que omitimos en esta vida, ya que hay en ella otros muchos datos más ciertos y admirables.

Tras diversos viajes y cambios de domicilio, por razón de los oficios y cargos que desempeñaba, don Jerónimo y su familia se establecieron en Madrid, donde Diego comenzó a asistir a las clases de gramática que los Jesuitas daban en el Colegio Imperial, fundado por la Emperatriz María de Austria, hija de Carlos V, y terminado por la munificencia de otra reina de España, Mariana de Austria, casada con Felipe IV. Este edificio todavía se conserva en Madrid, y actualmente está ocupado por un Instituto de Segunda Enseñanza. Y su iglesia fue más adelante la Catedral de Madrid, dedicada a San Isidro.

En el Colegio Imperial florecía entonces la Congregación Mariana, como el centro espiritual de la formación religiosa de los alumnos, según el modelo que a mediados del siglo anterior se había fundado en el Colegio Romano. Y de tal manera Diego gozaba de un prestigio ante sus compañeros, que los congregantes de la clase de gramática le eligieron como Prefecto de dicha Congregación.

La iglesia del Colegio gozaba de una tradición, recogida por los primeros biógrafos de San Luis Gonzaga, cuya canonización estaba reciente. La tradición señala que en dicho templo, ante el altar de la Virgen, que después se llamaría del Buen Consejo, siendo Luis paje de la Corte de Felipe II, y estando en oración en la fiesta de la Asunción del año 1583 la Virgen María le manifestó su voluntad de que entrase en la Compañía de Jesús. La imagen y el retablo de Nuestra Señora quedaron reducidos a cenizas en el incendio de julio de 1936, pero conservamos

fotografías y además una descripción del Padre Federico Cervós incluida en su vida de San Luis de Gonzaga, que reproducimos aquí: «Es una imagen de talla, de estatura casi natural, la cabeza cubierta con blanca toca, y el cuello inclinado y vuelto hacia el Niño Jesús a quien sostiene con su brazo izquierdo. Los ojos de María, entreabiertos y fijos en su Hijo, dan al rostro de la Virgen la expresión de una madre enamorada, absorta en la contemplación de su Niño, liste viste túnica de color de rosa, floreada de oro, y la de la Virgen es de blanco marfil con florecillas rojas y verdes. Y la cubre un manto azul adornado con monogramas del nombre de María».

Ante esta imagen acudió una vez más Diego en oración, llevando en su alma la angustia de una lucha: una fuerza misteriosa le inclinaba a entrar en la Compañía de Jesús, pero esa inclinación chocaba con el ambiente hostil en su propia familia. Era el día de la Anunciación. 25 de marzo de 1640, cuando Diego, después de comulgar, se encontraba una vez más ante el altar de la Virgen, acercándose mucho para percibir bien su rostro, porque el niño era bastante corto de vista. Entonces, en el fervor de su oración, el niño creyó oír la voz de la Virgen que le repetía varias veces: «No dilates más tus deseos; pide la admisión en la Compañía de mi Divino Hijo».

Siguió a este favor celestial de la Virgen otro suceso no menos extraordinario: Porque estando otro día orando al pie del altar del santo Cristo que está hacia la mitad del cuerpo de la iglesia, y pidiéndole que le amparase y favoreciese en la ejecución de sus santos designios, sintió de repente que la vista se le aclaraba y vio que la santa imagen abría los ojos y una vez y otra bajó la cabeza dándole claramente a entender que le concedía benignamente lo que le suplicaba.

Tal vez a un lector crítico, con una reacción de rechazo casi inconsciente hacia lo sobrenatural, le pueda parecer que todo esto es relato fingido o quizá un doble de la visión de San Luis Gonzaga, pero es indiscutible que el suceso tiene todos los caracteres de veracidad, y que tanto la invitación de la Virgen como la visión del Cristo no fue una mera ilusión de Diego, sino que lo tomaron por verdadero diversas personas de autoridad, y en particular el P. Diego Ramírez, confesor del muchacho, lo dejó en un documento, todavía conservado en el archivo de los jesuitas de la Provincia de Toledo, cuyo texto además fue incluido en los Procesos sobre la vida del Siervo de Dios (Pos. p,12ss).

Estamos en presencia de un hecho singular que hay que situar en su ambiente. Es indudable que el niño creyó que primeramente la Virgen, y

después Cristo, le habían manifestado su voluntad acerca de la vocación; y asimismo consta que personas de autoridad que le conocían, no solamente el confesor, aceptaron esta interpretación de Diego. Si así fuera, estamos en presencia de uno de los elementos sobrenaturales y extraordinarios que acompañan la vida de los santos y sin los cuales no podían explicarse muchas de sus realizaciones, especialmente las más arduas y penosas; pero, aun suponiendo que todo fuese producto de la imaginación de Diego, sigue siendo verdad que Dios tiene un lenguaje y una manera especial de hablar a sus elegidos, y que es igualmente Señor de las ondas sonoras y visuales como del sistema nervioso de su Siervo. En todo caso, la vocación de Diego a la Compañía de Jesús no iba a depender de un momento ni de un fenómeno que el niño interpretase como real, sino que fue el producto de una voluntad firme, resultado de una gracia de Dios fielmente correspondida, y de la cual Diego era perfectamente consciente.

He aquí dos testimonios de los escritos del futuro mártir. Uno se halla en la carta del 12 de julio de 1640 que Diego escribió a su padre. Y el otro es mucho más posterior, no ya de niño, sino de un adulto, perfectamente consciente de lo que escribe a su P. General, a quien declara su vocación a la Compañía, y en concreto a la doble expresión de misionero y de mártir. Es una carta que después citaremos en su lugar apropiado.

La carta de Diego a su padre, que se encontraba temporalmente en Sevilla, no parece escrita por un muchacho de su edad, ya que es no sólo afectuosa sino muy serena y razonable: hasta el punto de que don Jerónimo creyó que había sido dictada por algún Padre de la Compañía y que no era inspiración de Dios sino fantasía de muchacho.

En dicha carta Diego expone a su padre las razones que, a su juicio, deberían convencerle: no se trata de un capricho pasajero; porque “el caso es, padre y señor mío, que mi intento, como V. M. habrá reconocido, ha sido siempre de servir a Dios en alguna Religión... y la que he escogido para este empleo, ha sido la Compañía de Jesús, porque, además de ser este Instituto tan santo, es más a propósito que otro ninguno, atendiendo a mi salud y fuerza; y no juzgue V.M. que esta resolución es tomada por persuasión alguna de hombre, pues es cierto que no la he tenido de ninguno, ni lo atribuya a que es de persona de poca edad, porque ha estado siempre tan arraigado a mí este pensamiento, que no me acuerdo cuándo tuvo principio» (Pos. p.22-23).

Diego, con una resolución que podríamos calificar de audaz, y que luego empleará otras veces en su vida, se atreve casi a insinuar un castigo

de Dios si su padre no colabora con la divina voluntad: «Y de no entrar yo, como nuestro Señor lo quiere, podría resultar que V.M. perdiese los dos hijos más presto, por el mismo caso que yo no realizase mi vocación». Respecto a la edad «madura» del solicitante, que podría ser la otra objeción, el muchacho añade: «Me hallo al presente en edad muy a propósito para ejecutar mis intentos; pues consta por la fe que se ha sacado de mi bautismo, a pura instancia mía, que cumplo catorce años a 12 de noviembre de éste» (Pos. p.23). Más adelante, se descubrió que Diego se equivocaba al afirmar esto, debido a un error en la copia de la partida de bautismo en la que consta que tiene un año más de su edad verdadera. Al final de la carta, termina con un toque de hábil confianza, como intentando ganarse la voluntad del padre: «A mi madre (aunque no puede ignorar del todo mis deseos) no se lo he comunicado hasta ahora en particular, porque quiero que V.M. sea el primero y único dueño de todo este negocio tan de Dios. Pero hablaréla claro, en teniendo respuesta de V.M. que deseo que sea muy breve» (Pos. p.23).

Don Jerónimo no se ablandó por cuta carta, sino que inmediatamente escribió a su mujer ordenándole que le enviase rápidamente el niño a Sevilla, para así apartarlo de la influencia de los Jesuitas; o que lo encerrase bien en la propia casa, manteniéndolo incomunicado.

Por su parte, Diego, perseverando en su empeño, y antes de que su madre recibiera la carta de su marido, le comunicó a ella personalmente sus deseos, y para convencerla no dudó en descubrirle los deseos y gracias singulares que había recibido de la Virgen y de Cristo que nadie hasta entonces los conocía fuera de su confesor. Doña Francisca quedó muy favorablemente impresionada y comenzó lentamente a volverse favorable a la respuesta de su hijo. Y en vez de enviarlo a Sevilla, lo retuvo en casa, haciendo que durante el día permaneciese en el convento de San Martín donde el Abad era Fray Alonso San Vitores, su cuñado.

Fueron el reverendo Abad y sus monjes, y también algunos parientes, quienes presionaron a doña Francisca para que se decidiese a enviar al niño con su padre, reprochándole que con su condescendencia se mostraba «poco madre del muchacho y poco mujer de su marido».

Ante la obstinación del padre y las dudas de la madre, Diego escribe una segunda carta a don Jerónimo. «Nunca he dudado del mucho amor que V. M. me tiene, y de que me favorecerá para conseguir lo que tanto deseo siendo tan justo, porque esto se reduce a ver y obedecer a Dios que me llama... Y así, pidiendo a V. M. considere esto con su mucha cristiandad y

que se arrime a la voluntad tan declarada de Dios, le suplico muy humildemente que haga esta única merced de echarme su bendición y con sentimiento para cumplir esta resolución sin dilatarla un punto más» (Pos. p.26).

Cuando Diego esperaba respuesta favorable a esta segunda carta, se presentó en su casa de Madrid un buen amigo de don Jerónimo «en un coche muy bien dispuesto que partía para Sevilla, y que se ofrecía a llevar al muchacho con toda comodidad y regalo». Y como la madre ya había cedido a las presiones de parientes y monjes, dispuso que Diego se preparase para el viaje a Sevilla. Mas el niño que preveía en ese viaje mayores obstáculos para cumplir la voluntad de Dios, se resolvió a escaparse de su casa, si otros medios no bastasen. La madre redobló la vigilancia, «viéndolo y vigilándolo todo con cien ojos, por si de alguna manera podía Diego escaparse, haciendo noche y día la guarda y centinela».

Ya se disponía la jornada de salida y Diego se hallaba vestido con su traje de camino y preparado el matalotaje, de suerte que todos confiaban que el viaje se realizase, menos una persona, Paquita, o doña Francisca, como le llama el cronista, que era la hermanita menor de Diego, que aseguró intuitivamente que su hermano no había de ir a Sevilla. De repente, sucede lo imprevisto. Una amiga de doña Francisca, una vecina a la vez amable y parlanchina, llega de visita para ver a la señora de la casa. La puerta ha quedado momentáneamente abierta, y Diego se da cuenta. El niño desaparece y se dirige al Colegio. En la casa de los San Vitores se advierte su falta y salen precipitadamente a buscarlo criados y doncellas. La madre hace enganchar los caballos, y en su coche «como una leona» se dirige al Colegio Imperial en busca de su hijo y del P. Provincial. Van a oírla. (Todo esto que estamos narrando está tomado de lo que la madre relató al confesor de Diego, el P. Diego Ramírez, que lo testificó en el Proceso de Toledo, hecho con motivo del martirio del P. Diego Luis.)

La narración de estos hechos adquiere un «tempo» de rápido montaje. Repasemos las secuencias. El niño Diego quiere irse con los Jesuitas. El padre dice que no. La madre responde que bueno. El padre insiste en que le envíen el niño a Sevilla. Los parientes se entrometen. Los monjes de San Bernardo se agitan. El niño sigue prisionero en su casa. Llega una visita inesperada. Una puerta queda abierta. El niño se escapa. La «leona» sigue a su cachorro. El coche de doña Francisca se detiene ante la portería del Colegio Imperial. De repente, se ilumina una ventanita que está encima

de la portería. Doña Francisca cree ver una figura venerable que le dice: «No trates de llevarte a tu hijo, porque le quiero en mi casa para santo». ¿Misterio o tramoya? Doña Francisca trata de resolverlo, y pregunta a un Padre por las señas personales de San Ignacio y qué es lo que podría haber detrás de la ventanilla. Doña Francisca resuelve el enigma: es San Ignacio de Loyola que a su lado tiene a Diego con una herida en la garganta y una corona de mártir. Doña Francisca comprende. Fin del episodio.

Mientras tanto, don Jerónimo que continuaba en Sevilla y que persistía en su negativa, para resolver este asunto se remitió a la opinión de su hermano el Abad de San Martín, quien envió un monje al Colegio Imperial, invitando a Diego a que lo fuese a visitar. El chico respondió que no saldría del Colegio «aunque le hicieran menudas piezas, y que, si su tío le quería hablar, que viniese a donde él estaba». A partir de aquí el relato se hace lento y «maestoso»: El Reverendo Abad de San Martín alaba con muchas palabras la elección del niño y estima santa y buena su vocación. Sin embargo, añade alguna prudente recomendación: «que el niño era notablemente flaco, corto de vista y que estaba en manifiesto peligro de quedar muy presto casi sin ninguna». Ante estas objeciones, el P. Provincial convoca una consulta de médicos, presidida por el Dr. Matamoros, médico de la real Cámara, que sentenció: «la fisonomía y constitución natural de este niño es de las mejores y de las que indican un mayor ingenio». El Padre Abad se conforma con este dictamen, y promete asistir a la toma de sotana de Diego que será el momento oficial de su entrada en el noviciado, fijado para el 25 de junio.

Entonces, inesperadamente, la película se acelera con un extraño incidente. Por sorpresa, alguien falsifica la firma de doña Francisca, con la cual se presenta una demanda ante el Consejo Real que da una orden para que se ponga en libertad al niño «que se hallaba violentado y engañado por parte de la Compañía». El Consejo Real notifica esta decisión al Vicario Ejecutivo. Este envía un notario al Colegio: «que en el plazo de una hora Diego sea puesto en libertad». Pero se produce un defecto de forma: el P. Provincial, que es quien tiene que ser notificado, se halla ausente del Colegio. Al P. Ministro tampoco se le encuentra, y el asunto va a parar a manos del P. Luis de la Palma, varón prudentísimo, que se excusa «hasta que no regrese el Provincial...». Diego mientras tanto permanece muy tranquilo y asegura que ese mandamiento del Consejo no ha podido darse a petición de su padre, porque «él no sabe que yo estoy aquí»: ni tampoco de su madre que «tan gustosa se ha mostrado de mi vocación». Bien por el

muchacho. La madre, apenas conoce la orden del Consejo Real, envía una dueña por delante y se viene ella a pie hasta el Colegio. Llega el Provincial, habla con el Vicario, y deciden que nada se haga por esa noche. A la mañana siguiente se reúne la Consulta extraordinaria para decidir. Sorpresa: a la portería acaba de llegar un monje grave de San Benito que notifica que el Reverendísimo Abad pide sus excusas por lo que está sucediendo, y que ha sido tramado con el solo intento de complacer a su hermano, el padre de Diego; aunque él, personalmente, está convencido de que aquella es una vocación de Dios. Final del segundo episodio.

A la mañana siguiente, volvió el P. Abad al Colegio para hablar con su sobrino. Perfecto acuerdo. Sinfonía en «sí». Acuden los monjes al Colegio para unirse al gozo general, y el Abad, satisfecho, los convida aquella noche a cenar en su celda. El niño Diego, vestido con la tan deseada sotana, entra finalmente en el templo de la Compañía donde todos se congratulan. Fin de la película.

Capítulo II

DEL NOVICIADO AL ALTAR

Diego, ya novicio de la Compañía, sale para el Noviciado de Villarejo de Fuentes, según consta por una carta que escribe a su padre el 27 de julio de 1640, en la que le informa que «esta noche es la partida». Y firma: Diego Luis de San Vitores. Esta firma es motivo de una pequeña discrepancia con su padre; porque éste no aprueba que el hijo, que hasta entonces se llamaba Diego Jerónimo como él, haya sustituido el segundo nombre por el de Luis, tomado de San Luis Gonzaga. Es indudable que la onomástica personal tiene sus adherencias afectivas, y que un padre desea ver la continuación de su persona incluso en el nombre de su hijo. Mas también se podría pensar que Jerónimo y Luis no son simples onomásticos sino que son personas vivas, santos de la Iglesia que vivieron en este mundo y que gozan ahora de Dios en el cielo. Y estos santos poseen, respecto a nosotros, una «distancia psicológica» que nos los hacen más o menos próximos y simpáticos. Y en este caso, San Jerónimo tenía perdida la partida con el nuevo novicio... Porque un joven miembro de la Compañía de Jesús se sentía más cercano a Luis Gonzaga que, como el propio Diego, había sido llamado por la Virgen María cuando era también niño y en el mismo lugar, y que asimismo había experimentado dificultades familiares para seguir su vocación. Resultaba por eso un modelo inmediato para un escolar de la Compañía que iba cubriendo las mismas etapas de formación; todo esto, sin perder el respeto al venerable San Jerónimo, anacoreta en Israel y doctor eminente en Sagradas Escrituras.

Sin embargo, don Jerónimo, que tal vez ignoraba esta sintonía espiritual de su hijo, escribió al P. Provincial quejándose de la novedad; y

el Provincial, conocedor de todas las dificultades familiares que había tenido que vencer el novicio, interpuso su autoridad mandando a Diego que renunciase al nombre de Luis en favor de Jerónimo. Esto también era lo correcto en el protocolo celestial: el muchacho cedía el lugar al santo viejo...

Por otra parte, el bueno de don Jerónimo se hallaba en el fondo de su alma muy satisfecho con la decisión y vocación de su hijo, y por ello, cuando respondió a esta carta, y también más adelante en otras que escribió, puso en el sobre como dirección «al hermano Diego Luis».

Para terminar esta fase familiar de la vocación del Siervo de Dios, vamos a recoger una carta entre las muchas que escribió desde el Noviciado, y que está dirigida a su madre que tan cercana estuvo a todo el llamamiento y misterio de su vocación. La carta está escrita el 1 de agosto de 1640.

«Mi madre y señora: Yo llegué a esta santa casa del Noviciado el lunes por la mañana, muy bueno y con el mayor contento que en mi vida he tenido. Y toda la casa y el modo de vivir de ella me ha parecido un cielo en la tierra. Con lo cual estoy más contento que si me hubieran hecho rey de todo el mundo.

A V.M. estoy en sobremanera agradecido por la parte tan grande que ha tenido (después que Dios se lo dio a conocer) en este bien tan grande que yo he alcanzado, págueselo Nuestro Señor como puede, a quien yo toda mi vida se lo estaré suplicando con continuas oraciones. Sírvase V.M. de hacer siempre lo mismo por mí, y ahora encomendarme mucho a mis hermanos, y tías y demás parientes, y muy singularmente a Francisquita».

La Casa Noviciado de Villarejo de Fuentes había sido fundada en el año 1561 por los esposos Juan Pacheco de Silva y Jerónima de Mendoza. Es una fundación que fue aceptada por el padre Jerónimo Nadal en nombre de San Ignacio. El edificio de cuatro plantas, muy capaz para su destino, contaba en aquella época con siete sacerdotes, encargados de la formación de los Novicios, y otros cinco que hacían la Tercera Probación, última de los largos años que comprende la formación de un Jesuíta. El Catálogo de los miembros de la comunidad, que todavía se conserva, nos informa que había entonces 27 hermanos novicios entre escolares y coadjutores.

Describir las etapas de la formación humana y religiosa de un novicio escolar de la Compañía de Jesús hasta a llega el término de su Profesión en la Orden, no es tarea literaria fácil ni tentadora. Porque es como describir

el paso lento de los días. Iguales y monótonos. Externamente, es una sucesión de horas dedicadas a la vida espiritual de oración, a la instrucción del incipiente religioso y futuro sacerdote, y a sus primeros ensayos apostólicos. Se trata de un calendario, muy conocido para los que lo hemos vivido, y que se repite en tantos casos de manera uniforme. El sonido de la campana va marcando una distribución del tiempo con toques largos y cortos de un «morse espiritual» que interpreta el novicio. El grado de definición de esta interpretación constituye la vida concreta de cada Jesuíta, y a veces su secreto, salvo cuando esta interpretación es tan exacta y ajustada al ideal que se hace notoria y los demás compañeros empiezan a descubrir que entre ellos hay uno que es «diferente».

Eso es lo que sucedió en la vida del hermano Diego Luis de San Vitores. Y lo que más adelante, cuando se haga memoria y proceso de su vida, dirán sus compañeros consignándolo en sus declaraciones. Para comenzar, recordemos lo que podría llamarse un informe «oficial» sobre el nuevo novicio, redactado a los pocos meses de haber entrado en la Compañía: «Tiene quince años de edad, su salud es buena, su ingenio es bueno, su prudencia está por encima de sus años, no tiene ninguna experiencia, su complexión es temperada, y su talento “in spe”, es decir, el tiempo lo dirá. En cambio, los informes oficiales del 1646, cuando ya tiene veintidós años, dicen “El ingenio es muy bueno, su juicio muy bueno, su prudencia muy superior a la de su edad, su experiencia es la que puede caber en sus años”, su complexión natural colérica y sanguínea, y tiene talento para todo». La «spes» se ha hecho realidad.

Pero más reveladores que los informes oficiales son las declaraciones de sus compañeros que se contienen en el Proceso de Toledo de 1689 (Pos. 47ss). En esta «Positio» se nos presentan unos extractos de los testimonios de las declaraciones de 54 testigos que deponen bajo juramento. Vamos a seleccionar entre ellos a dos: uno de arriba y otro de abajo. El de arriba es el P. Diego de Valdés, entonces connovicio y después su Provincial. El de abajo, el del hermano coadjutor Pedro Olite, también compañero novicio. Ambos aseguran que Diego era un religioso tan fiel y observante de las reglas que despertaba la admiración de los demás y que ejercitaba con verdadera dedicación los oficios más humildes, atendiendo a las necesidades de limpieza de los enfermos. Además, sus mortificaciones y penitencias eran tales que el hermano que tenía cuidado de la ropería tuvo que advertir al superior que las prendas interiores del novicio Diego estaban frecuentemente ensangrentadas, y que esto continuó durante los

tres años hasta que el Superior tuvo que ordenarle moderase sus penitencias.

Todo esto lo confirma ampliamente el P. Francisco García, que fue el primero que escribió y publicó la biografía del mártir San Vitores, impresa en Madrid en el año 1683, y que se citó ampliamente en el Proceso, por ser tal escritor de gran autoridad y muy bien informado. Sus páginas referentes al tiempo del noviciado las tomó el P. García de otro que fue su connovicio, y que dejó tras su muerte un testimonio escrito. Él nos cuenta que las dos máximas de Diego eran «dar gusto a Dios y darse disgusto a sí mismo». Y que esto llevaba a la práctica con su vida ordinaria, de forma que en las «cosas que no podía dejar, como comer, beber, dormir, estar sentado o de pie, tenía estudiado mil modos de mortificarse». Y todo esto lo hacía con una profunda humildad que le llevó a hacer esta confidencia: «que, si bien no hallaba haber hecho pecado venial alguno advertido, ni haber dejado de hacer nunca lo que le parecía mejor, no había sido en todos estos meses de la Compañía más que en apariencia, pero en la verdad no había tenido rasgo de espíritu» (Pos. 55).

Terminado el bienio del Noviciado, el hermano Diego no pudo pronunciar en seguida los votos religiosos porque no tenía aún la edad exigida por el Derecho, y por ello tuvo que pasar al siguiente período de estudios, que se llama Juniorado, dedicado a la formación más estrictamente humanística y literaria; aunque parte de dichos estudios ya los había comenzado cuando era alumno en el colegio Imperial de Madrid.

La palabra hablada y escrita es el instrumento ordinario para predicar el Evangelio, y San Ignacio, que había experimentado en su propia vida la falta de esta preparación, dispone que el joven Jesuíta dedique intensamente este periodo de su formación a dichos estudios, persuadido de que esa preparación es ya una acción y apostolado que sirve para su santificación personal. No tenemos especiales noticias del Juniorado del hermano Diego, que lo pasó en el Colegio Seminario de Huete, no lejos de Villarejo de Fuentes, también en la provincia de Cuenca.

Terminados estos estudios, Diego fue enviado a la Universidad de Alcalá donde cursó tres años de Filosofía o Artes, como entonces se llamaba, y cuatro de Teología como universitario en el Real Colegio de San Felipe. De este período conservamos los testimonios de algunos condiscípulos suyos, de dentro y fuera de la Compañía, que concuerdan en que Diego fue «un estudiante muy estimado por Colegiales, Catedráticos y Padres graves de todas las religiones, que le llamaban “el Santo”, «que

empleaba el tiempo, que otros gastaban en el ocio, en visitar hospitales y cárceles y ejercitarse en algunos ministerios de misiones por los lugares del contorno, sin que por eso descuidase los estudios en los que alcanzó un brillante aprovechamiento, que mostró en un Acto Público de Teología».

Concluidos estos estudios eclesiásticos, se ordenó de sacerdote el 23 de diciembre del año 1658. El P. García nos conserva una anécdota muy significativa. El día de su ordenación, como el Señor Obispo que había de presidir la ceremonia se retrasase, comenzaron los allí reunidos en el templo a charlar y reír, y, advirtiendo esto Diego, impuso silencio al auditorio y les echó a todos una plática sobre el estado sacerdotal.

Cierra este período la última de las Probaciones, señalada por San Ignacio en las Constituciones, la Tercera Probación, para la cual volvió de nuevo a la Casa de Villarejo de Fuentes.

Ha terminado Diego Luis el largo período de once años de formación. Ya está preparado el instrumento. Tiene la juventud maravillosa de sus veinticinco años; las bodas de plata con la vida. Detrás, queda el recuerdo de aquella voz que con la Virgen María le llamó a la Compañía de Jesús. Lleva en el alma un deseo permanente de misiones y martirio. Delante, pero aún distantes, le esperan unas islas de coral en el Mar Pacífico... Dicen que le llaman las Islas de los Ladrones... A él, ciertamente, le han robado el corazón.

Capítulo III

SIETE AÑOS DE ESPERANZA

Uno de los misterios más personales de cada hombre es el desequilibrio interno que a veces padece entre sus deseos y sus realidades. Algunos llenan este vacío con amargura y decepción. Otros, como Diego, con la entrega a la voluntad de Dios y a la esperanza, una esperanza que va a permanecer viva durante siete años.

Diego Luis experimentó en estos años de su vida en parte la tensión y en parte el vacío de querer ser mártir, mientras que la dedicación inmediata, dispuesta por los superiores, estaba lejos de ese ideal. Primeramente, es destinado al colegio de Oropesa, en la provincia de Toledo, donde tiene que enseñar Gramática. Después es trasladado al Colegio Imperial de Madrid, como «pasante» o repetidor de Teología y, finalmente, en Alcalá para enseñar o «leer» Artes o Filosofía. Parece que Dios le pide a Diego en este período de su vida una devolución inmediata de lo que hasta entonces había recibido y que desde ahora tiene que entregar a los demás. Había estudiado durante su formación Gramática, Teología y Filosofía, ahora le toca enseñarlas a otros.

Oropesa. Sabemos lo que allí sucedió porque lo narran así siete testigos del Proceso de Beatificación que lo conocieron y trataron estando vivo. En el Colegio de Oropesa, además de la enseñanza de la Gramática, desempeñó el oficio de P. Ministro de la comunidad: «En la oración era el primero que asistía a ella y el último que salía. A este testigo le asistió y sirvió de enfermero durante los tres meses que padeció unas tercianas dobles, haciendo con él todos los oficios de barrerle el aposento, arreglarle

la cama, limpiarle y darle de comer; haciendo él mismo los guisados y sazónándolos por su mano para moverle el apetito» (Pos. p.66).

De Oropesa a *Madrid*. Vuelta a «su» colegio. El de los recuerdos de la infancia y del primer encuentro con la Virgen María. El de las aventuras casi novelescas de su tan combatida vocación. Ahora regresaba para ser «pasante», es decir, para repetir la Teología a otros Jesuítas, compañeros suyos. Un año y medio permaneció allí. Y en el entretanto se lanzó a sus primeras experiencias de misionero popular, predicando la Doctrina y el Acto de Contrición.

Para comprenderlos bien, conviene situarlos en su ambiente. La Doctrina era un tipo de predicación pública que adquirió mucha popularidad en la España del siglo XVI. Antes de comenzar la procesión el misionero que iba a dirigir la Doctrina reunía a unos niños en la iglesia, junto con «algún otro personaje de su devoción». La comitiva recorría las calles de la ciudad o del pueblo, precedida del estandarte de alguna cofradía bien conocida. Y a su lado caminaba el Padre que dirigía aquel acto y que, agitando una campanilla y dando grandes voces invitaba a la gente a unirse a la procesión. Cuando ésta llegaba a un lugar apropiado y el auditorio era numeroso, se detenía la procesión, y entonces el Padre, subido en algún sitio elevado que a veces era el brocal de una fuente o bien una mesa, explicaba desde aquel púlpito improvisado un tema de la «Doctrina». Concluido el cual, la procesión continuaba, deteniéndose de esta forma varias veces en su trayecto. Estas Doctrinas, que se sacaban por la tarde, tenían su correspondiente ejercicio propio de la noche, que se llamaba el Acto de Contrición. En éste ordinariamente sólo participaban los hombres, que acompañaban al misionero con luces y antorchas y que solían portar una imagen de Cristo, que frecuentemente era de tamaño natural. La procesión discurría así con solemnidad y devoción, acompañada de los cantos de los niños, frecuentemente inventados por los mismos misioneros. De estas letrillas se recuerda una original del P. San Vitores, que en ocasiones movió a contrición a no pocos pecadores.

*Pecador. alerta, alerta,
que ¡a muerte está a la puerta;
confiesa lo que has callado,
no sea que amanezcas condenado.*

Cuando esta procesión llegaba a un lugar más amplio, digamos a una plaza, el misionero desde un lugar patente recitaba con fervor el acto de

contrición que era acompañado por las voces y gemidos de los acompañantes, En general, se prohibía en aquella procesión llevar cruces pesadas o cadenas u otras manifestaciones de penitencia; porque lo que se pretendía con este Acto de Contrición era mover los participantes al arrepentimiento. El Padre San Vitores tuvo para estas misiones populares, y en concreto para la Doctrina y Acto de Contrición, excelentes maestros como los PP. Tirso y Guillen.

Puede afirmarse, según se recoge en múltiples testimonios, que de tal manera sintonizaba el fervor de los oyentes con el del predicador, que San Vitores dondequiera que empleó este recurso obtuvo sorprendentes resultados en la conversión de los pecadores, no sólo en España, sino también en Méjico y Filipinas.

De esta época el P. García nos recuerda un suceso nada común. Habiendo pasado cierto día el P. San Vitores por el pueblo de Barajas (el mismo del aeropuerto), entró a visitar al Santísimo en la iglesia, y después quiso solicitar del párroco licencia para predicar el Acto de Contrición. El cura se hallaba en aquellos momentos rodeado de mucha gente en la plaza mayor del lugar, asistiendo a la representación de una comedia de farsantes que había llegado de Madrid. No era ésta la ocasión más propicia para mezclar contrición con comedia. Pero el P. San Vitores, dando prueba de prudencia y constancia, se sentó tranquilamente a esperar que terminase la comedia, y, una vez concluida, se subió al mismo tablado de la farsa y con sus palabras conmovió de tal manera a los presentes que los llevó a la iglesia, de donde sacó la procesión.

Los acontecimientos «externos» en la vida del Padre San Vitores discurren por estos o semejantes términos, mientras que su actitud interna permanece inmutable: sigue deseando y pidiendo con todas sus fuerzas dedicarse a las misiones entre infieles. Y como sus superiores no parece que están prontos para este destino, el Siervo de Dios pide en su oración que el Señor quiera ofrecerles a ellos pruebas de su vocación misionera. Y para eso planea algo que casi parece un chantaje: que Dios le envíe una enfermedad grave, en la que él hace un voto de ir a misiones si se sana; y, después de sanado, los Superiores le permitirán que cumpla el voto. Como lo planeó, así sucedió.

Dios le envía, a Diego en el año 1657 una enfermedad que el propio enfermo califica de «una fiebre maligna, de tal gravedad que los médicos corporales y espirituales le avisaron para los últimos sacramentos». El enfermo entonces pidió que le trajesen la reliquia de una firma autógrafa

de San Francisco Javier, y otra reliquia del Venerable Mártir Marcelo Mastrilli, y, después de haber obtenido licencia y permiso del Padre espiritual y del Rector, hizo el voto de «que desde allí en adelante había de emplear toda la vida y fuerzas en el ministerio de las misiones, primeramente entre infieles, y, mientras esto no se permitiese, entre fieles, según la disposición de los superiores y el Instituto de la Compañía de Jesús» (Pos. p.92).

Este inteligente ardid volvió a repetirse en septiembre del año siguiente, cuando fue acometido de unas tercianas malignas. Para librarse de las cuales acudió de nuevo Diego a pedir socorro celestial, que en esta ocasión fue una firma del Beato Francisco de Borja, en cuyo honor renovó su voto de ir a las misiones. El efecto fue inmediato: la fiebre terciana, que debía presentarse precisamente el día del Santo Borja, desapareció. Aunque no definitivamente, porque todavía quedaba por doblegar la voluntad de don Jerónimo, padre del misionero, que se oponía a su destino fuera de España. Y de nuevo el enfermo, que probablemente había recaído en las mismas tercianas, se puso a morir y tuvo que recibir el Viático, obteniendo en aquel trance de su padre que le otorgase la licencia «para ir a cualquier parte donde fuere designado por sus superiores». Admira este calendario tan maravillosamente sincronizado entre la enfermedad, el voto de misiones y la salud. Señal inequívoca de que Dios quería en las misiones a su Siervo, el cual, al final de esta tercera recaída, que fue la última, se despertó diciendo: ¡ya estoy sano! Sano de cuerpo, con todos los permisos y una puerta hacia la esperanza..., que todavía tardaría en abrirse.

Todo esto muy detalladamente descrito y con el valor de un documento autógrafo, nos consta por una carta del propio Diego de San Vitores dirigida al P. General de la Compañía que era entonces Gosvino Nickel. Propiamente, el P. Diego de San Vitores repitió la carta; una vez en latín, dirigida al P. General, y una traducción en lengua castellana, hecha por Diego, y que está firmada en Alcalá el 2 de julio de 1659, y que termina con esta hijuela: «Escribí esta carta por manos de la Virgen Santísima, día de la Visitación. Y recibí la respuesta dichosísima el día de la Expectación de la misma Madre Santísima, el día 18 de diciembre de 1659».

El P. General no sólo respondió al propio interesado, sino que, tomando una decisión de gobierno, escribió al P. Provincial, expresándose de forma terminante: «He considerado con particular atención, delante de Nuestro Señor, la vocación de dicho Padre y he juzgado que faltaría

gravemente a la obligación de mi oficio y a mi conciencia si no concediese al dicho P. San Vitores la misión de las Indias que justamente, pero con suma indiferencia, desea y pide. Dios le quiere para ellas; y, en todo caso, V. R. lo envíe a las Filipinas. No lo ordeno con mayor aprieto porque me persuado no ser menester» (Pos. p.99).

No fue menester. Pero le faltó un pelo. Porque el P. Provincial y los otros de su Consulta, cuando conocieron la resolución del P. General, comenzaron a ponderar lo mucho que el P. San Vitores hacía en el puesto que ocupaba y lo necesitada que estaba España de operarios de tal ciencia y virtud. Y que quizá no fuesen tan necesarios para la evangelización de los pueblos menos cultivados como eran los de las Indias... Como sus pareceres estaban divididos, se llamó al propio San Vitores quien se limitó a leer la copia de la carta que había enviado al P. General en la que se hace una relación tan detallada de su vida íntima. Los consultores, a una, dijeron: «Este es negocio de Dios».

Comenzaron las despedidas. En la de su padre, éste insistió en que deseaba quedarse con un retrato de su hijo, y fue menester que se lo ordenase el Superior a Diego porque él rehusaba prestarse y cerraba los ojos cuando posaba ante el pintor, haciendo difícil la tarea del artista. Ese lienzo, bastante deteriorado, se conserva en el archivo de los Marqueses de la Rambla, parientes del Siervo de Dios.

El P. San Vitores aprovechó su paso por Andalucía para dar unas misiones en Córdoba y Sevilla, ciudad donde entró en contacto con Miguel Manara y su Obra de la Santa Caridad. Y pasó por Cabra del Santo Cristo (Jaén), en donde vivió algún tiempo de su infancia, porque sus padres tenían allí casa y hacienda.

Capítulo IV

DE CÁDIZ A FILIPINAS PASANDO POR NUEVA ESPAÑA

Cádiz fue el puerto de salida. Todavía las torres de su catedral no se alzaban al cielo para despedir a los navegantes. El destino final señalado a Diego por sus superiores era Filipinas. La escala intermedia, Méjico. El destino último, solo Dios lo sabía entonces.

El 14 de mayo de 1660 el navío se dio a la vela. Tres meses y trece días iba a durar la travesía. El navío más bien parecía un convento flotante. En él iban, aparte de otros religiosos, 29 Jesuitas bajo la autoridad del P. Majín Sola, Procurador de las Islas Filipinas. Durante la navegación, el P. San Vitores desplegó una sorprendente actividad y se erigió en maestro universal que enseñaba a sus alumnos la Gramática y las Artes y la Teología. Y además tomó su cargo de dirección espiritual de la vida religiosa del navío, en el que los Jesuitas hacían sus Ejercicios cotidianos de piedad, y el Padre predicaba la Doctrina y el Acto de Contrición dos veces por semana al pasaje y la tripulación.

Después de tan larga travesía, el barco arribó al puerto de *Veracruz*, entonces el más famoso de la costa oriental de Méjico, hasta que recientemente lo ha superado comercialmente el de Tampico. Veracruz, que entonces tenía el nombre de Villa Rica de Santacruz, se llamaba así porque Hernán Cortés había tomado posesión de ella en Viernes Santo. San Vitores se detuvo en Veracruz pocos días, porque hubo de salir al frente de un grupo de Novicios hacia la casa de Probación, situada en *Tepozotlán*. Cuando esta Casa se abrió, se estrenaba la misión entre indios, porque hasta entonces sólo se habían dedicado a los españoles. El Noviciado tuvo después un sorprendente desarrollo, ya que en el año 1653 había 35 Jesuitas de los que 16 eran novicios. La fundación de San Juan de

Tepozotlán llegó pronto a contar con un magnífico templo, que es una de las joyas de arte de la arquitectura colonial y que hoy está convertido en museo.

«Nunca la ciudad de Méjico, cabeza de Nuevo Mundo, recibió mayor recompensa del oro y plata que tributa a nuestra España que esta flota del año 60 en que le vino un nuevo español, que, en menos de dos años que se detuvo, hizo fruto digno de muchos». Así comienza el P. García su narración del apostolado que el P. San Vitores llevó a cabo en Méjico.

Era esta provincia la más importante de las que la Compañía tenía establecidas en el Nuevo Mundo, tanto por el número de religiosos, que en aquella época alcanzaban 336, como por la variedad e importancia de sus obras distribuidas en 22 casas, la mayoría de ellas Colegios. Llegado a la capital, fue primeramente a hacerle una visita a la Virgen María en su próximo santuario de Guadalupe. Diego valora tanto este acontecimiento, que sobre él escribe una carta a su padre el 22 de septiembre: «Mucho me voy consolando viendo que esta tierra, donde apenas hace 150 años todo era una selva inculta de fertilidad e idolatría, está plantada la fe cristiana con tan insignes templos y demostraciones de religión. Y particularmente me consoló mucho ayer viendo la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que está a una legua de Méjico, y es un retrato y apoyo celestial del misterio de la Purísima Concepción. Allí estuve algún rato, recorriendo con la Santísima Virgen la memoria de mis obligaciones, y consolándome con que al mismo tiempo quizá habría quien se acordase de este pecador, en la fiesta de la Santa Imagen del Buen Consejo o en la de la Almudena. Y no es pequeño consuelo de ausente que es la misma Señora y Madre Santísima a quien nos presentamos en distintas imágenes a tratar de nuestros negocios y obligaciones» (Pos. p. 114).

Uno de los hechos más memorables de la estancia de San Vitores en Méjico fue la restauración que hizo de la Congregación del Título de San Francisco Javier, que estaba fundada en la parroquia de la Santa Cruz de dicha capital, si bien hasta entonces apenas tenía más que el título.

Para fomentar esta devoción al santo, el P. Diego hizo imprimir un opúsculo con la vida de Javier y movió a los fieles de la ciudad para que el Sr. Arzobispo elevase la fiesta del santo a día de precepto, como se puso en práctica el 2 de diciembre de 1660, fecha en que San Vitores hizo su profesión solemne en la Compañía.

La Congregación llegó a contar en su época con 33 sacerdotes, 33 caballeros y 33 señoras. Los sacerdotes enseñaban la Doctrina en su parroquia, los caballeros frecuentaban las visitas a cárceles y hospitales, y las señoras «prestaban los mantos en los días de fiesta a las que no los tenían para que pudiesen ir a misa». Y todos ayudaban al Padre en sus Doctrinas y Actos de Contrición, en los que obtuvo frutos muy abundantes de conversiones, ayudándose también de la reimpresión que hizo de su «libro de los casos raros», que ya había usado en España y al que añadió nuevos ejemplos, y como la edición que trajo de España se había agotado, persuadió a don Juan Isidro, mercader de Méjico y encomendero de Filipinas a que le costease una nueva edición de 500 ejemplares que se repartieron al precio de 4 reales (Pos. p.119).

Habían transcurrido ya casi dos años mientras que Diego esperaba que hubiese un barco para Filipinas, cuando se presentó esta ocasión con un «patache», o buque auxiliar, que iba a zarpar del puerto de Acapulco. Aunque era el buque muy pequeño, el Padre obtuvo del Virrey que autorizase el viaje, y el 5 de abril de 1662 zarpó el «San Damián» con 15 misioneros Jesuitas de los que fue nombrado Superior. La ruta ordinaria, que seguían los navíos que se dirigían al Extremo Oriente, pasaba entonces por el archipiélago llamado de Los Ladrones, cuyo nombre sabremos luego que no estaba enteramente justificado.

Después de tres meses de navegación, el «San Diego», divisó tierra. Un arrecife volcánico sobre un océano de esmeraldas. Una playa dorada con un borde de palmeras y cocoteros. Azul, verde, oro y esmeralda: faltaba el color rojo. Un día, todavía lejano, el mártir San Vitores lo completaría con su propia sangre.

Capítulo V

UNA ESPERANZA INMEDIATA: FILIPINAS

Nos aproximamos en el tiempo y en el espacio al final de la vida y martirio de Diego Luis de San Vitores. Final del espacio porque no encontramos en las Islas Filipinas, que fue el teatro de apostolado más próximo a su destino final en las Islas Marianas; y también en el extremo del tiempo, porque su presencia en Filipinas duró desde 1662 a 1667 y, tras un breve intervalo para el viaje, se sucedieron los años 1668 a 74 que fue su permanencia final en la Islas Marianas, donde murió. Por tanto, este período misionero en Filipinas fue el más duradero de su vida, y merece que le dediquemos nuestra atención.

En la navegación de Méjico a Filipinas el «patache» «San Damián» había hecho una breve escala en las que entonces se llamaban islas de Los Ladrones, para aprovisionarse de agua y frutos frescos, que los indígenas intercambiaban por objetos de hierro y otras baratijas. Fueron unos breves días que bastaron a Diego para advertir que aquel era el futuro escenario de su tan deseada misión entre infieles. Y aunque durante su permanencia en Manila y en otras localidades vecinas se entregó fervorosamente a la conversión de españoles e indígenas, sin embargo, llevaba la mirada y el corazón puestos en aquellos que vio a su paso por las islas de Los Ladrones, y que entendió eran los mismos que anteriormente, durante su última enfermedad en Madrid, había columbrado mientras oía la invitación del evangelio: «Evangelizandis pauperibus misi te» (Te he enviado para evangelizar a los pobres). Llegado al archipiélago filipino, desembarcaron en el puerto de Lampón, el 10 de julio de 1662. adonde salió a recibirles el P. Procurador de aquella misión que era ya una provincia erigida canónicamente. Atravesando riscos y lodazales llegó la expedición

completa, que comprendía 15 misioneros, a la ciudad de Manila, donde los recibieron de fiesta. La ciudad de Manila fue fundada por el conquistador español Legazpi que edificó su centro urbano según los planos remitidos por el arquitecto real, Fernando de Herrera.

Dicha capital va a ser el centro de donde se irradie el apostolado de San Vitores. La casa principal de la Compañía era el Colegio, que no sólo estaba destinado a los Jesuítas, sino que también servía de universidad para los externos y compartía este destino con otro colegio, el de Santo Tomás, que tenían en la ciudad los PP. Dominicos.

En el Colegio el P. San Vitores va a desempeñar los cargos de Prefecto de estudios y de Director Espiritual, sin renunciar en ningún momento a una labor más directa y personal con españoles e indígenas. Sin embargo, entre el misionero y estos destinatarios de su apostolado se interpone la dificultad de la lengua, que para muchos resulta barrera insuperable, y para Diego va a ser pronto un obstáculo vencido.

Diego es destinado al pueblo de Tay-Tay, que formaba parte de la misión antipolana y donde no había españoles sino tan sólo tagalos. Para aprender la lengua, le dieron por compañero al P. Miguel Solana y por instructor a un hermano. Conocemos este período de la vida de San Vitores por varios documentos, y en especial por la carta que escribió al P. Juan Gabriel Guillén, el 22 de julio: «La lengua —escribe Diego— es verdaderamente dificultosa, sin parentesco alguno con las de Europa; pero las de acá convienen mucho entre sí y sólo a la hebrea se parece algo. Pero, pues yo con mi poca habilidad puedo ya administrar en ella corrientemente y hablar todo lo que es menester para la salvación de estos pobres, ¿quién no se alentará con la Gracia de Dios? Lo que toca a los indios naturales de esta tierra, se puede decir que se aplican muy bien a las cosas de nuestra Santa Fe y costumbres cristianas, y en el entendimiento y modo de aprenderlas hacen ventaja a lo ordinario de la gente de los pueblos españoles de Castilla».

En relación con este aprendizaje del idioma, el Proceso refiere un singular suceso. Un hermano «dorado» (persona que se ha consagrado al servicio de los Padres de una comunidad sin estar vinculado con votos religiosos), natural del pueblo de Tay-Tay y que le enseñaba la lengua del país, asegura que una noche oyó que el p. Diego en su aposento estaba conversando en lengua tagala con alguien que le hablaba perfectamente, y, aunque él después entró en la habitación para ver quién era, no encontró a nadie sino sólo al P. San Vitores. Y el caso fue que al día siguiente el Padre

predicó en tagalo con tanta elegancia que todos se maravillaron (Pos. P-141).

Esta facilidad de locución la certifica también el General Antonio Nieto, que trató con el P. San Vitores durante todo el tiempo que estuvo en Filipinas y que luego le acompañó en su viaje desde Manila a Acapulco: «En el pueblo de Tay-Tay, aprendió la lengua tagala con extraña brevedad; y yendo embarcado con él desde estas islas hasta el puerto de Acapulco, me parece tenía don de lenguas, pues no sólo acudía a los indios tagalos que iban embarcados, sino también preguntando el Siervo de Dios las oraciones a otras naciones de distintas lenguas, como son los pampangos, visayas y tagayanes, que a veces erraban algunas palabras del rezo, el Siervo de Dios, sin haber aprendido dichas lenguas, los corregía» (Pos. p.144).

Impulsado por su celo y por esta ciencia tan sobrenaturalmente aprendida, el P. San Vitores comenzó a ejercer sus ministerios no sólo con los españoles, sino también con los naturales de las islas.

En Manila volvió a emplear, con un éxito aún mayor que en España, su método misional de la Doctrina y del Acto de Contrición. Así él se lo escribe al P. Guillén: «Lo del Acto de Contrición por las calles ha salido mejor que yo podía pensar... El principal de los Generales, empezó llevando el Santo Cristo y, luego se fueron renovando y las hachas también... Como salió tan bien la primera noche, que fue a 17 de enero de 1663, quedaron todos muy animosos a repetirlo, tres noches para los españoles, dentro de los muros de Manila; y otras tres para los indios de extramuros en su lengua... Después se dispuso en la misma suerte en Cavite. que es el puerto principal y única población de españoles en esta isla fuera de Manila» (Pos. p.130).

La misión que comenzó en Manila se extendió pronto fuera de ella, y hay a este respecto tres documentos que nos relatan sus pormenores. En el primero se menciona «el infinito gentío que bajaba de los montes desamparando sus pueblos, casa, hijos y sementeras. Se les enseñaba la Santa Doctrina y los Misterios que había que creer para salvarse..., el modo como había de ayudar al bien morir..., y el modo de bautizar en necesidad. Dejando en cada instancia y pueblo sus tablas escritas en lengua tagala y española...; y les dejaban algunas personas de razón que los congregasen los días señalados para leérselos y rezar el rosario de la Santísima Virgen» (Pos. p. 134).

En el año de 1665 se tuvo la misión de los *montes de Santa Inés y Malabaya* en la que se nos ofrecen dos ejemplos en ambos extremos de la edad humana: «Un anciano de noventa años, gentil famoso por su obstinación, y una niña de diez años que bajó del monte huyéndose de los infieles».

De estas misiones la más memorable fue la de la *isla de Mindoro*, que nos describe el P. Pedro Murillo Velarde, tomándolo de unos papeles originales de San Vitores. «Todo fue como un ensayo de lo que sucedió en la isla de Mindoro por mares bravos y peligrosos, por ríos, montes, por lodazales, por despeñaderos, por espesuras y por caminos llenos de espinas, padeciendo vientos, lluvias, soles y otras inclemencias».

«Predicó a los mangianes, gentiles que viven en aquellos montes a modo de venados... Cinco meses corrió sus playas y picachos... Formó tres Visitas con sus iglesias y fundó la Visita del Santo Cristo de Burgos, de cristianos cimarrones y fugitivos. Como quinientos gentiles se bautizaron y como 5(X) cimarrones se redujeron a vivir cristianamente» (Cimarrón: quien, habiendo sido cristiano, retornaría a la idolatría).

«No siendo hasta entonces navegable el río Naujuan por falta de aguas en muchas partes, se hizo navegable para que el Padre pudiese subir embarcado al interior de la isla. Unas seis lenguas se hablaban entre los indios de aquellos montes, y no habiendo tenido el P. San Vitores tiempo para aprenderlas, Dios parece le comunicó el don de lenguas, pues a todos les preguntaba y los instruía en sus lenguas propias... Habiendo entrado unos indios visayas en un temporal que trajo a su caracoa (barca pequeña) errante por aquellos mares, por fortuna pudieron hacer fondo en una playa desierta. Afligiales la sed y no sabían dónde beberían agua cuando por casualidad gustó uno el agua del mar que había tocado el P. San Vitores con los pies al desembarcarse y la hallaron dulce y de ella bebieron todos los indios» (Pos. p. 138).

ACERCÁNDOSE A UN DESTINO SOÑADO

No seguimos narrando los hechos prodigiosos que se cuentan de la vida del P. San Vitores, porque tendremos ocasión de volver sobre ellos en su última misión de las Islas Marianas. Sin embargo, no podemos olvidar en este período de la vida misionera de San Vitores que, mientras misionaba de esta forma, el deseo más íntimo de su corazón era llevar la le

y el bautismo a aquellos indios tan abandonados que sólo había, podido divisar desde la borda de su «patache» al fondear en las Marianas. Para hacer efectivos tales deseos, puso en marcha dos recursos o «líneas de influencia», la Compañía de Jesús y el Rey de España.

Para acelerar la acción de la Compañía escribió varias cartas al Padre General, Gosvino Nickel, que había decidido su destino en las Indias. Ahora el P. Diego deseaba que esto se concretase más. Conviene advertir que en este asunto hay una cierta confusión sobre la denominación de las misiones. San Vitores desea misionar en aquellas islas de Los Ladrones que vio a su paso. Sin embargo, en algunos documentos tanto de la Compañía como del Rey de España, se sigue mencionando al Japón. Tal vez esta aparente confusión se deba a que, desde el punto de vista de la geografía entonces conocida, las islas Marianas se consideraban situarlas al sur del Japón, y como una parte integrante; aunque permaneciese bien claro que el Japón era una nación independiente, o un conjunto de regiones soberanas, y en cambio las islas de Los Ladrones formaban ya parte de la corona de España. San Vitores escobe al Padre General el 22 de julio de 1663, y después de insistir en que el trabajo de los Jesuítas no debe inmovilizarse «por modo oficio de curas», sino que debe conservar un ímpetu misionero, le dice abiertamente que «me inclino a la misión de las islas de Los Ladrones. Porque como fueron los primeros gentiles que he visto, se me clavó en el corazón su desdichada suerte en tanta oportunidad como parece hay para cubrirla con las naos que van y vuelven ele Nueva España» (Pos. p. 149-153).

San Vitores, para comenzar su misión en las Marianas, no sólo deseaba la aprobación del Padre General de la Compañía, sino que necesitaba también la ayuda eficaz de la Corona de España, y en concreto del rey Felipe IV. Sin esta ayuda no podrían sustentarse los misioneros, ni defenderse las cristiandades ante posibles ataques de los nativos, ni siquiera proveerse de las necesarias vituallas con un navío que las transportase entre Méjico y las Marianas.

Todo esto puede causar alguna extrañeza para quienes no recuerden las circunstancias peculiares en las que entonces se realizaban en las Indias españolas estas empresas misionales, que tenían un doble carácter religioso y profano. No se puede olvidar que, en la mentalidad de muchos de los conquistadores y descubridores españoles, y sobre todo de los Reyes que patrocinan tales conquistas, El único «título» legítimo de propiedad era la evangelización cristiana. No se trataba exclusivamente de descubrir y

dominar sobre territorios que fuesen apetecibles por sus riquezas naturales o por su posición estratégica, sino también y muy principalmente el de llevar la luz del Evangelio a los que se hallaban todavía en tinieblas. De aquí la preocupación de los gobernantes, expresada en las Cédulas Reales y en las providencias del Consejo de Indias, dirigidas tanto a los «conquistadores» que eran la punta de lanza, como a los mercaderes que representaban su utilización comercial, y también a los sacerdotes y religiosos destinados a evangelizar a los nativos de aquellas naciones.

Esto es lo que sucedió con las islas Marianas. Este archipiélago, aunque había sido descubierto por Magallanes, de hecho, no había sido incorporado a España hasta que desembarcó en la isla de Guam el conquistador Legazpi que hizo celebrar en la playa una misa, tomando así posesión del nuevo territorio en nombre del Rey de España. Por ello, al cabo de algunos años, el Rey expidió una Real Cédula por la que se ordenaba la evangelización de aquellas islas, cédula que en realidad quedó incumplida por falta de personas y recursos para conseguir su propósito. Por todo ello, cuando Diego de San Vitores tomó tan a pecho la futura misión de las Marianas, tan sólo pedía al Rey que recordase sus anteriores deseos e hiciese cumplir las órdenes ya dictadas. Este fue uno de sus primeros cuidados en orden a preparar la futura misión de las Marianas. Y por eso, viviendo todavía en Tay-Tay, y antes de emprender las tres misiones entre los nativos, escribió una carta a su padre, el 18 de julio de: 1663, rogándole que fuera su valedor ante el Rey y que le entregara la carta-memorial que le incluía.

La carta de Diego a su padre hace apelación al afecto paternal que don Jerónimo siente hacia este hijo, y que ambos conocen que existe. El comienzo es una expresión a la vez de confianza y habilidad:

«El día que V. M., me dedicó de su parte, con tan; buena voluntad y amor de Dios, a que viniese a servir y ayudar a ir al cielo a estas pobres almas, se obligó V. M. a ayudarme en todo lo que condujere a cumplir lo que Nuestro Señor quería de mí... En vano es el haber venido a estas islas, después de tan largo viaje, de tanto gasto y limosna de Su Majestad (Dios le guarde), si no conseguimos el fin a que venimos, que es la conservación y aumento de la cristiandad en estas islas. Y en vano será intentar esto los Religiosos, si falta el amparo de Su Majestad y de sus Ministros, pues todas estas islas están en peligro de perderse faltando el temor al nombre y valor español.

Convendría representar a Su Majestad que faltan aún muchas tierras de estas partes que pertenecen a su Real Patronato y no se trata de traerlas al conocimiento de Nuestro Señor Jesucristo, como las que llaman de Los Ladrones, que nos causaron gran lástima cuando las vimos 300 leguas antes de llegar a estas islas que parece gente apacible y dócil y de buena disposición. Y pasan naos todos los años de ida y vuelta de estas islas a la Nueva España. Con que se pudiera con gran facilidad conseguir esta empresa que puede ser de tanto servicio de Dios Nuestro Señor, como cualquier otro, aun de las de Europa.

No ha faltado por cierto este católico celo en el real pecho de Su Majestad pues hay cédula antigua (según he oído) para que se trate de la conversión de las islas de Los Ladrones, y es bien de creer que, si Su Majestad supiera que en tantos años del descubrimiento de estas islas no se ha dado cumplimiento a su Real Cédula, hubiese puesto ya el eficaz remedio.

Quiera Nuestro Señor que V. M., próxima y eficazmente se haga no sólo consejero de Su Majestad, en lo temporal de su hacienda, sino procurador en lo más precioso de sus haberes, que son estas almas, hablando a esos señores del Consejo de Indias» (Pos. p. 146-48).

En esta carta, escrita con un propósito tan concreto, incluye Diego otra que es una copia de una antigua carta que San Francisco Javier escribió desde la India a otro de los compañeros fundadores de la Compañía de Jesús, el P. Simón Rodríguez, que se hallaba en Portugal y que era confesor del Rey don Juan III. Javier en aquella ocasión escribía al Rey acerca de la situación de los cristianos de las Indias donde él se hallaba evangelizando, y solicitaba la intervención real para que se cumpliesen sus órdenes acerca de la evangelización de los infieles. El Rey sin duda tenía estos deseos y sentimiento cristianos, mas faltaba el cumplimiento de sus órdenes por parte de los gobernadores y de otros ministros suyos; por lo cual Javier escribía al propio monarca para «descargo de su conciencia» (de la del Rey, se entiende). Esta carta de Javier, muy de su estilo, es clara, directa y le canta las verdades al mismo soberano.

Esta copia de la carta de San Javier, según asegura San Vitores, se la hizo un escribiente chino que tenía setenta años. Y al final de ella añade, por su cuenta, que «la propagación de la fe que pide el santo es también la que se necesita en estas Islas Filipinas y tierras cercanas, como las islas

que llaman de Los Ladrones, que después de tantos años no se les ha dado aún la luz del evangelio» (Pos. p.156).

Era tanto el interés que el P. San Vitores puso en este asunto, que no contento con escribir esta carta al Rey, también escribió a la Reina Doña Mariana de Austria, no directamente sino a través de su confesor el P. Jesuíta Everardo Nithard. Los argumentos que da a la Reina son los mismos del Rey, aunque expresados hábilmente con un toque de piedad y aun de sentimentalismo femenino. «¿Quién duda que si la Reina Nuestra Señora pudiese hacer que se redujesen a nuestra fe todos los herejes e infieles del mundo, lo procurara a cualquier coste y diligencia? Una sola criatura que se dijese estaba en palacio para morir sin bautismo, no se pudiera contener oyéndolo la Reina Nuestra Señora sin levantarse de su estrado y acudir a bautizarla si no hubiese otro que lo hiciese... Y por un solo año que se dilate el despacho en la corte, o la ejecución en estas Islas, perecerán infalible e irremediamente todos los que murieron en ese año y en los siguientes en las islas».

«Finalmente, cuán buenos intercesores serán para todos los buenos sucesos de Sus Majestades y feliz crianza y vida del hijo, Nuestro Señor, y sucesión más numerosa y dilatada. ¿Qué harán en el cielo aquellos niños cuando le vean, con más temple aún de agradecimiento que las almas del purgatorio que salen en virtud de los sufragios que suele mandar a hacer Su Majestad? Niños de cera o de plata suelen ofrecer los padres a Dios o a la Santísima Virgen, en agradables votos y muestras de salvación, para impetrar la salud y vida de sus hijos o felices partos o sucesión. ¡Cuanto más aceptos y valiosos serán estos votos, si se hacen en unos niños más preciosos sin comparación que si fuesen de plata y oro, redimidos y salvados con la sangre de Cristo!» (Pos. p.15657).

El incansable P. Diego todavía escribió más informes, insistiendo en la necesidad y urgencia de la evangelización de las islas de Los Ladrones, por nueve motivos (Pos. p. 158-61), a los que acompañaba unas líneas del arzobispo de Manila y una certificación del Almirante Esteban Ramos, buen conocedor de aquellas tierras.

Finalmente, el Rey salió de su silencio y escribió en Madrid el 24 de junio de 1665 una Cédula Real, dirigida al gobernador de las Filipinas, por la que se le ordena que facilite a San Vitores la realización de sus planes (Pos. p.166). En esta Cédula se vuelve a repetir una con la Cédula fue entendida en Filipinas correctamente como si se refiriese a las islas de Los

Ladrones, que entonces, como ya dijimos, se consideraba como una extensión meridional del Japón.

Ya está libre el camino. Aunque es un camino a través del mar. Para el cual había que proveerse de una embarcación, que, en este caso, tenía que ser construida. Y una vez terminada, San Vitores tendría que viajar hasta Nueva España, para pedirle al Virrey que proveyese de todo lo necesario para abrir la nueva misión. Es decir, de Filipinas a Marianas, pasando por Méjico... Parece una broma..., pero era necesaria esta desviación, ya que en Manila no había dinero en las Arcas Reales para proveer a todos los gastos de tal empresa. Trece meses tardó la fabricación del navío, que algunos documentos llaman «galeón», y al que se puso el nombre de «San Diego». Y otros cinco meses duró la travesía de las tres mil leguas que mediaban entre Filipinas y Acapulco.

En su regreso a Méjico, San Vitores volvió a encontrar allí la veneración y lealtad de aquellos antiguos congregantes suyos de San Francisco Javier, así como de los otros muchos de la población tanto española como india, incluso el apoyo del mismo Virrey, que era entonces el Marqués de Mancera. Mas la cortesía es una cosa y los buenos pesos otra. Y al conocer el Virrey que San Vitores le pedía 10.000 para la expedición, se asustó ante esta cifra. Sin embargo, aquí de nuevo intervinieron los buenos oficios de la Virreina y el apoyo de algunos caballeros adinerados de la ciudad de Méjico, casi todos antiguos congregantes, que prometieron reembolsar a las Cajas Reales los 10.000 pesos si en el plazo de tres años no se recibiese de España una Cédula Real autorizándolo. A lo cual añadieron cuantiosas limosnas, tanto en dinero como en cálices, ornamentos sagrados y piezas de tela.

La providencia de Dios dispuso que en aquel preciso momento arribase a Méjico una embarcación con nuevos Jesuitas, y, aunque iban destinados a Filipinas, Diego tomó a cuatro de ellos que habían de serle de una más útil ayuda en las Marianas que los donativos de sus amigos mejicanos. Los nombres de estos compañeros cían Luis de Medina, Pedro de Casanova, Luis de Morales y el hermano Bustillo, a los que se agregó Tomás Cardeñoso, que le había acompañado desde Filipinas.

Ya a punto de embarcar en Acapulco, el P. San Vitores escribió un memorial de despedida a su Congregación de San Francisco Javier: memorial que después se imprimió con dedicación al Marqués de

Mancera. Es curioso que este memorial lo firma el doctor don Diego Osorio y Peralta, que es el mismo San Vitores, que a veces usaba un seudónimo.

La dedicatoria al Virrey, entre otras cosas, dice: «Gloria es de los Príncipes la constancia en continuar sus favores, porque siempre los últimos son recomendación de los primeros. A. V. E. debe el P. Diego Luis de San Vitores la espiritual empresa de las Islas Marianas, en cuya atención socorrió Vuestra Excelencia, conforme al mandato del Señor Rey don Felipe IV el Grande (que está en el cielo), con 10.000 pesos sacados de la Real Caja de Méjico» (Pos. p.187).

Como ya había muerto el Rey Felipe IV, que es quien firmó la Cédula Real, y aunque le sucedió como Reina Gobernadora su viuda, Mariana de Austria, el P. San Vitores, siempre previsor del porvenir, antes de partir de Acapulco escribió una nueva carta a la Reina, en la que se muestra excelente organizador que hace gala de una mentalidad planificadora que prevé necesidades y remedios: «A. V. M. pide, lo primero, se sirva mandar se confirme la base y feliz principio que se ha puesto a esta misión con los 10.000 pesos que se han puesto de vuestra Real Caja de Méjico...; que se dé orden para que los maestros de las naos del socorro de Filipinas, lleven y dejen en la isla de Guam, o en otra de aquella providencia, los géneros que de Manila o Nueva España se remitieron para las dichas islas Marianas...; que el navío “San Diego”, que viene nacido para dicho viaje, salga a buen tiempo de Manila para dichas islas Marianas y corra su cordillera averiguando los puertos, disposición y calidades que pudieren saber» (Pos. p. 188-89).

Capítulo VI

PANORAMA Y MISTERIO DE LAS MARIANAS

Por fin, las Marianas. La navegación fue «felicísima», según él escribe a sus queridos congregantes de Méjico. Aunque su incansable celo aprovechó el tiempo para componer una gramática de la lengua propia de las Marianas, que remitió a sus hermanos de Manila y de Roma. Una carta del hermano Palazuelos (uno de los que continuaban en la nao «San Diego», rumbo a Filipinas) es más explícita:

«Así que los indios de la Isla de los Ladrones vieron la nao en la que iban el P. San Vitores, salieron en embarcaciones que eran como canoas, y, llegando a la nao, les dijo el P. San Vitores en su lengua que venía con los demás Padres para quedarse con ellos; y les descubrió la prodigiosísima imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico, la cual vista por los gentiles con notable gusto y reverencia cogieron en hombros al Padre y a los demás Padres los entraron en la isla de Guam, donde luego les hizo una plática el P. San Vitores, llamando junto de sí a los «papagures» o principales, que, oyendo las cosas de nuestra fe católica, pidieron 1.500 el santo bautismo. Bautizaron algunos párvulos, de los cuales el primero fue una niña que le pusieron María de Guadalupe, el segundo Ignacio, el tercero Francisco Javier, el cuarto Francisco de Asís, etc....» (Pos. p.197).

Todo esto que nos narra en síntesis el H. Palazuelos, nos lo describe con más detalle el hermano Marcelo Ansaldo, otro de los Jesuitas destinados a Filipinas.

«A 15 de junio descubrimos las islas de Los Ladrones, pero aquella noche quedamos cerca de tierra y así no hubo persona que pudiese dormir por tener a los lados de la nave muchas embarcaciones. Estando aún más de legua y media, se envió al ayudante de piloto para que fuese sondeando la costa, y de esta suerte, el sábado, a los cuatro de la tarde, a 16 de junio, con alegría de todos se dio fondo en frente de una como ensenada donde había muchos árboles de cocos. Aquella misma tarde fue a tierra el piloto, con el P. Luis de Medina, y un intérprete que sabía bien la lengua, y halló a la orilla más de 200 hombres con lanzas de canillas de hombres. Al día siguiente, 17 de junio, fui yo a tierra por ver a toda aquella gente, los cuales gustaron mucho de vernos comer, pues estando comiendo nos miraban más de 200 personas; y después de comer se bautizaron 12 criaturas de más de un año. Con el P. San Vitores se quedaron, además el P. Cardeñoso, los Padres Luis de Medina, Pedro Casanova, Luis de Morales y un hermano estudiante y también algunos indios de Filipinas que se quedaron con el P. San Vitores y tres españoles. Y de esta suerte después de haber negociado todo, martes 18 de junio, dimos las velas hacia Filipinas» (Pos. p. 199-200).

Y ahora que nos quedamos solamente con los misioneros y con sus islas, es el momento de describirlas, antes de que comencemos su evangelización. El P. Francisco García, primer historiador de la vida y martirio de Diego Luis de San Vitores, lo confirma así: «Son estas trece islas en su posesión las Marianas que, comenzando desde el sudeste van a rematar en el nordeste formando una media luna, trono muy propio para las plantas de María y divisa que goza esta Soberana Reina, a pesar de Mahoma que ha unido a sus lunas, muchas de aquel archipiélago».

Ante todo, digamos de una vez para siempre, que las islas primeramente fueron denominadas por Hernando de Magallanes, que había cruzado por ellas el 6 de mayo de 1521, de «las Velas Latinas», porque ese era el aparejo de algunas de las embarcaciones de los indígenas; aunque quien tomó formal posesión en nombre de los Reyes de España fue don Miguel López de Legazpi, en 1565, quien desembarcó en Guam e hizo la ceremonia acostumbrada que era celebrar en la playa el sacrificio de la Misa. Pero después los españoles le pusieron el nombre de Los Ladrones, porque sus habitantes de tal manera se aficionaron a los

objetos de hierro que llevaban las naves españolas que los cambiaban y negociaban por otros frutos de la tierra, e incluso a veces los robaban...

Por eso, también el P. San Vitores les llama a estas islas de Los Ladrones; pero hay un momento en sus escritos en los que comienza a llamarlas Marianas. No podemos precisar exactamente cuándo se dio esta nueva denominación que ciertamente se refería a la Reina Mariana de Austria y que fue aceptada en los documentos oficiales; aunque la denominación siempre conservó, en la estimación de San Vitores, un sentido especial de dedicación a la Santísima Virgen. Hay un documento que recoge una declaración hecha en el Proceso de Manila por el Capitán don Juan de Santa Cruz que acompañó al Siervo de Dios desde Filipinas a Méjico y a las Marianas, y que mandaba la guarnición española durante la Gran Guerra de Guam. El afirmaba que fue Diego San Vitores el que le puso a las islas el nombre general de las Marianas por su devoción a la Santísima Virgen y en memoria de la Reina católica Mariana de Austria» (Pos. p.221).

En este archipiélago, que forma parte de la Micronesia, y que está situado al sudeste del Japón, los misioneros españoles evangelizaron en trece islas, que casi todas fueron realmente descubiertas por ellos. A estas islas con sus nombres originales las rebautizó San Vitores yuxtaponiéndoles un nombre cristiano. Y por eso el Archipiélago de las Marianas tuvo una doble identificación:

Guan se llamó San Juan;
Zarpana, Santa Ana;
Aguiguan, Santo Angel;
Tinian, Buena Vista Mariana;
Saypan, San José;
Anatahan, San Joaquín;
Guguan, San Felipe;
Sarigan, San Carlos;
Alamagan, La Concepción;
Pagón, San Ignacio;
Agrigan, San Francisco Javier;
Asonsón, Asunción;
y Maug, San Lorenzo.

Estas amplias informaciones que aquí recogemos sobre las islas se encuentran en la *Vida y Martirio del Venerable P, Diego Luis de San*

Vitores, por el P. Francisco García. Es la primera biografía del Beato, impresa en Madrid el año 1683.

«El tiempo es saludable y benigno. La tierra es montuosa y de grandes pantanos siempre cubierta de una hierba espinosa, con cantidad de árboles, ninguno de los de Europa. Tiene muchos ríos caudalosos de agua dulce, pues en toda la isla de Guam pasan de 30.

No se hallan caimán, ni culebra ni otro animal ponzoñoso. Hay pesca en los ríos, especialmente de anguilas, pero no las comen por superstición. En la tierra no se halla más animales que gatos y perros, que se cree haber llegado de la nao “Concepción”, que se perdió en ella. Y en el aire no se ven más que unas aves semejantes a las tórtolas, que no comen los isleños. No se ha hallado hasta ahora mina de oro ni plata ni cosa de precio. Lo que entre ellos lo tiene es el hierro, que rescatan de los navíos españoles con los pobres frutos de su tierra. Y las conchas de tortuga; el que más tiene de ellas es el más poderoso.

De dónde vinieron a poblar estas islas, se adivina, pero no se sabe. Ellos conservan la memoria en sus historias, si merecen este nombre las mezcladas con muchas fábulas, que vinieron del sur y de poniente. Las semejanzas del color y de la lengua, el teñirse de negro los dientes, y el modo de gobierno hace sospechar que tienen el mismo origen que los misayas y tagalos. El número de los habitantes en la isla de Guam llega a 50.000, en otras a 40.000 y en otras aún a menos. (Cifras evidentemente exageradas.) Están repartidos en pueblos que en la playa son de hasta 150 casas y en el monte de 6 a 15. Las casas son de las más aseadas y fabricadas con maderas de coco.

El color de la piel de los marianos es pardo, un pardo algo más claro que el de los filipinos, la estatura mayor, son más corpulentos-y formados que los europeos, y tan gordos que parecen hinchados. Las mujeres traen los cabellos muy largos, y con diversos baños los ponen blancos, y tiñen los dientes de negro, teniendo esto por el mayor adorno de su hermosura. Los hombres no usan cabelleras, antes se raen toda la cabeza dejando un copetillo o corona en la mollera del alto de un dedo. Perseveran sanos hasta la edad decrépita, y es muy común vivir hasta los 90 y 100 años, pues solo entre los que se bautizaron en la primera misión, que pasaron de 120 personas, pasaban no pocos de 90 años. Como conocen poco las enfermedades así saben pocas medicinas, y se curan con algunas yerbas. Su traje es el del estado de la inocencia, solamente las mujeres se cubren con un pañizuelo. Susténtanse cuatro meses al año con los frutos de la

tierra, cocos en abundancia, plátanos, cañas dulces y pescado de mar. Lo demás del año suplen la falta de frutos con algunas raíces a manera de batata. No hacen exceso en el comer y no tienen vino y ni otra bebida que embriague: su bebida es el agua y así es su más ordinaria enfermedad la hidropesía.

Su lengua es fácil de pronunciar y aprender, especialmente para los que saben la tagala y visaya. Se reduce a pocas reglas y es mucha la licencia que permite en la variedad de consonantes y vocales en un mismo vocablo.

Usan muchas cortesías, y la ordinaria al encontrarse es decirse “Ati arinmo”, que quiere decir: “dame licencia para que te bese los pies”. Quizá a esta grande ignorancia unen una desmedida presunción que se tienen por los hombres de mayor ingenio y sabiduría del mundo. Hacen mucha estima de la nobleza y de la distinción de linajes, altos, bajos y medios. No se casará por nada del mundo uno de los príncipes o caballeros, llamados “chamorris”, con una hija de plebeyo, aunque ella sea muy rica y él muy pobre. Y a los de bajo linaje no se les permite comer ni beber en las casas de los nobles, ni aun acercarse a ellas.

El natural ingenio, aunque al principio parecía sencillo y desnudado de engaño, después se ha experimentado ser engañoso, doblado y traidor; porque cubren con opuestas palabras de apariencia uno y dos años el sentimiento de la injuria que recibieron hasta que haya oportunidad para la venganza: y nunca reparan en promesas para dejar de hacer lo que les está mejor.

Son guerreros a lo bárbaro, fáciles de inquietarse y fáciles de sosearse. Tardos para acometer, y prontos para huir. Suelen estar dos o tres días en campaña sin acometerse, observando cada uno los movimientos del otro. Y cuando llegan a las manos, se ajustan muy presto las paces, porque en cayendo muertos dos o tres de una parte, se da por vencida, y envía embajadores a la otra, con las conchas de tortugas que son las señales del rendimiento. Aunque les dieron nombres de ladrones, por algún hurto de hierro que debieron hacer en nuestros navíos, no lo merecen, pues estando todas las casas abiertas, rara vez les falta algo.

Las armas de que usan son piedras y lanzas y en lugar del hierro colocan en ellas unas canillas de hombres, labradas con tres o cuatro lengüetas y puntas que rompiendo con facilidad la carne, con la misma se quiebra alguna de las puntas; y quedando dentro de la carne mata

infaliblemente, sin haber hallado remedio contra este veneno, aunque se ha hecho después en Méjico junta de médicos. No usan arco, ni flecha ni espada. Solamente tienen algunas “catanas” y cuchillos adquiridos de nuestras naos por intercambios de sus frutos.

En cada familia es cabeza el padre o pariente mayor; pero con imperio tan limitado que, en creciendo el hijo, ni teme ni respeta a su padre. En las casas particulares tienen el mando las mujeres y no se atreven los maridos a disponer nada contra su voluntad, ni castigar la travesura del hijo, porque, en dándola algún pesar, o dan muchos golpes al marido o se descasa la mujer y todos los hijos la siguen sin reconocer más padre que el que toma de nuevo su madre por marido.

No tienen muchas mujeres ni se casan con parientes, aunque pueden apartarse y tomar otra mujer o marido por cualquier disgusto. Aunque al marido que deja a su mujer le sale muy caro porque pierde la hacienda y los hijos. Y si ofende la mujer al marido, puede el marido dar muerte al adúltero, pero la adúltera no tiene ninguna pena.

Ambiente religioso: Estaban persuadidos que eran los únicos hombres del mundo y que no había más tierras que la suya, pero después de la experiencia de ver pasar nuestras naves y las holandesas, depusieron este error, aunque cayeron en otro igual o peor diciendo que las demás cosas, que todas las tierras y hombres habían tenido origen de una tierra de la isla de Guam, la cual fue primero hombre, y después piedra que parió a dos nuevos hombres, y de allí se esparcieron por España y otras partes.

Acerca de la creación del mundo, dicen que Puntan, que así lo llaman, fue un hombre muy ingenioso, y estando para morir, compadecido de los hombres a quien dejaba sin tierra, llamó a un hermano que había nacido sin padre ni madre y le dio todos los poderes para que, en expirando él, hiciese de su pecho y espalda cielo y tierra, de sus ojos el sol y la luna, arco iris de sus cejas, y de este modo ajustase lo demás. Con todo esto no se halla quien dé a Puntan y a su hermano culto alguno de ceremonia religiosa.

Reconocen la inmortalidad de las almas y un infierno y paraíso donde van los hombres, sin más méritos o deméritos que haber muerto violenta o naturalmente.

Los que mueren violentamente van al infierno o casa del demonio, el cual tiene allí una fragua; los que mueren de muerte natural van a un

paraíso debajo de la tierra, donde hay plátanos, cocos, cañas dulces y los demás frutos.

No se halla entre ellos ni sombra de religión, ni sacerdotes ni bonzos. Solamente unos embusteros que hacen oficios de profetas llamados “macanas”, es decir curanderos, que prometen salud, agua, pescado y semejantes bienes por medio de la invocación de algunos difuntos, cuyas calaveras guardan en sus casas».

Así era la tierra, a la vez paraíso y misterio, donde el P. San Vitores con sus compañeros iban a emplear sus trabajos y donde el primero iba a dar el supremo testimonio del martirio.

Capítulo VII

LUCES Y SOMBRAS DEL NUEVO APOSTOLADO

Volvamos al 16 de junio de 1668, día en que la nave «San Diego» fondeó en una ensenada de Guam, frente a una playa bordeada de cocoteros. Después de la acogida, al principio recelosa y después cordial de los nativos, que ya hemos descrito, una de las primeras sorpresas de los misioneros fue el encontrar a un español que allí se encontraba hacia 30 años desde el naufragio de la nao «Concepción». Pedro les trajo a su hija de dos años que fue bautizada a bordo con el nombre de Mariana. Y tras este comienzo tan cristiano, el P. San Vitores, que era el Superior de aquella expedición, envió una embajada compuesta por los Padres Medina y Casanova para saludar al jefe de la región, que se llamaba Kipuha, quien los recibió amablemente, les concedió libertad para predicar y bautizar, y él más adelante también se bautizó

Al día siguiente, que era domingo, bajó a tierra el P. San Vitores que mandó levantar en la playa un altar para decir la misa y les predicó en su lengua propia. Y en ella les aseguró a los nativos que los Padres se quedarían en la isla y no les habían de abandonar.

Sin perder tiempo, el P. Superior planificó el trabajo. Él se quedaría en el pueblo principal, llamado San Ignacio de Agaña y le acompañaría el hermano Bustillo. El P. Medina, se dirigió hacia la parte sur de la isla. El P. Casanova fue enviado a la isla de Zarparía, o Rota y los P. Cardeñoso y Morales fueron a la de Tinian.

El apostolado de estos valerosos misioneros encontró bien pronto la acogida de los naturales, aunque *no faltaron casi desde el mismo comienzo las dificultades* que fueron promovidas por la oposición de un chino,

llamado Choco. Este había llegado a las islas arrojado por una tempestad, y, estando dotado de una cierta imaginación y de un espíritu proselitista, empezó a difundir algunas de sus fantasías y errores.

El chino advirtió que la presencia de los nuevos misioneros constituía una amenaza para su prestigio y dominio de las islas, porque las gentes se les iban tras los recién llegados para escuchar su predicación y recibir el bautismo. El Choco, para atacar a los misioneros, lanzó la idea de que el agua del bautismo que administraban los misioneros causaba muerte a los niños, y esto de hecho parecía verdad, ya que la mortalidad infantil de las islas era muy elevada y los Padres administraban el bautismo a los recién nacidos. El chino confirmaba sus calumnias afirmando que él ya en Manila había visto muchos niños envenenados por las aguas del bautismo. Las calumnias dieron sus resultados, y a los pocos días, como efecto de la persecución del Choco, el P. Morales, fue herido en Saipán por uno de sus secuaces y poco después el P. Medina también en la misma isla de Guam, en la aldea llamada Nisihan.

Ante estos hechos, el P. Diego tuvo que enfrentarse decididamente y fue a buscar al Choco en su mismo territorio, y, al cabo de tres días de coloquio, quiso Dios que el chino viese la luz de la verdad, y con sinceridad pidió el bautismo. Nosotros, sin embargo, nos permitimos dudar de tal sinceridad, en vista de lo que será más adelante la conducta del Choco. Acabamos de decir que el P. Morales fue herido en Saipan, lo cual demuestra que la acción de los misioneros *no se limitó a la isla de Guam* donde habían desembarcado, sino que alcanzó desde el principio una más extensa difusión. En efecto, en octubre del 68 se embarcó el Siervo de Dios con el P. Morales para visitar las islas del norte, comenzando por Tinian, y por otra parte el P. Morales se lanzó a la exploración de lo desconocido, y descubrió otras seis islas donde permaneció medio año y tuvo el consuelo de bautizar a más de 4.000 almas.

Ya para esta época parecía razonable el ocuparse de dar una mayor estabilidad a la acción misionera, y para eso el P. Diego regresó al centro principal de Ágaña, donde el 2 de febrero de 1669 *inauguró la iglesia principal de las islas, dedicada al Dulce Nombre de María*, y que es hoy la catedral donde reside el Sr. Obispo.

No bastaba la iglesia para los cristianos presentes y había que pensar en los futuros; y para eso el P. Diego se propuso un objetivo importante; la fundación de *un Seminario para niños* con el título de San Juan de Letrán. Lo que venía sin duda a proveer al futuro religioso de las islas traía

consigo un inevitable problema económico, sobre todo porque al lado de este colegio para niños Diego pensó al mismo tiempo en *otro para las niñas*, donde pudieran aprender no solamente la doctrina cristiana sino también otras labores propias del hogar. Y aquí es donde, de nuevo, el P. Diego se dirige a sus amigos trasmarinos y en particular a la que consideraba protectora de las islas, la Reina Mariana de Austria.

Varias son las cartas del Siervo de Dios que se conservan y que se refieren a esta petición de auxilio. Ante todo, el Padre presenta un balance de la labor realizada que humanamente resulta increíble. El documento está firmado en la Residencia de San Ignacio de Agaña y lleva la firma del P. San Vitores: «Todos los pueblos, los 180 pueblos de estas islas, han sido ya visitados uno por uno, dos y tres veces, y en todos se reconoce y aclama por verdadero Dios a Nuestro Señor Jesucristo, por nuestra misericordia han llegado ya al Santo Bautismo 6.055, y casi todos los otros los podemos llamar catecúmenos, pues están disponiéndose para bautizarse.

Y sumando éstas con las de otras diez islas, a donde hemos estado después, son 13.098 desde el día 16 de julio del pasado año en que se bautizó la primera niña Mariana, y los catecúmenos que acuden con notable continuación y casi importunidad, pasarán de 20.000. Entre los bautizados serán más de 50 los viejos de cerca de 100 años, y algunos de más de 120, y más de 100 infantes, los que habiendo muerto recién bautizados se han presentado en la celestial mesa, primicia de esta nueva fruta mariana» (Pos. p.202).

Con este memorial, que no es de proyectos, sino de resultados, podía el P. San Vitores animarse a hacer sus peticiones, que dirige tanto el P. Vidal, Procurador de las Marianas, como también otro tanto al P. Reina, y también, como dato curioso, escribe una carta a los hermanos de la Santa Caridad de Sevilla y a su fundador Miguel Mañara. Citemos el memorial al Procurador.

«Lista de cosas que tomaremos por amor de Dios, enviándoselo por el mismo amor, para esta misión de las Islas Marianas. Lo más preciso inmediatamente son los santos óleos nuevos y trigo para hostias, que tenemos aún menos acá que de vino. Esto inmediatamente, en cualquier viaje que se haga.

Las demás cosas, para cuando buenamente las pudieran enviar. Misales, cálices, 12 campanas de iglesias, una docena de campanillas y la receta de cómo se funden, por si pudiéramos servirnos para ello de unas

piezas de artillería que hay aquí. Imágenes de culto de santos, lámparas, candiles y linternas, rosarios todo el número que se pudiere, cuatro guitarras y dos arpas, con cantidad de cuerdas, cuatro clarines, cascabeles grandes y medianos, oropel y papel colorado, abalorios, cuentas de vidrio, y cosas semejantes, conchas de tortugas, lo más que se pudieren, anteojos de varios grados, sobre todo seis para viejos y anteojos de larga vista para reconocer las naos. Armas de fuego para la gente que haya acá, seis escopetas y seis pistolas, que les causarán más horror a los malos que las bocas de fuego con cuerda, con sus municiones. Broqueles, que aunque los religiosos tenemos otras armas mejores, los seglares que nos acompañan dicen que los han de menester. Y especialmente bizcocho, que hace madrugar a los niños para que vengan a la santa doctrina, y a chicos y grandes les hace estar todo el día aprendiendo en la escuela con notable suavidad. Así, venga por amor de Dios, cuanto se pudiera de bizcocho, que nos vale aquí más el bizcocho para hacer guerra al demonio, que 10 compañías de infantería española» (Pos. p.212).

«La carta a la reina, que sepamos, no fue enviada directamente a ella sino por medio del Procurador de la Misión. Pero en el escrito se vuelve a insistir en el seminario de los niños, para el que, con sentido realista, no repite la petición de San Francisco Javier de los 3.000 escudos de oro, sino que la rebaja a tres mil pesos para los “marianillos seminaristas que en él se han de criar”. Después repite la misma letanía de súplicas: Bastimentos, bizcocho, arpas, guitarras, liras, cornetas, y un órgano y organista... Y para que estos niños aprendan todas estas; habilidades, cartillas, catecismos, libros para que aprendan a leer, plumas y papel para que escriban. Y nos remitan algunas imágenes, que son muy grandes predicadores de los divinos misterios. Estimaremos en primer lugar algún modo para explicar el misterio de la Santísima Trinidad. Para este propósito, el que está en el patio de la Casa Profesa en que se representan tres rostros en uno. La forma de la paloma no es a propósito para explicar la persona del Espíritu Santo... Otra de San Miguel, con su peso y espada de fuego y el demonio, muy feo, y postrado a sus pies y echando fuego por la boca, etc... 5 de mayo de 1671» (Pos. p.213-14).

Inesperadamente, llega la tormenta como el rayo de la muerte. Surge una contienda entre dos bandos rivales y muere en medio de ella en la isla de Anatahan un catequista malabar, llamado Lorenzo. Ya tenemos *un primer mártir* en las Marianas.

Cuando el Siervo de Dios llega a Tinian, se la encuentra dividida en dos bandos y en estado de guerra. Los Marpos contra los Sungharon. San Vitores se coloca en medio de ellos y recibe una gran pedrada, piedra que al tocar la cabeza se deshace en polvo. Un prodigio que según los naturales se repitió varias veces. También la isla de Saipan se agita y el P. Medina que la misionaba, al querer bautizar a un niño del pueblo cae muerto atravesado por una lanza. Es el *segundo mártir de las Marianas*. Le acompaña el *tercero*, un catequista visaya, Hipólito de la Cruz.

La paz lograda entre los bandos de Marpo y Sungharon fue bien breve y no duró más de dos meses. El Siervo de Dios, que estaba en Marpo, advirtió el peligro inminente; pero no podía avisar a los compañeros porque se encontraba inmovilizado por una fiebre severa. El P. Diego quería avisar al filipino don Juan de Santa Cruz, que mandaba a los españoles, para que acudiese a impedir el encuentro. Pero como no tuvo a nadie para enviar el recado, se valió de un perro al cual ató el mensaje para el capitán, quien efectivamente lo recibió sin falta.

Discurría el tiempo con estas alternativas de paz y guerras, cuando al principio del tercer año, 1670, favoreció Dios a su Siervo con una gran gracia singular, narrada varias veces en los anales y cartas de aquel tiempo.

Padecían las islas una sequía muy prolongada, y como sus oraciones pidiendo la lluvia no eran escuchadas, comenzó a debilitarse la fe de muchos que recurrieron secretamente a las hechicerías de los «macanas» para que éstos invocasen a los espíritus de las calaveras, sobre todo de aquellas que eran talismanes para la lluvia. San Vitores, que reconoció en esto una treta del demonio, y seguro de que Dios le oiría favorablemente, reunió a los cristianos en la iglesia, les reprochó su incredulidad y les prometió la lluvia al día siguiente si comulgaban y pedían a Dios perdón por su superstición. Efectivamente, al día siguiente, después de una noche serena y despejada, al llegar el alba se encapotó repentinamente el cielo, y comenzó a caer una lluvia torrencial.

La sucesión de los hechos durante este largo período, que corre desde los primeros pasos de la fe hasta los últimos del propio martirio, se describen extensamente en múltiples documentos incorporados al Proceso donde no faltan también intervenciones extraordinarias de Dios que las gentes consideraban como verdaderos milagros: curación repentina de enfermedades y previsión de sucesos.

Un buen día, el 9 de junio de 1671, arribaba a Guam el galeón *Nuestra Señora del Buen Socorro*. La nave hacía honor a su nombre, porque portaba gran parte de los socorros que el Padre había solicitado de la Reina, y del Padre General. Es decir, diversos recursos, pero sobre todo personas. Misioneros y soldados. Los misioneros eran cuatro sacerdotes, que traían un breve de Su Santidad Clemente XI, en extremo laudatorio. Con este refuerzo que trajo el *Buen Socorro* quedaban en las Marianas, para la protección de las islas, 30 soldados con tres mosquetes y dos piezas de artillería, procedentes de un naufragio anterior. No obstante, el aumento de la defensa, se creció también la agresividad de los enemigos, que tenían, sin pensarlo, su principal aliado en el carácter tal vez excesivamente bondadoso del P. Diego, que sólo quería tratar a aquellos salvajes por la vía del cariño y de la blandura. Los motivos de odios y de guerra contra los misioneros no se habían extinguido, dada la psicología nativa que guardaba un recuerdo pertinaz de las ofensas; y así todo esto preparó la llamada Gran Guerra de Guam.

Todo comenzó en un episodio marginal. Un mozo, José Peralta, ayudante de la misión, criollo nacido en Puebla de los Andes, que estaba fabricando cruces de madera de unos árboles, mientras lo hacía fue asesinado con 18 puñaladas (Pos. p.277) por los secuaces de Hurao, uno de los caciques más pudientes de Agaña. Los españoles, mientras buscaban al autor del crimen, dieron muerte al cacique Guasa, sin saber que lo era, y esto fue el detonante de la conflagración. Hurao acompañado del chino Choco, renegado de su conversión y de los «macanas», se decidieron a acabar de una vez con los Padres y los españoles; pero alguien les avisó y el P. San Vitores les ordenó que todos se refugiasen en la iglesia, y mandó construir una empalizada o estacada para rodearla y también levantó tres fortines o torreones. Desde esta posición fuerte, uno de los españoles, el Sargento Mayor don Juan de Santiago, salió y prendió a Hurao. pero el P. San Vitores se ablandó y admitió su liberación a cambio de una promesa de paz.

La promesa fue incumplida. Y el 11 de septiembre de 1671 los bárbaros dieron el primer asalto, disponiendo de una masa de unos 2.000 combatientes que disparaban piedras, flechas y dardos contra la iglesia y la residencia, a los cuales pudieron responder los españoles con sus armas de fuego, que sembraron el pavor entre los asaltantes. Salió el Siervo de Dios con un crucifijo para ofrecerles paz y perdón. Pero fue inútil, y así continuaron los asaltos durante ocho días continuos.

Entre las varias estratagemas, una consistió en arrojar lanzas impregnadas con una sustancia ardiente, dirigidas al tejado pajizo de la iglesia con objeto de prenderle fuego.

Según Diego Morales, testigo de los sucesos, los Padres y soldados estuvieron sitiados desde el 12 de septiembre al 20 de octubre de 1671. Eran sólo 20 soldados bisoños, y habiendo hecho voto, por inspiración de, cielo, al Arcángel San Miguel en su propio día, él les so corrió a todos, porque a la mañana siguiente, 30 de septiembre, se halló en el techo pajizo de la Iglesia una lanza arrojada con fuego que se había consumido todo y parte de la lanza, sin haberse quemado una sola paja. Más aún, habiendo pegado fuego los indios a una casa cercana a la iglesia con la intención de que, extendiéndose el fuego, la quemase también, uno de los religiosos que allí estaba invocó a San Miguel con las palabras: «San Miguel beliang» (= San Miguel, socórrenos con agua). Y, repentinamente, comenzó a llover, con lo que inmediatamente se apagó el fuego.

El 8 de octubre levantó Dios una tempestad de aire —un tifón lo llamaríamos hoy— que hizo en los sitiadores y sus casas grandes daños, destruyéndolas juntamente con sus principales heredades que son de árboles del raymay que les sirven de pan. Sin que la tempestad hiciera mal ninguno a la iglesia ni a los Padres y soldados cristianos que estaban en ella (Pos. p.223).

Finalmente, tras el prolongado asedio, y los continuos asaltos con lanzas y piedras encendidas, y de haber interrumpido el asedio con otra paz negociada que de nada sirvió, el Sargento ordenó una salida y al amparo de la artillería se arrojaron los españoles sobre los indios, derribaron sus trincheras con las calaveras, y pusieron en fuga a los enemigos. Era el 20 de octubre de 1671. Kipuha vino enseguida a pedir la paz, y las capitulaciones formales se firmaron el 21 de octubre, poniéndoles como condición no impedir la labor de los Padres y reedificarles la iglesia y residencia. Fin de la Gran Guerra de Guam.

Capítulo VIII

AL FINAL, EL MARTIRIO

¿Recuerdan aquella primera vez en que el P. Diego Luis de San Vitores avistó las islas Marianas en su viaje a Filipinas? Las vio surgir como unos arrecifes volcánicos en un mar esmeralda, bajo un cielo azul, cortado en el horizonte por playas bordeadas de palmeras... Faltaba, decíamos entonces, en aquel paisaje, el color rojo. Ahora ha llegado el momento de completarlo con la sangre de los mártires. Así, en plural, porque hubo otros además de Diego de San Vitores. La luz y las sombras continuaban en implacable lucha en las islas Marianas, repitiendo una vez más el escenario que nos trazó San Juan en su prólogo de su evangelio. Las tinieblas y la luz.

La luz del evangelio avanzaba de forma que la isla de Guam ya poseía cuatro distritos misionales, los de Merizo, Pagat, Pignug y Nisihan, cada uno con su iglesia, y además de éstas había en todo el territorio insular otras diez iglesias (Pos. p.279). De todas éstas, Nisihan era el lugar más desacomodado y peligroso, en donde abundaban los niños, y que por eso el P. San Vitores se reservó para sí.

Las sombras, por el lado opuesto, no acababan de desaparecer. Casi puede afirmarse que nunca estuvieron ausentes, aunque avanzaban y retrocedían, con la astucia propia de aquellos indígenas. Esto ya lo vieron, no sólo los misioneros, sino también algunos otros que analizaron serenamente la situación do conjunto; entre ellos el gobernador de Filipinas, que, en un informe al Consejo Real, apreció en toda aquella hostilidad la acción de los «macanas» y sobre todo la del chino Choco, también llamado el mestizo Sangley, es decir, «comerciante chino». Y así, en un informe a la Reina del 22 de junio de 1673: «Tengo por cierto que si

se viesen sin ese mestizo Sanglev abrazaran generalmente la doctrina cristiana, por ser indios de buen natural, y no tener adoración ni secta particular» (Sum. p.259).

Como muestra de esta oposición solapada pero creciente, podríamos citar la actuación de los dos caciques, Hirao y Kipuha, que trataron de matar a los Padres Solano y Ezquerria cuando ellos se hallaban construyendo la iglesia de Merizo. Todo lo cual indica que la pretendida paz que había seguido a la Gran Guerra de Guam ocultaba serios peligros de los que algunos indios advirtieron a los Padres.

Así las cosas, llega el final de marzo de 1672 cuando se aceleran los acontecimientos que van a terminar con el martirio del P. San Vitores.

La noticia de estos sucesos la conocemos, entre otras fuentes, por la narración que hace el P. Francisco Solano, Superior de la Misión, y que el 22 de abril de 1672 envía a Manila, dos semanas escasas después de la muerte de San Vitores y de cuya carta envió también una copia a Roma.

Varias son las personas que intervienen en este sangriento suceso, y vamos a presentar a los que podríamos llamar «dramatis personae».

La primera de todas y protagonista de este drama sagrado es *el P. Diego Luis de San Vitores*, alrededor del cual se disponen los otros personajes, unos para el bien y otros para el mal.

De ellos, y en el reparto de la luz, debemos nombrar ante todo a *Diego Bazán*, español, a quien San Vitores había conocido en Méjico durante su último viaje. Tenía Diego catorce años cuando el Padre, encontrándolo en la Plaza Mayor de la capital, le dijo: «Hijo, ¿quieres venir conmigo a ser mártir?» El muchacho respondió al punto que sí. Y desde entonces San Vitores lo tomó por compañero (Pos. p.288). Como contrapartida, en el reparto de las tinieblas, presentamos al segundo actor, *el cacique Kipuha*, cristiano bautizado que había después renegado, y que va a ser quien mate a Diego Bazán. El P. *Francisco Solano*, que estaba en la iglesia central de San Ignacio de Agaña, el 31 de marzo quiso avisar a San Vitores de la llegada del P. Cardeñoso, y para eso le envió al catequista Bazán. Para cumplir este encargo, el muchacho tenía que pasar por el poblado de Chuchugú, adonde también llegó Kipuha, y aunque Diego Bazán había llevado consigo dos lanzas, en un momento de descuido fue atacado por dos urritaos (= jóvenes), uno de los cuales, Agur, le dio una estocada con un machete y el otro le remató con un palo en la cabeza. Y cometido este crimen, Kipuha y su gente se fueron contra la casa de la

misión intentando quemarla; aunque no pudieron por causa de los ladridos de los perros que alertaron a los soldados.

El P. Solano, al ver que Diego Bazán no regresaba, envió a otros dos emisarios, ambos filipinos, el uno «pampango» y el otro «tagalo», llamados *Gabriel Bernal* y *Nicolás de Figueroa*, a los cuales se unió un criollo, *Manuel Rangel*, que estaba encargado de la iglesia de Nisihan. Los tres pudieron establecer contacto con el P. Diego que, al conocer la gravedad de los sucesos, les ordenó que regresaran para acogerse en seguro a la Iglesia de San Ignacio de Agaña que estaba protegida por una empalizada. Pero los emisarios no pudieron llegar a la Iglesia porque en el camino le salieron al encuentro unos 20 indios de Chuchugo, y, aunque se defendieron mientras le duraron las flechas y Figueroa mató a uno de ellos, los atacantes alcanzaron hasta darle muerte al criollo Manuel Rangel, mientras que los otros dos, Figueroa y Damián, se pusieron a salvo huyendo al monte; mas, desconociendo el paraje, perdieron el camino y vinieron a dar en dos pueblos de la costa donde fueron ambos asesinados.

Mientras tenían lugar estas muertes —ya llevamos contados cuatro víctimas— el P. San Vitores, se quedó tan sólo con un indio bisaya llamado *Pedro Colonsor*. Es el primero de abril, más exactamente la madrugada de ese día, en la que San Vitores se ha refugiado para descansar en casa de un buen cristiano, en el pueblo de Fafac. Por la mañana siguiente, muy temprano, celebró misa y después emprendió el camino para regresar a San Ignacio de Agaña, para lo cual siguió la ruta que pasa por Tumhón, que es un pueblecito cercano a la playa que distaba tan solo legua y media de la residencia central de San Ignacio.

¿Por qué en un momento de tanto peligro se detuvo el P. San Vitores en el pueblo de Tumhón? Porque allí vivía Esteban, aquel solitario español abandonado por una de las naos, y que el Padre encontró al arribar a la isla de Guam, y cuya hija había bautizado con el nombre de Mariana. Dicho Esteban había hecho a San Vitores algunos favores, ayudándole a instruirse en la lengua de la tierra que él bien conocía. Mas después se fugó y a la sazón vivía amancebado con una india. Por eso estaba allí San Vitores, en busca de esta oveja perdida. Estando en Tumhón, supo que una mujer había dado a luz y quería que bautizase a su niña que estaba en peligro de muerte. Esta mujer, que era cristiana, estaba casada con *Matapang* un siniestro personaje de este drama. Había sido bautizado por San Vitores, era ahijado suyo e incluso atendido cuando convalecía de unas heridas, pero había apostatado de la fe. Y se había vuelto muy enemigo de los

misioneros. Cuando el P. Diego le pidió permiso para bautizar a su hija, el bárbaro respondió que el bautismo no era de provecho y mataba a los niños, por lo que le invitó sarcásticamente a que bautizara una de las calaveras o talismanes que tenía en su casa.

En este instante sobreviene otro indio llamado Hiraó, al que ya hemos citado anteriormente, quien, aunque pagano respetaba algo al P. San Vitores porque lo tenía por persona amable y bienhechora de los nativos. Matapang le incitó para que matase al Padre, y al objetar Hiraó que lo dejaría para otra ocasión, le respondió y tachó de cobarde. En el entretanto el P. Diego, aprovechando que se había ausentado Matapang, entró en su casa donde la madre de la niña solicitaba urgentemente el bautismo, lo cual realizó el sacerdote. Por lo que Matapang, al conocerlo, se irritó más aún y se lanzó violentamente contra el Padre, a quien alcanzó, así como también a su compañero. El P. Diego fue herido en el costado y después fue rematado por Hiraó con un golpe en la cabeza causado por una catana, que es una especie de alfanje. Ya agonizante, el P. Diego tuvo fuerzas para pronunciar sus últimas palabras: «Matapang, Dios tenga misericordia de ti». Era el sábado de la dominica de pasión, vísperas de la semana santa (Pos. p.260).

Muertos ambos misioneros, Matapang arrebató el crucifijo que el Padre llevaba al cuello y lo profanó dándole golpes hasta hacerlo astillas. Y después de despojar a los mártires de sus vestiduras, los arrastraron poniendo el cuerpo del Siervo de Dios en una embarcación junto con el de su compañero, y, atándoles unas piedras, arrojaron los cadáveres al mar. Y aunque éstos salieron varias veces a la superficie, finalmente se hundieron (Pos. p.281).

Después, temerosos de que la sangre derramada pudiera acarrearle alguna peste o maleficio, encendieron un fuego en el lugar en que los mártires la habían vertido.

Así murió el P. San Vitores. Su cuerpo se hundió en el océano Pacífico, su alma subió al alto de los cielos, y entre el océano y los cielos su memoria permaneció y comenzó a venerarse en la isla que tanto había deseado evangelizar con su palabra y su sangre, donde, al momento de su muerte, habían recibido ya el bautismo cerca de 30.000 marianos (Pos. p.281).

Desconcertados y doloridos por estos sucesos —ya que en pocos días habían muerto cinco— sus compañeros de misión prefirieron al principio

permanecer tranquilos sin hacer más averiguaciones sobre lo sucedido, hasta que llegase la nave de Nueva España que se esperaba dentro de pocas semanas. Así lo afirma el P. Francisco Solano, que sucedió a San Vitores en el oficio de Superior en la misión de las Marianas, aunque brevemente porque muñó al cabo de dos meses.

«Nos ha parecido por ahora —dice el P. Solano— no hacer demostración alguna hasta que venga el navio. Dios lo traiga y ponga en el corazón del cabo (así llamaban algunos al capitán del barco) unos buenos alientos Para remediar una tan grande maldad que necesita un ejemplar castigo. Y si ese no le hay de presente, corremos grande riesgo todos los que quedamos, por lo insolentes que ellos están, y porque se confirmarán en que el navio no les puede hacer daño alguno» (Pos. p.272).

El dos de mayo de aquel año de 1672 fondeó en una ensenada de Guam la nao que venía de Nueva España. Con ella llegaban tres nuevos religiosos de la Compañía enviados para aquella misión, y al mando de la nao venía el Almirante Leandro Coello, muy favorecedor de la misión Mariana, que les dejó 15 soldados, con armas, pólvora y municiones, con lo cual han quedado los naturales de estas islas quietos y sosegados (Pos. p.281).

Cuando esta nave española arribó a Filipinas, y las noticias del martirio llegaron a Manila, todas las campanas de la ciudad se echaron al vuelo y todos los Padres del Colegio, acompañados de otros muchos religiosos, fueron a celebrarlo a la catedral con el canto de un Te Deum, venciendo el natural sentimiento y enjugando las lágrimas por el amor que todos le tenían ante el conocimiento de la gloria de que gozaba.

Esa misma alegría de buena noticia del martirio de San Vitores, con verdadero sabor evangélico, cruzó el Pacífico en la nao que regresaba a Nueva España. Y al llegar a la capital de Méjico, se repitieron las mismas demostraciones de pena y alegría, sobre todo por parte de los congregantes de San Francisco Javier entre los que San Vitores había tenido tan buenos amigos.

Y Madrid. La noticia llegó a comienzos de junio del año siguiente. Y se convirtió en fiesta, precedida la noche anterior por fuegos artificiales y cohetes alegremente acompañados por el repique de todas las campanas de la ciudad. Al día siguiente se celebró una solemnísima fiesta en el Templo del Colegio Imperial con asistencia de muchos sacerdotes y religiosos de

la ciudad, y se dijo la misa votiva de San Ignacio para darle la enhorabuena por haber tenido tal hijo.

Aquel hijo que «él quería en su Compañía», como le había declarado muchos años antes a la madre de Diego Luis y que gozaría de esta fiesta desde el cielo. Sin embargo, su marido, don Jerónimo, estaba allí presente escondiéndose de los fieles para ocultar su visible emoción por las alabanzas que oía de su hijo. Había habido entre los dos a lo largo de la vida, y superada la primera oposición, una fina sintonía de sentimientos y un maravilloso intercambio de bienes. El padre había servido al hijo como valedor ante la Corte del Rey, y ahora el hijo le devolvía sus favores desde la Corte del Cielo. Don Jerónimo tuvo también la dicha de recibir una larga relación muy circunstanciada de la vida y muerte de su hijo que le enviaba desde Manila el P. Vidal, Procurador de la misión.

También en Burgos, sobre la pila bautismal de San Gil en la que se bautizó el niño Diego, se colocó una inscripción debajo de una pintura del Siervo de Dios, enviada por don José, hermano de Diego y Marqués de la Rambla, que también fue autor de dicha inscripción: «El venerable P. Diego Luis de San Vitores de la Compañía de Jesús. Entró en su colegio de Madrid, milagrosamente. Muy favorecido del Señor, en especial en la conversión de los gentiles. Primer apóstol de las islas Marianas, donde, convertidas millares de almas a la fe, murió pasado por una lanza y partida la cabeza con una catana el 2 de abril de 1672. Hijo de don Jerónimo de San Vitores y doña Francisca Maluenda, hízolo poner aquí don José de San Vitores y Alonso, Caballero de la Orden de Alcántara... etc. A tan gran felicidad de su casa, y haberse bautizado en esta iglesia de San Gil, el 18 de noviembre de 1628» (esta fecha es un error porque nació en el 27).

También en las Marianas, en la isla de Guam, se quiso conservar la memoria de Padre tan querido. El Capitán español don Damián de Esplana, para el cumplimiento de un voto que había hecho al haber sanado de una enfermedad, mandó levantar una capilla en el lugar del martirio e hizo poner una cruz en aquel lugar de la playa donde Hirao y Matapang habían quemado su sangre. Como ya hemos dicho, sus devotos no tuvieron el consuelo de conservar sus restos, «sirviéndole el mar de cristiana losa», como dice un tanto barrocamemente un poeta contemporáneo, Francisco Antonio de Castro.

Cuarenta y cuatro años de vida. Cuatro años de misión en Marianas. Voló aprisa por el viento del Espíritu. Más que impulsado por las velas de

aqueños navíos que cruzaban ante las islas Marianas, viajando de Sevilla a Manila, pasando por Nueva España...

Capítulo IX

PROCESO DE CANONIZACIÓN

Cuando la Iglesia propone la vida de uno de sus hijos como objeto de veneración y culto y a la vez como modelo de virtudes cristianas, no sólo hace una declaración de su magisterio infalible, sino que con ese acto concluye un proceso de investigación en el que se ha llegado a ciertas conclusiones, tras un largo y documentado estudio.

Las etapas de dicho proceso han sido cuidadosamente establecidas por el derecho de la Iglesia y son competencia de la llamada Congregación de las Causas de los Santos. Su desarrollo se sitúa en dos planos: A) Un plano *celestial y superior*, la persona canonizada (o beatificada), se halla entre los bienaventurados, formando parte de la Iglesia triunfante. B) *Otro plano terrestre e inferior*: dicha persona, durante su permanencia entre nosotros, ejerció sus virtudes en grado heroico que demuestran que ya en ese período terrestre poseía la virtud de la caridad que le hacía vivir con Dios y en Dios. Como si la Iglesia dijera: de tal manera el Siervo de Dios vivió unido con El participando de la vida divina en su trayecto mortal y humano, que estamos ciertos, y así lo aseguramos solemnemente, que se halla ahora gozando de esa vida divina en la Gloria de los Bienaventurados. Esta continuidad de ambas vidas —la mortal entre los hombres y la inmortal entre los santos— es tal, que se puede afirmar de todos aquellos que mueren en gracia de Dios. Pero en el caso de los santos esa vivencia es tan perfecta y en tal grado, que los constituye a la vez *como modelos* de los cristianos todavía caminantes, y a la vez los hace dignos de *veneración* de la iglesia, que los considera como *intercesores* delante de Dios.

Aunque esa caridad, que santifica en el primer tiempo y glorifica en el segundo, es la misma realidad, sin embargo su ejercicio y su manifestación es bien diverso en cada persona. En el mártir tiene una manifestación que podíamos llamar más concreta, más puntual y explosiva; mientras que en los otros Siervos de Dios esa manifestación es más continuada, más lineal y sostenida. El mártir demostró, paradójicamente, muriendo al final de su vida, que amaba a Dios heroicamente. El no-mártir, por su parte, lo demostró viviendo, o, si lo queremos decir así, muriendo *cada día*. El mártir estampó una fecha roja y festiva en su calendario, que justifica su inclusión en el santoral. Los otros llevan en su almanaque las hojas más continuadas, de fechas más laborables y lectivas, que forman el santoral de cada día.

Ese diverso carácter distintivo de su santidad, ese color rojo o negro de su almanaque, lleva consigo un diverso proceso de certificación de su calidad heroica. El mártir, si muere por causa de la fe —ya determinaremos más adelante este concepto—, *no necesita otras pruebas de ese amor heroico*. Ya lo dijo Jesús: «Nadie ama más que el que da la vida por sus amigos». Y esa entrega de la vida, aunque admite una exégesis más amplia, sin duda que comprende y se aplica primariamente a la muerte cuyo modelo fue el Mártir del Calvario. En cambio, el no-mártir tiene que mostrar el ejercicio de la caridad por medio de una *serie de actos que se llaman Virtudes Heroicas*. Virtudes que son sometidas a un examen largo y a un detenido Proceso Canónico. Más aún, virtudes que tienen que recibir la *confirmación suprema del milagro*, y el milagro es, como sabemos, el sello de auténtica virtud, y demuestra la presencia de Dios en la vida de su Siervo. Los hombres, como jueces del Proceso, aseguran gravemente: «Nos consta de sus Virtudes en grado heroico», y Dios dice, por su parte, sellando el protocolo con un milagro: «Así es».

Este pequeño prólogo no trata de ser un compendio de Derecho Canónico, sino una aclaración para los lectores y vale igualmente para los TRES biografiados contenidos en este tríptico.

Así pues, abrimos el Proceso del Siervo de Dios Diego Luis de San Vitores; ya hemos seguido su vida por tierra y por mar, por vida y por muerte. Ahora, vamos a resumir brevemente cómo esta vida ha sido reconocida como un martirio por la Iglesia Católica, y declarado así por la autoridad infalible de Juan Pablo II.

El Proceso de reconocimiento de las Virtudes y Martirio del P. San Vitores presenta la paradoja de que es algo que sucede a miles de kilómetros de distancia de los centros de información y en unas islas casi totalmente desprovistas de medios de comunicación. Y, sin embargo, por la personalidad del mártir, se convierte en un hecho ampliamente divulgado y documentado; de forma que, a más de tres siglos de distancia, ahora se ha podido perfectamente probar la realidad de su martirio ante la Congregación Romana para las Causas de los Santos.

Cuando ojeamos los documentos contenidos en la Positio, un volumen de 490 páginas, quedamos sorprendidos ante la rápida difusión que tuvo el martirio de Diego Luis de San Vitores. Resultaría largo e incluso enojoso enumerar aquí toda esa documentación, y por eso seleccionamos tan solo algunos ejemplos, ordenados cronológicamente.

A) Un testigo *ocular* del martirio, Bayug, un indio natural del pueblo de Merizo, que declara haber estado presente a la muerte.

B) Un testigo *auricular inmediato*, es decir, que lo oyó contar al mismo criminal Matapang. Se trata de Ambrosio Agman, de edad de catorce años, natural del pueblo de Apuruham. Testigo cristiano que «goza, aun siendo tan joven, de gran confianza y tiene más conocimiento que otro indio de estas islas y se le debe dar crédito» (Pos. p.246).

C) Otros testigos *auriculares* que oyeron narrar a los testigos A y B. Y estos son el P. Alfonso López que así lo declara en el Proceso de Manila (Pos. p.324) y los capitanes don Juan de Santa Cruz y don Diego de Mendizábal, que lo oyeron contar a varios indios relacionados con los otros testigos.

D) Además, de éstos, existen hasta otros nueve testigos recogidos en los Procesos, de personas que merecen credibilidad y que ofrecen una coincidencia que descarta todo error.

Asimismo, existen bastantes documentos que relatan de la forma más ordenada la vida y martirio de San Vitores y que han sido también incorporados en los diversos Procesos. Tales son:

A) Carta del P. Francisco Solano, Superior de la misión después de la muerte de San Vitores, firmada el 26 de abril de 1672 y que es el documento más antiguo sobre el martirio, escrito dos semanas después de su muerte (Pos. p.267-272).

B) Una «relación de la dichosa muerte del Venerable P. Diego Luis de San Vitores, primer misionero y conquistador de Nuevas Gentes y otros

nuevos reinos a la Católica Majestad Nuestra Señora Doña Mariana de Austria y tutora de don Carlos II, su augustísimo hijo y nuestro Rey y Señor, sacada de varios papeles que han venido de las islas Marianas». Esta Relación se imprimió y se conocen por lo menos tres ediciones (Pos. p.273-281).

C) Un informe del Gobernador de Manila, don Manuel de León, a la Reina. Este Gobernador había conocido personalmente al P. San Vitores, y, a su paso por las islas, trató de prender al Choco Sangley, pero no lo logró (Pos. p.282-283).

D) Extractos de los sucesos de las islas Marianas desde el 69 hasta el presente del 72. Fechado en Manila el 10 de julio del 72, por Andrés de Ledesma, Jesuita, y que a la sazón era el Provincial de Filipinas y que dirige el documento al P. General de la Compañía (Pos. p.283-286).

E) Extractos de una Carta Anua de la Provincia Jesuítica de Filipinas. Es decir, la relación anual que oficialmente debe enviar a Roma cada Provincia. En esta carta se detallan las cartas que precedieron, referentes al Siervo de Dios (Pos. p.287-290).

F) Extracto de la relación de los sucesos en los años 1672-1673, fechado en Agaña el 6 de abril de 1673. Se encuentra este documento en la colección Pastells, y uno de los firmantes es el P. Ezquerria que sucedió como Superior al P. Solano, muerto en junio del año anterior.

G) Carta del P. Vidal, Procurador de las islas Marianas a don Jerónimo, 10 de febrero de 1674. Es una carta que acompaña al documento impreso (B), con la narración de la vida, y que el P. Vidal dedica como regalo a don Jerónimo, padre del Mártir. El manuscrito de este documento llegó a Acapulco en enero de 1674 y de allí fue remitido a Cádiz y Sevilla para ser impreso. La carta manuscrita llegó en junio de 1674, cuando se celebraba el martirio del Siervo de Dios (Pos. p.307-309).

H) Carta de Fray Payo de Ribera, arzobispo de Méjico y Virrey de Nueva España, a la Reina Gobernanta Doña Mariana de Austria. 1.ª novedad de esta carta es que, aparte de recoger la noticia de la violenta muerte de San Vitores que califica de martirio, le acusa recibo de cinco mil pesos que envía la Corona, de los cuales tres mil van para la Fundación del Seminario de niños huérfanos y dos mil para la fundación del Colegio de niñas. Dos proyectos queridos del P. Diego, cuya completa realización no pudo ver. Está fechada el 10 de mayo de 1674 (Pos. p.309-310).

Con esta riqueza de documentos no es extraño que se abriese un Proceso canónico en la ciudad de *Méjico*, comenzando el 10 de febrero de 1676, es decir, cuatro años apenas después del martirio y terminado el 30 de mayo del 79. El Proceso se comenzó por iniciativa del P. José Vidal. Los testigos fueron 26, de los cuales tan sólo tres tocaron el punto del martirio y los demás se referían a las virtudes del Siervo de Dios.

Además, del Proceso de Méjico, se abrió otro en *Manila*, el 5 de octubre, actuando como procurador el P. Pedro López; y además dicho Proceso se complementó con otro «rogatorial» en la diócesis de Cebú y otro subrogatorial en el de Iloilo.

El Proceso de *Toledo*. Comenzó el 1 de abril de 1678. Fueron llamados 54 testigos, de los cuales 37 lo hicieron, del artículo sobre el martirio. En este Proceso, con un sentido más jurídico y atendiendo a la posible declaración de martirio, se hace esta pregunta que es la 68: «Si: sabe o ha oído decir cuál fue la causa de su muerte, y si el matador principal fue un indio apóstata a que dicho Venerable Padre había bautizado. Y si éste por nombre Matapang, se acompañó con otro indio llamado Miran. Y si fue muerto por administrar el santo sacramento del bautismo a una hija nacida del dicho Matapang. Y si dicho matador y su compañero dijeron algunas palabras de injuria a nuestra Santa Fe. Y si con un santo crucifijo en la mano les predicaba el Santo a los homicidas, y si se sabe que, después de muertos, dieron los agresores con una piedra a un santo crucifijo que llevaba al cuello. Y si perdonó a los que le quitaron la vida, y qué palabras dijo. Y cómo fue tratado su venerable cuerpo, y si le arrojaron al mar».

El P. Diego Luis de San Vitores vivió cuarenta y cuatro años en su trayecto terreno y ha tardado más de tres siglos en alcanzar la glorificación celestial. Su nave fue más veloz para navegar por los océanos que su proceso canónico para avanzar a lo largo de su penoso camino: (canónicamente, se llama «iter»). Pero todo eso tiene una explicación satisfactoria.

Los procesos canónicos de canonización y beatificación referentes a los miembros de la «antigua» Compañía de Jesús, es decir, antecedentes a su supresión canónica por Clemente XIV, quedaron «congelados» por razón de las adversas circunstancias por las que pasó la Compañía de Jesús ante la Santa Sede y ante algunos de los Estados llamados católicos. Fue un período de «silencio administrativo». A lo que se añade que, en este caso particular del mártir San Vitores, la documentación de su vida y

martirio se hallaba dispersa en archivos y bibliotecas en parte destruidos o inaccesibles. La «resurrección» de la causa, se ha debido a una paulatina rehabilitación de la Historia de la Compañía antigua, y sin duda también a la solicitud e interés mostrados por el Sr. Obispo del territorio en que tuvo lugar el martirio.

En esta nueva fase, felizmente terminada con la beatificación del Siervo de Dios, nos interesa consignar aquí cuáles fueron los documentos que constituyen las mejores fuentes de información para su vida y para la declaración oficial de su martirio. Dichas fuentes son:

A) La *Positio Super Vita et Martyrio*, que es el documento básico del Proceso de Manila-Agaña. Es la «Positio histórica», editada en Roma en 1981, en un volumen de 480 páginas y que contiene una relación muy detallada de su vida, en once capítulos, el último de los cuales la «Fama de Santidad del Siervo de Dios».

B) *Relatio et Vota*. Sesión de los Consultores «Históricos», tenida en Roma el 24 de marzo de 1982, 60 páginas.

C) *Relatio et Vota*. «Congresus Peculiaris Super Martyrium», del 16 de abril de 1984, 70 páginas.

D) *Decretum Canonizationis S. D. Didaci Aloisii de San Vitores*. Muerto en odio a la fe en el año 1672. En el que constan las palabras de Su Santidad Juan Pablo II; j «Consta del martirio y de la causa del martirio del Siervo de Dios, Diego Luis de San Vitores de la Compañía de j Jesús, de forma que, concedida la dispensa sobre los milagros, se puede proceder a ella en lo que se pretende», 9 de noviembre de 1984.

Expuestas así las fuentes, sólo nos queda completar la información con algunas peculiaridades que tuvieron lugar en el Proceso.

En la *Relatio et Vota* de la Sesión «histórica», los Consultores hubieron de responder a tres preguntas formuladas por el Consultor General:

A) ¿Son los documentos aducidos en la *Positio* genuinos, dignos de fe para formarse un juicio cierto e histórico de la vida y muerte del Siervo de Dios?

B) ¿Consta históricamente que el Siervo de Dios padeció un verdadero martirio, y que la última causa de su muerte fue de carácter religioso, tanto de parte del «tirano» como del Siervo de Dios?

C) ¿Consta históricamente que desde su muerte ha existido una fama del martirio no sólo ante sus contemporáneos, sino también entre los que le sucedieron?

Fueron nueve los consultores, y 27 las respuestas, de las cuales una mayoría muy amplia, 24, fueron afirmativas. Recordemos que en este proceso histórico no se trata de discutir las virtudes heroicas del Siervo de Dios, sino la historicidad de su martirio en el cual pueden distinguirse dos aspectos:

A) El aspecto histórico, es decir, *la realidad de la muerte* que debe quedar indiscutiblemente probada. Ahora bien, cuando se trata de un martirio acontecido siglos, las pruebas no son personas vivas sino documentos archivados de los que hay que demostrar que son auténticos y dignos de crédito, lo cual supone un examen minucioso de su lenguaje, papel, caligrafía, etc. En el caso de San Vitores, por tratarse de un misionero de fama reconocida, cuya vida y muerte fue seguida con admiración por sus contemporáneos, no ha sido difícil recoger una documentación enteramente satisfactoria.

B) Hay un segundo aspecto que llamaríamos *teológico*, y que propiamente no corresponde a los consultores históricos, sino que es de la competencia de los teólogos que han de determinar *si la muerte fue verdadero martirio*. Es decir, si el causante del martirio —el «tirano» que es como se le llama técnicamente— obró por odio a la fe, y si el mártir, por su parte, poseía el «ánimo martirial», es decir, que moría por la confesión de su fe. Ahora bien, tanto el odio del tirano como el ánimo del mártir, sucedieron en el pasado y son por tanto hechos históricos; por lo que resulta que también, desde ese respecto, en el Proceso están estrechamente relacionados lo histórico y lo teológico, y ello puede dar lugar a posiciones diversas en el «iter» o camino procesal.

En el caso del P. San Vitores, la relación de su martirio ha proporcionado no sólo pruebas para el aspecto histórico, sino también para el teológico. En nuestro deseo de ser informativos tanto como sea posible, vamos a resumir cuáles fueron las dificultades que pusieron los Consultores Históricos, es decir, aquellos tres votos negativos que impidieron la unanimidad de los 27.

La substancia de esta objeción consiste en que no consta claramente del odio de la fe del «tirano», ya que podía obrar por resentimiento contra los españoles que representaban la potencia conquistadora y dominadora

de las islas, cuya superioridad militar se había probado tan patentemente en la Gran Guerra de Guam. Por tanto, según estos consultores, sería el *odio a lo español y no el odio a la fe* lo que había sido causa de la muerte por parte del tirano. Todo esto volvió a considerarse por parte de los teólogos, que eran a quien pertenecía aclarar este aspecto del martirio, y podemos afirmar que en ese segundo Proceso Teológico la causa del P. Diego de San Vitores salió adelante y aprobada por la *decisión unánime* de los Consultores.

Estos Consultores Teológicos y sus votos fueron unánimes en calificar la muerte del P. Diego Luis de San Vitores como *verdadero martirio*. En la formulación de sus votos, se discute ampliamente diversos aspectos de la colonización española en las islas, con objeto de aclarar hasta qué punto los que mataron al P. San Vitores obraban por odio a la fe o como una reacción «nacionalista» ante la invasión española. Antonio Petti, el Promotor General de la Fe, que presidió esta reunión de los teólogos, concluye su informe aclarando dos puntos fundamentales:

«Que *no existe carácter político* en el episodio del martirio del P. San Vitores, que sucede después de la Guerra de Guam pero sin conexión con ella. Y que, por otra parte, el P. Diego aparece completamente ajeno *a los propósitos y a la intervención de los españoles en la guerra*. Por otra parte, el «tirano» era un apóstata que demostró claramente su intención y su odio contra la fe. De todo lo cual resulta clara la *componente religiosa* como determinante de la muerte; lo cual se manifiesta en el núcleo central de la narración, breve y simple, pero que contiene precisiones y puntualizaciones, verificadas con toda seguridad por los testigos y los autores que nos han hecho la relación del caso. La conclusión es que, tanto por parte de la *víctima*, como por parte *del asesino*, se encuentran en este caso todos los elementos exigidos para que se llegue a la conclusión de que se trata de un *verdadero martirio en el sentido teológico*. Ciudad del Vaticano, 16 de abril de 1984».

Beato José María Rubio y Peralta

DATOS BIOGRÁFICOS

1864 22 de julio	Nace José María Rubio en Dalías (Almería). Es bautizado el mismo día.
1879-85	Estudios secundarios y seminarista en Almería.
1875-79	Estudios de Filosofía y Teología en Granada.
1887	Termina la Teología en Madrid.
1887 24 de septbre.	Ordenación de sacerdote.
1887 12 de octubre	Primera Misa.
1887-89	Coadjutor en la Parroquia de Chinchón (Madrid).
1889-90	Ecónomo en la Parroquia de Estremera (Madrid).
1890	Madrid. Profesor del Seminario.
1893	Capellán de las Religiosas Bernardas.
1906 11 de octubre	Entra en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Granada.
1908 12 de octubre	Hace los Primeros Votos Religiosos.
1908-1909	Granada. Repaso de Teología.
1909-1910	Operario en la-Residencia de Sevilla.
1911-1929	Operario en la Casa Profesa de Madrid.
1929 29 de abril	Se traslada al Noviciado de Aranjuez por enfermedad.
1929 2 de mayo	Muerte del Padre Rubio.
1945 30 de abril	Comienza el Proceso Ordinario de Madrid.
1947 20 de octubre	Termina el Proceso Ordinario de Madrid.
1960 2 de mayo	Traslado de los restos al sepulcro definitivo en Madrid.

1965 6 de marzo	Primera Sesión del Proceso Apostólico.
1968 11 de julio	Fin del Proceso Apostólico (62 sesiones),
1985 6 de octubre	Beatificación en Roma por Juan Pablo II.

VIDA DE JOSÉ MARÍA RUBIO

La santidad es cosa de tres. Así dicho, suena raro. Pero como ocurre también con los alimentos, si se adereza bien, sabe y suena mejor. La santidad —como ha dicho el Concilio Vaticano II— es la perfección de la caridad, es decir del amor a Dios y al prójimo. Dios toma su iniciativa y da su gracia; y el santo responde que SI. Y el tercero es el ambiente, tomado en el sentido más amplio del contorno humano y material. Porque dicho ambiente de tal manera influye en el santo que personaliza y diversifica su vida.

Acabamos de leer la vida del Mártir Diego Luis de San Vitores. Dijo que SÍ a Dios, como lo hacen todos los santos. Pero lo dijo en la España del siglo xvii. cuando era un alumno del Colegio Imperial de los Jesuítas, poseyendo desde el comienzo de su vida una orientación hacia las misiones y hacia el martirio, que le hizo terminarla repitiendo el SÍ en la Islas Marianas. Eso es lo que le hizo ser diferente.

De la misma suerte el Beato José María Rubio, cuya vida ahora nos invita a su lectura. Dios le llamó y él dijo que SI. Pero lo dijo desde la vocación pastoral de sacerdote y religioso. Con una dedicación especial a la dirección espiritual de las almas, a la predicación de la Palabra y a una opción preferencial por los pobres. Y lo hizo entre los siglos XIX y XX y en Madrid. Este es el tercer elemento diferencial de su vida que hemos de considerar. Sin detenernos demasiado en su entorno madrileño... No sea que en vez de escribir la vida del P. Rubio en Madrid, nos resulte la crónica del Madrid del P. Rubio.

Capítulo I

¿UNA RESURRECCIÓN “OFICIAL”?

La vida de un santo puede escribirse al derecho y al revés, comenzando por el principio o por el fin.

Se escribe al derecho, cuando se empieza por el nacimiento de la persona, por ese instante cuando sale a la luz de este mundo e inicia su andadura, de suerte que ese futuro santo tiene de santidad solamente su destino: Como una estrella todavía lejana que luce en el horizonte.

Se comienza por el fin, cuando ya esa estrella luce en el cielo de la Iglesia y los demás hombres la ven y reconocen su esplendor, particularmente ese fulgor maravilloso que se llama el milagro. Pero, entendámonos, la persona en cuestión —que aquí es el P. José María Rubio— no es santo porque haga un milagro, sino que hace un milagro porque es santo. De esa forma el hecho prodigioso es una manifestación exterior de ese otro prodigio interior, que es su propia santidad.

Vamos a contemplar ahora esa estrella, o mejor aún, esa galaxia luminosa que son sus gracias y favores, pero fijándonos especialmente en el astro más central cuya magnitud la Iglesia ha reconocido, es decir, el milagro que ella ha aceptado como el elemento más manifestativo de su santidad en el proceso de beatificación. La estrella, en este caso, es la curación de una enferma que, cuando recobró la salud, tendría dos años y medio. Se llama María Victoria y todavía vive entre nosotros y se la puede ver. Porque ahora tendrá unos treinta y cinco años.

Tengo ante mí una fotocopia del documento oficial, transcrito en el Proceso de beatificación, firmado en Madrid el 25 de julio de 1953, y está redactado en la consulta médica del Dr. Luis García Andrade, calle

Serrano, 95, Madrid. «Certifico que el día 3 de mar/o de 1953 me trajeron a mi consulta a la niña María Victoria Guzmán Gaseó, de dos años y medio de edad, con una infección muy grave complicada con síntomas meníngeos. Para cuya infección le puse el tratamiento correspondiente, y le indiqué a la madre la necesidad de un análisis de sangre y otro de líquido cefalorraquídeo».

«El día 6 me volvieron a traer a la niña en el mismo o peor estado de gravedad, y con el resultado adjunto del análisis de sangre que confirmaba mi diagnóstico y por tanto mi pronóstico sumamente pesimista. Como no le pudieron hacer el análisis de líquido cefalorraquídeo, le mandé, además de la medicación indicada, un nuevo análisis de sangre.

El día 10 se presentaron en mi despacho con la niña y el segundo análisis, me refirieron lo ocurrido el día 8, y, con gran asombro por mi parte, después de reconocer con todo detalle a la enferma, exclamé:

—¡Esto es un verdadero milagro!

Porque habían desaparecido todos los síntomas en los que había fundado mi diagnóstico y pronóstico. Y para que conste, por petición de los padres, expido el siguiente certificado. En Madrid, 25 de julio de 1953. Firmado: Doctor García Andrade».

El documento es claro. Se habla de un verdadero milagro. No es todavía la voz de la Iglesia, sino la de un médico que pisa firme en su terreno, en el que afirma que le trajeron a su consulta a esa niña milagrosamente curada. ¿Quién es esa niña, quién la trajo? Los siguientes testimonios se hallan en el «Sumario del Segundo Milagro» (= S2M).

Vamos a leer la declaración de esa persona, no cuando habla con sus vecinas o lo cuenta a un periodista, sino cuando depone con juramento en el Proceso eclesiástico, instruido con motivo de este milagro:

«Me llamo Amelia Gaseó Granada, hija de Jesús y Coloma, natural de Villacañas, Toledo, de sesenta y tres años, casada, católica, dedicada a mis labores, domiciliada en Villacañas, calle de San Roque n. 57... Yo en realidad no había oído hablar del P. Rubio, hasta que, con motivo de la enfermedad de nuestra hija, la niña María Victoria Guzmán Gaseó, una vecina me dijo que si quería hacer una novena al P. Rubio pidiendo que la niña mejorase. Yo entonces no preste mucha atención a lo que la vecina me dijo, entre otras cosas, porque estaba muy atareada con las cosas de la casa y sobre todo con

la enfermedad de la niña que a la sazón tenía dos años y medio. La niña tenía esa edad cuando aparecieron los primeros síntomas de la enfermedad, síntomas que consistían en unas fiebres muy altas, se negaba a tomar alimentos, mucha inquietud, agravándose todo hasta que yo observé que no sostenía la cabeza, lo cual me alarmó mucho y llamé al médico de cabecera, aunque ya la había visto desde los primeros síntomas, el cual me parece que en principio no le dio mucha importancia a la enfermedad, y mandó que le hicieran los correspondientes análisis de sangre. Yo muy preocupada me vine a Madrid con la niña y visité al Dr. don Luis García Andrade. el cual, al verla y también los análisis, dijo que era enfermedad muy grave y creo que la diagnosticó de meningitis tuberculosa. La enfermedad con síntomas de gravedad empezó el día 5 de marzo, y el día 8 de marzo, a las nueve de la mañana, quedó, pues, la niña prácticamente muerta, al menos esos eran los síntomas» (S2M p. 18-19).

Amelia continúa su declaración en los términos siguientes:

«La niña, a pesar de mis sacrificios, se crió muy mal. La alimentamos con leche maternizada, pero su desarrollo fue muy lento, teniendo de cuando en cuando intolerancias gástricas y diarreas. Se crió muy débil, y sólo a fuerza de sacrificios logramos sacarla adelante, comenzando a andar a los catorce meses; pero afortunadamente, con mucha lentitud, la cosa iba mucho mejor» (S2M p. 19).

Volvamos ahora al día 6 de marzo, cuando la niña fe diagnosticada como un caso grave de meningitis tuberculosa. «El tratamiento prescrito por el Dr. Andrade se redujo a aplicarle suero y medio gramo diario de estreptomicina. Iniciado este tratamiento, lejos de notar alguna mejoría, la niña iba cada vez peor acabándose por momentos, hasta el día 8 de marzo, o sea a los dos días que iniciarse el tratamiento, la niña prácticamente y según todas las apariencias se nos quedó muerta, y los síntomas que presentaba eran los de un auténtico cadáver: los ojos hundidos, la nariz afilada, una babilla que se desprendía de sus labios, no respiraba o al menos no se notaba que respirase. Estaba frío su cuerpo como el mármol, y la pellizcábamos y no daba sensación de reacción alguna. Por lo cual, yo, lo mismo que las personas que estaban conmigo en aquellos momentos,

nos convencimos de que había fallecido. Estaba en mi compañía aquel día, en la habitación donde se hallaba la niña, una sobrina mía llamada Porfiria, una hermana llamada Antonia, etc.»

«Cuando ya humanamente observamos que nada había que hacer, una de las vecinas que allí estaba, llamada Pilar Hernández, me dijo que hubiéramos podido salvar a la niña si hubiéramos acudido a tiempo encomendándola al P. Rubio, pero que entonces ya era demasiado tarde, porque la niña ya parecía muerta por los síntomas ya señalados».

«Yo entonces, pensando que para Dios nada es imposible, le dije a la vecina que trajese cuanto antes la reliquia del P. Rubio, consistente en una estampa con un trocito de tela de su uso. Tomé a la niña en mis brazos, la cual continuaba sin dar señales de vida, y le apliqué la reliquia por su cuerpo de arriba abajo, mientras suplicaba al Siervo de Dios con estas palabras: “P. Rubio, lo que mejor convenga”. Insistiendo en que, si había de salvarse, que me la dejase salva y buena; esto lo decía porque, según el diagnóstico de los médicos, ya estaba desahuciada, y en el caso improbable de que sobreviviese ciertamente quedaría tarada, probablemente ciega y loca. Porque ya antes, en el período más grave de la enfermedad, tenía ataques de verdadera locura. Yo he de confesar que, aunque mi oración decía que “lo que mejor convenga”, interiormente sentía el deseo de que la niña se salvase, pero que no quedase ciega ni loca como había pronosticado el médico».

«Al cabo de unos momentos de aplicarle la reliquia en la forma que he dicho, la niña, con gran sorpresa y admiración de todos, abrió los ojos, so incorporó en mis brazos, y me dijo: “Mamá, zapatos guapos y a la calle”. Yo, toda conmovida, traté de complacerla y la envolví en una manta, le puse sus zapatos, y la bajé a la calle rodeada de todos los de la habitación. Esto realmente parecía una escena de locura, y así lo pensaron algunos de los asistentes. Más aún, mi marido, al ver a la niña muerta, había ido a buscar al doctor para que certificara su defunción, y al llegar a la casa y verme a mí en la puerta con la niña en brazos, pensó que estaba loca, pues no encontraba explicación alguna al hecho. Cuando le expliqué todo lo ocurrido, que la niña había resucitado, terminamos todos en la habitación».

«Algún tiempo después llegó el médico al que había ido a buscar mi marido, el cual no había visto a la niña desde algunos días antes, ni tenía conocimiento de su gravedad ni de su supuesta muerte, apenas sin hacerle reconocimiento alguno se limitó a decir que tenía la sangre envenenada y

que no le diese nada de comer. Al decirle mi marido que si convenía que la llevase a Madrid para que la viese el Doctor Andrade, dijo que no le parecía mal. El médico se marchó, la niña continuó bien: incluso a la hora de comer pidió comida, concretamente se comió un plato de sopa que le septon estupendamente, y estuvo bien toda la tarde, cenó por la noche, se acostó y durmió normalmente, cosa que no hacía desde que yo la recogí».

«Como a nuestro juicio la niña estaba perfectamente bien, al día siguiente de producirse la curación, o quizá al otro día, la trajimos a Madrid, para que la viese el Dr. Andrade. Al verla con la niña quedó altamente sorprendido y nos dijo que creía que la niña estaba ya enterrada. Al contarle detalladamente todo lo sucedido, exclamó: “¡Esto es un verdadero milagro del P. Rubio!, por lo que ustedes no deben marchar de Madrid sin ir antes a la casa de los Jesuítas y dar cuenta de todo esto al P. Cuadrado (que era entonces el Vicepostulador de la causa)”» (S2M p.19-21).

Tras este testimonio tan circunstanciado de la madre, declaró también el padre en el Proceso. Y su testimonio coincide perfectamente con el de su mujer, aunque ofrece su visión peculiar: diríamos que es una visión binocular que presta más relieve al hecho:

«Me llamo Juan Guzmán Pérez. Tengo sesenta años, casado, católico, ferroviario... Yo he oído hablar del Siervo de Dios cuando estaba en Aranjuez, en el sentido que era un religioso muy santo, muy caritativo y que hacía mucho bien a los pobres y los humildes...

Cuando la niña tenía dos años y medio aproximadamente, empezamos a notar algunos síntomas que revelaban que no estaba bien; estos síntomas eran malestar, impaciencia, falta de apetito, alguna fiebre, y, a medida que pasaban los días, estos síntomas se iban haciendo más ostensibles indicando que la cosa iba a peor. Cuando la llevamos a la consulta del Dr. Andrade, que diagnosticó meningitis de tipo tuberculoso, el tratamiento se limitó a una ampolla de suero cada dos o tres horas y que se alimentase con Ceregumil, cosa que no conseguimos porque inmediatamente lo devolvía... Recuerdo que la niña tenía bastantes convulsiones que solían durar unos cinco o diez minutos. El color de la niña era de cera, las piernas y las manos las tenía agarrotadas, los vómitos continuaban, y como

no se alimentaba, eran arcadas secas. La lengua la tenía reseca... Hasta llegar el día 9 de marzo, que sobre las 10 de la mañana la niña se agravó de tal forma que llamamos a los vecinos porque nos daba la impresión de que estaba muerta. Se quedó rígida, sin moverse, fría, y estaba en brazos de la madre. Yo, viendo así las cosas, ya salía de casa en busca del médico para decirle lo que pasaba y para que diese el certificado de defunción...» (S2M p.54).

Tras el testimonio de sus padres habla la niña, que entonces, cuando declaró, tenía dieciséis años. Su testimonio no añade ningún otro dato, porque era muy pequeña cuando todo aquello sucedió, pero tiene un indudable interés. Es algo así como si en el Evangelio, después de la resurrección de la hija de Jairo, la niña hubiese hecho unas declaraciones... En este caso, María Victoria dijo así;

«Me llamo María Victoria. Yo he oído hablar del P. Rubio a mis padres que me han dicho que era un religioso muy santo que hacía milagros. Mis padres me han dicho que estuve muy enferma y que incluso me estaban ya preparando la mortaja y que ya iban a buscar el certificado de defunción y que el P. Rubio me puso buena. Según me dijeron que cuando estaba tan mal que me daban por muerta, me pasaron una reliquia del P. Rubio y me puse bien hasta ahora, gracias a Dios. Yo, desde luego, no tengo conocimiento de haber estado nunca enferma, ya que a la ocasión que me refirieron tenía poco más de dos años y no tengo el menor recuerdo» (S2M P-44-45).

Han terminado las declaraciones de los que de alguna manera fueron actores de aquel drama sacro. Entonces, después de ellos, habló la ciencia, tratando de ser objetiva. Y éste fue el dictamen, incorporado al Proceso Canónico, de los dos peritos médicos: el Dr. Juan Bosch Marín y el Dr. Juan Torres Gost. El primero, profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, miembro de la Real Academia de Medicina, consejero del Fondo Internacional de la UNICEF, etc.

«En mi concepto el diagnóstico de la enfermedad sufrida por María Victoria es de septicemia. En los niños cualquier proceso infeccioso tiene tendencia a la generalización y no a la localización, como en los adultos. Por eso hubo sintomatología del aparato

digestivo, de aparato respiratorio, de aparato circulatorio, etc. El Hemograma corresponde a un proceso infeccioso agudo: leucocitosis de 14.900 glóbulos blancos, 78 por 100 de polinucleares, etc. La evolución era francamente desfavorable a pesar del tratamiento correcto... Científicamente, no puede explicarse que una enferma de dos años y medio, que sufre un proceso infeccioso agudo... pueda instantáneamente volver a la normalidad funcional. Esta “restitutio ad integrum” escapa a un proceso normal» (S2M p.55).

El segundo perito médico, el Dr. Juan Torres Gost, es el director del Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas. El doctor hace unas consideraciones previas:

«La enferma que vamos a estudiar no puede ser una neurótica ni una simuladora, porque a los dos años y medio no se tiene capacidad para ello. El desarrollo ulterior ha permitido un crecimiento normal, y una maduración psíquica sin la menor tara ni la menor anormalidad. A los dos años y medio no se puede simular la fiebre de 39 a 40 grados, no se pueden simular los 14.000 leucocitos... Un mes de enfermedad agravándose progresivamente hace que durante los últimos 8 a 10 días la alimentación es nula, por su intolerancia gástrica, y por resistencia a deglutir en su inconsciencia. Por tanto, era una enfermedad orgánica infecciosa» (S2M p.58).

Nuestro respetable doctor se extiende en múltiples consideraciones de carácter técnico para demostrar que él no llamaría a la enfermedad una polibacilosis, sino más bien una tifobacilosis, y al final añade:

«Llevo cuarenta y tres años, día a día, en el Hospital Nacional de Enfermedades Infecciosas, y puedo asegurar que jamás he visto nada semejante. La curación de esta niña es absolutamente ilógica, está en pugna con la lógica natural y científica de la medicina, y yo, como médico, soy incapaz de explicarla porque se aparta de la serie de fenómenos fisiológicos y fisiopatológicos... Un moribundo puede salvarse, pero necesita mucho tiempo, semanas, inclusive, para iniciar su recuperación. Considero que solamente una fuerza muy superior a la de la naturaleza, y en este caso, para los creyentes, sólo Dios y su

intervención, puede explicarnos el cambio brusco de la curación biológica de esta enferma» (S2M p.62).

Resumiendo: hablaron los testigos presentes. La ciencia, solamente pronunció su veredicto. Después pasan algunos años. Y, finalmente en Roma, el 27 de junio de 1984, se reúne la Consulta médica de la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos. Y su presidente y cuatro médicos coinciden en que el diagnóstico es una «septicemia de etiología no determinada», y que la curación ha sido «instantánea, completa, permanente, y no explicable naturalmente»

Hasta aquí el milagro. «El oficial», decimos. Porque nos consta de otros, que podríamos llamar también milagros, o por lo menos favores extraordinarios, aunque éste, de la niña María Victoria, ha sido la estrella de la constelación reconocida y catalogada por el observatorio oficial.

¿Y quién era el P. Rubio, cuando todavía no lucía con este brillo? Vámonos a Dalias, el pueblo donde nació. Os invito a visitarlo. Está en Almería, Andalucía, España, Europa... No podemos perdernos...

Capítulo II

TODO COMENZÓ EN DALIAS

Me encuentro en Dalias, el pueblo que vio nacer al Padre Rubio, pero muy cambiado y distinto del que vieron sus ojos. No tanto el pueblo, que sigue apiñado alrededor de su amplia iglesia bajo la espadaña con sus tres campanas, «fundidas en el pueblo», como me hizo conocer un historiador local...

Esta región de Andalucía ha sufrido una transformación gigantesca de orden bioeconómico, por razón de los nuevos cultivos de «riego a goteo». Un manto de aguas freáticas, procedentes de las nieves de Sierra Nevada, enriquece el suelo de esta región y ofrece un tesoro permanente al trabajo humano que lo convierte en múltiples frutos y vegetales.

Para llegar a Dalias, saliendo de Almería, hay que tomar la carretera de la costa que va a Adra, pero hay que j torcer a la derecha cuando se llega a El Ejido. Este núcleo urbano pertenecía antes al Ayuntamiento de Dalias, pero ahora se ha independizado, como el hijo menor enriquecido que se ha separado de la casa paterna, en una nueva versión de la parábola evangélica.

Cuando se contempla el ancho paisaje desde las primeras estribaciones de la sierra de Gádor, el espectáculo de los campos de El Ejido es sorprendente. La vista se j tiende sobre un ancho mar que no es el azul Mediterráneo, sino el gris de las cubiertas de plástico de los invernaderos de Dalias, y sobre todo de El Ejido. El desarrollo de esta última villa es sorprendente: en una longitud muy limitada hay hasta 18 bancos, una oficina de Iberia, tiendas de artículos japoneses, varias discotecas supermodernas, y otros lugares menos recomendables. Porque

donde hay dinero, le acompaña todo lo demás, y este dinero viene sobre todo de Europa, de la Europa Central y Septentrional, donde estos productos agrícolas representan la primera cosecha que llega a sus mercados, casi con un mes de antelación.

Y en esto, como en otras cosas, quien llega primero se lleva el premio. Y llegan primero que nadie no sólo los tomates, que tienen sus competidores en Canarias, sino; otras frutas y hortalizas, como melones, sandías, judías, guisantes y alcaparras. La fórmula es perfecta: los almerienses importan de aquellos países las semillas preseleccionadas, con lo cual los frutos se dan «al gusto de; ellos», porque ellos son los que los compran; y nosotros ponemos la tierra, el sol, el agua y el trabajo del hombre: parece esto un ofertorio litúrgico. En una palabra, toda esta región se ha transformado y enriquecido porque alimenta a una Europa capitalista que tiene prisa en comer melones y alcaparras. Y todo esto ha invertido la importancia de los grupos urbanos; ahora El Ejido tiene casi 18.000 habitantes, mientras que Dalias no debe pasar de los 5.000.

La carretera sube por los Atajuelos —estamos, como ya dijimos, en la Sierra de Gádor— para alcanzar el Lampo de Dalias. Hay un cambio de panorama y de color; el gris de los plásticos se cambia por el lujoso verde de las parras. Son las parras «ohanes» que constituyen una variedad fitológica muy peculiar, ya que son parras que han de ser fecundadas a mano. De ellas no se extrae vino, sino que tan sólo suministran uva de mesa. Se trata de un cultivo relativamente reciente, porque llegó a la comarca durante la infancia del niño José María Rubio.

* * *

Dalias guarda memoria viva del Beato, no obstante, los pocos años que allí vivió; ya que salió del pueblo cuando tenía unos once años para estudiar en Almería. Mas en el pueblo quedó la iglesia donde se bautizó y la casa de sus padres a donde retornaba en tiempos de vacaciones.

El templo actual sustituye a otro antiguo que en 1804 fue destruido en un terremoto, y el título de la parroquia es Santa María de Ambrox: el Ambrox parece un toponímico árabe que también se encuentra en otras localidades, en Cáceres, Granada y Madrid. Y parece un re cuerdo de un conjunto de cinco pueblos moriscos que había en aquella región. Respecto de la dedicación Santa María, nadie sabe exactamente de donde ha salido porque en el altar mayor de la parroquia preside una imagen muy venerada

de un antiguo Cristo, el Cristo llamado de la Luz, en cuyo honor hacen en el pueblo unas fiestas bien sonadas con cohetes y artificios. En una palabra, el Cristo se lleva los honores, que en otro tiempo fue compartido con los antiguos patronos de Dalias que eran San Felipe y Santiago.

El origen de esta villa y de su iglesia de Ambrox parece que se remonta a los Reyes Católicos, que al ver aquella comarca muy ocupada por los moriscos quisieron hacer un centro de fe cristiana, secundando los deseos del Cardenal Cisneros que había ordenado convertir y bautizar en masa a todos los moriscos de aquella región; aunque, tras el bautismo, quedaban tan moros como antes, según me contó el historiador local, Francisco García Rubio, que posee un saber enciclopédico acerca de Dalias y su comarca. Y él fue quien hizo notar que en el baptisterio de Santa María nada nos recuerda que allí el Beato José María Rubio se cristianó; aunque hay proyecto de colocar allí una inscripción y una imagen del Beato.

En el pueblo queda también, como recuerdo insigne, la casa donde nació José María. Como éste fue el primer hijo del matrimonio, todavía sus padres vivían en casa de los abuelos antes de abrir su propio hogar: aunque aquella casa quedó prácticamente abandonada, porque Francisco y Mercedes se instalaron en el propio hogar donde fue multiplicándose la prole hasta llegar a trece hijos. Esta casa propia, donde vivió José María cuando niño y a donde regresaba en sus vacaciones, es ahora una guardería infantil. Tengo entendido que de ambos edificios no queda ningún recuerdo interior de ajuar ni mobiliario que date de la época del P. Rubio.

Pero el mejor recuerdo de Dalias es la existencia de una sobrina del P. Rubio que todavía vive. Se trata de la señorita Rosario Rubio Rubio, hija de Serafín, el único hermano varón de José María que sobrevivió a los demás y que mantuvo con el Siervo de Dios una relación fraternal muy estrecha que duró hasta la muerte del sacerdote. La señorita Rosario no solamente conserva parte de la correspondencia autógrafa del P. Rubio, especialmente las cartas familiares, sino también algunos otros recuerdos insignes, como el de la cama en la que el P. Rubio dormía —o se suponía que dormía— cuando ya siendo sacerdote vino a predicar al pueblo. Mantuve una larga conversación con Rosario, que vive en el número 6, de una calle que todavía se llama «José Antonio». Me dio la impresión de que ella constituye en Dalias el centro auténtico de la veneración por su tío.

Los recuerdos del período infantil de José María casi se reducen a las informaciones que nos transmitió su hermano Serafín, que le seguía en

edad por una separación de tres años en la serie de los trece hermanos. Serafín actuó como testigo en el Proceso de la Beatificación:

«José María estuvo en casa hasta los diez años. Íbamos siempre juntos a la escuela y a todas partes, ya que era muy serio y bueno, y en la escuela el maestro lo había destinado, como también a otros, para que repitiera las lecciones a los más pequeños, y algunas veces, cuando sucedía que yo no me sabía bien la lección, me decía: “te lo dejo pasar para que no te riña el maestro, pero tienes que estudiar más”. Y cuando yo hacía alguna vez alguna niñería, él me llamaba al orden añadiendo que debía estar más atento y corregirme, pero que no se lo diría a nuestros padres. Después, cuando se fue al Seminario de Almería, lo veíamos tan sólo cuando venía en vacaciones.

En la familia, mis padres y mis abuelos eran agricultores y tenía una de las mejores fincas, y eran buenísimos cristianos. De los trece hijos que fuimos, muchos murieron pequeños, y quedamos tan sólo mi hermano José María, cuatro hermanas y yo. Estas hermanas ya han muerto, y murieron cuando fueron mayores, por tanto, ahora sólo quedo yo.

La educación en casa era muy cristiana; por la tarde, siempre se rezaba el rosario en familia, y por la mañana, al despertarnos mi madre nos hacía a todos rezar el trisagio. Antes de irse a Almería, mi hermano José Mana frecuentaba mucho la parroquia, y a veces cuando estaba cerrada pedía la llave para entrar, y rezaba ante el Santísimo mientras me decía que yo me estuviese sentado y quieto. Era muy cariñoso con nuestros padres y con los hermanos y con los sirvientes, que entonces comíamos todos reunidos en la mesa. Siempre fue muy estudioso y aplicado, y cuando todavía era muy joven, durante las vacaciones se levantaba muy temprano para ir a misa, y después se subía a una de las terrazas de la casa y se ponía allí a estudiar. No solamente mis padres y nosotros mis hermanos, sino que todo el mundo quería mucho a mi hermano José María y decían de él que era un santo» (Sum. p.29-31).

Poco tiempo estuvo el niño José María en Dalias; porque su padre, al ver que el muchacho era aplicado y listo, pensó que podría dedicarse a los estudios. Así se lo decía a los que pretendían que les ayudase en las fanéas del campo:

—Dejad a José María, que éste sirve para estudiar.

En las familias numerosas era frecuente esta costumbre: que cuando uno de los hijos «salía» más despierto y amigo de libros, se le dedicase a los estudios, ya que así subía la familia un escalón de cierta categoría social, mientras que los demás hermanos permanecían en casa dedicados a ayudar a los padres en las faenas del campo. En este caso, como en otros semejantes, no faltó el tío y padrino del pequeño que se ofreció a patrocinar los estudios del niño y a ejercer una cierta protección y tutela sobre el ahijado. Este tío era José María Rubio Cuenca, canónigo magistral de Almería:

—¿Por qué no me dejas a José María que se venga conmigo a Almería? El niño es muy listo y podría estudiar.

A don Francisco le pareció muy bien esta proposición y por eso José María, que tendría entonces unos diez años, se fue a vivir a casa de su padrino quien le hizo estudiar en el Instituto; y al año siguiente, al ver las buenas inclinaciones del muchacho, y de acuerdo con otro tío suyo, Serafín Rubio Maldonado, hicieron que ingresara en el Seminario de Almería. Era don Serafín párroco de; Marías, otro pueblecito al norte de la provincia de Almería, y entre el párroco y el canónigo se pusieron de acuerdo para patrocinar la vocación al sacerdocio de José María.

Quizá esta orientación «externa», por obra de dos curas que influyen sobre su sobrino para dirigirlo hacia el seminario, nos parezca hoy un tanto excesiva; pero hay que colocar estas influencias familiares en su propio ambiente. Y para una familia numerosa, radicada en un ambiente campesino, y que vive una intensa vida de piedad en el hogar, esta intervención de dos parientes que se ofrecen a cuidar de uno de los chicos, resulta perfectamente razonable dentro de las costumbres de la época. Y me atrevería a decir que este «dirigismo» va a ser una característica de la personalidad del padre José Marta. Primeramente, va a estar dirigido por estos dos tíos sacerdotes; y después, por otro, don Joaquín Torres Asensio, que será el definitivo protector y orientador de la vida de José María.

De Almería, y por obra de sus protectores, fue enviado a Granada, al Seminario de San Cecilio. Y conviene recordar que en aquella época Dalías, aunque pertenecía a la provincia de Almería, sin embargo, formaba parte de la diócesis de Granada. Y que, además, el Seminario de San Cecilio cambió varias veces de ubicación en Granada, por lo que, mejor

que recuerdos de lugares topográficos, es preferible recurrir a la memoria de uno de sus compañeros.

Conservamos la declaración de don Luciano Rivas Santiago, que, refiriéndose al período de su seminario en Granada, afirma que José María «era un seminarista inteligente y aplicado, y ejemplar por su obediencia y humildad». Sin embargo, de esta época el testimonio más detallado lo dio quien era entonces compañero suyo en el seminario, y después también en la Compañía, es decir, Luis Maestre Cortés:

«Conocí al Siervo de Dios desde que era un muchacho en el seminario de San Cecilio, cuando cursaba él el primer año de Teología y yo iba un año detrás, es decir, yo era filósofo. Tuve relaciones frecuentes con él, y paseábamos y estudiábamos juntos, durante cuatro o cinco años. Conocí además a su familia, porque yo vivía en Berja, que está cerca de Dalías. En el seminario de Granada obtenía siempre la calificación de “óptimo” y tomaba parte en los actos académicos y sus aprovechamientos eran excelentes. Recuerdo que cuando éramos seminaristas habíamos formado un grupo de algunos amigos más íntimos que íbamos siempre juntos, y a los que los demás llamaban, con un poco de broma, “los hermanitos”. Y procurábamos ejercitarnos en la piedad. Y aprovechándonos de que yo tenía la llave del gabinete de física, José María me la pedía para ir allí a orar y a darse una disciplina, sobre todo en tiempos de cuaresma y particularmente durante la Semana Santa. Recuerdo que un día, cuando estaba el siervo de Dios en oración y yo me encontraba detrás, quise besarle los pies, y él se opuso por la fuerza no queriendo permitirlo por su gran humildad. Comulgaba no sólo los domingos, que era entonces lo ordinario, sino también me parece que lo hacía todos los jueves, que entonces era desacostumbrado. Como dato de su virtuosa vida, puedo afirmar que usaba frecuentemente el cilicio. Y cuando en una comedia de las que representábamos en el seminario le dieron a él el papel de diablo, saltaba y brincaba llevando el cilicio; cosa que yo supe, por la confianza que tenía con él. Recuerdo también que a veces los seminaristas mayores le gastaban algunas bromas un poco pesadas que él soportaba con mucha paciencia» (Sum. p.261-262).

Aunque ya hemos insinuado algo, conviene ahora recordar cuál era la personalidad de don Joaquín Torres Asensio. Era una figura magnífica, que en tiempos del Renacimiento hubiera hecho un gran papel de mecenas de las artes. Don Joaquín resultó una figura dominante en la vida del P. Rubio. Dominante, dándole al adjetivo toda su extensión, incluso psicológica. Don Joaquín era persona de excelentes dotes naturales de talento y acción práctica. Antes había sido Canónigo del Sacromonte, y entonces era chantre de la catedral de Granada y también profesor de Teología Fundamental en el seminario de San Cecilio, donde tuvo como alumno a José María Rubio. Su indudable intuición le hizo descubrir en aquel seminarista un muchacho excepcional, y a partir de ahí se constituyó en protector suyo. Y habiendo José María caído enfermo en una ocasión, y recibido una atención deficiente en la enfermería del seminario, don Joaquín se lo llevó a su casa para la convalecencia. Y ya nunca más salió de su convivencia hasta pasados veinticinco años.

De don Joaquín y su carácter dominante e impetuoso tenemos noticias; aunque no por José María, que debería conocerlo mejor que nadie, pero que nunca hizo ningún comentario menos favorable sobre la persona de su protector. Don Joaquín chocó esta vez con el nuevo arzobispo de Granada. Y el genio de don Joaquín, que era tan grande como su corazón, encontró una solución drástica: dejó sus cargos en Granada y ganó por oposición una canongía en Madrid, la de lectoral, en 1886, y se llevó consigo a José María, a quien hizo matricularse en el seminario de Teología.

El expediente escolar del padre José María, según figura en un documento expedido por el seminario del Sagrado Corazón de Jesús, de Granada, heredero del de San Cecilio, certifica que «el seminarista José María Rubio y Peralta cursó diversas asignaturas durante los años 1879 a 86, en el que se matriculó en quinto de Teología que no terminó allí, pues fue transferido al seminario de Madrid». Después aparece que pasó sus exámenes del séptimo de Teología en el referido seminario de San Cecilio, ya que había pedido autorización para hacer dichos exámenes en el seminario de su elección, que fue el de San Cecilio; encargando sin embargo a don Joaquín Torres que él presidiera ese examen en el que mereció la calificación de meritisimo, que fue después aprobado por el señor obispo de Granada.

Capítulo III

PREPARACIÓN Y PRIMEROS AÑOS DE SACERDOCIO

En la vida de un sacerdote hay una fecha distinta de las demás. Una que podíamos llamar «sacramental», y que tiene la misma categoría espiritual que otras en la vida de cualquier cristiano; mas mientras que el sacramento del Bautismo se recibe de forma inconsciente y el de la Primera Comunión está rodeado de un aura infantil, blanca e imprecisa, el sacramento específico en la vida de un sacerdote, que es su ordenación seguida de la primera misa, es una fecha perfectamente consciente. Llegada esa época parece que tanto Dios como el hombre saben lo que pretenden el uno del otro...

La ordenación del P. Rubio se tuvo el 24 de septiembre de 1887, mas la primera misa no se celebró hasta el 12 de octubre, por decisión de don Joaquín, que, sin consultar con nadie y como buen baturro, se inclinó por la fiesta de la Virgen del Pilar, por lo que la familia no pudo asistir a este acto, según lo afirma su hermano Serafín (Sum. p.31).

Esta primera misa se celebró en el templo que entonces ya era la catedral de Madrid y antes había pertenecido al Colegio Imperial de los Jesuitas. José María Rubio escogió para aquella solemne ceremonia el altar de la Virgen del Buen Consejo. Quizá él ya conocía el relato de la vida de San Luis Gonzaga, que siendo paje de la Corte del Rey Felipe escuchó ante dicha imagen de la Virgen del Buen Consejo cómo ésta le decía que entrase en la Compañía de Jesús. Es muy posible que la elección de este altar tuviese en José María ese trasfondo de una incipiente vocación a la Compañía de Jesús que llevaba guardada en su alma. Lo que *tal vez* no sabía el P. Rubio es que también ante aquel altar otro alumno del mismo Colegio había recibido asimismo su vocación para la Compañía. Pero lo

que *indudablemente* el P. Rubio no podía saber entonces es que ese niño, que se llamaba Diego Luis de San Vitores, juntamente con el P. Rubio, iban a ser beatificados en Roma un 6 de octubre de 1985 porque ambos habían escuchado los buenos consejos de la Virgen María.

Entre tanto, la mente rápida y práctica de don Joaquín Torres había trabajado y, prosiguiendo en su patronazgo, le buscó a José María el nombramiento de coadjutor en la parroquia de Chinchón, adonde se dirigió éste dos semanas después de su primera misa.

Chinchón era por entonces una villa de unos 5.000 habitantes, y estaba situada en la provincia y diócesis de Madrid. Mucho más conocida por su aguardiente que por su historia; aunque ésta también es digna de fama. Porque el pueblo tiene ruinas romanas y árabes, dos castillos, uno de los Condes de Puñonrostro, y Felipe V estuvo en la Casa de las Cadenas, y Goya dejó allí algunos de sus cuadros.

De este tiempo de Chinchón se conserva el testimonio de don Bernabé Sanchidrián, que más adelante fue también párroco del pueblo, en el que llegó a conocer al P. Rubio con ocasión de una misión que éste dio allí en 1924; pero que, en aquella coyuntura, recogió muchos testimonios de quienes todavía recordaban al P. Rubio, después de tan larga ausencia. Estos testimonios muestran «el buen ejemplo que daba a todos, las limosnas con que socorría a los pobres, y que era hombre muy mortificado. Todo el pueblo alababa al Siervo de Dios diciendo que atraía de una manera irresistible. En el último día, se hizo una procesión en la que el Siervo de Dios llevaba una grandísima cruz. Durante aquella misión, el dueño de la casa en la que se hospedaban los misioneros no se confesó, y el P. Rubio me recomendó mucho que lo tomase a mi cuidado y que si me llamaba hiciese lo posible por ir, porque en aquella casa tenían una buena opinión de mí», ya que «cuando se acuerde de llamar a un confesor, éste llegará tarde». «En efecto, cuando el dueño de la casa cayó enfermo, pasé en ella desde las seis de la tarde hasta la una de la mañana y lo convencí al fin de que se confesara, pero él no lo hizo porque quería hacerlo con otro, el P. Sánchez; mas cuando éste llegó, ya había muerto. Cuando estaba de coadjutor en Chinchón, era el primero en llegar a la iglesia y permanecía allí arrodillado por mucho tiempo; y me dijo la patrona de la casa donde se hospedaba, que le oían hablar por la noche como si le estuviese hablando a alguien en su habitación, y que ellos creían que hablaba con Dios porque no había ningún otro en la habitación. Su caridad con los pobres era muy conocida, y muchas veces a una pobrecilla llamada “La Cava”, que

habitaba en una cabaña, le daba su propio desayuno. Respecto a su mortificación y a sus penitencias, me dijeron que a veces por la mañana se encontraba la cama no deshecha, como si no hubiese dormido en ella» (Sum. p.213-215).

Hay otros testimonios, como el de una vecina del pueblo que asegura que «estando mi madre enferma, cuidaba él por sí mismo de los niños que eran pequeñitos, y a falta de los vecinos les hacía la comida. Y cuando don Joaquín le visitaba en el pueblo, el P. Rubio le cedía su cama y se iba a dormir a la cuadra, donde le decía a las caballerías; «bueno, ahora quietecitos y a dormir, que ya es tarde”».

Durante su permanencia en Chinchón, fue capellán de las Clarisas a las que dio sus primeros Ejercicios dirigidos a las monjas, las cuales guardaban un buen recuerdo sobre todo de la claridad y sinceridad con que les hablaba. «Las religiosas descubrieron bien pronto que bajo aquel sacerdote tan joven y al parecer tan primerizo había una persona profundamente espiritual, que en aquella tanda de ejercicios, la primera que dio en su vida, les orientaba con palabras que no eran de sabiduría humana ni de artificio literario, sino de una profunda sencillez, a través de las cuales Dios se comunicaba. La fama que allí dejó fue tal que, todavía después cuando hacía muchos años que había muerto, iban mucha gente a visitar su tumba a Aranjuez» (Sum. p.3).

Y cierra todos estos testimonios la hija de la patrona de la casa donde se hospedaba, Asunción de Antonio Comendador, que conoció al P. Rubio y afirma: «D^e todo lo que yo puedo entender y de lo que oí a mi madre, creo que el Siervo de Dios era un santo, un hombre extraordinariamente bueno. Por mi casa han pasado muchos sacerdotes, todos muy buenos; pero nunca jamás he visto a otro alguno tan virtuoso ni tan santo como el Siervo de Dios» (Inf. p. 130). Todo esto lo confirma también su hermano Serafín que testifica: «Al llegar a Chinchón, no encontraba una casa para alojarse hasta que un matrimonio del pueblo lo aceptó provisionalmente; pero, cuando pasó algún tiempo con ellos, ya no querían que se les fuese, y la patrona de la casa nos escribió a Dalías, diciendo que estaban muy contentos de tenerlo en su casa y que era un santo» (Sum. p.31).

Este testimonio viene corroborado por el de Rosario Rubio, hija de Serafín: «Le oí contar a mi padre que cuando estuvo destinado en Chinchón era muy grande su caridad entre los pobres dando cuanto tenía y algunas veces contrayendo pequeñas deudas. Cuando su protector, don Joaquín Torres Asensio, fue a buscarlo a uno de estos pueblos para traerlo

a Madrid, se enteró de estas deudas, y él de su propio bolsillo abonó lo que debía el Siervo de Dios, diciéndole: “Mira, hijo mío, despídete de este pueblo, porque aquí no debes volver, ya que el que venga no podrá hacer las caridades que tú ya has hecho, y no tendrá quien venga a pagarle las deudas como yo he hecho contigo”» (Sum. p.357).

Así fue la fama de santidad que el coadjutor de Chinchón dejó en el pueblo y que con gracia popular selló «Candelas», la mujer del mesonero: «Donde pone don José María los pies, allí pongo yo los labios».

Tras este estreno tan prometedor en Chinchón, una nueva intervención de don Joaquín le hace cambiar de lugar. Estremera es su nuevo destino donde se repiten las ocupaciones pastorales y la admiración y fama ante sus feligreses. Algo variaban las circunstancias, porque el joven coadjutor se encontró rodeado de un ambiente viejo que había que renovar. El edificio de la iglesia amenazaba ruina y la organización parroquial ya estaba arruinada. No se llevaban los libros de registro de bautismos ni de matrimonio y el sacristán apuntaba los datos con un lápiz en la pared...

—¿El matrimonio de Juanita López?... Sí, allí en aquella esquina. No se ve bien porque la pared está desconchada. Pero, señor cura, sí se encala, desaparece el archivo...

La caridad de don José María cambió de escenario, pero no de generosidad; aunque hay que advertir que en el asunto de la reconstrucción del templo el P. Rubio mostró que no estaba muy fuerte en cuentas financieras. Y tuvo que venir en su socorro el todopoderoso y eficaz don Joaquín.

En una palabra, al terminar este período «popular» del P. Rubio en Chinchón y Estremera, podríamos decir que todo ello, con calidad de estreno, mostraba tanto el campo apostólico como el apóstol del futuro: dedicación completa a la oración, a la mortificación, a la predicación y al confesionario. Desprendimiento absoluto en cuanto a los bienes temporales. En esquema y diseño, ya se dibujaba lo que había de ser el Apóstol de Madrid. Pero tenía tan sólo veinticuatro años. Y eso, además, es siempre ¡una esperanza.

* * *

Se abre ahora un nuevo período en la vida del Siervo de Dios, aunque no lo llamaría paréntesis, porque todo lo que hizo José María pertenece al verdadero texto y argumento de su vida. Mas para los que leemos esta vida desde lejos, nos parece algo así como un paréntesis en el que se acentúa el «dirigismo» de don Joaquín y en el que el P. Rubio se deja dirigir porque ve en ello una manifestación de la voluntad de Dios.

Es evidente que los destinos de Chinchón y Estremera fueron manipulados desde lejos por don Joaquín, aunque no satisfacían los verdaderos planes que tenía, que eran los de traerse al joven sacerdote a Madrid, para que le acompañase y a la vez «progresase» en su carrera sacerdotal. Para comenzarla, le hace venir para preparar unas oposiciones a una canongía del Cabildo madrileño. Obrando en esto con una mentalidad gremial y casi medieval, el canónigo quiere perpetuarse por medio de otro canónigo... Pero hay otro opositor más dotado que José María. Y éste tiene que regresar a Estremera.

Don Joaquín no cesa en su empeño, y le busca entonces una Cátedra en el Seminario, primeramente una de metafísica, y después otra de perfeccionamiento de latín. Se trata riel Seminario de San Dámaso, que entonces estaba situado en el piso alto del Palacio Episcopal madrileño en la calle de la Pasa.

Prosigue la saga de don Joaquín con su ahijado. Alquila un piso en la calle Barrionuevo, 2. Pero José María se encuentra débil y se fatiga con su trabajo de Cátedra. ¿Hay tal vez algo de tuberculosis? Don Joaquín posee una huerta en Madrid, cerca del puente de Segovia junto al Viaducto. Tampoco sirve. Se van a una casa en Cercedilla, paraje tradicional para los enfermos en recuperación. No vale. Vámonos a Mondariz; allí están las fuentes de Gándara y Troncoso que son saludables y reconstituyentes. Pero hay tal vez demasiada humedad en Mondariz. Vámonos a la playa de Portugal, que está cerca. Visitan Lourdes, buscando tal vez un remedio. Vuelta a la costa atlántica, que en este caso es la gallega, en Bouzas, donde don Joaquín hace construir dos casas... Reflexionemos. En todas estas idas y venidas el P. Rubio se deja llevar y querer. El que luego sería un maestro de dirección espiritual para muchas almas, ahora se deja dirigir en alma y cuerpo por aquel fiel amigo que lo necesita.

Tras esta larga ausencia en busca de salud y de reposo, ambos sacerdotes regresan a Madrid, donde don Joaquín condiciona, dirige y superdirige a su protegido hasta en mínimos detalles de calendario. Buen aprendizaje para obedecer después, cuando sea miembro de la Compañía.

Pero el omnipresente protector fabrica nuevos vínculos para José María, y logra que su protegido sea nombrado para un cargo curial como Notario en el Arzobispado, encargado del Registro y también del Negociado de Pobres. Y además otro vínculo más espiritual; José María es nombrado Capellán Mayor de las Reales Bernardas, que tienen su convento en la calle Mayor.

Afortunadamente, poseemos un testimonio de alguien que observó muy de cerca, con un ojo frío y crítico, a su capellán. Y fue el sacristán del convento:

«Le conocí personalmente, cuando vino como capellán del convento de las Reverendas Hermanas Bernardas de las que yo era sacristán. Y he pensado a veces que algún día se abriría el Proceso de ese Siervo de Dios, a quien ne he encomendado a veces. Sé que estuvo quince años de capellán en las Bernardas y a la vez estaba encargado de un Registro en la Curia Episcopal. Durante este tiempo vivió con don Joaquín Torres Asensio en la casa destinada para el capellán de las monjas. He oído hablar algunas personas sobre el Siervo de Dios, y siempre han alabado su virtud y santidad.

Yo recuerdo que, cuando era capellán de las Bernardas, entre él y don Joaquín Jorres Asensio publicaban un periódico llamado *El Buen Pastor* y yo los ayudaba a distribuirlo por los quioscos. Después de que dejó de ser capellán y entró en la Compañía de Jesús, lo he tratado menos, porque él se encontraba en Madrid en la casa de la calle de la Flor, y me era muy difícil verlo, porque tenía muchas visitas. Yo iba porque él mismo me dijo que fuese a verlo, ofreciéndose para todo lo que tuviese necesidad, y dos o tres veces que fui él me ayudó ¡dándome una cierta suma.

Cuando era capellán de las Bernardas se levantaba habitualmente a las cinco de la mañana, y aquella hora le daba la comunión a una monja enferma, y jamás le oí quejarse por las molestias que le causaban. Después de haber dado la comunión, subía a su casa, porque don Joaquín no quería que se enfriase, y volvía a bajar a la hora de la misa que era a las seis y media. Se preparaba en el templo y celebraba la misa con mucho respeto y devoción Después de la misa daba gracias y, apenas terminado, se venía al confesionario donde a veces permanecía hasta las nueve o diez de la mañana. Había muchas personas que se confesaban con él. Y algunas veces don Joa-

quín bajaba sobre las diez de la mañana, para hacerlo subir a desayunar. A veces predicaba en la iglesia; y cuando las monjas le daban una cierta cantidad por esto, él la devolvía y me encargaba a mí de llevárselo a las monjas; y cuando le pregunté por qué lo hacía, él me respondió: Yo ya tengo lo suficiente para mí.

Por la casa desfilaban muchos, y ninguno se iba sin su limosna. Y a veces, cuando salía para ir al Vicariato, iba por la calle distribuyendo limosnas a los pobres que le esperaban a la puerta. Mientras lo hacía, procuraba esconderse para que no le viesen. Mientras fue capellán atraía muchísimo público y venían muchas personas a escucharlo. Todos los que lo conocían y trataban mientras vivió, decían que era bueno y virtuoso, un santo. Y que nunca miraba de frente, ni dirigía la palabra a ninguna mujer» (Sum. p. 101-5).

De este largo período de su vida, en el que simultaneó su capellanía de las Bernardas con su oficina de la Vicaría, se conserva el testimonio muypreciado de Julián Jiménez, que le siguió muy de cerca y que estaba de botones en su despacho. Julián Jiménez, que había conocido antes al I*. Rubio, cuando era monaguillo en la parroquia de Estremera, se trasladó a Madrid donde fue aceptado como asistente y recadero por don Joaquín y don José María que habitaban en la casa de las Bernardas: «El Siervo de Dios madrugaba mucho, y era el que decía la primera misa, aun antes de abrir la iglesia y a puerta cerrada. Yo no le ayudaba a esa misa, pero sí le ayudé cuando estuvo en el pueblo, y conservo el recuerdo de aquellas misas tan devotas que celebraba: llamándome la atención, lo mismo que a la gente del pueblo, la piedad, la devoción y la unción con que celebraba el santo sacrificio... Para mí estas misas que celebraba el Siervo de Dios me parecían distintas de otras que he visto celebrar.

Celebrada la santa misa, el Siervo de Dios se metía en el confesonario y allí estaba mucho tiempo, porque acudían muchos a confesarse con él, hasta que don Joaquín me decía que fuera a avisarle para que subiera a desayunar. Luego se iba a la Vicaría, y yo le acompañaba porque yo estaba de botones en su despacho. Por la calle iba siempre con mucha modestia, con la vista baja. Y recuerdo que, en una ocasión, al regresar de la Vicaría, pasaba un grupo de obreros a nuestro lado y uno dijo: «Aquel sacerdote es santo». Estas palabras las oí yo y las oyó el Siervo de Dios, y se volvió diciéndole a los obreros: «No tanto, no tanto». Llegábamos a casa a la hora de la comida: yo le servía a la mesa a las dos,

la comida era bastante frugal, el cocido madrileño, y después de comer, sentado reposaba una media hora, al cabo de la cual ya salía a sus obras de apostolado, catequesis, o asociaciones que él dirigía o enfermos que él visitaba. Yo me acostaba, pero oía que el Siervo de Dios iba a la tribuna que da a la iglesia a hacer oración; yo lo sentía ir, pero no regresar, por lo que no puedo saber el tiempo que estaba allí» (Sum. p. 380-81)

Dio en esta época cuando don José María se trajo del pueblo a su hermana Ana María, que hasta entonces había vivido con sus padres. Se la trajo quizá con el doble propósito de que ella saliera del pueblo y que ambos sacerdotes tuviesen en la casa una persona de confianza como asistenta. Ana María, después de ocho meses, regresó al pueblo y murió a los veintidós años de fiebres tifoideas. No fue ésta la única hermana que José María invitó a su casa de Madrid, sino que las otras dos, Dolores y Mercedes, también vinieron de Dalias sucesivamente para ayudar en el servicio de la casa. Y finalmente, su hermana más pequeña, Trinidad, después de estar con él unos ocho meses ingresó en el Noviciado de las Esclavas del Sagrado Corazón. De esta época es sin duda una carta autógrafa que he tenido en mis manos, y en la que singularmente aparece el verdadero afecto que unía a todos los miembros de aquella familia.

«Madrid, 7 de junio de 1899. Muy querido Serafín: leí con mucho gusto tu carta. Bien sabes que a todos os quiero de veras, y a ti te quiero doblemente por tu honradez y laboriosidad. Te confieso que una de mis mayores alegrías es pensar que tengo unos hermanos buenos cristianos y muy unidos entre sí. Y pienso que yo no soy como vosotros, y eso que debía ser el mejor por mi estado sacerdotal. Te encargo que siempre tengas > como base de toda tu conducta el cumplir fielmente la ley de Dios y los mandamientos de la Santa Iglesia nuestra madre. Procura que en tu casa se rece en familia y que tus hijos vean a sus padres practicar la religión, no a medias, sino en todas las cosas. Es la mejor herencia que puedes dejarles. De todo lo mucho que nosotros debemos a nuestros padres, cuya vida conserve el Señor muchos años, el mayor beneficio ha sido educarnos cristianamente, y Dios les premiará este bien que nos han hecho. Procurad rezar el Rosario a la Virgen y no olvides que quien a Dios tiene nada le falta, sin hacer caso de cómo piensan otros, pues bien sabes que hay muchas cabezas destornilladas.

No te apures por el asunto de Trinidad, en lo que se refiere al dinero. Dios proveerá: nuestros padres andan escasos. Y no quiero que ahora se

echen más carga encima. Cuento con los 10.000 reales, y, Dios mediante a su debido tiempo, tendrá Trinidad los 2.000 duros.

El Señor sea bendito, que nos favorece más de lo que merecemos. Por supuesto, pienso escribir al tío Serafín por si puede contribuir con algo. Espero que por esto no se molestará, es decir, por mi carta. Aquí está en casa hace algunos días el primo Frasquito: tiene buena salud y bastantes años, y agradece tus recuerdos. Hoy recibo carta de Mercedes, le contestaré pronto, Dios mediante. A Rosario muchas cosas, y a los niños lo que quieras decirles de su casi desconocido tío. A toda la familia mis recuerdos. Escríbeme y cuéntame cosas y dime algo de Mercedes, pues en casa no se les ocurre nada o casi nada que decirme. De tu venida a la profesión de Trinidad ya hablaremos. Adiós, Serafín. Pedidle a Dios por mí y os quiere de corazón tu hermano: José María».

La carta es un maravilloso documento sobre una familia bien avenida en la que todos quieren ayudarse. En ella José María, aparte de mostrar su especial afecto a Serafín, habla de los padres y de las otras hermanas, Mercedes y Trinidad. Mercedes, según creemos, se halla en casa cuidando de los padres, y quiere saber noticias de ella. Esta hermana, pocos años después, moriría de tifus exantemático, contagiado de un enfermo pobre al que estaba asistiendo (Sum. p.275). En cuanto a Trinidad, ya se encontraba en el Noviciado de las Esclavas, y por eso se refiere tanto a los problemas de la dote, como de su próxima profesión. Por esta carta se ve que Serafín había prometido contribuir con 10.000 reales, y que José María confía en que encontrará el resto hasta llegar a los dos mil duros, y que incluso trata de interesar al tío Serafín.

La historia posterior de Trinidad tiene un final de cruz y pasión para José María. El 26 de junio, 1902, estando ya en el noviciado, de repente se siente enferma y manda avisar a su hermano. Este llega tarde, cuando ya estaba muerta. Veinticinco años más tarde recordará José María este suceso y, hablando a propósito de otro funeral, dirá: «A mi hermana Trinidad no tuve yo el consuelo de verla de cuerpo presente».

Sin embargo, estos acontecimientos familiares, con sus misterios de dolor y de gozo, eran tan sólo una parte del apretado calendario de José María. Durante estos años de permanencia en Madrid cada vez fue estableciendo años vínculos más estrechos con la Compañía de Jesús, y sobre todo con algunas obras pastorales que los Jesuitas dirigían en Madrid. También en esta línea, aun sin saberlo, la voluntad de Dios iba instruyéndole a través de un valioso aprendizaje. No es este el momento de

entrar en detalles sobre cuáles eran estas múltiples ocupaciones pastorales en que se empleó el P. Rubio, porque hablaremos sobre ellas más extensamente cuando llegemos a Madrid. Baste decir que así las resume el Defensor de la Fe: «Por casi dieciséis años, ejerció su celo pastoral con frecuentes predicaciones al pueblo, asidua asistencia al confesonario y catequesis en los suburbios, visita de enfermos, hospitales y cárceles, y una frecuente distribución de limosnas a los pobres» (A.P. p.4).

Hacia el final de esta primera época en Madrid hay que insertar la peregrinación que hizo a Tierra Santa, de la cual escribió un minucioso diario, que fue publicado por *La Semana Católica*, en 34 capítulos, con el nombre de «Notas de un peregrino en Tierra Santa».

Sobre estas notas, cuyo texto no he podido leer, escribe laudatoriamente el primer Teólogo Censor que fecha su informe en Roma 14 de mayo de 1982:

«Me parece que estas notas no fueron primeramente redactadas para la publicación sino reservadas a los peregrinos, a fin de que pudieran conservar aquellas santas y dulcísimas impresiones que el alma cristiana recibió visitando la Palestina y venerando los lugares santificados por la presencia de Nuestro Divino Redentor». «Me parece, dice el Censor Teólogo, que éstas son las más bellas, y las más interesantes páginas entre todos los escritos del Siervo de Dios, para poder hacerse cargo de la fe viva y de la piedad profundamente sencilla; ya que no se limitaba a describir los Santos Lugares y Santuarios, sino que penetra en el significado íntimo de la vida de Cristo y de los misterios que se realizaron un día en aquellos Santos Lugares» (*De scriptis* p.3).

La peregrinación tuvo lugar durante la Semana Santa del año 1904, y los peregrinos españoles eran 250 y entre ellos 70 sacerdotes. Comienza sus notas con la observación felicísima «de emprender el viaje acompañado de la Virgen Santísima, y teniendo a bordo de la nave *Etoile*, de los Padres Asuncionistas Franceses, al Santísimo Sacramento, con la inestimable fortuna de poder celebrar la santa misa cada mañana». Y se siente feliz al pensar que podrá pasar algunas horas de oración delante del Santísimo Sacramento durante la travesía. Además, la nave *Etoile* es «una casa habitada por numerosa familia, donde todos nos tratamos como hermanos y la nota más destacada es la alegría y el contento de todos».

En todas las visitas a los Santos Lugares el Siervo de Dios va de entusiasmo en entusiasmo, y da libre desahogo a su piedad y está bien claro que en este escrito el P. Rubio no hace retórica, sino que son meditaciones, contemplaciones, devoción y ternura de un alma amante de Jesús. En la casa de la Anunciación exclama: «¡Qué cosa más oportuna repetir mil veces las palabras del Arcángel Gabriel que fueron pronunciadas en este mismo lugar...» «Jerusalén, ¡qué recuerdos y enseñanzas nos proporciona tu vista! Fuiste primeramente objeto de gran misericordia del Señor, y después víctima de su tremenda justicia...» «Esta noche del Jueves Santo no la podremos jamás olvidar, aunque vivamos mil años. En el Santo Sepulcro, por muy frío que sea el corazón y árido el espíritu, no tendríamos más remedio en esta mañana que sentir fervor, pensando que en aquel mismo lugar Jesús había sostenido una divina conversación con su purísima Madre, y que había mantenido con la Magdalena el diálogo, dulcísimo y encantador, que se refiere en el evangelio de San Juan». En la gruta de Belén: «adoré con profunda reverencia aquel lugar santísimo, toqué la tierra con mi frente, besé la estrella, oré por unos momentos, y mi alma y mi corazón se sintieron satisfechos. No tengo palabras que puedan explicar lo que entonces experimenté en aquel lugar».

No faltan en esta serie de artículos de viajes algunas observaciones que demuestran que aquello era una peregrinación «española» y que el P. Rubio no se olvidaba de la situación política de España que entonces ofrecía un cuadro de tonos anticlericales. Así, al ver lo bien acogidos que eran los españoles por los franciscanos y otros religiosos de Tierra Santa, de modo que les hacían sentirse como en casa propia, escribía: «No permita nunca el Señor que el Sultán —autoridad política de aquella región tenga necesidad de llamar a su consejo a ningún Canalejas o Romanones. Nos parece que en esto, y otros casos, es mejor el gobierno turco que los gobiernos liberales de estilo Combes, u otro sistema de semejante calaña».

Este diario de peregrinación se terminaba con unas notas sobre la visita al Vaticano y al Papa Pío X. «El alma se llena de indecible contento cuando se ve y se oye al poderoso General del Dios humanado, de blanco aspecto, blancos cabellos y vestidos blancos, todo blanco como su alma de santo, como la paloma del Espíritu Santo que le inspira. El Señor le conserve y fortalezca» (*De scriptis* p.6).

Capítulo IV

DE LA «AFICIÓN» A LA REALIDAD

Hasta ahora hemos ido acompañando al P. Rubio, como sacerdote ejemplar, a través de un itinerario pastoral que recorrió los pueblos de Chinchón y Estremera, y después llegó a Madrid donde desempeñó varios oficios y ministerios. Sin embargo, el P. Rubio es más universalmente conocido como el Jesuíta «apóstol de Madrid» que vivió en la Casa Profesa de la calle de la Flor. ¿Cómo sucedió esta nueva orientación de su vida?

Los interrogatorios del Proceso contienen una pregunta específica sobre «la vocación del Siervo de Dios», que, en absoluto, podría referirse también a su vocación inicial para el sacerdocio. Mas las respuestas que se dan se relacionan más propiamente con su vocación a la Compañía de Jesús.

Fue esta vocación muy temprana y parece que el momento de su nacimiento hay que colocarlo en el período de sus estudios sacerdotales, cuando se hallaba en el seminario de Granada. El testimonio más explícito procede de Teresa de Igual Martínez. Esta señorita hizo ejercicios espirituales en 1918 en el Colegio de Loreto en Madrid, y después trató con el P. Rubio como director espiritual. Según ella, «le oyó contar al mismo P. Rubio que, cuando era seminarista en Granada, con ocasión de una visita que hizo a Cartuja (el noviciado de los Jesuítas) había sentido la llamada de Dios para una vida más perfecta» (Sum. p.229). También esta misma confidencia se la hizo José María a uno de sus compañeros de aquel seminario de Granada, llamado Luis Maestre, que después entró en la Compañía (Sum. p.262). Pero sobre este asunto nos ilumina más detalladamente su hermano Serafín que tanto lo conocía y que es muy

explícito sobre la vocación religiosa de su hermano. «Desde la época en que se encontraba en el seminario, mi hermano decía que quería ser jesuita, y escribió a mis padres pidiéndoles su consentimiento. Mis padres se opusieron, diciendo que si se hacía jesuita no volvería nunca más a verlos y que perderían por eso el cariño que les tenía. Pero él insistía mucho, observando que le parecía extraño que no le quisieran dejar ir por un camino que ya habían recorrido muchos santos. El nunca habló de ningún otro instituto religioso: Habló siempre de que quería ser jesuita. Y poco después de la muerte de don Joaquín, mi hermano entró al fin en el Noviciado de la Compañía de Granada. No se aconsejó de nadie» (Sum. p.32-33).

Existen otros testimonios de personas menos allegadas pero que sabían el origen de la vocación de José María, como una religiosa de las Bernardas y el propio sacristán de aquel convento que asegura que «don José María quería ser jesuita, pero no le agradaba a don Joaquín» (Sum. p. 103).

De todos estos testimonios consta que la razón de no haber ejecutado antes su propósito de seguir su vocación a la Compañía se debió a la intervención de don Joaquín Torres Asensio. Y esto es también lo que afirma explícitamente don José Herrera, sacerdote natural de Dalías muy relacionado con la familia Rubio. «Por mis relaciones con la familia, sé que desde niño tenía inclinación a entrar en la Compañía de Jesús, y que don Joaquín se opuso una o dos veces a que lo realizase. Si no lo había hecho antes era por respeto, veneración y deseo de acompañar a don Joaquín» (Sum. p.62).

Está claro; José María lo deseaba y don Joaquín no. Cada cual tenía sus buenas razones. Incluso en una ocasión en la que José María fue a Granada y comenzó unos Ejercicios Espirituales con intención de entrar en el Noviciado, don Joaquín escribió una carta al Provincial insistiendo que «no le dejasen sus últimos años sin la compañía de aquel santo»; por lo que el Provincial le ordeno que se volviese con su protector (Sum. p. 19).

De esta forma, una vez más triunfó la voluntad férrea del protector, y José María se dejó «dirigir» hasta que Dios se llevó a don Joaquín a su santa gloria, el día 16 de enero de 1906. Tras una breve enfermedad, su muerte fue en paz, resignada y edificante. A su manera, había colocado bien los cimientos de su mejor obra: hacer de José María alguien importante en la iglesia, aunque de otra forma distinta de la imaginada por él.

La muerte de don Joaquín fue para José María una liberación dolorosa; ya que no en vano habían transcurrido veinticinco años de estrecha convivencia, en la que don Joaquín había mostrado una atención constante y generosa para su protegido. Torres Asensio, como último gesto de aquella lealtad, nombró a José María heredero universal de sus bienes; pero él se apresuró a renunciar toda la herencia en favor del Seminario de Teruel al que dotó de unas becas para seminaristas, ya que aquella era la ciudad natal de don Joaquín.

Al morir éste, llegó para el P. Rubio el momento tan deseado de transformarse de «jesuita de afición» en «jesuita de realidad». José María se tomó algún tiempo para arreglar sus papeles, y notificó su resolución de irse al noviciado a su familia: «Tened calma, por Dios, y no paséis malos ratos; no se trata aún de resoluciones definitivas. Mi plan es que, alejado unos días de las ocupaciones ordinarias, pueda yo conocer de alguna manera si el Señor me pide el sacrificio de mi actual modo de vida, con todas sus consecuencias, o si he de continuar como hasta aquí. Quiero hacer Ejercicios y pasar unos días fuera de Madrid, ya que no he salido durante el verano. Mi deseo, como sabéis, es santificarme donde y como el Señor disponga, y eso queréis también nuestra madre y vosotros. Por mi parte, estoy dispuesto a lo que Dios quiera de mí. Si me quiere en Madrid, bien, y si me quisiera de otro modo de vida más perfecto y más seguro, pues muy bien. Repito, tened calma, que la tenga nuestra madre y no vaya demasiado lejos con su imaginación...»

José María dijo su última misa en la catedral de Madrid, precisamente ante el altar de la Virgen del Buen Consejo, donde había dicho también la primera el 12 de octubre de 1887, y se encaminó al noviciado de Granada, con una resolución bien clara y firme, ya que fue acepto como novicio el 12 de octubre de 1906. Llevaba casi veinte años de retraso en el cumplimiento de sus deseos juveniles. Pero Dios tiene otra manera de medir el tiempo en su reloj.

El que esto escribe conoce por experiencia personal el Noviciado de Granada, porque viví en él durante cuatro años, cuando ya no era Noviciado sino Facultad de Teología, en la que cursé cuatro años de dichos estudios y recibí mi ordenación sacerdotal. El edificio principal, el mismo que conoció el P. Rubio y que todavía hoy se conserva, es una amplísima estructura de planta cuadrangular con dos grandes patios interiores y una cierta apariencia externa de un estilo que intentaba ser mudéjar con sus arcos de herradura y ladrillos rojos, y que causa a los visitantes una grata

impresión, así como también su capilla, decorada con estucos de yeso, arcos de herradura y cubierta policromada. El edificio está situado a media altura de una colina por la que baja, desde tiempos de los árabes, la acequia Ainadamar.

El mismo día que José María Rubio entró en la Compañía. escribía así a su familia:

«Bien sabéis que en Madrid mi vida era demasiado agitada, inquieta, y. desde que murió nuestro inolvidable don Joaquín, llena de preocupaciones a las que yo no estaba acostumbrado. Es verdad que el buenísimo de don Carlos, me hacía más llevadera la falta de don Joaquín, pero él no podía resolverme el problema de tener una casa abierta y demasiados asuntos, sin el apoyo del que se separó de mí para siempre en este mundo. Y yo he venido sintiendo en mi alma cada día más la necesidad de tomar una vida retirada, escondida, humilde, de obediencia, de consagración completa al servicio de Dios, sin cuidados temporales, libre de los muchos peligros que hay en el mundo, alejado de muchas exigencias sociales que a mí me turban, me inquietan, y me perjudican. Si os alarmaseis por esto, yo os aseguro, hermanos míos, que lo único que a mí me daría pena sería esa aflicción vuestra y el saber que por mí está sufriendo nuestra madre, siempre tan buena y siempre tan atribulada Os quiero con toda mi alma y os pido de nuevo, por amor de Dios, que os tranquilicéis. Sepa, pues, nuestra querida madre, y sabed también vosotros, que no solamente saldré ganando yo en este asunto, sino que mucha ganancia será también para vosotros...»

En el Noviciado, José María encontró a un hombre verdaderamente providencial que no sólo le comprendería desde el comienzo, sino que le dirigiría espiritualmente a lo largo de muchos años: el entonces Maestro de Novicios, y después Provincial, José María Valera. Conservamos el testimonio de su hermano Serafín, referente a esta época:

«Creo que se portó muy bien en el Noviciado; porque poco después de su entrada yo fui a verlo y, aunque él no estaba todavía seguro de poder continuar allí, un hecho me demostró, por el contrario, lo que lo apreciaban. Habiéndole dicho que al día siguiente yo iría a reunirme con unos de nuestro pueblo en el Sacromonte, me

encargó saludarlos de su parte. Pero al día siguiente me mandó un recado a la casa de los huéspedes donde yo me alojaba rogándome que fuese a verlo, y, cuando fui, me dijo que le habían ordenado que nos acompañase; cosa que me maravilló mucho porque no era la costumbre entonces dejar que los novicios fueran a la ciudad. Entonces se veía que estaba muy contento en el noviciado, y él me dijo que el P. Valera le quería aún más de lo que le había querido don Joaquín» (Sum. p.33).

También guarda recuerdos de aquellos tiempos el P. Luis Maestre;

«Durante el Noviciado se comportó espléndidamente, como nadie. Recuerdo que hicimos un viaje a Alhama donde dio Ejercicios a las Clarisas con un gran fruto de los oyentes. Y otro viaje a Berja, donde predicó una novena que no movió a todo el pueblo como se esperaba por la frialdad de la gente, pero que conmovió a muchos dejando fama de santidad. Fuimos dos o tres días a Dalías, donde predicó, acudiendo el pueblo entero, donde dejó fama de santidad. Y también en Montefrío. El P. Valera, su Maestro de Novicios, hacía grandes alabanzas de él sobre todo hablando conmigo» (Sum. p.263).

Terminado el Noviciado y hechos los votos de bienio, el 12 de octubre de 1908, todavía permaneció en Granada durante un año, que dedicó, como suele hacerse en casos semejantes, al repaso de la Teología, y a ejercitarse en algunos ministerios que para el nuevo Jesuita no eran un ensayo, sino repetición de una larga experiencia pastoral. El Proceso lo resume brevemente: «Permaneció un año en Granada, dedicado sobre todo a los Ejercicios y Misiones populares, con gran fruto de las almas» (Inf. p.9).

Terminada esta primera fase de su vida en la Compañía, su primer destino fue a la Residencia de Sevilla. Estamos en otoño de 1909.

Escasea la información sobre este período de su vida. Y de hecho en el Proceso Rogatorial, que se inició en esta diócesis el 3 de septiembre de 1945 y terminó el 28 de enero del 47, no figura la declaración de ninguno de los jesuitas que entonces ejercían sus ministerios en la Residencia de la calle Jesús del Gran Poder. Tal vez, para estas fechas en que tuvo lugar el Proceso, no se encontraba allí ninguno de los que habían convivido con el P. Rubio durante su breve permanencia. En verdad tuvo como compañeros

a dos hombres extraordinarios: El P. Francisco de P. Tarín y el P. Tiburcio Arnaiz.

Por todo ello, en el Proceso Rogatorio de Sevilla sólo se recogen tres testigos, que son el P. Juan Cañete Zamora, la R. M. Cristina de la Cruz Arteaga y Falguera, fundadora de las Jerónimas en Sevilla, y don José Sebastián Bandarán. De éstos, el único que proporciona datos sobre su estancia en Sevilla es el último:

«Conocí personalmente al Siervo de Dios durante su residencia de un año en la Casa de los Jesuitas de Sevilla, donde yo también residía por circunstancias especiales. Tuve relaciones continuas con él, porque además yo lo ayudaba en algunos ministerios. Llegó a Sevilla el verano del año 1909 y ejerció los siguientes ministerios: Director diocesano y local del Apostolado de la Oración, Director de la Congregación Militar Reparadora, Director de la Congregación Mariana de San Luis y San Juan Berchmans y Director de la Obra de los Ejercicios Espirituales.

Su tenor de vida era el siguiente: a las cinco, habiendo ya terminado su oración, bajaba a la iglesia, y se sentaba en el confesonario que abandonaba a las seis para celebrar, e inmediatamente volvía de nuevo al confesonario donde permanecía hasta las 11 cuando subía a desayunar. Después de haber cumplido los actos de comunidad, empleaba el resto del día en diversos ministerios: confesando a los enfermos, dando pláticas a las comunidades religiosas, así como tandas de ejercicios espirituales. En la Residencia estaba entonces establecida la Adoración Nocturna, y el Siervo de Dios, que era muy devoto del Santísimo Sacramento, bajaba de noche para confesar a los adoradores y atenderlos en su ministerio» (Sum. p.254). «Durante el año que conviví con él pude observar que, mientras los otros religiosos, sus hermanos, practicaban la virtud en grado ordinario, el Siervo de Dios sobresalía sobre todos ellos, de suerte que incluso los mismos fieles, acostumbrados a tratar con los otros religiosos, advirtieron rápidamente su virtud eximia. Insisto sobre esta idea, porque he crecido entre los Padres de la Compañía y he convivido con ellos durante muchos años y puedo establecer así una comparación entre unos y otros» (Sum. p.259).

El P. Rubio dejó la Residencia de Sevilla porque insistió con los Superiores en que le permitieran hacer la Tercera Probación. Es decir, una especie de tercer año de noviciado, dedicado a los Ejercicios Espirituales y otras prácticas pastorales, que los Jesuitas hacen al final de un largo período de estudios. Al P. Rubio no le obligaba esta Probación, pero él insistió con los Superiores en que se lo concediesen, y por ello fue enviado a Manresa. Allí la Compañía de Jesús poseía una casa de formación de singular veneración, porque dentro de ella se hallaba la cueva adonde San Ignacio se retiró por un período de tiempo después de su conversión y en la que escribió parte de sus famosos *Ejercicios Espirituales*.

El Instructor de la Tercera Probación fue el P. Puiggros, que escribe: «El P. Rubio se distinguió en Manresa por su sencillez y por su discreta humildad. Era siempre uno de tantos, y solamente los que por otra vía conocían la influencia de que ya gozaba en Madrid, sabían quien era el P. Rubio».

Capítulo V

MADRID, MISIÓN ABIERTA

El creyó que sólo le llamaban a Madrid, mientras hacía su Tercera Probación en Manresa, para los ministerios cuaresmales que constituyen una práctica habitual en los «tercerones». Mas en realidad era una llamada para siempre. Quien lo llamaba era el Padre Provincial, que lo conocía muy bien porque había sido su Maestro de Novicios y continuaba siendo su director espiritual. Sabía el Padre Valera a quién llamaba y para qué misión: la misión de Madrid, ciudad abierta, con sus múltiples posibilidades pastorales.

La palabra «misión», dentro del lenguaje religioso, evoca más bien una acción pastoral intensiva en el tiempo y limitada en el espacio a cargo de unos misioneros que catequizan y renuevan la vida religiosa en un pueblo o en una ciudad. También la misión, con dimensiones internacionales, indica la acción difusiva de la fe cristiana en los países que carecen de ella o donde no está establecida la Iglesia. Mas la palabra también ha sido consagrada por el Concilio Vaticano con una significación mucho más amplia; se puede decir que la Iglesia toda ella se encuentra en estado permanente de misión, y que continuamente es enviada por Cristo para extender su obra de salvación, asistida por el Espíritu Santo en esta acción salvífica.

La misión de Madrid. Podríamos extender un mapa de la ciudad y señalar en ella los diversos puntos a los que se extendió la acción pastoral del P. Rubio. Sería algo así como una explosión estelar que, partiendo del centro de la urbe en la calle de la Flor, alcanzaba diversos puntos del mundo madrileño hasta la periferia y los suburbios, algunos de los cuales fueron lugares preferidos en el apostolado del P. Rubio. A partir de esa

«explosión pastoral», podríamos hacer un seguimiento de la vida del P. Rubio en cada uno de estas direcciones y así recorreríamos Madrid espacialmente. Y también temporalmente. Porque es evidente que las circunstancias que rodearon al P. Rubio condicionaron y determinaron en gran parte el tipo de apostolado concreto que realizó, y esto nos llevaría a la presentación del «Madrid del P. Rubio», sobre el que ya otros han escrito con indudable acierto.

Por nuestra parte, en esta breve biografía del P. Rubio, vamos preferentemente a acercarnos a sus obras y ocupaciones principales, unas sintemáticas y organizadas, otras más difusas, pero no menos constantes y eficaces. Y después de recorrer este mapa o «panorama pastoral» del P. Rubio, trataremos de penetrar en su «endorama» espiritual, usando la misma terminología que he seguido en otras biografías de santos, que era la raíz de su apostolado.

Era la Casa Profesa de la Compañía de la calle de la Flor un conjunto dinámico de múltiples obras. Y sobre todo una selección de operarios muy valiosos desde el punto de vista humano y sacerdotal. Uno de aquellos celosos operarios era el P. Isidoro Hidalgo, que por su edad avanzada tuvo que dejar la Obra llamada la Guardia de Honor del Sagrado Corazón de Jesús, cuya dirección pasó al P. José María Rubio.

¿Y qué era la *Guardia de Honor*? El nombre, muy del gusto de entonces, evocaba una actitud espiritual y casi castrense de velar y honrar la gloria y el culto del Sagrado Corazón de Jesús, especialmente en sus manifestaciones eucarísticas. La Obra era, por tanto, una plataforma aptísima para lanzar y propagar este culto y devoción y para utilizarla como sólido cimiento para diversas obras de apostolado. El P. Eguía, el primer biógrafo del P. Rubio y que convivió con él en la casa de la Flor, dice que «al principio comenzó el P. Rubio a dirigir esta asociación con cierta timidez, porque, dada su humildad, creía que no iba a poder hacer todo lo que había logrado su antecesor. Pero en el espacio de un año se comenzó a ver el fruto del nuevo director por todo Madrid» (Sum. p.71).

«La Guardia de Honor era una asociación que comprendía diversos grupos de fieles que operaban desde tres sedes o centros: en la Casa Profesa de la Compañía, y en el primero y tercer monasterios de las Salesas Reales. De tal manera el P. Rubio se entregó a la difusión de esta Obra, que pronto crecieron en número sus cuatro ramas formadas por caballeros, señoras, niveles populares y niños. El P. Rubio demostró bien pronto grandes cualidades de organizador, y rápidamente se llegó a más de

300 celadoras, 550 celadores y a un grupo infantil de unos 3.400 entre los cuales se encontraban los Infantes de la Casa Real, don Juan (padre del Rey Juan Carlos), don Gonzalo, doña Beatriz, y doña María Cristina. Además, había otra sección, llamada “adjuntas”, formada por socios de extracción más popular.

La Guardia de Honor celebraba funciones casi incesantemente; las había los primeros viernes y el primer domingo de mes. Y en la víspera del primer viernes se tenía una Hora Santa con predicación del P. Rubio, y además un Retiro mensual en la Casa de Ejercicios de Chamartín. En estos cultos la iglesia estaba totalmente repleta, particularmente en todo el mes de junio, y más aún durante la novena de la fiesta del Sagrado Corazón. Pero, aparte de esta actividad cultural de la Guardia, el P. Rubio organizó otros muchos ministerios que consideraba complementos necesarios de la Obra, y estos ministerios se llevaban a cabo por medio de grupos de socios y sodas, a los cuales se encomendaba una tarea. Una de éstas era la de legalizar la situación matrimonial de algunas parejas de las clases populares y el establecer escuelas dominicales. Asimismo, se promovía la entronización del Sagrado Corazón de Jesús, sobre todo en casa de los pobres. Con toda esta “devoción activa” el número de los celadores creció. Y para coordinar todo esto la Guardia de Honor publicaba un Boletín propio, que escribía casi totalmente el Siervo de Dios. Y aun cuando todas estas obras suponían gastos a veces elevados, el hecho que siempre llegaba oportunamente una donación que lo arreglaba todo» (Sum. p.72). Como se advierte, el P. Rubio, no sólo era el hombre de Dios que vivía intensamente su vida de fe, sino el hombre práctico que sabía convertir esta fe en amor del prójimo, haciendo no sólo que fuesen ayudados espiritual y materialmente, sino que ellos mismos «ayudasen a ayudar» a otros, que es el mejor efecto multiplicador.

Y al lado de Jesús, inseparablemente unida con El, María. Es decir, la Madre, cooperando a la obra salvadora de su Mijo y realzando su presencia eucarística por medio de la obra «*Marías de los Sagrarios*». No es éste el momento de escribir el origen y primeros pasos de esta obra, debida a la iniciativa de don Manuel González, el santo Arcipreste de Huelva y después obispo. El F. Rubio intuyó toda la capacidad apostólica de dicha obra, y la ayudó de tal manera, que se puede decir que casi todas las socias de la Guardia de Honor se hicieron Marías de los Sagrarios.

Al comienzo, las Marías celebraban sus funciones especiales en la capilla del tercer monasterio de las Salesas, pero más adelante fundaron

una capilla propia, llamada Betania, adonde casi todos los días iba el P. Rubio para rezar el Rosario y hacerles una exhortación a las Marías. «Bien pronto la asociación llegó a contar con 6.000 Marías, que se dedicaban a ayudar económicamente y espiritualmente a los pueblos y aldeas. Cuando el Siervo de Dios murió, según la información que entonces recogió el P. Eguía, había más de 230 pueblos que recibían esta ayuda. Y en cada uno de ellos había una catequesis, fundada por las propias Marías, que se ocupaban de enseñar el catecismo, y en casi todos ellos se hizo la consagración pública del pueblo al Sagrado Corazón, leída por el alcalde del lugar» (Sum. p.72-73). Y a propósito de estas Marías, una de ellas, la Señora Carmela Abril, viuda de Estrada, recuerda que «predicando una vez a las Marías y sabiendo el P. Rubio que entre ellas había algunas que querían conciliar la pertenencia a esta Obra con una vida mundana y de sociedad, participando en los bailes, etc. dijo desde el pulpito estas o parecidas palabras: “No es necesario ser una María; pero aquella que quiera serlo debe observar las formas debidas, vestirse decentemente, y no asistir a bailes o espectáculos impropios”. Y añadió: en la sacristía hay una bandeja, para que aquellas que no estén dispuestas a ser Marías de esta forma, dejen su medalla”. Recuerdo que en aquella tarde la bandeja se llenó de medallas; pero al día siguiente, o pocos días después, volvieron a entrar muchas de las que habían salido.

Y a esto se refirió el Padre desde el pulpito» (Sum. p. 179).

Oigamos todo esto narrado desde abajo, o mejor dicho desde dentro, por uno de sus más íntimos colaboradores, el H. José María Barquero, que vivió catorce años con el P. Rubio y que era el sacristán del templo de la Casa Profesa de la Flor: «Cuando lo conocí era director de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón y de las Marías de los Sagrarios, y también el alma de las catequesis que se daban en el suburbio de la Ventilla. Yo era el sacristán de la iglesia donde se celebraban con gran solemnidad las funciones de la Guardia de Honor. El día de la fiesta del Sagrado Corazón las comuniones en nuestra iglesia llegaban a 4.000, y era tal la muchedumbre que a veces el Siervo de Dios se subía al púlpito y suplicaba que los que habían ya comulgado, después de una breve acción de gracias, se saliesen para dar lugar a otros que querían entrar. Todo esto era obra y fruto de las fatigas del Siervo de Dios al frente de aquella asociación. En la Guardia de Honor había una sección especial llamada las “adjuntas”, compuesta por personas de clase humilde y para ellas se celebraba una misa especial muy temprana en la cual comulgaba muchísima gente. En

estos cultos de la Guardia de Honor, predicaba casi siempre el Siervo de Dios, y aunque lo hacía de una manera muy simple, y repitiendo siempre las mismas cosas, la gente lo escuchaba entusiasmada. Y recuerdo que uno de los caballeros socios de la Guardia de Honor decía un día, refiriéndose al P. Rubio, “no sé qué tiene este Padre; cuando nos predica en los retiros, siempre dice las mismas cosas, pero sin embargo todos estamos deseando que llegue el día de retiro”» (Sum. p.81-82).

Al lado del sacristán, testimonia el P. Provincial, Manuel Sánchez Robles: «Trabajaba con mucho empeño y grandísimo fervor en la obra de la Guardia de Honor del Sagrado Corazón donde todos estaban entusiasmados con el trabajo que realizaba; y también se dedicó con todo empeño a la obra de las Marías de los Sagrarios. Y daba los Ejercicios a los maestros, en la Casa de Chamartín» (Sum. p.88).

Podríamos completar esta visión de sus dos obras más conocidas con el testimonio de Tobías Huelves, portero, que habiéndose encontrado sin trabajo, acudió al Siervo de Dios quien se lo proporcionó en el periódico *El Debate* por lo que él quedó tan fielmente agradecido, que todas las mañanas, a las cinco, iba a la sacristía de los jesuitas para preguntarle al P. Rubio «si tenía algo que mandarle». «Y así, le hice muchos encargos que me ordenó, y le acompañaba cuando salía a hacer sus obras de apostolado. Entre celadores y propagandistas llegaron a ochocientos ochenta y ocho, de lo cual me consta, porque yo era quien hacía los recibos y repartía los avisos» (Sum. p.108).

Podríamos multiplicar los testimonios para confirmar este apostolado que irradiaba desde el doble centro de la Guardia de Honor y de las Marías de los Sagrarios. Cedemos la palabra a Pedro María Abellán, abogado, cuya mujer era la presidenta de la sección femenina de la Guardia de Honor:

«Sus ramificaciones eran realmente portentosas, y no solamente comprendía los actos de culto sino un retiro mensual en la Casa de los Jesuitas de Chamartín para los hombres. También otra obra filial de esta Guardia de Honor eran las escuelas dominicales para obreras; y no sé si todos los domingos o alternativamente el P. Rubio les predicaba. Tendrían más de 800 obreras, y la obra tenía un taller para enseñarles algunas artes profesionales. También se dedicó el Siervo de Dios a la consagración de las familias al Sagrado Corazón, y era rarísima la casa de aquellas sirvientas y obreras que asistían a la

escuela dominical, en la que no estuviese entronizado el Sagrado Corazón de Jesús» (Sum. p. 115).

Como la asociación de las Marías, con su dedicación eucarística, estaba integrada exclusivamente por señoras, el P. Rubio, animado por algunos de sus colaboradores, fundó también en Madrid la Obra de los Discípulos de San Juan, que tenía actividades paralelas a las Marías: «Con la aprobación entusiasta del Obispo de Madrid, el Siervo de Dios concibió en el año 1917 la idea de fundar una asociación semejante para los hombres. La cual tuvo un éxito inicial extraordinario; mas sucedió después, con un vivo disgusto de las autoridades eclesiásticas y del propio P. Rubio, que los enemigos de la Iglesia, y especialmente los masones y librepensadores, al advertir el desarrollo de la nueva obra iniciaron una campaña de burlas contra ella, tratando de cubrir de ridículo a sus miembros. Esta campaña denigratoria, en el ambiente fuertemente anticlerical en que España se desenvolvía en aquellos tiempos, tomó tales proporciones que se consideró más acertado suspender temporalmente las actividades hasta que amainase la tormenta» (R.A. 54). Esta suspensión temporal de la Obra de los Discípulos formaba parte de los designios misteriosos de la Providencia de Dios que acompañaron a veces a las obras del P. Rubio, que experimentaron no sólo la oposición sino también en algunas ocasiones la incompreensión o recelo por parte de algunos de la Compañía ante los que fue acusado, aunque falsamente, de acaparar todas las obras, sin dejar «espacio pastoral» para otros operarios de la comunidad jesuítica.

No fue esta trilogía de obras —la Guardia de Honor, las Marías y los Discípulos de San Juan— las únicas que crecieron bajo la dirección del P. Rubio cuyo celo se extendió hacia otras manifestaciones del apostolado, como, por ejemplo, las Conferencias de San Vicente. Sin embargo, entre estas obras ocupa un lugar muy principal las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, así como las obras de catequesis de los suburbios, de los que conviene recordar La Ventillas y Tetuán de las Victorias, que en breve llegaron a ser centros de irradiación pastoral, con catequesis, escuela e iglesias, y que fueron obras sólidamente fundadas, que todavía hoy perduran.

Respecto a las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, su fundadora, Luz Casanova, declara así en el Proceso:

«Conocía personalmente al Siervo de Dios con ocasión de su venida como director del Patronato de Enfermos, una institución que yo fundé. Con este motivo lo traté bastante, porque venía allí cuanto podía y cuando se lo permitían los múltiples trabajos en que estaba empeñado. Además, fue mi director espiritual. Con nosotras, las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón, trabajó tanto como se lo permitían sus otras ocupaciones, y él se lamentaba de no tener más tiempo para dedicárnoslo. Nos daba el retiro y también algunas instrucciones, animándonos mucho a continuar con nuestras obras en el batro nato de los enfermos. Durante dos años dio Ejercicios para las señoras, con gran éxito, porque llegó a reunir de 800 a 1.000 personas en cada una de las tandas. También trató con nuestras “auxiliares”, que son señoritas seculares que venían al Patronato a ayudarnos. Y en todas estas obras que he indicado el Siervo de Dios trabajó hasta poco antes de su muerte» (Sum. p. 14).

No podemos cerrar este capítulo de las Obras en Madrid, misión abierta, sin hacer mención de una de carácter nacional que todavía permanece en el centro de la nación española. Nos referimos al monumento del Sagrado Corazón de Jesús, erigido en el Cerro de los Angeles.

La idea nació en el Congreso Eucarístico Internacional de Madrid, y experimentó varias vicisitudes que quedan fuera de esta biografía. El P. Rubio tuvo en esta obra un papel muy principal de animador y promotor, puesto que su realización entraba plenamente dentro de la espiritualidad y cometido de la Guardia de Honor para la que el Monumento era un testimonio y un trono, a la vez geográfico y espiritual, ante el que montar perennemente dicha Guardia.

Como dentro de la ciudad de Madrid no se encontraba un sitio apropiado, se eligió el Cerro de los Angeles cercano al pueblo de Getafe, y situado casi en el centro geográfico de España; con lo cual se ampliaba el significado nacional de homenaje. La «Unión de Damas Españolas», presidida por la duquesa de la Conquista, promovió una colecta nacional de donativos a la que respondió generosamente el pueblo. Y allí, entre esas Damas, formando una gran parte de sus juntas directivas, se hallaban muchas de las señoras de las que el P. Rubio animaba con su predicación y dirigía con sus consejos. El primero de junio de 1916 se colocó la primera

piedra y el 30 de mayo de 1919 se tuvo la inauguración del monumento y la Consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús, leída por el Rey.

La voz del monarca español encontró eco en muchos fieles que se unieron a él en esta profesión de fe que también tenía mucho de programa social. Entre ellos se contaba el P. Rubio, quien después de este acto, continuó organizando y enviando peregrinaciones al Cerro de los Angeles. Porque hacía ya mucho tiempo que él había levantado otro monumento, mucho más alto todavía, en el propio centro de su vida.

Capítulo VI

SUS DOS «ARMAS»: LA PREDICACIÓN Y EL CONFESIONARIO

Acabamos de contemplar el panorama de Madrid misión abierta. Panorama contemplado desde fuera. Observable por todos aquellos que declararon en el Proceso. Vamos ahora a aproximarnos a la persona del P Rubio para ver cómo se comporta ante el “panorama» cómo actuaba desde dentro, desde su «endorama», manejando en su acción pastoral dos principales instrumentos, como dos armas de las que se valía en la conquista de las alunas para el Reino de Cristo. Estas armas eran la predicación y el confesonario.

EL SECRETO DE SU PURIFICACIÓN

En el concepto de muchos que le conocieron el P. Rubio no predicaba bien. Es decir que, aplicando los criterios ordinarios de lo que es una buena predicación el P. Rubio no era lo que comúnmente se llama un buen predicador. El prelado de la diócesis, Dr. Eijo Garay, se expresaba así:

“Predicando en Madrid, por donde desfilaban los mejores oradores de España, los fieles se apretujaban en locales repletos para oírle año tras año, durante muchos días seguidos sin saciarse de él. Ni frases retóricamente torneadas, ni ideas sorprendentes, ni estilo puro y sonoro, ni conceptos profundos, ni su figura que no tenía mucho ni casi poco de atractiva, ni su voz, aunque potente y no mal templada,

ni su ciencia que no aparecía ni la retórica que le tenía sin cuidado, ni la doctrina, el método o el orden lógico que no traslucían...»

Así el Dr. Eijo, con el que coinciden otros muchos críticos, tanto entre sus compañeros jesuitas como entre sus más adictos devotos, que están de acuerdo en advertir esta falta de calidad oratoria, a la que sin embargo añaden el efecto personal de quedar «admirados, convencidos y enfervorizados». Recogemos algunos testimonios.

Federico José Cao, farmacéutico, que trató al padre José María Rubio por dieciséis años, afirma que «el propio P. Rubio decía constantemente de sí mismo que no era buen orador; pero que no tenía tampoco necesidad de serlo, porque con tal de que la gente entendiese lo que él decía, eso le bastaba». Y el hecho es que todas las veces que hablaba, a todos llegaba hasta lo más profundo del alma (Sum. p.52-53).

El ya citado P. Eguía escribe que «había un antagonismo entre la sencillez de la expresión y la escasa importancia de lo que decía, comparadas con el efecto extraordinario de lo que decía. Precisamente, en este contraste entre la suma sencillez con la que predicaba y el fruto recogido por sus palabras —y yo mismo he sentido en mi corazón al escucharle— deduzco una de las principales pruebas de su santidad. Realmente, la misma unción con la que predicaba era algo de sobrenatural y parecía comunicada por el Espíritu Santo» (Sum. p.74). «No hacía verdaderos sermones, sino más bien conferencias de tono familiar, pero con tal unción que llegaban al alma» (Sum. p.135).

Amalia Maycas afirma que en cierta ocasión «después de haber oído una predicación del Siervo de Dios, salía un señor riéndose y burlándose de la manera de predicar del Padre. Yo no sé qué cosa sucedió, pero es el hecho de que en adelante he visto a aquel mismo señor que escuchaba con gran recogimiento los sermones y exhortaciones del P. Rubio» (Sum. p.144).

«Recuerdo —declara el párroco y beneficiado Próculo Diez— haberlo oído hablar sobre los dolores de la Santísima Virgen, en la iglesia de los Servitas. Era yo sacerdote, y habló con tanta unción que nos conmovió a todos, comenzando por mí mismo. Aquel sermón que era el primero que le escuchaba, me quedó tan impreso que todas las veces que he entrado en aquella iglesia lo recuerdo» (Sum. p.62). «Oí decir de las personas que asistían que, aun cuando repetía siempre las mismas cosas, siempre estaban entusiasmadas y enfervorizadas» (Sum. p.88).

El conde Carlos Rodríguez de San Pedro conoció al Siervo de Dios y se confesaba con él y fue el fundador y patrono de una escuela en el barrio de Entrevías y Vallecas. En cierta ocasión quiso llevar al Siervo de Dios para que hablase a la gente del barrio, cuando se estaba tratando de fundar la escuela: «Fuimos y recomendamos insistentemente al Siervo de Dios que hablase a aquella gente de problemas sociales, pero que no se le ocurriese decir nada sobre la confesión, tratándose de aquel barrio. Pero tan pronto como empezó a hablar, no lo hizo de otra cosa sino de la confesión; y cuando hubo terminado, nos llevamos la sorpresa de que todos aquellos hombres que le habían escuchado se acercaron a confesarse, y todos se aproximaban al Siervo de Dios para besarle la ropa y llevarlo a su casa. Lo oí predicar otra vez en Villalba donde yo mismo lo llevé, y obtuvo el mismo fruto. Tenía también un apostolado permanente en el barrio de la Ventilla y de Tetuán de las Victorias» (Sum. p. 175).

Para cerrar esta antología recogemos el testimonio de Teófilo Roldán Arenas, párroco de Villalvilla, quien le llamó el año 1924-1925 para que fuese a su parroquia «donde yo estaba muy desalentado porque los feligreses en general se mostraban hostiles a la Iglesia y al sacerdote, ni iban a misa ni cumplían con el precepto, y entonces se me ocurrió llevar allí al Siervo de Dios, fijándome en él por la fama que tenía de ser un santo, y que yo abrigaba la esperanza que él removiese un poco la conciencia de aquella feligresía, para ver si yo podría hacer la labor ministerial que tenía encomendada. De no ser así, incluso tenía pensado marcharme del pueblo porque veía que mi labor parroquial era nula.

«Fue el P. Rubio a mi parroquia de Villalvilla, y le acompañaron diez o doce personas que me imagino eran de las asociaciones que él dirigía. Al llegar al pueblo, nos fuimos a la iglesia después de tocar las campanas convocando al pueblo, que ya sabía que iba el P. Rubio porque yo se lo había comunicado. Sin embargo, el pueblo no concurrió; solamente asistieron al acto mis padres, mi muchacha y el sacristán con su señora. Después del rosario. expuesto el Santísimo, el Siervo de Dios subió al pito y empezó a predicar de la Sagrada Eucaristía, predicando como si la iglesia estuviese llena de gente. Estando predicando el Siervo de Dios, entra por la iglesia una señorita indecentemente vestida, con grandes escotes y las faldas muy cortas, arrodillándose frente al pulpito donde predicaba el Siervo de Dios. Todos al verla quedaron sorprendidos, y con temor de que

ocurriese algo desagradable; pero no fue así. El Siervo de Dios siguió predicando como si nada hubiese sucedido sin hacer la menor alusión a la joven, Esta a los pocos minutos salió del templo, y poco después regresó decentemente vestida colocándose en el mismo lugar. El Siervo de Dios no hizo ningún comentario, ni siquiera después de la función: Únicamente al decirle nosotros qué lástima que no estuvieran aquí para oír el magnífico sermón de la Eucaristía, él, tocándome en los hombros, me dijo: “No se preocupe, que todo se arreglará”. Después de la función el Siervo de Dios, que se mostraba muy contento, y sus acompañantes se marcharon a Madrid. Y yo no tuve más remedio que recriminar a mis feligreses por no haber acudido a aquel acto que les había anunciado».

“Al jueves siguiente era la fiesta de la Asunción. Toqué a misa sobre las nueve de la mañana, en la seguridad que, como en otros días festivos, nadie acudiría al templo. Contra mi costumbre, fui aquel día un poco más tarde, y me quedé enormemente sorprendido cuando veo el templo ocupado totalmente por los feligreses de la parroquia, pudiendo decir que moralmente estaban todos. Como yo no había hecho ninguna otra cosa especial para que se produjera este cambio, en seguida me convencí de que el mismo se debía al P. Rubio. Esto fue para mí un milagro. A partir de entonces, el cambio en la parroquia se fue acentuando, desapareciendo aquella hostilidad, e iba la gente a misa y hasta ‘promovieron asociaciones piadosas y se frecuentaban los sacramentos» (Sum. p.387-K9).

Por todas estas informaciones aducidas nos consta que el Siervo de Dios no predicaba de una forma que podríamos calificar de brillante ni aún siquiera de satisfactoria, según los criterios oratorios; mas que obtenía un fruto espiritual extraordinario. Estas dos afirmaciones conviene matizarlas y desentrañarlas.

El propio P. Rubio confiesa. «Yo no sé cómo viene tanta gente a oírme, porque yo no digo nada, y frecuentemente me subo al pulpito sin saber lo que voy a decir». «En una ocasión, yo estaba presente cuando el P. Rubio le dijo al hermano Durán: Hermano, debo predicar en tal o cual sitio, y no se me ocurre nada; dígame cualquier cosa. El Hermano, que era hombre sentencioso y muy espiritual, le decía una frase, e inmediatamente el Siervo de Dios predicaba sobre ella» (A.P. p.21).

Esta interpretación negativa sobre su falta de preparación queda suficientemente descartada con las observaciones de otros que le conocían y seguían más de cerca. «Antes de predicar, su preparación inmediata antes de subir al pulpito era de detenerse por un tiempo discreto, a veces hasta media hora, delante del Sagrario o de la Custodia del Santísimo. Esto lo certifico por ciencia propia; porque vi que lo hacía durante una novena que predicó en la catedral en honor del Sagrado Corazón de Jesús» (Sum. p.65).

Por otra parte, los textos aducidos para probar esta falta de preparación valen bien poco, incluso la propia confesión del P. Rubio; ya que cualquier orador tiene la experiencia de que muchas veces no sabe exactamente ni la materia ni el orden de lo que va a decir hasta que empieza a hablar y observa la reacción del auditorio; ya que ésta determina muchas veces la ordenación y el estilo de la exposición.

Sobre este tema hay una cita que a algunos les parece decisiva, y que se contiene en la declaración del testigo Toribio Zúñiga, que conoció al P. Rubio en unos Ejercicios. Frecuentaba la Iglesia de la Flor y fue después uno de sus compañeros y colaboradores inseparables: «Tanto en los Ejercicios como en las exhortaciones predicaba mucho en la iglesia de la Flor, y aunque hablaba con extraordinaria simplicidad y no fuese orador, sin embargo subyugaba, y sus palabras llegaban al fondo del alma. Recuerdo que un martes de la Semana Santa estábamos haciendo Ejercicios, que dirigía el P. Alfonso Torres, y no sé por qué causa el P. Torres no pudo continuar y por eso subió al pulpito el Siervo de Dios, que dijo: “Vengo «‘hora mismo del confesionario y no estoy preparado y no de qué voy a hablarles”. Permaneció por unos momentos pensando, y después comenzó de pronto a hablar de la tibieza. Y lo hizo de tal modo, que quedé admirado de las extraordinarias luces que tenía, aunque estuviese improvisando» (Sum. p. 121). Pero aún hay otras razones positivas, mucho más profundas, que nos convencen de que el P. Rubio estaba verdaderamente preparado para este ministerio de la Palabra de Dios. Y esta razón se encuentra en la propia vida espiritual, constante y profunda, de oración y de trato con el Señor, de lo cual hay abundantísimos testimonios en el Proceso. Podríamos decir, con una comparación moderna, que un acumulador, que se halla permanentemente cargado al máximo, no tiene que recargarse una vez más antes de que se enciendan las luces... Y el alma del P. Rubio estaba llena y rebosante de esta fuerza del Espíritu, obtenida

de su viva fe y de unión con Dios, permanentemente manifestada en su amor a Jesús en la Eucaristía y en su Divino Corazón.

UN CONFESONARIO PARA TODOS

Además de las predicaciones desde el pulpito, desde arriba y en voz alta, hay otra palabra de Dios que se dice desde cerca y con intimidad, sobre todo a través de la rejilla de un confesonario. Es la palabra del consejo y del perdón, mediante la cual la Gracia de Dios se personaliza para cada uno de los fieles. Este fue el segundo gran ministerio y la otra arma apostólica del P. Rubio: la dirección espiritual de las almas, especialmente a través del confesonario.

El sacramento de la confesión, por razones un tanto ajenas a esta biografía, hoy se ha desvalorizado en la práctica de muchos fieles. Se podría decir, con una visión global y cuantitativa, que así como ha aumentado el número de fieles que se acercan a la comunión, en cambio ha disminuido el de los que practican la confesión, sobre todo de una manera habitual. Por esta razón, se oye al actual Papa Juan Pablo II insistir una y otra vez sobre la práctica de dicho sacramento, y también por ello convocó uno de los Sínodos Generales de la Iglesia, el de 1983, que trató expresamente del pecado y de la confesión.

Aquí en esta biografía bástenos recordar que el Padre Rubio dedicó generosamente una larga porción de su tiempo a administrar este sacramento, no sólo como remisión de los pecados, sino como ayuda y progreso en la vida espiritual; ya que fue, juntamente con la predicación, el principal instrumento de su acción sacerdotal. Y la confesión, por parte del sacerdote, requiere múltiples virtudes humanas y divinas. Porque, en la misma expresión de ella, se halla un diálogo entre el penitente y el confesor, en el que este último escucha, juzga y aconseja.

Ante todo, *saber escuchar*, que es un arte y una virtud. Es evidente que, en muchos tipos de diálogos, y en concreto en el diálogo íntimo y familiar de la pareja, es necesario saber escuchar, y esto hoy muchos no lo practican. Cada uno diserta, grita, dice lo suyo. Pero somos a veces incapaces de escuchar y de oír lo ajeno, lo que dice el otro. Porque para eso hay que salir de sí mismo y sintonizar con la onda ajena. Y esto, además de requerir una cierta humildad y apertura, lleva consigo un no pequeño ejercicio de paciencia. Porque cada persona tiene su ritmo

psicológico y su vitalidad y para dialogar requiere «su» tiempo. Un tiempo que no sólo depende de la importancia o complejidad del asunto, sino del ritmo vital de la persona que es más o menos lenta o rápida al expresarse. El P. Rubio daba generosamente su tiempo, sin urgencia de «hacer otra cosa», porque propiamente entonces lo importante era aquella confesión.

También este diálogo requiere *juicio*. Algunos compañeros de su comunidad se permitieron a veces dudar del buen juicio del P. Rubio, porque le consideraban demasiado crédulo y bonachón, y que confundía los buenos propósitos con las realidades logradas. Ejemplo de ello es la declaración del P. Alfonso Torres, compañero del P. Rubio y en alguna ocasión su Superior: «Quizá veía en las almas que de algún modo dirigía, virtudes más sólidas y perfectas de las que tenían en realidad. Al menos, a mi parecer, en algunos casos, y aun de manera bastante general, me dejaba la impresión de que no tenía bastantes luces para discernir las imperfecciones espirituales de las obras y las personas». Pero se equivocaron los que así le juzgaban, porque ellos aplicaban criterios demasiado humanos y no las razones iluminadas por la fe, que era la pauta crítica del Siervo de Dios.

Finalmente, el *consejo*. El don del Consejo que es uno de los siete del Espíritu Santo. Y que no consiste en el enunciado brillante de una proposición sino en la «comunicación» de alma a alma, que se percibe por el sentido de la fe. Y que no se manifiesta en palabras sino en la «unción» con la que se las dice, y que convierte el consejo en una solución que el alma pone en práctica: «Quedábamos enfervorizados», es la calificación de muchos de sus penitentes. Y ese fervor, cuando se experimenta, deja de ser una metáfora térmica...

«El Siervo de Dios, desde que era sacerdote secular, fue famoso por la seguridad y espiritualidad de su dirección sobre todo en el confesonario: y continuó en esta actividad como religioso de la Compañía. En su confesonario de la Calle de la Flor, no daba abasto a todas las personas que solicitaban su dirección, hasta tal punto que se vio obligado en los días festivos a sentarse en el confesonario interior de la capilla para que no le oprimiesen. Su interés era igual por todo tipo de personas, pero con una cierta predilección por los pobres» (P. Eguía, Sum. p.73). «Solía sentarse muy temprano en el confesonario, hasta las diez y media o las doce, constantemente rodeado de personas que querían dirigirse con él. Aparte del confesonario, recibía

a otras muchas personas en la sala de visitas, que venían a consultarle; era muy breve en aquellas consultas, sobre todo cuando se trataba de mujeres, en las que no empleaba sino pocos minutos en cada una» (Sánchez Robles, Sum. p.88).

«El Siervo de Dios se dedicaba mucho al confesonario. Y yo, que me he confesado durante mucho tiempo con él, veía continuamente el confesonario rodeado de numerosas personas que guardaban su turno para confesarse; tanto, que era notorio que había algunas señoras a quienes le guardaban el puesto» (Sum. p.47). «Mi marido y yo, para podernos confesar, salíamos de casa a las 4,30 de la mañana, y cuando llegábamos a la iglesia que todavía no estaba abierta, ya había algunas personas para confesarse con él» (Maycas, Sum. p. 144). «Por mi cuenta puedo decir que, si quería confesarme a la diez o a las doce de la mañana, debía encontrarme desde las seis, y cuando se llegaba a esta hora se encontraba una serie de sillas, colocadas con un libro encima, indicando que estaban ocupadas por otras personas que habían dado el encargo. No obstante, esta aglomeración que se veía alrededor del confesonario, él dedicaba a cada penitente el tiempo que juzgaba necesario; y me di cuenta en una ocasión, en que estuvo casi media hora con una señorita a la que él logró convertir» (Vda. de Estrada, Sum. p. 179). «Cuando se trataba de una familia pudiente, nunca se detenía en la casa más del tiempo necesario para ver al enfermo o confesarlo; incluso recuerdo que rehusaba las invitaciones que le hacían para entretenerse un rato; en cambio lo vi permanecer más tiempo cuando visitaba alguna familia pobre. Un cierto día fuimos los dos a una visita y entramos en una buhardilla donde había una mujer enferma, y, después de haberla confesado, se sentó sobre un cajón que era el único mueble que allí había. Yo lo vi cómo se recogía en oración. Y como pasaba el tiempo y teníamos una lista de personas que debíamos visitar, me atreví a llamarle la atención diciéndole que no tendríamos tiempo para hacer todas las visitas proyectadas, y él entonces me respondió: “Hijo mío, ¿sabes lo que has hecho? Creí que estaba contemplando ahora a la Santísima Virgen y al Niño Jesús como si nos encontrásemos en el Portal de Belén”» (Huelves, Sum. p. 107-108).

Como acabamos de indicar, la dirección espiritual la ejerció también fuera del confesonario, y continuaba en las salas de visitas, y puede

afirmarse que a través de este trato espiritual obtuvo el P. Rubio resultados muy permanentes en varias personas que no solamente se consagraron enteramente a Dios, sino que también fundaron y dirigieron en la Iglesia Institutos de Perfección y vida religiosa, que todavía existen. El P. Staehlin, en algunas de sus biografías del P. Rubio, se extiende largamente en esto que podríamos llamar la «extensión biográfica» del P. Rubio a través de ciertas almas escogidas, como Luz Casanova, Mercedes Reyna y Manolita Roig. La necesaria brevedad de esta vida me impide extenderme sobre estas almas, maravillosas piedras preciosas del tesoro de la Iglesia, en las que el P. Rubio trabajaba con técnica de orfebre. Voy a añadir, por mi parte, un ejemplo, que no he encontrado citado en tales biografías, pero que se halla en el Proceso de Beatificación: es la declaración de la testigo Cristina de Arteaga.

Cristina de Arteaga y Falguera, hija de los Duques del infantado, tras su primer intento de ser religiosa benedictina, profesó en la Orden de San Jerónimo, que el Cardenal Segura respaldó en la ciudad de Sevilla, en donde ella fue Priora General y Fundadora del Monasterio de Santa Paula.

«Mi primer conocimiento con el Siervo de Dios fue con ocasión de asistir en compañía de mi madre y mi hermana María a los retiros mensuales que el Siervo de Dios daba a las Marías de los Sagrarios, en las Esclavas del Sagrado Corazón. Estos retiros tenían fama en todo Madrid, hasta el punto de que yo misma vi que asistían personas que no se distinguían por su piedad, pero que eran atraídas por la piedad y santidad del Siervo de Dios. Yo recuerdo que las primeras veces íbamos de mala gana y solamente por obedecer a nuestra madre. Tenía yo entonces 16 a 17 años y mi ilusión era más que oír un sermón ir a una diversión, como carreras de caballos, etc., o leer las novelas francesas que estaban entonces muy en boga».

«Desde la primera plática, me sentí atraída por la sencillez, la unción y piedad del Siervo de Dios, hasta el punto que renuncié a muchas de mis diversiones, sobre todo a la lectura de novelas frívolas que yo estaba acostumbrada a leer. Hacia el año 1923, teniendo yo 20 años, hice unos Ejercicios Espirituales interna en el Sagrado Corazón, de Caballero de Gracia, dirigidos por el Siervo de Dios. Yo pasaba entonces una crisis sentimental porque estaba interesada por un muchacho a quien mi familia no quería, y por otra parte luchaba también con el atractivo de mi vocación religiosa que yo sentía desde

pequeña. Mis padres entonces me mandaron hacer un largo viaje, y al regreso hice estos Ejercicios que he mencionado. Quedé profundamente impresionada, y desde entonces empecé a confesarme con el Siervo de Dios...».

«Hacia el año 24 ó 25 me dio a mí sola unos Ejercicios espirituales, donde yo ya decidí definitivamente mi vocación, después de muchas luchas a veces fuertes y álgidas. Recuerdo que la noche anterior de ver al Siervo de Dios, asistí yo a un baile en el Palacio de Liria donde tuve un éxito personal y estuve a punto de comprometerme en un matrimonio muy brillante que hubiese sido muy aceptado por mi familia. Al llegar a casa, a las cuatro de la mañana, yo tiré mi traje de baile, no dormí apenas, y por la mañana, temprano, fui a ver al Siervo de Dios, porque yo no podía resistir esta lucha interior dentro de mí. Y le pedía que él me ayudase a ver lo que Dios quería de mí Y entonces fue cuando se ofreció a darme los Ejercicios personales... y al terminar los Ejercicios, yo decidí entrar en la orden Benedictina. El Siervo de Dios me dijo que esperase un poco, y durante los dos años que yo tardé en entrar en el convento, me dirigí más asiduamente con él y corté mis relaciones con el mundo. Durante estos dos años fui cada vez más obediente a sus inspiraciones, y esto sirvió mucho para mi formación espiritual. Al despedirme del Siervo de Dios para marcharme a Solesmes (monasterio benedictino de Francia, donde Cristina, por vez primera, ingresó), él me insistió diciendo que lo que Dios quería de mí era una gran humillación» (Sum. p.398-400).

De hecho, Cristina se puso enferma y tuvo que abandonar el convento benedictino y regresar a su hogar, y entonces el P. Rubio le anunció que estaría completamente restablecida el día del Sagrado Corazón de Jesús. La vida posterior de la Reverenda Madre Cristina de Arteaga le llevó a fundar en Sevilla el Convento jerónimo de Santa Paula. Pero todo ello nos desviaría de este relato biográfico del P. Rubio, aunque sería un buen ejemplo de las maravillas espirituales que Dios hacía por medio de él.

Capítulo VII

ÚLTIMOS DÍAS Y MUERTE

Los que conocían y trataban de cerca al P. Rubio ya lo habían advertido. El incansable predicador se cansaba. El infatigable confesor se fatigaba. ¿Era exceso de trabajo, o existía otra enfermedad oculta? No he hallado en la documentación sobre el Beato ninguna referencia a una «historia clínica» que nos podría responder satisfactoriamente.

Hay, sin embargo, algunos datos previos que no convendría olvidar. Primeramente, desde muy joven, ya en sus años de seminario en Granada, José María estuvo «enfermo de cuidado». Y fueron precisamente estos cuidados los que despertaron la solicitud de su entrañable amigo y protector, don Joaquín Torres Asensio. Todo lo que ya hemos recogido anteriormente sobre los cambios de habitación y clima para proporcionar a José María un conveniente descanso, no nos aclara qué tipo de enfermedad padecía, pero apunta hacia una atonía general que exigía atención y reposo. Así lo está sugiriendo el largo itinerario: casa de descanso cerca del Puente de Segovia —Cercedilla, paraje de famosos sanatorios— costa de Portugal, abierta al Océano— visita a Lourdes —regreso a las costas gallegas...

El segundo y más importante elemento es que, a pesar de esta supuesta o real atonía, José María nunca se dedicó a cuidar de su salud. Para él la salud era un instrumento de trabajo al servicio de su vocación sacerdotal. Y por tanto ni el régimen de comidas, ni el conveniente descanso, ni una medicación apropiada formaron nunca parte de su «plan de vida». Y consecuentemente, si ya tenía antes algunos fallos, no parece que hiciese nada para remediarlos. Porque el P. Rubio era persona «olvidada de sí mismo», y esto es un juicio que repiten todos los que le

conocieron. Y parte de este olvido era la falta de atención a sus posibles enfermedades e incluso a la moderación de su trabajo.

Con estos dos elementos, ya podemos trazar los antecedentes de su trayecto final. Simplemente, el P. Rubio se fue agotando. Sin reponer su progresivo desgaste, hasta que le sobrevino una afección cardiaca, que terminó en «angina pectoris», como lo llaman los testigos del Proceso.

Los que lo trataron en los últimos tiempos, advirtieron este cansancio mayor que el habitual «por exceso de trabajo» (Sum. p.4). Sus colaboradores notaron que «tenía muchas actividades apostólicas a las que se dedicó hasta el último momento» (Sum. p.135). «Tenía una angina de pecho que le afectó por algún tiempo, sin decir nada y sin interrumpir sus trabajos apostólicos. Una vez que volvía de la iglesia de las Reparadoras, donde había ejercido sus ministerios, algunas personas notaron la dificultad con la que el Siervo de Dios caminaba, de manera que tenía que apoyarse contra la pared para poder respirar» (Sum. p.22). «A veces, durante sus sermones y pláticas, se le notaba cómo instintivamente se comprimía el pecho e interrumpía por un momento la palabra. Quizá fuese ya una señal de dolencia: porque él nunca decía nada, aun estando enfermo. Aunque algunas lo veíamos agotado y jamás se excusaba por ello de trabajar» (Sum. p.136). «Siempre pesó sobre él un exceso de trabajo y quizá influyó en ello las muchas escaleras que tenía que subir y bajar en sus visitas a los enfermos y sobre todo a los pobres. En los últimos tiempos, antes de retirarse a Aranjuez, aunque él jamás me dijo que se encontrase enfermo, yo lo veía muy agotado, y alguna vez no lograba reprimir un movimiento instintivo, apretándose el pecho como si le faltase aire. Y no obstante eso, continuaba incansable en su trabajo. Recuerdo haber oído decir a mi marido que cuando lo acompañaba en sus labores apostólicas, en el último período tenía que rogarle al Padre que no caminase tan aprisa y que descansase un rato, porque lo veía agotado» (Amalia Maycas, Sum. p.145).

Dentro de esta aproximación a la muerte, contemplada con serenidad, pero sin moderarse en su actividad, parece que el P. Rubio tuvo una cierta *premonición* de que morir próximamente. «Recuerdo que el día del Patrocinio de San José de aquel año 1929, en la capilla de las Marías, nos reunió para renovar la consagración al santo, y nos refirió que acababa de salir del hospital, donde había ido a visitar a una enferma que estaba para morir, y añadió: “Me he despedido de ella hasta que nos encontremos en el cielo, donde bien pronto nos volveremos a ver”. Y cuando murió, esto

estaba tan reciente que lo recordamos y comentamos entre nosotras, como si el Padre hubiera ya previsto la proximidad de su partida» «Sé que el Siervo de Dios sabía la proximidad de su muerte. Pocos días antes de su última enfermedad, en la capilla de las Salesas Reales de Madrid dijo a Teresa Igual estas palabras, que ella me refirió sobre lo que llamó su testamento: “Piénsenlo bien delante del Tabernáculo y escriban lo que el Señor les diga, y adviertan que éste es mi testamento, porque he llegado al término de mi camino, siento que ya me queda muy poco tiempo de vida”. Estas fueron las últimas palabras del Siervo de Dios en la última entrevista que tuvo con Teresa Igual» (Cristina de Arteaga, Sum. p.242). «Cuando salió de Madrid para Aranjuez se fue plenamente convencido de que iba a morir. Cuando la señora de Bauer y la duquesa viuda de Nájera le llevaron el coche que debía transportarle a Aranjuez, ellas se lamentaban de que les iba a dejar tan solas, y dijo estas palabras: “No las dejo, hijas mías, no las dejo. Pero es que ya no tienen más necesidad de mí. Después de todos estos años que las he dirigido, ya saben perfectamente cuál es el camino para ir al cielo, y ésta es la única cosa que nos queda por hacer”» (Teresa de Igual. Sum. p.23i).

Vamos a trasladarnos a la Casa Profesa para vivir allí las últimas horas que preceden a la salida del P. Rubio hacia Aranjuez. donde va a morir. Poseemos los testimonios del P. Francisco Puyal, que era un estrecho colaborador suyo, y del H. Barquero, sacristán del templo.

Antes de salir de la Casa Profesa se despidió de todos y a los hermanos coadjutores les dijo con toda sencillez: «Ahí les dejo mi cuarto y mis cosas dentro también». Y al H. Salán, añadió: «Hermano, ya me voy, ¿no tiene usted algún encargo que hacerme para allá?» El Hermano se creyó que se trataba de Aranjuez, y le encargó de llevarle un paquetito. El «allá» y Aranjuez, distaban tanto como el cielo y la tierra. Pero el H. Salán no comprendió entonces.

Así lo recuerda el P. Puyal: «En relación con su última enfermedad, puedo decir que estando yo a su lado, cooperando en sus Obras, ya observé que estaba mal, hasta el punto que los Superiores debieron ver algo grave, ya que decidieron enviarlo a Aranjuez, para que descansara y se repusiera. A mí me lo dijo una tarde que estuve con él, el día antes de irse a Aranjuez: “Voy a preparar todas mis cosas, porque me voy a Aranjuez y ya no vuelvo”. El presentía su muerte, y lo decía tranquilo, resignado y conforme» (Sum p. 522).

Y el H. Barquero añade: «El Siervo de *Dios* se marchó a Aranjuez tres días antes de su muerte. Fue allí acompañado por el P. Valera, y, llegado a Aranjuez, él mismo me dijo que venía a descansar y a tratar con Dios sobre sus cosas. Yo sabía que estaba enfermo y cuando subíamos la escalera para ir a la enfermería que se encontraba en el último piso, recuerdo que al llegar al segundo me dijo: “Un momento”, y permaneció de pie, llevándose la mano al pecho, como si se sintiese mal. Pero después de un breve momento reaccionó y me dijo: “Ya ha pasado”. Y seguimos hacia la enfermería. Me pidió que lo colocasen en un cuarto que estuviese cercano al Sagrario. Y así se hizo instalándolo en una habitación que se encontraba enfrente de la capilla y muy cerca de la misma. Por lo que oí decir entonces, la enfermedad que padecía era una angina de pecho, y cuando él mismo hablaba, creo que estaba convencido de la cercanía de su muerte» (Sum. p.83).

Aranjuez. La Casa Noviciado de la Compañía de Jesús, perteneciente a su provincia central de Toledo. Un edificio de ladrillo rojo, espacioso, silencioso. Por encima de él unas colinas plantadas de árboles. Por debajo, los palacios del Real Sitio y el rumor de las fuentes de sus jardines. En Aranjuez va a morir el P. Rubio, va a subir al Palacio de Dios. Y anegarse en su mar aquel canto de la fuente que nació en Dalías... Conservamos las notas que nos dejó el Hermano enfermero, Fulgencio Hernández Nadal, que declaró dos veces en el Proceso, en el Ordinario y en el Apostólico de Madrid. La segunda declaración es más completa y posee todo el realismo de un testigo ocular de los últimos momentos del Beato:

«Con referencia a la última enfermedad del Siervo de Dios, recuerdo que el médico de la casa de Madrid, Dr. Olano, ya fallecido, me llamó a Aranjuez por teléfono diciéndome. “Ahí le envío al P. Rubio para que le atienda, que ha tenido un ataque de corazón bastante grave, pero que ya le ha pasado, con el fin de que convalezca en esa Casa”. Efectivamente, llegó a nuestra Casa de Aranjuez en un coche, cinco días antes de su fallecimiento. Aquella misma noche de su llegada le repitió el ataque al corazón, y llamándome inmediatamente y acudiendo yo a su habitación, le apliqué unas inyecciones con las que de momento se repuso. Aún se levantó, y el mismo médico de nuestra Casa de Aranjuez, al día siguiente, lo vio diciéndonos que de momento no encontraba cosa grave; incluso paseó un par de ratos por la huerta en aquellos días. Sin embargo, a

instancias mías, no comía en la comunidad, sino en la enfermería con los demás enfermos».

«Así pasó dos días, y al tercero, estando comiendo en la enfermería, me llamaron porque le había repetido el ataque. Acudí inmediatamente tratando de llevarlo a un cuarto de la enfermería donde estaba solo; pero él me pidió que antes lo dejase en la capilla y así lo hice. En la capilla estuvo un gran rato, sentado y de rodillas. Habiéndole dejado yo solo, y al cabo de una hora aproximadamente, fui a ver cómo se encontraba, puesto que aún no había ido al cuarto que le había designado, encontrándome con que estaba allí todavía, y, al preguntarle que cómo se encontraba, me dijo que bien, pero que tenía un dolor en el pecho que le mordía. Lo llevé al cuarto designado que estaba muy cerca. Traté de que se acostara, diciéndome que se encontraba mejor sentado en la butaca. Y allí se quedó».

«Al poco rato volví, observando que estaba con él el P. Castañar que era el Director Espiritual de la Casa. Al verlos, me retiré para atender a otro hermano, y luego me llamó el P. Castañar diciéndome. “Venga, que el Padre está peor”. Le encontré con un ataque agudo de corazón, y con verdadero peligro de su vida. Llamé al médico y le dije al P. Provincial que le administrasen los sacramentos porque estaba muy grave. Le puse unas inyecciones tónicas muy fuertes, pero no reaccionó, y él me dijo así como: “Hágase la voluntad de Dios”.

«El Siervo de Dios recibió la Santa Unción con pleno conocimiento, y lo demuestran algunas frases que dijo al P. Castañar, más o menos: “esto se acaba o ya me voy”. Nosotros le decíamos jaculatorias, notando por alguna expresión que se daba cuenta, pero ya no podía hablar. Y así murió» (Sum. p.338-340).

Ha muerto el Siervo de Dios. Pero además ha muerto el Padre, el Director, el Predicador que movía los corazones, el que comandaba espiritualmente la Guardia de Honor del Sagrado Corazón, el que acompañaba a las Marías en toda su acción eucarística, el que promovió tantas obras en favor de los pobres y de la gente de suburbio... Y todo esto supone una muchedumbre que conoce al P. Rubio, que le ha oído, que lo quiere... Es el pueblo de Dios que acude a su pastor. No a su llamada, porque él ya está muerto, sino a su presencia, porque sigue más cercano que antes, como lo demuestra la fama de santidad que se esparce por el

ambiente. Antes caminaba por las calles de Madrid; ahora, verticalmente, sube hacia el cielo, y nosotros le acompañamos con el pensamiento y la veneración. Y por eso, cuando la noticia de la muerte del P. Rubio se difundió, y había muchas voces para proclamarla, acudió desde Madrid al Noviciado de Aranjuez una inmensa muchedumbre.

Contrasta notablemente el silencio y ocultamiento que el P. Rubio quiso mantener sobre su persona con la publicidad y aclamación que recibió de los demás. Quizá sea el momento de añadir aquí una declaración del mismo H. Hernández Nadal, que se refiere a las últimas horas del P. Rubio: «Con referencia a los escritos del Siervo de Dios, puedo decir que las vísperas de su muerte me dijo que fuese a su cuarto a recoger unos cuadernos que él tenía y que se los llevase a la enfermería. Le subí dichos cuadernos que eran manuscritos, y me dijo que había que romperlos y quemarlos, porque eran “misericordias de Dios y miserias mías, no me vayan a tener por mejor de lo que soy”. En efecto, allí los rompimos todos, sin que yo leyera una sola línea, suponiendo que se trataba de apuntes espirituales. Aunque su deseo era que los quemase, no llegué a hacerlo por falta de oportunidad; pero eran tan pequeños los pedazos que se rompieron que no hubo posibilidad de leerlos ni menos aún de reconstruirlos» (Sum. p.338).

El cadáver del P. Rubio, revestido de ornamentos sacerdotales, fue colocado en el Salón de Actos del Colegio Noviciado. «Recuerdo que asistí al oficio fúnebre juntamente con otros tres señores que ya han muerto, y que entramos en un salón grandísimo donde se encontraba su cadáver y donde había mucha gente y se veía a todo el mundo llorando. Y mientras me encontraba arrodillado delante del difunto, vi al P. Valera, que se ponía de rodillas visiblemente emocionado, y que sacando su rosario lo pasaba por su cadáver, de la misma manera con que tocamos con algunos objetos las reliquias de un santo. Todos los que estaban allí se acercaron para hacer lo mismo, y algunas personas comenzaron enseguida a cortar pedacitos de su ropa. Uno de los cuales me fue entregado, pero me fue robado durante la guerra civil, juntamente con algunas cartas del Siervo de Dios. Al final, según me contaron, hubo que impedir que se acercasen al cadáver porque todos querían llevarse una partecita de su hábito» (Sum. p.47).

«Apenas don Victoriano Suárez y yo supimos de su muerte, el mismo día en que sucedió nos fuimos a Aranjuez en su coche, y mientras nos encontrábamos los dos solos delante del cadáver, nos atrevimos a cortar un

pedacito de la sotana del Siervo de Dios que conservamos como una reliquia» (José Cao, Sum. p.54).

Al entierro, que se hizo en el cementerio propio del Noviciado, asistió «una enorme cantidad de gente llegada de Madrid y de otras partes. Se estableció un verdadero pugilato entre las personas presentes para ver quién tenía una participación activa para llevar el féretro. Yo no lo conseguí ni siquiera por un momento, pero al salir vi que allí estaba la tapa de la caja, y me consideré afortunado por poderla llevar; pero apenas di pocos pasos cuando me vi rodeado de otros muchos caballeros que querían también llevarla, y por eso terminamos llevándola todos. La cuestión era tocar cualquier cosa que tuviera relación con el Siervo de Dios. En el cementerio tuve la satisfacción de bajar la caja en el sepulcro por medio de una cuerda» (Sum. p.54).

«Asistí a su entierro; el aspecto del cadáver era de una gran placidez, como si estuviese dormido. Y aparentemente estaba casi de mejor aspecto que cuando estaba vivo. El cortejo fúnebre constituyó una verdadera demostración por el gran conjunto de gente que participó en él. Algunos hermanos que se encontraban al lado del cadáver no hacían otra cosa que tocarlo con medallas, rosarios y estampas. Como se hace con las reliquias de los santos; y todos nos hallábamos alrededor del féretro, llenos de desolación y pena, encomendándonos al difunto y solicitando sus favores. Con muchísima dificultad, por el enorme gentío que allí se encontraba, se organizó el cortejo fúnebre para llegar hasta el lugar de la sepultura. Y allí, el P. Torres, viendo aquella manifestación, ordenó que se colocase el féretro sobre una mesa y todos los que nos encontrábamos allí desfilamos ante él para besarle las manos» (Sum. p. 137).

Tras este sepelio en Aranjuez, se celebraron en Madrid unos solemnes funerales en la casa de la calle la Flor. A ellos asistió Serafín, el único hermano superviviente de José María que nos lo narra así: «Me enviaron un telegrama avisándome que estaba grave, y enseguida otro diciéndome que había muerto. Yo no tuve tiempo de llegar para el entierro por falta de comunicaciones: pero lo hice cuando se celebraron los funerales en la iglesia de los Jesuítas en Madrid. Y fueron el miércoles después del día en que murió. Y es cierto que cuando salí de la iglesia después del funeral, apenas se supo que yo era el hermano del Siervo de Dios, me vi rodeado de muchísima gente, de todas las clases sociales; hasta que el conde de Rascón, que había asistido a la ceremonia, juntamente con los infantes don Juan y don Gonzalo, me hizo subir a su coche. Entonces me contaron que

mi hermano pocos momentos antes de morir estaba hablando con el P. Castañar y de repente dijo: “Me ha cogido un dolor aquí”, señalándose el pecho. Y añadió: “Qué hermoso día hoy para morirse”. Era el primer viernes de mes. Y de allí a poco, añadió: “Esto es el fin”. El P. Castañar llamó aprisa para que alguien le pusiese una inyección, pero fue demasiado tarde. José María varias veces me había dicho que no creía que llegaría a muy viejo» (Sum. p.34).

La mañana del 10 de junio de 1953, en presencia del Tribunal Eclesiástico de Madrid, de los Superiores y de toda la comunidad de Aranjuez, se procedió a la exhumación de los restos mortales del Siervo de Dios, que fueron envueltos en un lienzo blanco y depositados en un féretro nuevo, que fue trasladado a una sala en la planta baja del noviciado. Allí los restos fueron reconocidos por dos médicos especialistas y por el Notario eclesiástico. Se reconstruyó el esqueleto, y se le vistió con sotana de la Compañía y unos ornamentos sacerdotales, y se colocó en un cofre metálico dentro de una caja de caoba. Aunque toda esta ceremonia no se había notificado, algunos amigos y conocidos llegaron y asistieron a él, y más de un millar desfilaron ante los restos del P. Rubio, al frente de los cuales se hallaba el alcalde de Aranjuez. El cortejo, formado por el coche fúnebre escoltado por cinco automóviles, inició su viaje a Madrid, deteniéndose al pasar por el Cerro de los Angeles, para entrar en el convento de las Carmelitas Descalzas, que le entonaron un responso.

El jueves siguiente, día 11, vigilia de la fiesta del Sagrado Corazón, desde muy temprano comenzaron a desfilar los madrileños ante el féretro del P. Rubio, que estaba colocado en la capilla (todavía no estaba terminado el templo de la nueva Casa de los Jesuitas situada en Maldonado, 1), ya que la antigua Casa de la calle la Flor había sido destruida por un incendio, en 1931. Fueron unas 11.000 personas las que desfilaron ante los restos del Siervo de Dios.

Por la tarde de ese día fue trasladado el féretro a su sepulcro definitivo, en presencia de numerosos prelados y de altas personalidades del mundo político y cultural, así como de la comunidad de Padres Jesuitas y representantes de las diversas obras que había dirigido el P. Rubio. También se hallaba presente, don José María Rubio, sobrino del Siervo de Dios.

Esta traslación del cuerpo del Siervo de Dios a Madrid facilitó más aún la devoción del pueblo que durante mucho años no cesó de acudir al claustro de la Casa de los Jesuitas implorando su intercesión y

agradeciendo su auxilio, y esa devoción movió no solamente las plegarias de los fieles y los favores del Siervo de Dios, sino también el Proceso Eclesiástico para su esperada glorificación. Esta glorificación ya no es objeto de lectura en esta biografía, sino que tiene lugar el 6 de octubre de 1985 en la Basílica de San Pedro con un repique de gloria.

Capítulo VIII

FAMA DE SANTIDAD: LEYENDA Y REALIDAD

En la vida de los santos se da frecuentemente una paradoja; ellos esconden su santidad, pero los demás la descubren. Ellos la esconden, porque a sus propios ojos no son santos. El concepto de la propia perfección es solamente relativo y personal. Y conforme el santo se va aproximando más a Cristo, percibe mejor la infinita distancia del modelo. Como está más cerca del sol, advierte mejor el polvo propio. No es que se halle más manchado que los demás, es que descubre mejor las manchas, aun las más insignificantes.

Consecuentemente, como él no se juzga santo, no quiere aparecer ante los demás con una santidad que no ha descubierto en sí. A lo que se añade que en el modelo divino hay un componente de humillación, de silencio, que hace que el santo, por imitar a Jesús, no sólo acepte esa humillación, sino que la busque. En una palabra, el santo esconde su propia santidad. Pero los demás la descubren.

El pueblo cristiano posee un sentido y casi un instinto, que es parte de su fe, para descubrir estas «presencias» de Dios en la vida de los hombres. Y cuando se realiza ese descubrimiento personal, se siente inclinado a comunicarlo y participarlo a otros, y así surge la fama de santidad.

El P. Rubio la tuvo. Porque los que le rodeaban escuchaban sus sermones y buscaban sus consejos «percibían» de alguna manera esa cercanía de Dios y sabían distinguirla de otros valores humanos, como la ciencia el arte del bien decir, o la simpatía personal. Lo que irradiaba el P. Rubio a sus devotos, era lo que el pueblo cristiano ha llamado popularmente el «olor de santidad». Un «olor» que no es una experiencia

admirativa y placentera de una persona, sino que le lleva a levantarse al origen de ese olor y de esa santidad, es decir de la flor se levanta al Señor de las flores.

Basta ahora seguir la vida del P. Rubio para discernir entre los testimonios del Proceso ese olor de santidad. En su Proceso que se desarrolla a bastantes años de distancia de los hechos es difícil encontrar testigos «de «vista». Sin embargo, en el Proceso Ordinario declararon 64 testigos con conocimiento directo del Beato: los que le conocían de su pueblo, los compañeros del *Seminario*, los que le hospedaron en Chinchón, lo que fueron sus feligreses cuando era coadjutor de la parroquia, el sacristán y sirviente que le atendían en Madrid siendo capellán de las Bernardas, etc., etc. Seleccionemos algunos ejemplos: «Mi hermano siempre tuvo fama de santo, y su virtud me pareció siempre algo excepcional por la prontitud, constancia, facilidad y alegría con que cumplía todos sus deberes» (Sum. p.43).

«Conocí al Siervo de Dios en Dalías siendo muy niña, y todos elogiaban su virtud» (Sum. p.53). Cuatro de sus compañeros de Seminario hablan de su santidad: Me consta que durante toda su vida tuvo fama de santidad y fue venerado más aún entre los seculares, y dicha fama estaba más que fundada sobre su conducta más que ejemplar».

De la época de Chinchón habla la hija de la patrona: «De todo lo que he podido comprender y que oí decir a mi madre, creo que el Siervo de Dios era un santo» (Inf. p. 130). Las monjas que lo conocieron en Chinchón «cuando todavía era muy joven, decían que era un santo» (Inf. p.130). «Lo recuerdan todavía como un sacerdote santo» (Sanchidrián, coadjutor de Chinchón, Sum. p.213). '.

No queremos hacernos repetitivos, ya que podríamos aducir testimonios de Estremera y de su permanencia en Madrid como profesor del Seminario, notario de la Curia y capellán de las Bernardas. Sin embargo, de su período de ministerios sacerdotales en Madrid es donde encontramos más testimonios. El Proceso recoge una impresionante serie de ellos, procedentes de los seculares, de los Jesuitas y de dignatarios eclesiásticos y civiles. Citamos uno: «No he conocido ni tratado a ninguna otra persona que se pueda llamar santo como al P. Rubio, y con esto quiero decir que lo considero un verdadero santo, que ejerció las virtudes en grado extraordinario y por lo mismo lo considero digno de que un día la Iglesia, haciéndose portavoz de cuantos lo han conocido, lo inscriba en el Catálogo de los Santos» (Sum. p.332).

La muerte del P. Rubio no borró esta fama, sino que la aumentó. Ya vimos cómo se manifestó de forma plebiscitaria con ocasión de los funerales del Siervo de Dios, y más aún con el traslado de los restos a la Casa Residencia de la Compañía de Jesús en la calle Maldonado, de Madrid. Habría que añadir las Cartas Postulatorias enviadas por cuatro cardenales y 43 obispos y 28 Superiores Generales de Ordenes y Congregaciones Religiosas. Y todo esto, que se refiere a testimonios documentales, hay que complementarlo con otra fama, más difusa y emotiva, producida en el pueblo cristiano por las gracias y favores concedidos por el Siervo de Dios. Entre ellos los hay que ofrecen una completa garantía ya que son objetivos y extraordinarios, aunque a veces resulte difícil precisar el límite que separa lo sorprendente de lo milagroso.

Algunos de estos favores están publicados en la «Información» que precede al Sumario del Proceso.

«Dolores Torres González. Tumor maligno de naturaleza cancerosa. Hace una novena al P. Rubio. El 8 de julio de 1944, al ser reconocida en el hospital de Almería, fue declarada curada sin restos de la enfermedad precedente» (Inf. p. 138).

«Un enfermo, ya anciano, pide la salud y nunca más enferma y a sus 88 años no puede encontrarse mejor» (Inf. p. 143).

«Durante la guerra civil española, un amigo del P. Rubio fue arrestado y condenado a muerte «se encomendó al P. Rubio, e inesperadamente le fue concedida la vida y la libertad» (Inf. p.149).

Año 1964, caso 1.557. Una parálitica cardiaca con cuatro embolias y parálisis del lado izquierdo, tres días en coma y desahuciada por los médicos. Se le aplica una reliquia del P. Rubio, y al momento empieza a mejorar de suerte que hoy hace vida normal y camina sin muletas (*De fama signorum* p.48).

Año 1964, caso 1.560: Enferma grave con doble ataque de meningitis tuberculosa y meningocócica, con 25 días en coma, completamente desahuciada. Un familiar acude al P. Rubio, y queda curada sin rastro ni tara alguna (*De fama signorum* p.48).

Año 1968, caso 1.657: Un matrimonio cubano de refugiados. La madre es operada de cesárea en el tercer hijo que nace muerto. Infección general de la madre, complicada con pulmonía doble, y pronóstico de muerte inmediata, ante la paralización de los riñones. Hacen las preces al

P. Rubio, y, superado el peligro, hace vida normal (*De fama signorum* p.51).

Año 1984, caso 2.418: «Soy cirujano e intervine quirúrgicamente a un enfermo paciente de úlcera gastroduodenal, lo encontré gravísimo y pronostiqué un fatal desenlace, indicando que, si se producía el óbito, se llevasen el cadáver a su domicilio. El enfermo se encomendaba al P. Rubio. A la mañana siguiente encontré vacía la habitación del enfermo; pero no se había muerto, sino estaba fuera de peligro, eufórico, y le di de alta a los pocos días» (*De fama signorum* p.60).

La serie de estos favores podría prolongarse y todavía no está cerrada. Y todo ello —la fama de santidad en vida, y la continuación después de la muerte— constituye ese «reconocimiento» de los demás que «sabían» que el P. Rubio era un santo, y que confiaban en él.

Además de los que lo «sabían», puede ser que se encuentren algunos otros que hayan añadido lo que «imaginaban», ya que alrededor de una persona tenida por santa, se crea un aura de admiración en la que los hechos reales pueden transformarse para hacer a la persona aún más maravillosa de lo que fue. Tales portentos no son necesarios para demostrar la santidad de alguien; porque —lo recordamos de nuevo— no son los milagros los que hacen al santo, sino que, al contrario, es el santo quien hace los milagros.

Hubo en la vida del P. Rubio algunos sucesos extraordinarios que de tal manera se han unido con su nombre que no se les puede ignorar en una biografía. Especialmente, cuando los sucesos, tras un análisis de las pruebas, muestran un substrato real al que se le han añadido ciertas variantes que podrían disminuir su credibilidad. Vamos a recoger tres de estos portentos, cuya plena autenticidad esperamos quede establecida en algún día próximo.

El relato del *primer caso* lo conocemos por el Rdo. D. Próculo Diez Ruiz, testigo XII del Proceso Matritense, que se lo oyó referir a su tío, Carlos Manuel Villameriel, «inseparable compañero del Siervo de Dios». Don Carlos vivió con este testigo durante algunos años, y por medio de él conservaba un contacto muy constante con el P. Rubio. «Un día, mientras el Siervo de Dios estaba en el confesonario, se acercó a él una señora para rogarle que fuese a confesar a un señor que estaba en grave peligro de muerte y que se hallaba alejado de Dios. El Siervo de Dios fue

inmediatamente al domicilio que se le indicó, y encontró allí al señor del que le habían hablado, aparentemente en perfecta salud, y que estaba en esos momentos tocando el piano. El P. Rubio no obstante le comunicó el aviso que había recibido. Y el señor quedó atónito por lo que oía y le preguntó al Siervo de Dios por la señora que le había dado tal información. El Siervo de Dios, mirando los retratos que estaban colgados en la habitación, se fijó en uno de una señora que era la misma persona que lo había avisado, y que, según el dueño de la casa, era su *propia mujer* que había muerto hacía ya tiempo. El hombre se conmovió profundamente, y se confesó al instante. Y poco tiempo después, murió» (Sum. p.64).

Este mismo suceso portentoso se vuelve a relatar en la declaración de don Tomás Ruiz del Rey, sacerdote: «Me informé pro los medios a mi alcance para poder escribir su biografía que publiqué en el año 1957». Don Tomás refiere el que hemos llamado primer caso, de la siguiente manera:

«Yo no he sido testigo directo, pero sí que oí, y fue comentado en Madrid, que estando el Siervo de Dios oyendo confesiones, pasó por delante de su confesonario una señora y le rogó que fuese a determinada casa, señalándole la calle y el número, para confesar a un enfermo. El Siervo de Dios continuó confesando, y por la tarde se dispuso a cumplir aquel encargo, dirigiéndose a la casa indicada y al piso que le habían señalado, que por cierto era bastante alto y no había ascensor, por lo que llegó muy fatigado con tanta escalera. Le abrió la puerta un señor, y al manifestarle el Siervo de Dios la misión que le había llevado, le dijo que allí no había ningún enfermo, que vivía él solo y era músico. Mas al verlo tan fatigado, le invitó a que pasara a descansar, lo que el Siervo de Dios aceptó. Al pasar al salón y sentarse, observó el retrato de una señora y dijo:

—Esta es la señora que me dijo que viniera a este piso.

El señor le respondió:

—¿Cómo es posible, si este retrato es el de mi madre que ya falleció hace tantos años?

Sin embargo, quedó impresionado y le dijo al Siervo de Dios que, puesto que estaba allí, no tenía inconveniente en confesarse; se confesó y aquella misma noche falleció» (Sum. p.301).

Las dos narraciones se refieren sustancialmente a un mismo hecho, pero con algunas variantes que desconciertan. La principal de las cuales es que el uno de los testigos se refiere a *la mujer* y el otro dice que era *la madre* del hombre visitado.

El testimonio de la mujer tiene a su favor que quien lo declara en el Proceso es el sobrino que convivió durante muchos años con don Carlos Manuel Villameriel, inseparable compañero del P. Rubio y que debía estar bien enterado. Por el contrario, la hipótesis de la madre se encuentra en una biografía para la que tal vez su autor no manejó fuentes tan directas.

El *segundo caso* es el que se llama en la hagiografía una bilocación, es decir, la presencia simultánea de la misma persona en dos lugares distintos. Es la primavera de 1920, la rosaleda del retiro está en flor. Pero hay un capullo que se muere: una niña de siete años.

María Luisa se llama y vive en Torrijos, 59. El médico ha diagnosticado tifus. El padre de la niña es diplomático y se halla ausente en Jerusalén. Filomena, la madre, se encuentra sola entre su dolor y su esperanza. Esta esperanza se llama el P. Rubio, al cual acude la madre para hablarle en su confesonario de la Casa Profesa.

—Mi hija está enferma hace dos meses, pasó la noche con fiebre y está delirando... El médico no sabe...

—¿Quiere usted que vaya?

—No, me conformo con que le envíe desde aquí su bendición.

El P. Rubio se recoge en oración silenciosa, de un minuto, que se le hace largo a la madre.

—Vaya tranquila, hija mía, que la Virgen tiene compasión de las madres.

Al llegar a su casa de la calle Torrijos, la confianza de Filomena es puesta a prueba: le sale al encuentro la señorita que cuidaba a la niña.

—La niña ha tenido una hemorragia, y no me ha dado tiempo de cambiarle las sábanas.

La niña parece amodorrada. De pronto, un grito.

—¡Mamá!

Corren las dos hacia la cama.

—Ha estado aquí el P. Rubio, ha estado aquí, y me ha puesto la mano así sobre la frente, y me ha dicho: «ya no tienes nada».

Llega el médico, la niña está dormida. Por su aspecto parece que se encuentra mejor; pulso, termómetro, admiración:

—¿Qué ha pasado aquí? Esta niña está completamente bien.

A la mañana siguiente, la madre corre de nuevo al confesonario del P. Rubio.

—Ay, Padre, Dios se lo pague, que ha curado a mi hija.

—Filomena, de esto ni palabra, ni una palabra.

Y hasta que murió el P. Rubio, nadie se enteró de este prodigio.

Tercer caso. Noche de carnaval. Martes 24 de marzo de 1924. En la iglesia de la Flor se reza por los pecados de estos días. En alguna parte otros se encargan de cometerlos. A la puerta exterior de la Casa Profesa, entornada en esos días, llama un desconocido:

—¿El P. Rubio? Es un caso urgente: para confesar a un moribundo.

Aunque ni la hora ni el día son lo más oportuno, el P. Rubio está disponible en todo su horario para los necesitados; por tanto, sale de la casa, acompañado de su íntimo colaborador don Carlos Villameriel, quien, al oír la dirección «Calle de Ceres», no reprime un gesto de desagrado: El P. Rubio no lo sabe, pero él sí: se trata de una casa de mala fama.

Mientras tanto, los habitantes de aquella casa han dispuesto el espectáculo, el presunto enfermo se ha colocado en la cama, en la habitación próxima están preparadas dos chicas de vida alegre, y tras un biombo se oculta una cámara de fotografías con el magnesio preparado. Entra el P. Rubio con don Carlos.

—¿Dónde está el enfermo?

—Aquí, Padre, está muy grave y se quiere confesar.

La cámara está preparada. A punto de disparar. Pero el P. Rubio, al acercarse al enfermo, es quien «dispara» una línea que no estaba en el guión:

—¿Por qué me habéis llamado tan tarde? Ese chico está muerto.

Así el hecho, sorprendente y terrorífico. Que tiene demasiados testigos para mantenerse oculto. Y hay testigos que pueden hablar y otros

que pueden escuchar y referir lo escuchado, con lo cual el caso se amplía y deforma, y pierde parte de credibilidad.

En el Proceso, (es decir, la parte impresa que hemos consultado) se menciona cuatro veces este hecho. Una es la declaración de don Mariano Puigdollers (testigo IX del Proceso Matritense): «Con la categoría de rumor que circuló por todo Madrid recuerdo el episodio de unos jóvenes que querían burlarse del P. Rubio, y al parecer le citaron para prestar asistencia urgente a una enferma gravísima. El Siervo de Dios acudió súbitamente, y al entrar se percató de que la persona que en el lecho yacía como enferma estaba muerta. Limitándose a decir a los circunstantes. que ya no había lugar, porque se trataba de una difunta. Este hecho impresionó enormemente: porque se supo después que se trataba de una casa de prostitución y que la presunta enferma era una mujer sana de las que negociaban en la casa y que se había prestado para esa comedia. Sin embargo, los detalles concretos del hecho no han podido ser comprobados, pero tampoco desmentidos» (Sum. p. 314-15).

Don Julián Jiménez, testigo XXVII del mismo Proceso, lo narra así: «De noche avisaron al Siervo de Dios que un joven que estaba gravemente enfermo quería con tesarse con él El Siervo de Dios hubo de pedir permiso a su Superior para trasladarse al lugar que le indicaron. Y cuando estaba cerca, le hicieron ver que se trataba de una casa de mala nota. Entonces el Siervo de Dios se paró vacilando si debía subir o no. Pero ante la posible realidad de lo que decían, se decidió a subir para que no muriese el joven sin confesar. Una vez en la casa, se le indicó la habitación donde estaba el joven, lo vio y al parecer estaba ya muerto, por lo que dijo: han avisado ustedes demasiado tarde. Lástima que no me llamaran antes, ti joven está muerto» (Sum. p.385). En parecidos términos se expresa el obispo Luis Alonso Muñozerro (Sum. p.396). Y también lo cuenta lomas Ruiz del Rey (Sum. p. 296).

Este hecho, como era lógico, fue examinado cuidadosamente por el Promotor de la fe, que recogió algunas informaciones que trataban de ponerlo en duda, y también otras que lo confirmaban.

Doña María Montañés, en el Proceso Apostólico declara que «el gran amigo del Padre, el señor Carlos Villameriel, le acompañó a tal sitio, pues la casa era de mala fama, y esto lo narró don Carlos. Los Padres y mucha gente lo sabían» (A.P. p.18).

Por el contrario, se presentan dos testimonios que parece que invalidan el relato. Uno de ellos es del P. Francisco Puyal Gil, que dice expresamente: «Tengo que manifestar que aquella tarde que yo estuve con él, poco antes de marcharse a Aranjuez (pocos días antes de la muerte del Siervo de Dios) yo me atreví a preguntarle por la verdadera versión del hecho tan comentado, y él sinceramente me manifestó que era absolutamente falso: que ni había sido llamado por joven alguno para asistirlo, en el tiempo y circunstancia que se mencionaban, ni tampoco había habido cadáver del supuesto enfermo» (Sum p.325). También, por su parte, el P. Alfonso Torres con firma en una declaración enviada al Tribunal en el Proceso Ordinario: «No menos me edificó en otra ocasión por el modo decisivo con que refutó una de las leyendas que se habían formado alrededor de él. Le pregunté si era verdad que le había sucedido tal cosa, y él, de su parte, me preguntó: ¿A usted le ha sucedido? Y ante mi respuesta negativa, me contestó: Bien, lo mismo me ha ocurrido a mí» (A.P. p.19).

¿Qué pensar de todo este laberinto de testigos? Nosotros opinamos que el laberinto tiene salida. Los únicos testigos que podían haber hablado *de visu* son el Sr. Villameriel, los jóvenes participantes y el propio P. Rubio. No me parece que el P. Rubio haya hablado. Más aún, cuando le preguntaron lo desmintió; pero aun así no podemos tomar su palabra como una expresa negación. Y la razón es que, primeramente, el P. Rubio ocultaba todo aquello que podía redundar en admiración hacia su persona; y, además, porque estos hechos, aun cuando fuesen verdad, al ser narrados después, sufrían tales deformaciones y falsedades, producidas por la tabulación imaginativa, que el propio P. Rubio podía negar sencillamente que «así» hubiera sucedido tal cosa. Y esta pudiera ser la explicación de sus respuestas al P. Puyal y al P. Torres.

Queda como único testigo don Carlos, del cual no tenemos testimonio directo. Y también queda como posibilidad la declaración de uno de los jóvenes que estaba presente, y que, según afirma el P. Staehlin en su biografía (3.^a edición p.363), después de muchos años narro el hecho, dando así «la definitiva confirmación de la historicidad del episodio». Esta podría ser la prueba concluyente que faltaba...

Capítulo IX

UN MODELO PARA EL VATICANO II

El Concilio Vaticano II ha sido el acontecimiento eclesial más importante del siglo XX, y en esto están conformes no sólo los que lo consideran como un paso adelante en la renovación de la Iglesia, sino también quienes opinan que ha sido un retroceso. Sobre ello acaba de escribir largamente el Cardenal Ratzinger, al que algunos han llamado «el portavoz más autorizado de la Iglesia». Portavoz; porque la Voz sigue siendo, como siempre, el Sumo Pontífice.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución *Lumen gentium*, que es a la vez portada e índice de los temas conciliares, dedica una atención muy preferente a los sacerdotes que son «corona espiritual de los obispos» y añade que «deben emular a aquellos que en el transcurso de los siglos nos dejaron a veces... preclaro ejemplo de santidad cuya alabanza se difunde por la Iglesia de Dios» (LG n.41).

Después de haber expuesto y reflexionado sobre la vida del Beato José María Rubio, podríamos afirmar que fue un sacerdote ejemplar en el desempeño de su función pastoral, y que es fácil encontrar una sintonía entre el «modelo» vaticano y la realización del Beato José María Rubio. Pará lo cual vamos a recordar algunos de los puntos más principales de la doctrina conciliar sobre los sacerdotes, que se encuentran en el Decreto *Presbyterorum ordinis*.

«Todo el pueblo de Dios se constituye en sacerdocio santo y real; pero el mismo Señor, de entre ese pueblo, constituye a algunos como ministros para desempeñar la función sacerdotal en favor de los hombres, haciéndolos partícipes de su consagración y de su misión». Y esto lo hace

mediante un «sacramento peculiar, en el que la unción del Espíritu Santo los marca con un carácter especial y los configura con Cristo». Esta configuración no sólo es una realidad objetiva, efecto del sacramento, sino también una invitación y una exigencia de un acercamiento personal del sacerdote a su Modelo.

Ahora bien, la santidad sacerdotal es una parte y ejemplo de la vocación universal a la santidad, que es un llamamiento para todos los cristianos (n.39). en virtud del cual Nuestro Señor Jesucristo es Maestro y modelo para todos y cada uno de sus discípulos (n.4).

La plenitud de la vida cristiana y la perfección de la caridad se logra «siguiendo las huellas de Cristo y acomodándose a su imagen, obedeciendo en todo la voluntad del Padre, y entregándose totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo» (n.40).

Examinemos ahora los elementos de esta santidad, propuesta por el Concilio a todos y en especial a los sacerdotes. Esta santidad es: plenitud de vida = seguimiento de Cristo = conformidad con su imagen. Son múltiples maneras de explicar lo que es el amor a Cristo.

Ahora bien, si proyectamos estas líneas sobre la vida del Beato José María Rubio, hallaremos que Cristo fue su camino y su modelo. Cristo amado e imitado lo más perfectamente posible. Cristo desde un ángulo personal con un peculiar colorido. Porque es Cristo-Luz que se refracta en el prisma humano con colores y matices diversos, y en nuestro caso con una especial referencia a la Eucaristía y al Corazón de Jesús, es decir, a Jesús, contemplado y amado en la Eucaristía como manifestación suprema de su amor.

Aunque esto ya se ha dicho otras veces, conviene repetirlo una más: esta devoción al Corazón de Jesús, tal como la entiende y practica el P. Rubio, no consiste principalmente en el culto a una imagen, en llevar un «detente», en tender una colgadura sobre un balcón o recitar una «consagración» familiar o nacional. Todo esto son sólo manifestaciones de una realidad mucho más íntima y transformante: el amor a Dios que se revela en Cristo y que exige en correspondencia nuestro amor a él y a sus hermanos los hombres que Él quiere conducirlos al Padre.

Así entendido, este es el centro de la santidad tal del P. Rubio. Por eso la más profunda y más repetida expresión de esta espiritualidad es el cumplimiento de la voluntad de Dios. Que es lo mismo que extensamente repite en el Decreto del Concilio Vaticano: «La unidad de la vida interior

con el tráfago de la acción exterior la pueden lograr los presbíteros imitando en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Nuestro Señor, cuyo alimento era cumplir la voluntad del que le envió a completar su obra» (n.14).

Observando la vida del P. Rubio y leyendo algunos de sus escritos, especialmente su correspondencia, se descubre que éste fue el centro de su espiritualidad y la meta que señalaba a aquellos a quienes él dirigía. Significativamente, en la última carta que de él conservamos, escrita en Madrid el 25 de abril de 1929, escribe: «No buscar ni querer otra cosa que el cumplimiento de la voluntad de Dios, que es el camino más seguro para que el alma se santifique. Esta es la vida de entrega, de inmolación y de sacrificio. Eso quiere de nosotros el Corazón Divino». Y treinta años antes de esta fecha, el 7 de octubre de 1899, escribía así a su hermano Serafín: «Que siempre tengas como base de toda tu conducta el cumplir fielmente la ley de Dios y los mandamientos de la Santa Iglesia, nuestra Madre». Y entre fecha y fecha, este otro fragmento, intemporal que es como el refrán constante de su vida: «Que yo no quiera ni busque otra cosa que cumplir en todo la santísima voluntad de Dios».

Para el sacerdote religioso esta voluntad de Dios está manifiesta en sus Reglas e Instituciones y en la obediencia concreta a sus Superiores. Sobre esta obediencia, los testimonios se multiplican en el Proceso. Incluso cuando le ordenaban algo que le costaba más aún que trabajar: el dejar de hacerlo. Y así sucedió con la dirección de algunas obras queridas, como, por ejemplo, la obra de Las Marías en la que al principio fue sustituido por el P. Pedro Castro, y después de un año, como las Marías no se acomodaron al nuevo director, por el P. Raimundo Zamarripa, de suerte que el P. Rubio nunca más volvió a serlo: «Por orden de sus Superiores, dejó la dirección de la obra de las Marías, y aunque yo continué teniendo relaciones con él, nunca le oí jamás el menor lamento sobre esto; por otra parte me aconsejaba que asistiera a todos los retiros y funciones que las Marías tenían con el nuevo director» (Sum. p.227). Y otra de estas difíciles obediencias consistió en la orden de cesar inmediatamente en la publicación del Boletín de la Guardia de Honor. «Sometía prontamente y como con alegría su juicio a la voluntad del Superior. Habiendo puesto todo su amor e ilusión en el Boletín de la Guardia de Honor, porque, como él decía, daba mucha gloria al Sagrado Corazón, llegó un momento en que sus Superiores le ordenaron suspendiese aquella publicación, e inmediatamente me ordenó liquidar todas las cuentas, y no le oí ni criticar

ni discutir una sola palabra sobre aquella decisión, antes por el contrario, se mostraba feliz y satisfecho». Así lo testimonia don José Chinchilla, su ayudante (Sum. p.200).

En esta voluntad de Dios, que le impulsaba a seguir el modelo de Jesús, hay un aspecto preferencial que sólo lo descubren las almas escogidas: el dolor. «Dolor con Cristo doloroso», es no sólo una consigna del P. Ignacio en sus *Ejercicios*, sino una práctica en la vida del P. Rubio. Dolor bajo sus múltiples formas: de un trabajo agotador, que nunca busca descanso, y al que se añade una mortificación voluntariamente buscada. Quizá no hemos mostrado suficientemente este aspecto de la santidad del P. Rubio, porque había otros más característicos; pero es evidente que hizo realidad el dicho paulino: «Castigo a mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre».

Mucho de lo que en el Proceso se dice acerca de «la templanza heroica, podría aquí aducirse: «La impresión general que se tenía, cuando uno se acercaba al P. Rubio, era la de un hombre austero, con todas las virtudes que forman la temperancia y el dominio de sí» (Inf. 75). «Se le notaba en todo un autodomínio y una especie de mortificación constante, dado que no se permitía ni el más mínimo regalo ni comodidad para su cuerpo» (Sum. p.423). Y esto ya lo practicaba en el comienzo de su vida sacerdotal: «Oí decir a la patrona de la casa en la que se hospedaba en Estremeras, que el Siervo de Dios comía poco y dormía poquísimo. Y que era muy mortificado, y que usaba cilicios y disciplinas, y que habían visto los cilicios manchados de sangre» (Inf. 76).

«En *el comer* era así misino muy moderado, ya que por las mañanas durante el desayuno iba recogiendo por las mesas los restos de la comida de los otros, si lo podía hacer con disimulo» (Sum. p.74). «C on frecuencia comía en la segunda mesa; pero no permitía que se le pusiese pan porque se contentaba con las sobras de los otros» (Sum. p.99). «Cuando se encontraba en las casas de los seglares, con motivo de hacer la Consagración de la familia, se limitaba a bendecir los alimentos sin probarlos» (Sum. p.92). «Al invitarle a nuestra casa para la entronización del Corazón de Jesús, respondió; iré con dos condiciones, que no se haga ninguna invitación y que no me ofrezcan nada para comer» (Sum. p.208). «Como yo me sentaba a su lado en la mesa durante los retiros de Chamartín, pude observar que procuraba servirse poco y lo peor, que no comía ordinariamente fruta, y menos aún si era dulce» (Sum. p.119).

El otro aspecto de la mortificación fue *el reposo*. «A veces se dormía en el comedor, y esto ocurría porque no dormía suficientemente, y por el excesivo trabajo» (Sum. p.92). «Me dijo el señor Manuel Nieto, que era persona de confianza en la Casa Profesa, que el Siervo de Dios tenía sobre la cama un montón de cartas que él había visto durante muchos días, de forma que creía que no se acostaba en la cama. Y así lo pensaban otros» (Sum. p.80). «También esto lo descubrieron cuando pernoctaba fuera de casa, con ocasión de algunos ministerios, como en la misión en el Romeral, en la que yo dormía mal, pero el P. Rubio no creo que se hubiese acostado nunca» (Sum. p.208). «Su lecho estaba intacto» (Sum. p.246). «Dormía en una silla con la cabeza apoyada en la cama» (Sum. p.423). E iguales testimonios se hallan sobre el uso de cilicios, disciplinas y otras penitencias corporales (Inf. p.82).

Y sobre todo *el trabajo*. Trabajo continuo y agotador. «Si se le quita de un lado, él lo coje de otro», decía su Superior, el P. Torres. «Era un hombre muy entregado al trabajo y al sacrificio, que no se arredraba con las dificultades, y, una vez que había decidido hacer algo, no retrocedía ante dificultad alguna» (Sum. p.78). «Se olvidaba de sí mismo, y cuando tenía a veces dos novenas simultáneamente, respondía siempre: ¿Y para qué estamos en este mundo sino para trabajar por la gloria de Dios?» (Sum. p.208). «Y una frase favorita suya era: ¿Es por la gloria de Dios?, pues ¡adelante!».

En relación con este aguante en el trabajo y fortaleza ante las dificultades, los biógrafos suelen relatar el caso de «*las niñas desaparecidas de la calle Hilarión Eslava*». Nosotros vamos a recordarlo brevemente.

El 24 de mayo de 1924 la policía es informada de que han desaparecido tres niñas que habían salido a hacer un encargo. Nadie las había visto después. Las hipótesis sobre su desaparición se desbordaron en rumores hablados y escritos. Pronto se supo que las niñas habían sido enviadas por la maestra, Mariana Escudero Lucas, a hacer un encargo, y que dicha maestra las estaba instruyendo para recibir el bautismo. Este bautismo levantó la pista que llevaba al P. Rubio, ya que dicho sacerdote había sabido que las tres niñas no estaban todavía bautizadas y había encargado a una secretaria o auxiliar suya, llamada Mercedes Morales, que las tomase a su cargo para instruir las. Ya está la cadena: el P. Rubio sabe que no están bautizadas —encarga a su ayudante que se ocupe del caso— ésta ruega a la maestra que las instruya —la maestra envía a las niñas a

hacer un encargo —éstas desaparecen. ¡Luego el P. Rubio es responsable del secuestro!...

La prensa sectaria toma este asunto por su cuenta —como haría también hoy— y construye y lanza cábalas. El P. Rubio es llamado por el Juez de Instrucción para declarar. Es decir, el P. Rubio no llegó a ser procesado, porque en su declaración el Juez no encontró ni indicio de culpabilidad, pero el proceso quedó abierto... Hasta que dos años después aparecieron los cadáveres de las tres niñas, quienes «tal vez jugando, habían caído en un socavón, o tal vez les sobrevino un alud en un desmonte y no pudieron salir». El P. Rubio, en todo este asunto, deseoso de padecer humillaciones, más bien que de ser exculpado, incluso se dispuso para su detención en la cárcel, que le habría proporcionado una ocasión para padecer por Cristo y encontrar un nuevo campo apostólico a su predicación. El campo, sin embargo, parece que lo encontró, inopinadamente; algunos de los jueces solicitaron hacer Ejercicios bajo su dirección... (Rp. A. p.35).

Las niñas desaparecidas nos han llevado un poco lejos, y por eso hemos de volver a nuestro examen del Concilio Vaticano II que nos descubría una sintonía entre el *modelo sacerdotal* propuesto por él y la vida del Beato José María. Para percibir esta armonía bastará recordar algunas de las enseñanzas de los decretos vaticanos. «En el momento de proclamar la palabra de Dios, procuren trascender la sabiduría de los hombres, unirse íntimamente a Cristo Maestro, y dejarse guiar por su Espíritu». «En la administración del sacramento de la penitencia se muestren enteramente dispuestos siempre que los fieles lo pidan razonablemente». «Mortifiquen en sí mismos las tendencias de la carne, y entréguese totalmente al servicio de los hombres». «Que el Sacrificio Eucarístico sea centro y raíz de toda su vida de presbíteros». «Que estén siempre los sacerdotes preparados a buscar la voluntad de Dios». «Que se esfuercen siempre hacia una mayor santidad, porque Dios prefiere por ley ordinaria manifestar sus maravillas por medio de quienes por su unión íntima con Cristo y su santidad de vida pueden decir con el apóstol: “Ya no vivo yo, que es Cristo quien vive en mí” «En la oración procuren penetrar más íntimamente cada vez más en el interior de Cristo» (PO n. 12-13 y 14).

Un día ya lejano, hace veinte siglos, Jesús subió con sus discípulos a un monte de Galilea. Lo conocía muy bien, porque era su Dios Creador que lo había vestido de verdes prados y colocado el lago a sus pies. Pero

además, como hombre, había vivido bien cerca de aquel paraje: lo había visto muchas veces como niño, lo había recorrido también en su juventud. Desde ese monte, se divisaba un panorama dilatado: hacia el occidente, la llanura de Esdrelón; hacia oriente, las montañas de Moab. Las palabras de Jesús, ante aquel horizonte se dilataban y adquirían dimensiones cósmicas: «Id por todo el mundo, anunciad el evangelio a toda criatura». Desde allí, Jesús, con su mirada divina penetraba en la rosa de los vientos, divisaba el curso de los siglos: «Id por todo el mundo...». Se dirige a todos los sacerdotes que participarían de la misión salvadora de Jesús. La invitación la han escuchado muchos, y el mundo se ha ido ensanchando y haciéndose más dilatadamente evangélico. Y también la escuchó el P. Rubio.

«Por todo el mundo». También por el mundo del P. Rubio; ya que cada ser humano posee su radio de acción y traza su propia esfera, que para el Beato José María tuvo su centro en Madrid, dilatándose de allí por toda su periferia. Estaba él, sin saberlo, anticipando aquellas directivas del Concilio Vaticano: «Los presbíteros se deben a todos, en cuanto que a todos deben comunicar la verdad del evangelio...; por tanto, ya lleven a las gentes a glorificar a Dios observando una conducta ejemplar, ya anuncien a los no creyentes el misterio de Cristo, ya enseñen el catecismo cristiano... siempre es su deber repartir no su propia sabiduría sino la palabra de Dios» (PO n.4).

Dejamos aquí en estas líneas finales bien alta esta bandera de la universalidad de la misión del P. Rubio en «todo el mundo»: centro y suburbio, ricos y pobres, aristócratas y obreros, pecadores y justos, la voz que grita desde el púlpito y la que aconseja en cercanía, el apóstol que se rodea de seglares respetando el carisma de cada uno, sea joven o adulto, hombre o mujer. «Todo el mundo».

Esa fue la bandera que levantó el P. Rubio sobre la ciudad de Madrid. Esa bandera sigue todavía alzada. Nosotros reverentemente la tomamos en nuestras manos. Sobre la bandera hay una divisa y un ideal: «¿Es por la gloria de Dios? ¡Pues adelante!»

* * *

Esta fue la vida del Beato José María Rubio y Peralta.

Le llamó el Señor —como en la parábola evangélica— a la primera hora, cuando era un niño entre los viñedos de Dalías.

Le mantuvo su llamamiento por los largos años de sus estudios y de su variada acción pastoral: parroquias, seminario, curia, capellán de religiosas...

Le llamó para ser «compañero de Jesús» y le señaló como misión ser «apóstol de Madrid».

Dijo que SI desde el púlpito y confesionario, se lo dijo a todos. Su corazón fue para el Corazón de Cristo.

Padre Rubio, nosotros, los sacerdotes y los fieles, necesitamos tu ayuda y tu ejemplo.

También nosotros, contigo, queremos decir que SÍ.

Beato Francisco Garate

DATOS BIOGRÁFICOS

1857 3 de febrero	Caserío Errekarte, Loyola (Guipúzcoa). Nace Francisco Gárate.
4 de febrero	Bautizado en la iglesia parroquial de Azpeitia.
1857-1871	Errekarte, Azpeitia: vida de familia, estudios elementales en la escuela municipal.
1871-1873	Orduña (Vizcaya): empleado en el Colegio Nuestra Sra. de la Antigua, dirigido por los PP. de la Compañía de Jesús.
1874 17 de enero	Llegada al Noviciado de la Provincia de Castilla, entonces en Poyanne (dep. Landes, Francia).
2 de febrero	Comienza su noviciado como Hermano Coadjutor.
1876 2 de febrero	Primeros votos.
1876-1877	Poyanne. Se ejercita en varios oficios; se prepara para enfermero.
1877-1887	La Guardia, Colegio Santiago Apóstol. Pasaje de Camposancos (Pontevedra): Enfermero. Desde 1882, además sacristán.
1887 15 de agosto	Deusto, Bilbao. Colegio de Estudios Superiores: Portero. Ayuda algo al H. Sacristán, Bedel de los Hermanos Coadjutores.
1929 8 de septbre.	Rápida enfermedad. Hacia las 23, Viático a petición propia.
9 de septbre.	Unción de los enfermos. Fallece a las 7.
10 de septbre.	Funeral en la Capilla de la Universidad. A primera hora de la tarde, entierro en el cementerio de Deusto.
1946 7 de agosto	Traslado de los restos a la Universidad. (Sala CC.MM)

7-8 de agosto	Reconocimiento por el Tribunal eclesiástico y peritos.
10 de agosto	Inhumación en la Capilla pública de la Universidad.
1964 23 de septbre.	Traslado de los restos a la Capilla-oratorio construida en el vestíbulo de la Universidad junto a la portería.
1950 26 de febrero	Pío XII introduce la Causa.
1951 4 de mayo	Comienza el Proceso Apostólico de Bilbao.
1985 6 de octubre	Beatificación en Roma por Juan Pablo II.

Capítulo I

UN PARAÍSO ESCONDIDO: EL CASERÍO DE ERREKARTE

Al principio fueron el sol, la nieve y la lluvia. Y bajo ellos, surgieron las rocas de las altas montañas y el verde valle, Y las montañas se cubrieron de árboles, de robles, de hayas y castaños y de pinos. Y en los valles, cubiertos de praderas, pastaron unas vacas. Y un hombre y una mujer llegaron al valle y se hicieron una casa de madera y de ladrillo. Y tuvieron muchos hijos. Y vio Dios todo aquello, y le puso por nombre «el caserío vasco». Y vio Dios que era todo muy bueno.

Así podía comenzar un Génesis particular de la tierra vascongada, o de Euskadi, porque Dios habla todos los idiomas... Ahora nos hallamos en uno de esos valles. Se llama el valle de Loyola. Lo cruza el río Urola y lo preside una montaña, el Izarraitz. que significa «hacia la estrella». La estrella polar, quizá.

En ese valle había muchos caseríos, y entre ellos tres que delimitan nuestra narración: los caseríos de Komunoro y de Gaínza-Txiki, a la derecha del río, y el de Errekarte, a la izquierda. Los tres con muchos años de tradición. Hoy los montes y colinas que los circundan están poblados de pinos; pero en esta época que reseñamos abundaban el roble y el castaño y la haya, árboles muchos más lentos de crecer. Pues aquellos caseros no plantaban para ellos, sino para la tradición. Podían por tanto esperar a que crecieran los robles.

Errekarte, según aseguran los que lo conocieron, era uno de los más importantes y ricos caseríos de aquel valle. No era propiedad de sus actuales inquilinos, pero con lo que ellos sacaban de la tierra y del ganado les era fácil pagar las rentas. Errekarte, como casi todos los toponímicos

vascos, tiene su significado «entre arroyos», porque lo flanqueaban dos de bien escaso caudal. Allí vivía Francisco Gárate Arrieta con su segunda mujer, María Bautista Aranguren Oyarzábal.

El árbol genealógico estaba bien plantado y enraizado en tierra vasca; pero sus ramas se habían entrelazado hasta formar una maraña que nosotros trataremos de desenredar. Porque en aquel caserío llegaron a vivir 11 hijos, pero de tres matrimonios distintos... La historia no careció de su toque romántico. Por supuesto, es una historia que todos se sabían y que ha llegado hasta nosotros por diversos canales; ya que una de las más hondas realidades de la familia vasca es su sentido de la continuidad en el tiempo. Podríamos decir que, en parte, es una cultura del árbol y del vegetal, que no puede mantenerse viva sin sus raíces. Ellos sí que las conocían. He encontrado, casi sin buscarlo, hablando con personas de honda raigambre vasca, que unos conocían sus 32 apellidos, otros 48, y me contaron de uno que podía enumerar hasta 64 y muchos de ellos con sus respectivos escudos. Porque hay en Euskadi una heráldica popular, ufana de unos colores, no concedidos por privilegios reales sino por la ley suprema de la vida y de la tierra.

En el caserío de Komunoro vivía felizmente el matrimonio Ignacio Arregui y María Josefa Aranguren; del cual nacieron dos varones, José María y Bautista. Sin embargo, el marido murió pronto, dejando viuda a María Josefa. La cual, por razones matrimoniales y patriarcales, se había venido a vivir a Errekarte, donde conoció a Francisco Gárate Arrieta, que allí trabajaba de criado. Dejando aparte las fantasías, la viuda de Arregui se casó con Francisco Gárate, del cual tuvo dos hijas, María Bautista y Ana Josefa. Mas pocos meses después de haber dado a luz a su segunda hija, murió la madre. Dejando a Francisco no sólo desconsolado sino con la difícil herencia de cuatro niños para criar, dos suyos y otros dos procedentes del matrimonio anterior de su mujer.

Francisco, que era persona práctica y amiga de soluciones realistas, encontró a otro hombre tan práctico como él, su suegro. Que le hizo la proposición con carácter de trato amistoso: «Patxi, tú tienes cuatro hijos que cuidar, y yo tengo todavía otra hija soltera, María Bautista, que es una buena moza...» Patxi aceptó la insinuación y fue a San Sebastián para ver a María Bautista, ya que ella trabajaba allí de sirvienta. Sé gustaron, se arreglaron. Un matrimonio con una cuñada no era como estrenar suertes con una desconocida.

Pero entre los novios se interpuso el Derecho Canónico esgrimiendo una palabra peligrosa «impedimento». Sí. Impedimento de afinidad en primer grado. Francisco, el hombre de soluciones directas, acostumbrado a manejar la guadaña, se decidió a cortar personalmente el impedimento, sin confiar su suerte a la gestión de unos papeles en latín. Por tanto, se resolvió a ir personalmente a Roma a arreglar el asunto, y emprendió el camino acompañado de dos amigos que tenían semejantes problemas.

Un buen día salió de Errekarte, confiado en su buena suerte y en la providencia de Dios. Se llevaba los papeles en los que María Bautista otorgaba su consentimiento para casarse por «poderes». Para ir a Roma no prepararon mapas ni transportes. Simplemente se echaron a andar hacia el Norte: ¿no estaba allí el Izarraitz, señalando la estrella polar...?

Según cuentan unos testigos, al llegar al puente Landeta preguntaron a los vecinos: ¿Por dónde se va a Roma? Quizá ellos no recordaban el viejo dicho: todos los caminos van a Roma. Por lo menos, el suyo sí. Y por ello cruzaron la frontera de Francia y se dirigieron a San Juan de Luz, donde ya obtuvieron indicaciones más precisas y según parece también unos medios de transporte. Llegados a la Ciudad Eterna, Francisco arregló rápidamente sus papeles (¿en qué idioma hablaría?)., y obtuvo la dispensa y cambió el impedimento de afinidad por una novia ilusionada que le esperaba allá lejos en el caserío... Todo esto lo conocemos por el Acta de Casamiento por poder en la página 7 del registro 1852/53, el día de San Martín.

Instalados en Errekarte, Francisco y María Bautista, fueron bendecidos por Dios con siete hijos. Siete más cuatro, once. Para todos había lugar y cariño en aquel caserío. Una de cuyas cunas, que todavía se conserva, ocupó Francisco, centro de nuestra biografía, el 3 de febrero de 1857.

Errekarte ha sufrido después algunas modificaciones en su construcción, pero es fácil trazar la planta contemporánea del recién nacido. Parece, sin embargo, que el sitio exacto donde nació Francisco se ha convertido en un porche, porque, según el arquitecto restaurador, «así resultaba el casorio más estético...». Los que hoy visitamos Errekarte, nos sorprendemos de su amplitud interior que guarda el trazado clásico de muchos caseríos. Es decir, hay tres plantas espaciosas superpuestas. La planta tic abajo es la cuadra o establo, dividido en tres espacios para tres tipos de ganado. La parte más amplia está reservada a las vacas y las otras dos a las ovejas y cerdos. El establo de las vacas tiene, debajo de un

cencerro y unos cedazos, tres ventanales ovalados a través de los que las vacas metían la cabeza y los caseros el pienso.

La segunda planta —diríamos, para entendernos, la planta noble— está dedicada a las personas, es decir, los dormitorios de «aita» y «ama» y de los hijos. Y, además, un amplio comedor que quizá no se utilizaba sino en contadas ocasiones, puesto que ordinariamente se comía en la cocina. El tercer nivel es el del granero donde se almacena la yerba y el forraje, y así como también el maíz. Dada la construcción del caserío en la pendiente de una colina, a este granero se puede acceder desde afuera, de forma que las carretas de heno podían ser descargadas directamente en el granero.

Como se ve, la planificación del caserío es perfecta: la creación animal está situada a la base para dar calefacción natural; el vegetal se coloca arriba, porque pase menos y puede ventilarse mejor; y entre el animal y el vegetal, los señores del caserío, los hombres. Es una convivencia muy lograda, aunque quizá no muy cómoda para nuestros gustos. Hoy nos creemos ufanamente, con nuestras preocupaciones ecológicas, que nos acercamos a la Naturaleza. Ellos, los vascos, hace siglos, habían encontrado ya la solución

Entramos ahora en la cocina que es el territorio autonómico de la madre, de «ama». Allí está el fogón, que propiamente es una simple lámina de metal en el suelo sobre la que se colocan los carbones y troncos, y encima de ellos una marmita o artesa o la parrilla para calentar los alimentos. No hay agua corriente, sino tan sólo dos fregaderos sobre los que hay que valer el agua acarreada con un cubo. Son dos heladeros de piedra, el uno en alto para los pialos, y el otro a nivel del suelo para la ropa. Por las paredes cuelgan diversas piezas y utensilios propios del recinto: una alcuza para el aceite, un molinillo para el café, un tamboril para asar las castañas, una almudilla para el maíz, y un fuelle para atizar el fuego. Además, están colgados por las paredes algunos platos y fuentes, así como también sobre unas repisas adornadas con papeles de colores.

El pavimento de esta planta está formado por losas enormes de hasta tres metros. Las paredes son de manpostería de cal, piedra y con hileras de ladrillo rojo. El piso de los otros niveles es de madera, así como todo el resto de la casa que podríamos decir que está «vertebrada» de vigas, que se ajustan con cuñas de madera y no con clavos. Se me olvidaba decir que en un rincón de la cocina estaba la cuna; sin duda que estaría allí buena parte del día, porque era lugar muy abrigado en invierno y con una permanencia más vigilante de la madre. Por esa cuna fueron desfilando todos los hijos y

por tanto fue también la cuna de Francisco, que ha sido reconocida así, bajo declaración jurada, por una antigua amiga de la casa, María Azpiazu Larrañaga, que ha podido identificar todo el ajuar del caserío Errekarte reunido de nuevo gracias a la solicitud del P. Inchaurrendieta. Finalmente, me queda por añadir que esta planta baja se comunica con los dormitorios por una escalera que no tiene escalones cerrados, sino que es de simples tablas separadas, parecida a las escalas de los barcos, y cuya baranda es una rama de árbol, ya pulida por el roce de las manos.

Francisco fue bautizado al día siguiente de su nacimiento, como consta por el libro parroquial que conservamos, y se le puso el nombre de Blas Francisco María. Blas por el día del bautizo, Francisco por el padre y María por la madre. Es decir, que este niño era un compendio en su nombre de la Iglesia y de la familia. La familia de Francisco llevaba una vida plenamente cristiana y no solamente se preocupó de que el niño se confirmase un año después... que era una costumbre muy extendida entonces, sino que también aprendiese el catecismo elemental y las prácticas de la fe y de la piedad cristianas, no tanto por enseñanza oral sino por ejemplo de su propia familia.

El caserío más bien parecía ermita, en la que no pasaba un día sin el rezo del rosario, y sin que faltase en muchas de sus habitaciones una imagen o cuadro religioso. Los domingos y días festivos la familia solía oír dos misas: una rezada, a hora más temprana, en Loyola, y otra, la Misa Mayor, en la iglesia parroquial de Azpeitia. Y el día festivo se completaba con el ejercicio del Vía Crucis en familia y la asistencia a las Vísperas cantadas. Aparte de esta vivencia fundamental transmitida por la familia, el niño también asistía a una catequesis que los Padres Jesuitas del vecino santuario de Loyola daban en la portería para los niños de aquellos contornos.

Sus primeras letras, es decir, leer y escribir, las aprendió Francisco en su propia casa, actuando de maestro un pupilo, es decir un muchacho que por la comida y el alojamiento hacía de maestro de los niños del caserío. De este muchacho sólo sabemos que lo llamaban «tripamudi» porque era muy gordo y que un día recibió una paliza de «aita» por equivocación, creyendo que era un hijo suyo, por lo que el muchacho se marchó.

La vida infantil de Francisco se desarrolla en este simple escenario encuadrado por su caserío y por la basílica de Loyola, y también por la escuela. No la escuela municipal de Loyola, porque entonces no existía, sino la de Azpeitia que distaba casi kilómetro y medio. El niño, si iba una

vez a la escuela, se hacía tres kilómetros diarios a pie. Se ensayaba así, sin saberlo, para la carrera de miles de metros que había de hacer en el futuro como portero de la Universidad de Deusto.

Quizá de este tiempo de la infancia pueden recordarse como fechas más notables de su calendario el día de la primera comunión, que la hizo a los 11 años, edad entonces acostumbrada; y la del suceso doloroso de la expulsión de los Padres Jesuitas del Santuario de Loyola. El los vio salir, unos para ocultarse en lugares más cercanos y seguros, y los demás, los jóvenes, para el destierro de Poyanne en Francia. Otra premonición del futuro, que seguramente el niño no pudo prever.

Como conducta permanente de este período infantil de Patxi poseemos una doble referencia: una en la escuela, donde sabemos, por declaración de su maestro, que «cuando los niños se pegaban entre sí, Patxi siempre se apartaba del grupo más alborotado». Y la segunda es de su madre, que lo ponía como ejemplo a los demás hermanos: «Tenéis que ser como Francisco, que me ayuda en todo y me obedece en lo que le mando».

Francisco ha cumplido catorce años, y dentro de lo que podríamos llamar el calendario laboral de aquella época, se da por terminado su período de enseñanza elemental, porque ha sonado la hora de trabajar en un sitio donde a la vez pueda seguir aprendiendo y tengan cuidado de él. La ocasión favorable se presentó por medio de uno de los Padres de Loyola, muy conocido de la familia, que logró que Francisco fuera admitido como sirviente en el Colegio de Nuestra Señora de la Antigua de la villa de Orduña, que acababa de abrirse. En ese colegio va a iniciarse en los múltiples oficios de un «aprendiz para todo». Y Francisco va a aprender también la lengua castellana, que yo me atrevería a decir que nunca la dominó, según se deduce de las pocas frases que se conservan de él, y que manifiestan la peculiar sintaxis que los vascos difícilmente abandonan cuando hablan castellano. No estará de más advertir que, tras Francisco, también sus otros dos hermanos fueron más adelante al mismo colegio para desempeñar el mismo oficio de ayudantes. Fueron más adelante, como afirma el Hermano Egia, que tuvo a los tres hermanos bajo su responsabilidad; pero no fueron a la vez, como indica, erróneamente, en el Proceso de Beatificación, la Reverenda Censura, ya que la edad de sus hermanos no permitía su presencia simultánea en el Colegio.

El Colegio de Orduña durante algún tiempo fue sin duda alguna el mejor y más famoso de todos los que tuvo la Compañía de Jesús en las

provincias vascongadas, y quizá también en España. Dichas provincias, durante bastante tiempo, han sido terreno propicio para tensiones políticas que tuvieron resonancia religiosa, y la Compañía de Jesús ofreció, en este aspecto, un buen eco a favores y repulsas.

Todo lo cual se refleja en la historia del Colegio de Orduña. La base legal del llamado entonces «Colegio Municipal de Orduña» fue un Decreto del Ministro Ruiz Zorrilla, firmado el 21 de octubre de 1868, que establecía la enseñanza libre en todos sus grados, y autorizaba a todos los españoles para fundar centros docentes. Y, por un Decreto complementario, estimulaba a los Ayuntamientos a establecer dichos centros, de suerte que los títulos académicos conferidos tendrían validez nacional cuando los centros fueran financiados en su totalidad por los ayuntamientos. El Ayuntamiento de Orduña, que entonces era carlista, quiso abrir uno de estos centros, y obtuvo de la Compañía de Jesús que viniesen los Jesuitas para ocuparse de un colegio, como lo habían hecho en tiempos pasados hasta la expulsión de Carlos III. El Ayuntamiento le dio al Provincial la opción de ocupar el edificio que había sido el antiguo colegio de la Compañía de Jesús, llamado San Juan del Real, y que al presente era un hospital. El nuevo Colegio fue colocado bajo la advocación de Nuestra Señora de la Antigua, patrona de la ciudad, y el curso inaugural se abrió el 1 de octubre de 1870. Y sus aulas la ocuparon 31 alumnos internos y 80 externos.

Durante las guerras carlistas «el Colegio fue un constante trasiego de soldados, tanto de la fracción llamada “liberal”, los seguidores de la República, tan destestada en esta región, como del ejército amigo de los carlistas que reanudaron la guerra casi apagada el año anterior con felices augurios». Así, dice una carta «Anua» de los Jesuitas del año 1873. El Colegio se convirtió en lugar de paso de las diversas facciones en guerra; cuando era visitado por los generales carlistas, algunos de éstos aprovechaban la ocasión para confesar y comulgar, y cuando los visitantes eran liberales, como fue el Capitán General de su ejército, éstos hacían declaraciones tranquilizadoras, asegurando que «nada había que temer, porque la República no hacía la guerra a las personas pacíficas».

Este Colegio llegó a ser, como advertimos antes, el más importante y el mejor organizado de toda la Compañía de Jesús. Como el colegio legalmente estaba bajo la jurisdicción académica de la Universidad de Valladolid, tuvo que aceptar un cambio de título y se convirtió en «Instituto Libre Municipal». Mas como los avatares de la guerra

permitieron que se abriese una universidad carlista en la villa cercana de Oñate, de hecho, el colegio quedó columpiándose entre dos jurisdicciones académicas, según era la prevalencia de uno u otro bando. El último año del joven Gárate en el Colegio fue el de su máximo esplendor, ya que después decreció notablemente el número de alumnos, «porque casi todos los mayores acudieron a tomar las armas».

Me he detenido algo más en esta permanencia en Orduña del Hermano Gárate porque en Orduña se mezcla el relato de la historia con mi propia experiencia personal; ya que yo también fui novicio de la Compañía de Jesús en Orduña, aunque había comenzado mi Noviciado en el Puerto de Santa María, en la bahía de Cádiz; y la razón de este salto hacia el norte fue también sociopolítica, así podíamos llamarla, es decir el advenimiento de la Segunda República española que hizo que emigrásemos hacia el norte, huyendo de la quema de conventos y esperando a la vez, cerca de la frontera, una expulsión que también nos llegó. Entonces, durante mi permanencia en el Colegio de Orduña, yo no sabía que allí había vivido el Hermano Gárate, ni que yo habría un día de escribir su vida. Pero sí estaba ya muy alto sobre la peña y más arriba aún, sobre el trono de un árbol, la Virgen de la Antigua que todo lo sabía...

La permanencia de Francisco Gárate en el Colegio de Orduña tuvo en gran parte esa característica de sencillez y silencio que va a dominar su vida. Diríamos que faltan noticias sobre lo que le sucedió como ayudante o criado en el Colegio; aunque sabemos que allí sin duda decidió su vocación religiosa a la Compañía de Jesús. Es muy posible que esta vocación fuera la continuación lógica de una vida que había pasado desde una niñez transcurrida en el caserío-ermita de Errekarte a una juventud circunscrita dentro de un colegio de religiosos. Pero esa es la lógica sobrenatural con la que Dios escribe en ese diario personal, todavía lleno de páginas blancas, que es el destino de un joven. En este caso los padres de Francisco estaban también preparados, por una vida piadosa, para decirle a Dios que sí. Y comprendieron, por tanto, la decisión de su hijo, que era, incluso humanamente hablando, una buena solución: pasar de sirviente de un Colegio de Jesuitas, a miembro de la Compañía de Jesús.

Capítulo II

DE POYANNE A LA GUARDIA

El siguiente período en la vida de Francisco Gárate va a tener lugar fuera de España en el Noviciado de Poyanne, situado en la comarca de las Landas al sur de Francia. ¿Por qué esta localización?

La Revolución de 1868 había incluido en su programa la expulsión de España de la Compañía de Jesús. No se trataba de una cláusula original, ya que antes se había repetido esa misma expatriación —y el que esto escribe también tuvo que pasar por otra—. En todas estas situaciones el trasvase no es total. Y, por tanto, siempre quedan en el país de salida algunos Jesuítas que han echado raíces en la tierra de la que no resulta fácil arrancarlos; aunque admita el trasplante el semillero; es decir, los novicios y los jóvenes estudiantes. En este caso, los que se encontraban en el Colegio Noviciado de Loyola tuvieron que abandonar su casa secular para atravesar la frontera y fijar su residencia en el citado pueblecito de Poyanne.

Francisco Gárate había tenido ocasión de presenciar una anterior salida al destierro de los Jesuítas, hacía ya seis años, y por eso, cuando llegó el momento de seguir su vocación, acudieron a su recuerdo aquellas escenas que a él entonces le tocaba repetir. En la ocasión presente eran tres jóvenes los que se convinieron para juntos partir al noviciado. Dos eran sirvientes en el mismo Colegio de Orduña, es decir, Francisco Gárate y su compañero Ignacio Bereciartúa, también nacido en el valle de Azpeitia, a los que se unió un tercero, un alumno del Colegio de Orduña, Lorenzo Zabala, que deseaba entrar en la Compañía para sacerdote.

No fue fácil el paso a Francia, no por el obstáculo natural de los Pirineos, ni por las dificultades de documentación y pasaporte, sino porque España, una vez más, se hallaba en guerra, una de aquellas guerras carlistas que en el año 1884 tenía un activo teatro en las provincias Vascongadas. Tan sólo el año anterior había sucedido el triunfo carlista de Montejurra, y al mes siguiente el Colegio Loyola se había destinado para hospital de sangre del ejército carlista.

Dentro de esta atmósfera bélica, se comprende que los jóvenes en edad de servicio militar estaban expuestos a la conscripción obligatoria por parte de ambos bandos. Y estos tres muchachos, que tenían una decidida vocación de paz y no de guerra, y al mismo tiempo albergaban un espíritu juvenil de aventura religiosa, resolvieron seguir su propia vocación sin tomar partido por nadie sino tan sólo por Dios.

Había que hacer el camino a pie, evitando el paso de las poblaciones y de los parajes más controlados. Pero contaban con dos excelentes guías que eran los propios padres de los dos azpeitianos, perfectos conocedores de la topografía del país. Y por eso, para evitar todo encuentro peligroso, salieron muy de mañana de Errekarte, donde se habían concentrado los tres muchachos y, caminando todo el día por trochas y caminos apartados, llegaron al caer la tarde a las orillas de río Bidasoa, que es la frontera internacional, y que cruzaron en barca. Y ya en Francia, se dirigieron a San Juan de la Luz, un camino previamente conocido por el padre de Francisco, porque él lo había hecho en su previo viaje a Roma.

En San Juan de la Luz se hospedaron en casa de unos amigos, y al día siguiente los cinco tomaron el tren hasta Dax, y desde allí un coche les llevó hasta el Noviciado de Poyanne.

El «Château» de Poyanne, situado en el país vasco- francés y en el pueblo del mismo nombre, había sido anteriormente una posesión real administrada por el marqués de Poyanne y que, según dice la tradición, había servido de Residencia de verano del Rey Enrique IV. En este momento de nuestra historia, el dueño del «Château» era un aristócrata francés que residía a temporadas en Bélgica. Se trataba de una persona de edad, viudo y sin hijos, y que anteriormente ya había cedido el «Château» al Obispo de Bayona para instalar allí provisionalmente el Seminario Mayor de la diócesis.

El «Château» estaba en venta, ya que resultaba una residencia excesivamente espaciosa y cara de mantener. Y al enterarse el dueño de la

expulsión de los Jesuitas, escribió al Superior, que entonces residía en Bayona, manifestando su deseo de vender la finca y de que ésta pasase a manos de una congregación religiosa. Tras algunas negociaciones financieras, el vendedor fijó por la venta del castillo un precio de 120.000 francos, que después rebajó en 20.000 en concepto de donación del propietario.

El predio comprendía el mencionado «Château», algunos edificios adjuntos y siete hectáreas de terreno. Muchas de ellas con un magnífico bosque. A finales de abril de 1869, se ajustó definitivamente el contrato y pronto comenzaron a llegar a Poyanne muebles y otros enseres del ajuar de los futuros ocupantes. Así escribía el Provincial al P. General de la Orden: «En la casa caben bien todos los Novicios y Júniores, y, si los tiempos lo permiten podría incluso establecerse aquí un colegio para los nuestros de España».

Los primeros en venir fueron los novicios españoles que procedían de Poitiers y que llegaron entre el 21 de mayo y el 2 de junio. Después les siguieron otros que estaban dispersos en varias casas francesas, incluso los de Filosofía y los Teólogos recién ordenados que vinieron de Laval. Al comenzar el curso 1869-70 ya se había reunido una numerosa comunidad que constaba de 28 sacerdotes, 110 escolares y 42 coadjutores. Los «diarios» del Colegio distinguen el edificio principal, al que siguen llamando «Château», de los otros edificios que habían servido como bodegas y almacenes: «La casa —dice un testigo presencial— es mucho menor que Loyola, pero lo que a aquella se le da en tránsitos, a ésta se le da en habitaciones. En cuanto al país, basta decir que es como las provincias vascongadas, con la diferencia que los montes son llanos en su comparación. La gente es muy sencilla, y parece que sólo les falta hablar vascuence para ser como los de las provincias. El terreno es frondoso y poblado de bosquecitos, con árboles grandes y muy viejos y con abundancia de claras y cristalinas aguas».

No poseemos ninguna información ni tampoco impresiones escritas del Novicio coadjutor Francisco Gárate. pero podemos atribuirle las de otro novicio, que estaba entonces allí y que debería tener una interpretación espiritual muy parecida. Aquel novicio, que había llegado a Poyanne en octubre de 1873 procedía de Valencia, y se llamaba Francisco Tarín. Tarín escribe así a sus padres: «El bosque, el jardín, el santuario, las celdas, las campanas, el orden, el silencio, la oración. Todo, todo absolutamente conspira a un fin... Aquí, en suelo extranjero nótase

ostensiblemente una tranquilidad inalterable, una paz envidiable, una alegría indecible».

Podríamos seguir las incidencias de la vida de aquella comunidad a través del diario minucioso que nos ha dejado el P. José Arana aunque no tenga referencia personal a nuestro biografiado, ya que la vida de éste discurrió con la serena tranquilidad y uniformidad que habían de ser notas distintivas de su vida. Una serenidad tan sólo rota por dos acontecimientos familiares: la muerte de su padre por causa de unas viruelas, que ocurrió un año después de la entrada de Francisco en Poyanne: y también la compañía que recibió de otro familiar, de su hermano Ignacio, que también había sido sirviente en el Colegio de La Guardia y seguía sus pasos en la Compañía.

Mientras la paz reina en el Noviciado, la atmósfera exterior en España se agita. En enero de 1874 el general Pavía disuelve las Cortes, y el general Serrano se constituye Presidente del Gobierno provisional. En febrero, los carlistas asedian la ciudad de Bilbao que es a los pocos meses liberada. Durante el mes de junio de 1875 don Carlos visita el Colegio de Orduña, y consagra su ejército al Sagrado Corazón de Jesús. Por su parte. Martínez Campos proclama en Sagunto la restauración de la monarquía alfonsina. Finalmente, en febrero de 1876 concluye la guerra carlista y el ejército de don Carlos cruza la frontera.

Describir los orígenes del Colegio de La Guardia, nos desviaría de nuestro propósito biográfico. Baste decir que, tras las negociaciones ordinarias en estos casos, encontró un lugar apropiado gracias a las gestiones del dinámico P. Manuel Veza que le llevaron a encontrar un edificio en las orillas del río Miño llamado «La Casa del Señor Español», es decir, don Domingo Español, que poseía allí una propiedad. Merced a las gestiones inteligentes del Abad de Saucidas, buen regateador. se compró la finca en 12.000 duros; aunque figuraba como comprador legal una compañía inglesa formada por Jesuitas, que operaba por tercera persona.

El nuevo Colegio de La Guardia se llamó del Apóstol Santiago. La comunidad constaba de 17 personas, y el grupo mayor de alumnos llegó procedente del Colegio de Aneéis. El sitio del nuevo colegio era amenísimo y estaba ubicado en el llamado «Pasaje de Camposanco», es decir, en ese borde del río Miño en el que había una barca para cruzarlo hasta Portugal. Poseemos una descripción del P. Juan José de la Torre; «La atmósfera y el clima son suaves, pero hay dos inconvenientes: el

aislamiento y la excesiva distancia desde todas las provincias de España, fuera de Galicia, junto con la dificultad de comunicaciones. Los alumnos ahora son ochenta y no caben más, pero con las nuevas obras cabrán aún más de doscientos. Los niños son, en estos tiempos, formales y estudiosos; pero no sé por qué allí como en los demás sitios se encuentran no pocos que están maleados desde la cuna en sus propias casas».

A este Colegio, como dijimos, vino destinado el Hermano Gárate en su primera salida del Noviciado, y esto ya es un índice de la madurez y responsabilidad que se le atribuían, ya que tan sólo tenía veinte años de edad y tres de Compañía y se le ponía al frente de un oficio de tanta responsabilidad como era el de ser enfermero de la Comunidad y de los alumnos.

Se conservan de este período algunos testimonios de la caridad con la que el Siervo ejerció el oficio de enfermero durante diez años, testimonios que proceden de antiguos alumnos de aquel Colegio. Quizá el más conocido es el de don Juan María del Campo, que más tarde llegó a ser un conocido escritor del diario *El Siglo Futuro*. El alumno Juan no disfrutaba en su período escolar de buena salud, y tuvo por ello frecuentes contactos con el enfermero. Y con esa experiencia, escribió así: «El Hermano Gárate parecía tener el don de la ubicuidad, y puedo afirmar que, entre los hermanos coadjutores, ninguno le superaba en el cumplimiento de sus deberes Siempre alegre, sonriente y de buen humor, pero guardando a la vez con mucha discreción una cierta distancia de los que querían con él tener familiaridad. ¿Cuántas veces he recordado que, habiendo vivido durante 10 años continuos en el Colegio de La Guardia, nadie como el Hermano Gárate me hizo llorar al despedirme de él? Pero esto le dará idea de lo bien y fácilmente que aquel hombre desempeñó su delicado papel de enfermero, su solicitud, su paciencia, su tolerancia, su afecto y su caridad por los enfermos».

Semejante juicio mereció también el Hermano Gárate a don Juan de Olazábai, después famoso político católico, y que también había sido alumno del Colegio de La Guardia. Se conserva otro testimonio de aquella época, procedente del Hermano coadjutor, Francisco Zabaleta, que era criado del Colegio en la época a que nos referimos, y que me dijo que; «Habiendo caído un alumno enfermo con fiebres tifoideas, el Hermano Gárate no se retiró a dormir durante todo el tiempo que duró la enfermedad; todas las noches, mientras el Colegio estaba sumergido en el

silencio, veíamos cómo el Siervo de Dios permanecía en la habitación del enfermo, inmóvil, recogido, y sentado en una silla» (R.A. p. 16-17).

Conviene advertir aquí que, aunque los testimonios sobre la virtud del Hermano Gárate se refieren en esta biografía principalmente al período en que estuvo en Deusto, ya en La Guardia comenzó a dar pruebas de su caridad, delicadeza y abnegación de las que después recogeremos testimonios más explícitos. Por tanto, no parece exacta la afirmación de la Reverenda Censura que dice que «durante los primeros treinta años de la vida del Siervo de Dios sólo se poseen noticias de oídas, pocas y fragmentadas» (A. p.7).

Queremos recordar aquí que la actividad que desarrolló el Hermano Gárate como enfermero excedía la actividad ordinaria de un otro cualquiera porque estaba bajo su cuidado, como ya hemos indicado, no sólo la Comunidad, sino tres colegios independientes. Es decir, uno de segunda enseñanza, otro de preparatorio de carreras y finalmente lo que entonces se llamaba seminario de pobres. Fue el plantel de Comillas. Y que además a algunos de estos alumnos, que procedían de otras regiones, les afectaba el clima excesivamente húmedo de aquel rincón de Galicia; por lo cual el hermano enfermero tenía que Multiplicar alimentos extraordinarios y medicinas. Uno de aquellos alumnos recuerda que a todos les hacía mucha gracia cuando veían bajar las escaleras, un poco por arte de magia, una bandeja repleta de vasos de leche, de tazas de caldo y de purgas que sin duda llevaba el Hermano Gárate, a quien no se veía por su baja estatura. Aquel juego de equilibrios de unos vasos que no se derramaban y que aparentemente bajaban y subían por arte de prestidigitación fue una imagen que se grabó en aquellos sorprendidos colegiales. Debajo de todo aquello, de aquel juego, estaba el Hermano Gárate, realizando sin pretenderlo un símbolo de su vida. El llevaba el remedio y la atención a los demás, subía y bajaba escaleras; pero a él no se le veía...

Capítulo III

ENTRADA EN LA UNIVERSIDAD

*A las puertas del Colegio
no nos espera el portero,
porque ya Francisco Gárate
se nos ha subido al cielo.*

Acabo de visitar la Universidad de Deusto que la Compañía de Jesús tiene en la ciudad de Bilbao. En el calendario escolar estamos al final del curso. Tiempo de exámenes. Un río de juventud inunda los patios y claustros, salta alegremente por las escaleras y se remansa en las salas de estudio y bibliotecas. Y yo, que ya estoy situado en la tercera edad, al encontrarme entre ellos siento en mí el eco de aquel salmo: Dios que renueva mi juventud...

Pero detrás de esa juventud está la historia y la tradición, como antes y debajo de los frutos y de las flores están el tronco y las raíces. Vamos a caminar hacia el tiempo pasado cuando esos jóvenes ni siquiera habían nacido.

Como sucede en la vida humana que unos hombres provienen de otros hombres, también en la vida cultural unas instituciones tienen su precedente en otras. En este caso, antes que Deusto fue el Colegio de La Guardia, situado en la raya de Portugal, uno de los primeros colegios abierto en ese continuo recomenzar que ha supuesto en su historia las múltiples veces en que los Jesuitas han sido expulsados de España y privados de sus anteriores obras. Este Colegio de La Guardia tenía cierta calidad de «semilla». Y aunque originalmente fue un colegio de segunda

enseñanza, pronto se diversificó para producir un Seminario de vocaciones sacerdotales, que fue precedente de la Universidad de Comillas, y en un colegio preparatorio de carreras donde algunos ven un anticipo de la futura universidad de Deusto. Se debía todo esto a la iniciativa un tanto dinámica y carismática del P. Gómez. Uno de estos hombres que existen en todas las instituciones y que parecen orientados hacia el futuro: de él uno de sus Superiores llegó a decir: «parece que el proceder del P. Gómez es comenzar de cualquier manera, pero a toda costa comenzar, esperando después todo de Dios».

Aquella Escuela Preparatoria estrenó su preparación con un curso de matemáticas a mediados de 1888, que formaba parte de la preparatoria de las escuelas especiales. El Padre Rector rehabilitó 50 cuartos para los alumnos que esperaban. Hubo quienes consideraron esta esperanza ilusoria y se temieron que las habitaciones quedasen vacías. De hecho, triunfó la esperanza y faltaron cuartos para alojar a los alumnos.

El primer anuario escrito de esta aventura decía así: «Colegio de Segunda Enseñanza y Preparatorio de Carreras Especiales. Camposanco, Pontevedra». Y tras la fachada del anuncio, su intención y propósito: «Desearo el Director de este colegio evitar a los padres de familia el verse precisados a mandar a sus hijos en los primeros años de la juventud a populosas ciudades, con peligro de malograr el fruto de la educación religiosa...» La oferta educativa programaba diversos cursos para las carreras de marina, artillería e ingenieros militares. Se ve que el «Santo ejército» de Loyola mostraba ciertas afinidades militares... También se ofrecían cursos para entrar en el Cuerpo de Estado Mayor y se iniciaron algunas clases para la carrera de Derecho; aunque esto no se anunció en el prospecto para no alarmar a ciertos estamentos. siempre recelosos de la «invasión» de la Iglesia en la Universidad Civil. Como dato curioso, en el catálogo de los profesores aparecen dos de «matemáticas sublimes».

Todo esto constituía un precedente, un paso todavía vacilante, hacia lo que sería la fundación de la Universidad de Deusto. Los historiadores expertos discuten sobre qué personas deberían figurar como los fundadores: tema del que nosotros prescindimos aquí. Aunque sin duda uno de los datos más importantes en este proceso fundacional fue la colaboración de un grupo de seglares que representan la realidad de una esperanza, que siempre había mantenido la Compañía de Jesús, la de colaborar positivamente con tantos buenos amigos como tiene. En aquel caso, un grupo de bilbaínos pueden, con todo derecho, considerarse como

fundadores de la Universidad de Deusto, en cuyos trabajos encontraron un buen animador en el P. Isasi, que procedía de Sevilla.

No es éste el momento de trazar la historia de la Universidad, de la cual ha escrito una excelente obra Carmelo Sáenz de Santa María. Hubo un período de indecisiones, que afectaron a todos desde la base a la cumbre, y fue en el año 1881 cuando los promotores tuvieron que vencer no pequeños obstáculos que se presentaban en tres direcciones: una oposición proveniente del Colegio de La Guardia, que temía que el nacimiento de la nueva institución fuese la desaparición de la propia: una alternativa que provenía de Vitoria que deseaba abrir una obra universitaria semejante a la de Deusto; y, una tercera y última dificultad que podíamos llamar la más intrínseca, qué tipo de enseñanza debería de ofrecer la futura universidad.

Incluso las cuestiones políticas se mezclaron, como en tantas ocasiones, dotando al problema de una calidad explosiva. Cuyo detonador fue, en parte, el P. Gómez, defensor a ultranza del ensayo de La Guardia. Con su incisiva pluma escribe un memorial que es casi un alegato político: «Bilbao, la ciudad que todos los vascos conocen como capital del liberalismo, que hace ya dos meses cerró sus puertas para que no entrase en sus calles la solemne procesión y piadosa peregrinación a la Virgen de Begoña...» Ya está aquí la Virgen María pienso yo que muy a su pesar metida en nuestras contiendas puramente humanas. El P. Gómez, también mete en la danza al Señor Obispo, citando una excomunión que recientemente había lanzado contra un periódico, y termina su alegato diciendo: «Apenas nadie puede hallarse ningún lugar menos oportuno y más malo para esta institución, como Bilbao...».

En esta contienda por el nacimiento de la nueva Universidad apareció que la dificultad verdaderamente mayor procedía de la provincia hermana de Vitoria, donde algunos elementos eclesiásticos pretendían fundar una institución de enseñanza universitaria y entregarla a los Jesuitas. Los presuntos fundadores llevaron sus planes ante todos aquellos que podían apoyarlos, es decir, autoridades religiosas, civiles y aun militares. Y tanto gritaron, que la voz llegó a Roma, solicitando una decisión del P. General. En una palabra, la fundación de Deusto, aparte de otras dificultades, tuvo ésta que es muy común en el terreno de las decisiones políticas: la existencia de una «alternativa»; ya no se trataba de comenzar o no una institución sino de colocarla en un sitio o en otro. El P. General de la

Compañía, que era entonces el P. Becks, solucionó el contencioso en favor de Bilbao. Alegría en los organizadores y júbilo en la ciudad.

Y manos a la obra. Se funda una «Sociedad de Enseñanza Católica», compuesta por 13 comerciantes —esto es un comienzo práctico—, una de cuyas primeras actuaciones es la de adquirir un solar apropiado. Se encuentra dicho solar, que es una posesión que tiene por nombre «El Pájaro Rojo», con una ubicación excelente: por delante el río y por detrás la montaña. Se designa también el arquitecto, Francisco de Cubas, un gran proyectista que deja volar muy alto el «Pájaro Rojo», por encima de sus posibilidades económicas. Pero, gracias a su lápiz ilusionado, la Universidad tendrá un edificio que todavía hoy es la admiración de muchos.

En octubre de 1885 la fachada frontal llegaba al segundo piso. En el 1886 estaba concluida la parte anterior, con el vestíbulo que respondía al rango universitario del edificio. Porque en él había una solemne escalera. Nadie pensaba entonces que estos escalones quedarían un día santificados por los pasos de una persona, todavía insignificante y desconocida en el proyecto fundacional, y que va a ser el protagonista de nuestra historia: el Hermano Francisco Gárate.

Por fin, después de una actividad incesante, en la que tomaron parte 600 obreros y se usaron por vez primera unas máquinas constructoras de vapor, venidas de Inglaterra, el día de San Ignacio de 1886 se celebró la primera misa en la capilla pública. Los cronistas multiplican sus alabanzas. El edificio era entonces el mayor de Vizcaya, sus escalinatas y su capilla imitaban de alguna manera a

Santa Sofía de Constantinopla... El novelista P. Luis Coloma titulaba al colegio el «Magnífico», y se prometía que de él saldrían «jóvenes cultos, sobrios y creyentes, capaces de ejercitar la caridad, lazos de amor que unen al pobre con el rico, único medio de conjugar la tormenta amenazante».

El 25 de septiembre de 1886 comenzó el curso con unos 100 alumnos. Hoy la Universidad cuenta en su Campus de Bilbao con 12.862 alumnos matriculados del presente curso del 85. Pero más que en estos casi 13.000 alumnos y sus cientos de profesores, nosotros vamos a fijarnos ahora en una persona, que hemos nombrado, y que era la primera a quien se encontraba al entrar en la Universidad. A su portero, el Hermano Francisco Gárate. ¿Y quién era el Hermano Francisco Gárate?

Capítulo IV

EL SANTO PORTERO DE DEUSTO: UNIÓN CON DIOS

Que era portero, es lo primero que se veía al llegar a la Universidad de Deusto. Que fuese santo, se descubría con sólo tratarlo por un breve espacio. Y así, fácilmente, se fundieron estas dos palabras en la persona de Francisco Gárate. Y pasaron los años, y para todos aquellos que lo habían conocido seguía siendo el «santo portero»

Y transcurrido aún más tiempo, la calificación adquirió dimensiones universales. Hasta que el día 6 de octubre de 1985 repicaron por él las campanas de San Pedro de Roma.

Un buen día del año 1888 Francisco recibió del P. Rector del Colegio de La Guardia la notificación de su traslado. Le destinaban a Bilbao a la Universidad recién fundada de Deusto, en su tierra natal. Pero Francisco no estaba arraigado sentimentalmente en ninguna tierra, ni en la gallega, ni en la vasca; porque en su corazón cabía toda la geografía del mundo.

Era un día de primavera cuando el Hermano Gárate cruzó por vez primera las puertas de la Universidad. Allí entrando a la derecha, estaba la que había de ser su portería. Iba a estrenar el oficio, porque hasta entonces había sido enfermero durante muchos años, hasta que a su P. Rector le pareció que padecía la salud del Hermano por el empeño que ponía en su oficio y le hizo sacristán del Colegio de La Guardia. Un portero es una pieza muy importante dentro del mecanismo de una universidad que ha de tener sus puertas siempre abiertas y a la vez bien vigiladas. Abiertas, porque tras ellas vive una comunidad numerosa de sacerdotes y profesores a quienes vienen a visitar y consultar frecuentemente. Todo lo cual supone

en el portero diligencia, discreción, feliz memoria, y piernas y pies para recorrer patios y subir escaleras.

Y además los estudiantes. Esos visitantes habituales que entraban y salían varias veces al día para asistir a sus clases. Unos eran externos y otros internos, y cada cual tenía su horario y su salida regulada. Por tanto, el portero, si ha de cumplir bien su oficio, tiene que saberse bien los horarios y reconocer fácilmente a las personas. Y todo eso lo hacía el portero Gárate.

Dotado de una memoria felicísima y que apenas necesitaba tomar notas escritas, su percepción audiovisual, como diríamos hoy, poseía un alto coeficiente. Reconocía fácilmente los rostros que envejecen con los años y las voces que se deforman en el teléfono. Y el Hermano Gárate poseía esa rara cualidad de reconocer esos rostros y voces, de tal manera que el paso de los años no le hacía equivocarse al identificarlos. Los antiguos alumnos de Deusto, que volvían a visitar su Universidad tras años de ausencia, se sorprendían al ver que habían cambiado muchas cosas, menos una: el portero seguía siendo el mismo y este portero les reconocía mejor que cualquier catálogo o álbum de fotos.

En este universo, aunque limitado, de su portería, y saliendo de ella hacia los amplios espacios de la Universidad, vamos a intentar encontrarnos una y otra vez con el Hermano Gárate haciendo una síntesis de su vida. La podríamos inscribir en un espacio triangular, aunque sabemos que su espiritualidad «poliédrica» poseyó más dimensiones.

Es indudable que la santidad consiste siempre en el cumplimiento de la voluntad de Dios en un grado excelente y heroico. Y que cuando esa santidad es la de un religioso consagrado a Dios por unos votos, dicha voluntad de Dios se halla expresada de una manera ordinaria y cotidiana por las Reglas de su Instituto. Y la ley suprema de ese Instituto, cuando se trata de la Compañía de Jesús, es la de la «caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones». Ahora bien, en esta síntesis vamos a exponer cómo esa ley y acción del Espíritu se expresa triangularmente:

- A) En relación *con Dios*, a través de una intensa vida de fe y de oración.
- B) En un constante servicio *al prójimo*, representado por los diversos tipos de seres humanos de que está rodeado.
- C) Con una dimensión *interior* de humildad, «abnegación y mortificación en todas las cosas posibles».

Una vez propuesta esta síntesis tripartita, llega a mis manos un folleto de «Favores del Hermano Gárate» donde se contiene una carta escrita por el P. Pedro Arrupe, entonces General de la Compañía. En ella, con entrañable afecto a quien personalmente conoció, dice que «he intentado glosar sencillamente tres rasgos del Hermano Gárate, conservados con veneración por nosotros mismos, profesores y alumnos de la Universidad: El hombre de Dios, el Hermano Finuras, y el Santo de lo ordinario». No es exactamente el mismo triángulo, pero es homólogo, y se le parece bastante al que yo me había propuesto.

UNIÓN CON DIOS.

Para leer, hay que tener ojos. Para comprender, hay que estar dotado de entendimiento. Y para leer y comprender la vida de un santo, hay que poseer la fe. Porque tal vida no es un conjunto de figuras y colores ni tampoco una serie de palabras y de ideas. Es una vida *a* semejanza de la Vida de Cristo. Y Cristo es el Hijo de Dios hecho humano para que el hombre pueda ser divino. Y todo ello sólo se puede percibir —no digo plenamente comprenderse— a la luz de la fe. Incluso el propio santo que quiere seguir a Cristo sólo puede hacerlo si posee una fe viva.

Por eso muy apropiadamente la Iglesia, cuando quiere abrir un proceso para investigar la vida de un posible santo, después de haber interrogado a los testigos sobre sus virtudes en general, que es como una visión panorámica, lo primero que pregunta es si el Siervo de Dios tuvo una fe heroica.

Dejando la definición de lo «heroico» para un examen posterior, y tratando ahora sobre la fe, los teólogos saben muy bien distinguir unas virtudes de otras y cuáles son sus objetos y actos propios. Mas para un sencillo lector cristiano resulta a veces difícil determinar, cuando se leen las declaraciones de los testigos de un Proceso de Beatificación, cuál es la precisa virtud de la que se está tratando, ya que todas se hallan muy relacionadas entre sí. Y aun se tiene a veces la impresión de que los testigos declarantes tampoco poseen esa noción tan distinta, ya que unos refieren a una determinada virtud los mismos hechos que otros atribuyen a otra. Porque el tener fe viva en Dios es también amarlo. Y el amor supone esa fe viva. Y no se puede tener esperanza si no se posee fe. Más aún, estas virtudes «teologales» se hallan estrechamente relacionadas con otros actos

de virtud y de piedad cristiana. Por ejemplo, con la oración. Ya que no se puede ser hombre de oración sin fe y sin esperanza; y la misma oración es un acto de amor a Cristo. Y además de todo esto, en la fe cristiana. Dios y Cristo resultan inseparables desde el momento en que el Hijo de Dios se hizo hombre, y el acercamiento a El supone a la vez una humanización y una divinización de los que lo siguen, por lo que el santo resulta a la vez más divino y más humano.

Todo esto, referido a nuestro Hermano Gárate, quiere decir que resulta difícil desdoblar su vida en distintos aspectos que vayan manifestando sus diversas virtudes. Y por ello vamos a referirnos, como expresión central de su vida de fe y de unión con Dios, *a su oración*. Entendida en su sentido pleno, que es algo más que rezar, y que penetra y transforma todas sus actividades y ocupa todo su horario, todo su tiempo y todo su espacio.

Todo su tiempo. No conocemos exactamente la hora a la que el Hermano Gárate se despertaba. Y pensamos que él mismo no podría determinarlo con exactitud, porque no tenía reloj propio, ni en la habitación en la que dormía se escuchaba ninguna señal horaria. Y por ello, para tocar a las cinco en punto la campana de comunidad que señalaba la hora oficial de levantarse, tendría que estar atento y despertarse varias veces con anterioridad y subir las escaleras para mirar la hora en el reloj público.

Sabemos además, por testimonios de varios declarantes, y en concreto del guarda nocturno o sereno de la Universidad, que se le encontraba en la capilla bastante tiempo antes de la hora «oficial» de levantarse. Hay quien lo sorprendió a las cuatro de la mañana y, al ser preguntado el Hermano Gárate, éste le respondió «que se había confundido de hora». También estos serenos le hallaron muy avanzada la noche, antes de acostarse, y durante el día eran muy frecuentes sus visitas a la capilla pública, que estaba situada en el mismo plano de la portería. Por otra parte, uno de los chicos que le ayudaban afirma que, cuando la portería se hallaba menos frecuentada, solía el Hermano Gárate retirarse a la capilla diciendo que volvería después de una media hora.

Pero no era sólo la capilla, sino que había ampliado sus espacios de oración cumpliendo a la letra aquello que Jesús dijo que «en todo lugar se habría de adorar al Padre». Y, primeramente, y más permanentemente, en

una especie de oratorio que había instalado en uno de los locales de la portería, en el que había colocado imágenes o estampas del Sagrado Corazón, la Virgen, San José y San Alonso Rodríguez, que cuidaba de tener siempre adornadas con flores naturales o artificiales.

«A este oratorio —testifica el Hermano Onaindía— se retiraba el Hermano Gárate en las horas de recreo y descanso de la comunidad, que ordinariamente no pasaba en compañía de los otros hermanos, alegando que debía tener atención a la portería. Y no sólo yo, sino otros muchos le veíamos unas veces arrodillado y otras de pie haciendo oración. Y cuando andaba cerrando las puertas y encendiendo las luces, muchas veces le oíamos rezar en voz alta. Igualmente, cuando iba a trabajar junto a las imágenes de los patios, estaba unos momentos como estático y como si estuviera mirando algo en la imagen misma; porque sin duda el Hermano tenía una facilidad extraordinaria de recogerse en su interior y ponerse en oración».

Y no solamente en la Capilla y en su «oratorio», sino en otros sitios que podríamos llamar menos sacrales, hacía también oración. Así lo afirma el testimonio del Hermano Alvarez Arteta:

«Todas las mañanas, a hora muy temprana, acostumbraba el Hermano Gárate a acudir al refectorio de la comunidad con el fin de recoger alguna cantidad de pan que de la noche anterior había sobrado y que él destinaba a los pobres que se presentaban en la portería. Sin duda que en aquel sitio y a tales horas creía el buen hermano que estaba libre de testigos inoportunos y cierto que de ordinario era así. Pero hubo un día en que yo, que ejercía a la sazón el oficio de sereno, no me había retirado todavía y me encontraba en una estancia inmediatamente próxima al refectorio. Hizo la casualidad que, desde allí, sin que el interesado se diera cuenta, y sin que yo por mi parte hubiera tratado de sorprenderle, pudiese observar cómo el Hermano Gárate, puesto de rodillas en medio del refectorio y con los brazos abiertos en forma de cruz oraba fervorosamente y fijos los ojos en el cuadro de la Última Cena que adornaba la pared del testero. Visto aquello, me retiré de allí con todo cuidado para no interrumpir la oración del Hermano y para evitarle la natural contrariedad que mi inesperada presencia le hubiera causado».

Dentro de esta dedicación tan completa y continua de su tiempo y espacio a la oración, había otros momentos y lugares, diríamos más sagrados, donde redoblaba su oración con más intensidad. En este respecto, hay que mencionar primero que todo la Sagrada Eucaristía. No solamente le hacía visitas al Señor, como ya hemos dicho, sino que como se veía precisado a subir y bajar las escaleras para dar sus recados, al pasar por delante de alguna de las capillas de la Universidad donde estaba reseñado el Santísimo, todas las veces, sin fallar ninguna, el Hermano entraba brevemente para postrarse delante de Jesucristo Sacramentado. Y cuando iba aprisa, no pocas veces desde la misma puerta hacía un acto de humilde y profunda adoración besando el suelo, tras lo cual salía presurosamente a cumplir su recado. Esta actitud reverente la advirtió también el criado de la portería, que afirma que le vio muchas veces despedirse de la capilla besando el suelo.

Asimismo, se recoge en varios testimonios la forma peculiar con la que el Hermano hacía oración en la capilla, sobre todo de noche, cuando se creía solo. De este punto, el P. Juan M. Pérez Arregui declaró en el Proceso de Bilbao:

«En la reverencia a su Divina Majestad era un modelo, y el respeto con que se hallaba en la capilla era admirable. Generalmente oraba en la capilla de rodillas. Una vez le sorprendí postrado con la frente pegada en el suelo y varias veces en posturas que mostraban que entonces se levantaba. El Siervo de Dios procuraba evitar que se le sorprendiese postrado: yo tuve interés y repetidas veces lo intenté sin lograrlo, pues al menor ruido se incorporaba. Un día, al fin, entré en la capilla sin que él lo notase. Oraba postrado totalmente en tierra, con la frente pegada al suelo. No habiendo advertido mi llegada, continuó en su postura durante algún rato, hasta que yo mismo, de intento, hice algo de ruido. Entonces se incorporó rápidamente, y, para disimular su postura anterior, hizo ademán de buscar alguna cosa que se le había caído al suelo» (Sum. p. 152).

«También el Hermano Zuriarrain observó lo mismo, y varias veces me comunicó que había sorprendido al Hermano Gárate en la parte zaguera de la capilla no de rodillas sino tumbado en el suelo y que, al sentir que alguien entraba, se incorporaba disimulando mal» (Pos. p. 153).

No es éste el único ejemplo ni del gesto exterior ni del tiempo interior que dedicaba a la oración. Y, a lo largo de su biografía, hay quien le encontró totalmente a oscuras y recogido en actitud de orar, en algunas de las salitas de la portería. Este respeto y devoción a la Sagrada Eucaristía se manifestaba también en la devoción con la que ayudaba en la primera misa de la mañana, que decía el P. Zurbano a las cinco y media.

Y lo que era en él actitud habitual con la Eucaristía, la extendía también con todo lo relacionado con ella; y por eso tomó a su cuidado el atender a la limpieza y renovación de los objetos relacionados con el culto, vasos sagrados, candeleros y corporales, que él personalmente limpiaba y renovaba. Este cuidado habitual se hacía aún más extremado en ocasiones solemnes, como era el triduo de Carnaval, en el que, según costumbre entonces fielmente guardada, se tenía una Exposición del Santísimo más prolongada; y lo mismo se diga de la noche del Jueves al Viernes Santo. Esto mismo testimonia Don Emilio Martínez, profesor de música de la Universidad, y que conoció al Hermano Gárate en el colegio de La Guardia, que nos asegura que por lo menos en la noche del Jueves Santo el Hermano nunca se acostaba. Era para esta ocasión del Monumento del Jueves Santo cuando el Hermano salía fuera de la Universidad para solicitar de algunas personas objetos de adorno y flores para colocarlos ante el Santísimo. Así lo dice el Hermano Urcelay, que acompañaba al Hermano Gárate en estas visitas: «Yo acompañé varios años al Hermano Gárate en esta visita y fui testigo de las grandes muestras de contento y veneración con que doña Paz Careaga recibía en su casa a nuestro humilde portero. Después de un ratito de conversación, toda espiritual, doña Paz ponía a disposición del Hermano todo cuanto deseaba, él escogía lo que juzgaba más conveniente, y luego se despedía de la señora con delicadas palabras de agradecimiento y complacencia» (Sum. p.398).

Igual solicitud y devoción mostraba el Hermano con ocasión de las Fiestas de Navidad, en las que solía colocar en la portería misma de la Universidad, y en un sitio inmediatamente contiguo a su aposento, un portalito de Belén o Nacimiento para el que preparaba con anticipación plantas y flores y en el que también figuraban jilgueros y canarios e incluso un arroyo por donde corría agua. Este Nacimiento estaba celosamente custodiado por el Hermano, que se complacía en invitar a los niños y niñas a que lo vieran, pero que, en cambio, no lo permitió a un grupo de jóvenes, un tanto alegres y bullangueros que pretendieron hacerlo (Sum. p.433)

La devoción a la Virgen María siempre tuvo en el Hermano Gárate una parte muy importante en su vida piadosa. y tenía como manifestación más permanente el rezo del rosario. Es una común observación de los que vivieron con él que rezaba todos los días los tres misterios completos, pero que en algunas ocasiones los repetía aún más, ya que diariamente rezaba el Rosario con sus ayudantes y, como tenía varios, lo repetía con gusto con cada uno de ellos, advirtiéndoles que debían hacerlo «despacio y con devoción, puesto que estaban hablando con Dios». Se conserva el comentario de uno de los ayudantes, a quien «tanto rosario resultaba fastidioso, pero que el rezarlo con el Hermano Gárate, lo facilitaba».

Especial cuidado tenía el santo portero en que las imágenes de la Virgen tuviesen sus flores. Y en cierta ocasión que una señora se admiró de la belleza y lozanía de las flores que lucían ante una de las imágenes, y le preguntó al Hermano de qué especial manera las cultivé él respondió que «simplemente las regaba con agua n»³, que, cada vez que lo hacía, añadía un Ave María” y aquí no podemos omitir el caso de una religiosa, según |0 refiere el testimonio de Celia María Abasolo: «La religiosa reparadora, María de la Divina Eucaristía, me refirió personalmente, que un cierto día que llamó por teléfono a la Universidad de Deusto, cogió el teléfono el criadito de la portería, pero no pudiendo entenderse con él, la religiosa le dijo que llamase al Hermano Gárate. Parece que el niño no encontró al Hermano Gárate, pero que descuidándose dejó el teléfono descolgado... Entretanto, el Siervo de Dios llegó a la portería sin que al parecer cayese en la cuenta de que el teléfono estaba descolgado. La religiosa que estaba atenta al teléfono oyó claramente la voz del Hermano Gárate, él estaba hablando con la Santísima Virgen como si la tuviese delante de sus ojos. Cuando más embelesada estaba la religiosa, tocaron la campana de la comunidad y tuvo que colgar el teléfono.» (Sum. p.357).

Cerramos estos testimonios sobre la oración del Hermano Gárate añadiendo que también tenía un lugar preferente en ella el Santo Patriarca José, al cual no sólo dirigía frecuentes oraciones y lo tenía en su capilla particular, sino que cuidaba atentamente de que su imagen, que estaba colocada sobre la montaña de la Universidad, estuviese iluminada en los días apropiados, que no eran sólo sus fiestas, sino la novena y los siete domingos. Costumbre que guardó toda su vida, y que se hizo tan notoria que, una vez que murió el Hermano, otros se descuidaron de encender la imagen, por lo cual en la Universidad se recibieron varias llamadas

telefónicas, quejándose de que «desde que había muerto el Hermano Gárate, San José estaba a oscuras...».

Capítulo V

EL SANTO PORTERO DE DEUSTO: LA CARIDAD DEL «HERMANO FINURAS»

En la santidad cristiana el amor a Dios y el amor a los hombres son inseparables. Ya lo dijo Jesús cuando fue interrogado sobre cuál era el principal de los mandamientos; a lo que respondió que no había UNO SOLO sino DOS SEMEJANTES: el amor a Dios y el amor al prójimo. Desde el preciso momento de la Encarnación en el que el verdadero Hijo de Dios comienza a ser también el verdadero hijo de María, esto se explica. Y por eso en el supremo signo de la salvación, que es la cruz de Cristo, ambos trazos, el vertical y el horizontal, se hallan inseparablemente unidos. Amar a todos los hombres, pero particularmente aquellos que se encuentran más cercanos a nosotros, incluso porque nos necesitan más y resultan más prójimos...

En la vida del Hermano Gárate este «amor al prójimo nacía indudablemente de su amor a Dios» (Sum. p.54). Dentro del espacio, paradójicamente estrecho, de su portería se abría un amplio panorama poblado de prójimos. Y podríamos decir que en él se distinguían cinco clases de ellos: los superiores, los iguales y dos categorías, que de alguna manera eran inferiores, es decir los alumnos de la universidad, sujetos por cierta razón de disciplina, y sus propios ayudantes o criaditos que eran sus auxiliares de la portería. Y, además, los pobres.

La afirmación que comprende a estas cinco categorías es que: «la caridad practicada en grado extraordinario es la que sobresale mayormente entre todas las virtudes del Hermano Gárate» (Sum. p.53). «Todos los que le conocimos —dice un padre que convivió con él durante 29 años— sabemos que la virtud característica del Hermano fue la caridad con todos»

(Sum. p.55). «Su caridad era muy superior al ordinario comportamiento de la buena y religiosa, y era extraordinario entre los buenos religiosos» (Sum. p.167).

Respecto a los *Superiores*, el trato con ellos da origen a una virtud muy peculiar de la Compañía de Jesús que es la obediencia «ignaciana», que en su sentido más amplio puede también extenderse a la obediencia a las Reglas, aunque esto lo llamaríamos más propiamente la «observancia regular».

Dentro de las Reglas convendría recordar que, además de las Constituciones y Reglas comunes que se refieren a todos los miembros de la Compañía, hay algunas que más directamente atañen a los Hermanos Coadjutores. Citamos, por ejemplo: «El cuidado principal de los Hermanos sea la pureza de conciencia, y con todas veras procuren darse a aquellas virtudes que son el mejor ornato y perfección de este grado de la Compañía, como son: la devoción, la quietud del alma, la apacibilidad en el trato, el amor de la virtud, el deseo de la perfección; que sea edificativo con los de casa y fuera de ella.» Y por lo que al portero se refiere, «se le recomienda que tenga tal manera de tratar con la gente, que por su urbanidad, discreción y modestia, por su modo de hablar propio de religiosos y por sus palabras espirituales, deje a todos contentos y edificados» (Reg. FF.CC.).

Refiriéndonos ahora más propiamente a la obediencia a los Superiores, existen de ella numerosos testimonios en los Procesos. «El Siervo de Dios fue extremadamente obedientísimo; era respetuoso con todos los Superiores, y con todos aquellos que tuviesen alguna dignidad, como los sacerdotes. Únicamente conocí una obediencia costosa para él: la de la supresión en el martes de Carnaval de una procesión con el Santísimo que recorría el recinto de la Universidad y que el Siervo de Dios solía preparar con máximo cariño. Pero entonces le vimos obediente con toda prontitud y rendimiento, sin que entonces hiciese ningún comentario ni manifestase su contrariedad». (Sum. p.122-23). Por lo que se veía en él, siempre obedecía con prontitud, diligencia y alegría.

El Padre Pérez Arregui refiere un hecho en el que también, por su parte, se fijó el Promotor de la Fe para encontrar «sombras» en la obediencia del Hermano Gárate: «Había salido un alumno de la Universidad a la ciudad, con permiso del Rector, quien le había ordenado volver a una hora determinada para no perder la clase. Regresaba en efecto el alumno a la Universidad, cuando se enteró por unos condiscípulos que

aquella tarde se había dado vacación; y juzgó que, al no haber clase, ya no urgía el regreso a la hora que había señalado el Padre Rector. Al enterarse éste de que aún no había regresado, dio la orden al Hermano Gárate que le llamase por teléfono y le ordenase que regresara inmediatamente a la Universidad, y que, al llegar, lo enviase a su despacho. El joven regresó inmediatamente, mas el Hermano le dejó que se fuese con sus compañeros sin comunicarle la orden de que se presentase al Padre Rector. Pasado algún tiempo, volvió a preguntar el Padre Rector si el alumno había regresado, y al saber por el portero que ya hacía tiempo estaba en casa, manifestó su extrañeza y disgusto porque no hubiese cumplido la orden de presentación. El Hermano Gárate oyó sumisamente la reprimenda y se limitó a contestar: “Ha sido una mala inteligencia mía”. El P. Rector, que nos contó este caso repetidas veces, solía a este propósito exaltar la caridad del Siervo de Dios para con los alumnos.»

El otro caso de desobediencia (!) nos lo narra el P. Leturia: «El P. Ibinagabeitia, Rector de la Universidad, había ordenado al Hermano Gárate que, cuando regresase un alumno que a su parecer había cometido una falta grave, no lo dejase entrar en el edificio, sino que le comunicase su expulsión, de parte del P. Rector. El joven llegó a la Universidad cuando ya la comunidad se había retirado y el P. Rector estaba acostado. El hermano Gárate comunicó al chico la orden recibida, y éste dio grandes muestras de pesar. Planteándosele al Hermano Gárate el problema de que el joven, a tales horas y sin medios para regresar a su casa y en un estado de desesperación, probablemente terminaría la noche en el pecado. Entonces, ya que no podía consultar el caso con el P. Rector, el Hermano determinó permitir que el joven pasase la noche en la Universidad. Y a la mañana siguiente, a primera hora, el Hermano Gárate se presentó al P. Rector para contarle lo ocurrido. El P. Ibinagabeitia, que a su gran nobleza y lealtad unía un temperamento vivo, reprendióle ásperamente, y el Hermano recibió la represión y se limitó a manifestar al P. Rector que el motivo de su decisión había sido el evitar la ocasión de pecado al joven. El P. Rector terminó por aprobar su conducta, y por él mismo hubo de saberse el episodio, ya que el Hermano jamás dijo una sola palabra de lo ocurrido» (Sum. p.321-22).

Estos ejemplos que se aducen sobre la «presunta» desobediencia no son más que el ejercicio de otras virtudes de caridad, prudencia y fortaleza, que de ninguna manera destruyen la obediencia tal como la entendía San Ignacio. Como afirmaba el Hermano Miguel M. Garmendía: «El Siervo de

Dios fue obediente en forma extraordinaria, según los tres grados que enseña nuestro Santo Padre Ignacio» (Sum. p.223).

¿Y cómo fue la caridad *con los iguales*? ¿Pero es que los había? Teóricamente sí, y tales eran los otros hermanos coadjutores y otras muchas personas con quienes el portero trataba. Pero también en este punto él practicaba a la letra la regla de «tenerlos a todos como si les fuesen superiores». Y de hecho cuando él ejerció una cierta superintendencia sobre los otros hermanos coadjutores porque era su «bedel» (una especie de delegado del Superior), siempre procedió no con un espíritu de superioridad sino de servicio. Así dice el P. Luis Izaga: «Podemos considerar como inferiores al Siervo de Dios a los criaditos que le ayudaban en la portería, y por su cargo de bedel a los demás hermanos coadjutores; pero cuando ordenaba algo, se puede decir que más bien rogaba, y nada había de imperio en sus palabras» (Sum. p.479).

«A nosotros, los hermanos coadjutores —afirma el Hermano Garmendía— nos trataba con suma finura: siendo nuestro “bedel” jamás nos mandaba, solamente nos rogaba. Y si él podía hacer lo que a nosotros nos incumbía, nos ahorra ese trabajo» (Sum. p.213). En una palabra, el «superior» Gárate tomaba para sí lo más penoso, el turno más molesto, y el trabajo más cansado.

En esta categoría de los «iguales», podemos nombrar los *huéspedes*. Y todos están conformes en que la atención del Hermano Gárate era extremadamente cuidadosa, de suerte que a todos les hacía recordar su paso por Deusto.

«El Hermano ponía especial cuidado en atender a los huéspedes que llegaban, especialmente con los que lo hacían a deshora y tarde; para lo cual dejaba la puerta exterior entreabierta, y una luz encendida, para que los recién llegados supieran que eran esperados. Una vez llegados a casa, les llevaba personalmente las maletas, disputando a veces con el recién llegado para hacerlo él solo aun a costa de varios viajes. Al llegar al comedor, él procuraba que la comida estuviese caliente, y aun a veces añadía algo extraordinario para compensar el cansancio del viaje, sazónándolo con una sentencia latina: «Dignus est operarius mercede sua» (el trabajador es merecedor de su salario) (Sum. p.623). «Cuando llegaba un huésped, el mismo Hermano Gárate iba a la cocina, preparaba la comida, y, si para ello fuera necesario, hacía fuego y la servía. En cierta ocasión tuve yo que salir de viaje, y como había de volver tarde por la noche quise evitarle preocupación de mi cena, y al marcharme le indiqué

que prescindiese de ella, pues yo a la vuelta tan sólo tomaría un vaso de leche. (Advierto que yo era entonces el Hermano encargado del comedor.) No obstante, cuando regresé a la Universidad, ya acostada la comunidad, el Hermano Gárate me esperaba con la cena preparada, no me permitió que fuese a la cocina, y él mismo me la subió al refertorio por la escalera de caracol» (Sum. p.410).

La virtud de la caridad en una institución llena de estudiantes tenía múltiples ocasiones de ejercitarse precisamente en el cumplimiento ordinario de su oficio de portero que de alguna manera controlaba la entrada y salida de los alumnos. Fue precisamente en el desempeño de esa actividad cuando le pusieron el sobrenombre de Hermano Finuras, que los italianos traducen por «Hermano Cortesías». Esta cortesía «era sobria, con una caridad muy sencilla, y al mismo tiempo muy humana, y encontraba en ella el punto justo, de suerte que nunca lo vi faltar ni por exceso ni por defecto. Muy servicial, pero no servil; obsequioso pero con dignidad». No sabemos cuándo se originó este nombre de Hermano Finuras pero quien quiera que lo hubiese inventado, el caso es que los demás lo encontraron un acierto y lo repitieron hasta hacerlo muy conocido dentro y fuera de la Universidad. La posición del Hermano Gárate ante los alumnos exigía grandes dotes de discreción y prudencia. Por una parte, tenía que hacer cumplir el reglamento y esto requería cierta sagacidad para descubrir las faltas y engaños; y por otra, el Hermano Gárate quería realmente a los alumnos, que eran «sus» muchachos, y por eso trataba de comprenderlos, aplicando el reglamento, a veces severo, de una manera más humana, y por tanto más cristiana.

Oí contar a mi compañero el P. José Luis Diez, que había sido alumno en aquellos tiempos, que el portero Gárate sabía que dicho alumno era de familia de vinateros jerezanos, y que tenía parientes en Bilbao. Y por eso, cuando regresaba de visitarlos, «disimulaba», cuando al entrar por la portería llevaba José Luis oculta una botella de vino. Hemos dicho «una». Sin duda el santo hermano tenía la discreción y el buen juicio para saber distinguir la ley de las excepciones. Y para ello cumplía rigurosamente una especie de «chequeo previo» para identificar la «mercancía» del posible contrabandista. Pero todo ello lo hacía de forma que el alumno comprendía la razón de por qué el portero tenía que obrar así y siempre quedaba agradecido, por lo menos de la forma delicada como efectuaba la investigación.

Había, sin embargo, una ocasión en la que el portero extremaba su delicadeza con el alumno y con las familias, y era cuando tenía que comunicar malas notas o suspensos. El portero guardaba tal discreción que no había manera de sacarle los nombres de los desgraciados con tal calificación. Y cuando a veces importunaban los curiosos compañeros, él repetía:

—Pues dicen que ha habido algún suspenso.

—Pero, hermano, ¿quiénes han sido suspendidos?

—Pues dicen que alguno que no ha sido aprobado.

Esta exquisita diplomacia se extremaba con las madres que preguntaban las notas de sus hijos. Nosotros hubiéramos querido tener allí oculto un magnetófono...

La madre llama por teléfono y pregunta la nota de su hijo. (Al chico lo han suspendido.) El Hermano Finuras quena evitarle un disgusto a la señora, sobre todo un disgusto por teléfono. Ella insiste.

—Pues parece que el chico no ha satisfecho al tribunal.

—¿Pero qué nota ha tenido mi hijo? ¿Le han dado suspenso?

—Pues parece que ha estado un poco desgraciado...

—Pero Hermano, por favor, diga de una vez si lo han suspendido.

Ni aun así quiso pronunciar el Hermano Finuras la palabra «suspenso», que le parecía fatídica.

—Pues sí, señora, algo así...

Delicadeza exquisita, y además paciencia inagotable, porque a veces aquellos alumnos le hacían algunas jugarretas, como cuando le trastocaron sus papeles y le ocultaban la escoba, la palangana u otro objeto personal. Todo eso lo pasaba, lo olvidaba el Hermano Gárate; pero los alumnos jamás pudieron olvidar ese humanismo, a la vez cordial y algo «secote», que hizo que al cabo de los años se hubiesen olvidado de una lección magistral y de quién la dio, pero no del Hermano Finuras, que tan cerca se les había metido en el alma.

Pero además de los huéspedes que iban y venían y los alumnos de la Universidad, el Hermano Gárate tuvo que tratar con los que no iban ni venían sino los que estaban permanentemente con él, como ayudantes en su oficio de portero.

«A los criaditos que tenía en la portería trataba con cariño y suavidad. No recuerdo haberle visto nunca reñirles. Sin embargo, les hacía trabajar, y se advertía que los criaditos le tenían veneración» (Hermano Arrarte. Pos. p.502). Uno de éstos diría en el Proceso que «el Hermano Gárate amaba al prójimo de la mejor manera posible que se le puede amar en este mundo» (Sum. p.357)

Ya tenemos consignado anteriormente que aprovechaba la presencia de estos criados para darles «excepcionalmente» algunos consejos espirituales. Y decimos «excepcionalmente» porque, en general, el humilde Hermano Gárate se abstenía de dar consejos espirituales y de hacerles a sus interlocutores reflexiones piadosas, que sin duda sustituía por una ayuda más íntima y secreta, orando por ellos.

Los pobres acuden a donde saben que les van a dar. Y poseen una especie de brújula personal para descubrir la dirección de donde van a recibir el socorro. Esa brújula durante el tiempo que estuvo el santo portero, apuntaba constantemente a la Universidad de Deusto. Pobres los había a todas horas, y no sólo en los días señalados. Y siempre tuvieron por parte del Hermano Gárate una acogida no sólo amable de palabras sino de eficaz ayuda, ya fuese en comida o en dinero, según sus posibilidades.

Respecto a la comida, el Hermano cuidaba todos los días por la mañana de recoger lo sobrante tanto en la comunidad como en el comedor de los alumnos. Y el Hermano cocinero tenía instrucción del Padre Rector, de suministrar lo posible al Hermano Gárate para sus pobres. Y se preocupaba de encontrar alimentos especiales para aquellos pobres que estaban enfermos.

«El Siervo de Dios amó muchísimo al prójimo sin ninguna distinción de clase ni de condición. Y si alguna distinción hubo, fue en favor de los pobres» (Sum. p.111). «Su caridad estaba llena de realismo, es decir, que no soñaba una caridad de empresas heroicas, sino que se dirigía al prójimo que estaba cerca y necesitado de él» (Sum. p.57). «La actividad caritativa del Siervo de Dios se refleja con mayor evidencia en aquellas obras que pueden llamarse de misericordia corporal. No podía ver una necesidad sin que experimentase el deseo de ponerle el remedio» (Sum. p.66) «Los pobres que acudían a la portería eran numerosísimos y, aunque su número cambiaba, creo que se podría calcular entre 30 y 40 cada día» (Sum. p.114). «Además, una o dos veces a la semana se formaban largas filas de

muchísimos hombres y mujeres, mal vestidos, sucios y mal olientes, y yo sorprendí muchas veces al Siervo de Dios en el acto de distribuir su socorro de modo especial a estos pobres con la sonrisa siempre en los labios» (Sum. p.383) «Con los pobres y lisiados que se llegaban a la portería a pedir limosna era una verdadera madre, y nunca les despedía sin alguna muestra de consuelo y socorro» (Sum. p.65).

«En circunstancias extraordinarias dio también pruebas de caridad y solicitud hacia un número no escaso de mujeres que, en tiempo de sequía, venían a la Universidad a proveerse de agua, porque allí había una fuente en uno de los patios. Para ello el Hermano llevaba sus cacharros y cubos que personalmente llamaba y acarreaba, porque entonces esta fuente estaba dentro de la clausura. Y esto duró cerca de 20 años» (Sum. p.569). «Y estando la Universidad en construcción y trabajando en ella cierto número de obreros, él cuidaba de calentar los alimentos que llevaban en sus fiambreras, e incluso de añadirles alguna golosina.»

Así podríamos multiplicar las citas sobre esta virtud de la caridad y del amor al prójimo, practicados por el Hermano Gárate de esta forma heroica. Concluyamos con la misma frase con que termina en el Proceso el capítulo de la Caridad Heroica con el Prójimo: «Creemos, por tanto, que queda suficientemente probado que el Hermano Gárate cumplió de modo heroico el gran mandamiento del amor» (Sum. p.67)

Capítulo VI

EL SANTO PORTERO DE DEUSTO: LA MAYOR «ABNEGACIÓN... POSIBLE»

El camino de la santidad por el que un alma se acerca a Dios pasa indudablemente por la Vía Dolorosa. Ya puede ser diferente la topografía y ya pueden variar los ejes del tiempo, pero en ese mapa personal que cada santo traza en su vida existe siempre ese paso necesario del Vía Lucis de la Bienaventuranza eterna, pero anteriormente caminó con Cristo doloroso por la Vía Crucis. El Santo ahora camina con Cristo en la Vía Lucis. El trazado de este camino es diferente en cada santo, como son diferentes las flores y las estrellas.

El Defensor de la Fe, en el examen que hizo de las virtudes del Siervo de Dios, pudo escribir que siendo la vida del Hermano Gárate enteramente simple y lineal, podría decirse que «en el fondo fue una vida fácil y sin problemas» (A. p.10). Me sorprende que se hayan podido escribir tales palabras refiriéndose a la vida monótona y sin variaciones aparentes del «terrible cotidiano», como lo llamaba el Papa Pío XI. ¿Es que esa vida sin alteraciones en las ocupaciones externas ni cambios en su modo personal de vivirlas fue una vida fácil? Hay que advertir que la «cruz de cada día», de que hablaba Jesús en el Evangelio de Lucas, es diferente de la «cruz del Viernes Santo» que estuvo clavada en el monte Calvario, y que fue únicamente de aquel tiempo y lugar. Ahora bien, una larga vida de más de 40 años en la misma ocupación, y que no intercambia ni funciones ni lugares, tiene que parecerse mucho más a la «cruz de cada día» que a la cruz del Calvario, y por tanto seguir siendo monótona y opaca..., pero sigue siendo cruz.

Voy a presentarles un díptico de esta vida crucificada del Hermano Gárate. A) En una tabla vamos a mostrar la dificultad heroica de una vida aparentemente opaca. B) En la otra tabla vamos recoger lo que en esa vida hubo de abnegación y mortificación *sobreañadidas*, es decir, no exigidas propiamente por la tarea laboral que desempeñaba.

PRIMERA TABLA DEL DÍPTICO

Tengo escrito en otra biografía, la del Venerable Cardenal don Marcelo Spínola, que «a la hora de la verdad, no sabríamos decir cuál de las dos actitudes requiere más abnegación y ánimo, si el gesto heroico y difícil de la entrega martirial de una vez y “al contado”, o, por el contrario, el de quien va gastando el tesoro de su vida “moneda a moneda”, y que requiere una tensión mantenida; como en una máquina que trabaja a pleno rendimiento, o en un vehículo que corre a toda velocidad y que por eso se gasta y consume más aprisa». De esta última forma, moneda a moneda gastada diariamente, fue la vida del Hermano Gárate. Diríamos, prolongando la metáfora, que el motor que va siempre acelerado no nos advierte cuando acelera...

«No le observé al exterior progreso en la virtud, pues desde mis primeros tiempos en la Universidad parecía haber llegado a obrar virtuosamente siempre (R.A. p.47) «El Siervo de Dios daba la sensación de ser un hombre maduro en la virtud ya en los primeros días en que lo conocí, esta madurez constante era tal en su vida que yo no pude notar progreso en su virtud... Supongo que los había hecho, pero me daba la impresión de que era perfecto ya desde el primer día en que lo conocí» (Pos. p. 207). «Siempre me hizo una misma impresión de santidad en todo el tiempo en que yo le conocí» (R.A. p.48). «Para mí, el Hermano Gárate estaba en la cumbre de la perfección desde el primer día que lo conocí. Era excepcional en todos los aspectos de su vida. Perfección no sólo de una época o de unos días, sino permanente y sin interrupción, conservando siempre la misma tensión. No se le advertían altos ni bajos en su modo de proceder, ni en su carácter, ni en su alegría, ni en su laboriosidad, ni en su modo de tratar a los demás» (Sum. p.449).

En resumen, en el desempeño de su trabajo ordinario el rendimiento del Hermano Gárate fue excepcional y ¿J ninguna manera fue calificado de «fácil y sin dificultad» precisamente por aquellos que, siendo también

hermanos coadjutores, conocían también más de cerca las condiciones de dicho trabajo: «El Siervo de Dios cumplió todo su contenido con verdadera exactitud y perfección siendo muy diligente. Las dificultades que tenía que vencer en el cumplimiento de su oficio de portero fueron muchísimas, dada la frecuencia y multiplicidad de sus obligaciones, en las que las molestias que había de soportar eran innumerables; donde no faltaban, como es natural, las intemperancias. De forma que puede decirse que la portería era va de por sí una verdadera mortificación y no pequeña para el Siervo de Dios; mortificación que él llevaba con la paciencia y serenidad imperturbable de siempre» (R.A. p.36). «Por cuanto nosotros podemos saber. el Siervo de Dios hada todas las cosas a la perfección: y en mis conversaciones con mi hermano el Jesuíta, éste solía decir que lo que hada el Hermano Gárate, no lo podían hacer con tres hermanos» (R.A. p.36).

SEGUNDA TABLA DEL DÍPTICO

A todo lo anteriormente dicho, que está manifestando una virtud heroica en esa vida ordinaria, hay que añadir lo que hizo de «diferente», porque no estaba ni exigido ni incluido en el cumplimiento de su oficio. Podía afirmarse que en el Hermano Gárate su actividad interna y externa estaban perfectamente sintonizadas y acopladas, de forma que entre ellas se repartían toda su vida, sin dejar espacio ni tiempo para el ocio que, como advertía el P. Ignacio, «es origen de todos los males». Orar y conversar con Dios, y hacer y trabajar todo lo posible; por los demás, era la división no digo natural sino sobrenatural de su tiempo, que no dejaba huecos libres.

Y refiriéndonos ahora no al trabajo de la portería, del que ya hemos hablado, sino a otros distintos, diríamos que su afán de trabajar le hada descubrir un campo mucho más dilatado. Por eso se había impuesto el trabajo adicional de ser ayudante del sacristán, lo cual suponía la preparación y el mantener limpios los objetos de culto; cuidaba además con mucha previsión de las plantas y flores que habían de ser el adorno de futuras festividades religiosas; no sólo limpiaba la portería, que era lo suyo, sino otras salas y dependencias; «y varias veces se pudo comprobar que, tras una tarde en la que las salas de reunión habían quedado desordenadas y sucias, a la mañana siguiente todo estaba limpio y

ordenado porque el Hermano Gárate lo había hecho durante la noche» (Sum. p.443).

Y tras la limpieza, el cuidado de los huéspedes, del que ya hemos hablado, incluyendo el prepararles la comida. En una palabra, «estaba sobrecargado de trabajo y sin embargo nunca daba la sensación de agobio» (R.A. p. 39). A través de las declaraciones de testigos se recoge una importante información sobre este trabajo que para otro cualquiera sería agobiante. «Ni por un momento estaba desocupado» (R.A. p.37) «Era gran trabajador y a su lado no se podía estar quieto» (R.A. p.38). «La palabra descansar no existía para él.»

Además de lo que hacía, el Hermano Gárate mostraba su deseo de mortificación «posible» en la *manera de hacerlo*. Porque esta labor, a la vez monótona y agobiante, iba unida a su austeridad, pobreza y templanza. De suerte que «parecía que buscaba todo lo que fuese molesto o menos agradable a la naturaleza humana, cumpliendo exactamente la Regla Doce del Sumario de las Constituciones» (una regla que señala al Jesuita que debe buscar en el Señor su mayor abnegación y continua mortificación en todas las cosas posibles). «Nunca le vi jamás ceder a sus gustos, ni buscar la comodidad, dispuesto siempre a servir a todos, aunque llevase consigo un aumento de trabajo» (Sum. p.625).

En esta línea de la abnegación y dominio propio puede recordarse el que tuvo sobre sus sentidos, y, en concreto, dominando la curiosidad por saber cosas ajenas a su oficio: «En la portería, donde usaba continuamente el teléfono, jamás lo hizo para satisfacer preguntas curiosas, ni le interesaban cosas ajenas a su profesión» (Sum. p.17).

«Por sus manos pasaba toda la prensa de Bilbao de aquella época, dado que él era el encargado de distribuir a los Inspectores los ejemplares destinados a cada uno de los grupos de alumnos internos. No lo vimos jamás leer ni siquiera los titulares de la prensa, en los que se da la principal noticia del día, ni hacer el menor comentario sobre sociedad, política o deporte» (Sum. p.561).

Lo mismo podría decirse de su asistencia a ciertos espectáculos que podrían divertir y relajar honestamente su continua tensión. «Si alguna vez le tocaba ir al campo de deporte o a la sala de cine para llevar algún recado, jamás se detuvo ni por un instante para ver el juego, ni ninguna otra de las recreaciones organizadas por los estudiantes o por la comunidad. Una vez, con ocasión de un espectáculo en el que un

prestidigitador mostraba su habilidad, llegó el Hermano para dar un recado; y yo, para tentarlo, dije: “Quédese un momento, porque este número es interesantísimo”, a lo que me respondió: “Estas cosas son para los muchachos.” (Sum. p.173).

En esta revisión de las «cruces de cada día» no podemos omitir lo relativo a la templanza en la comida y el aguante de las molestias corporales. Los testimonios se repiten: «Su comida era la de todos; pero cuando había algún plato especial, el Siervo de Dios tomaba la parte menos apetitosa o tan sólo una porción muy pequeña, disimulando con mucha habilidad. Bebía un poco de vino, pero nunca lo vi bebiendo licores. Se podía decir que comía como si estuviese distraído, sin complacerse en el alimento. Los hermanos solían decir que lo mejor del plato lo dejaba para ellos; en cambio si había algún manjar en peores condiciones, por ejemplo, una manzana algo pasada, la tomaba para sí» (R.A. p.84). «Creo poder decir que el Siervo de Dios se nutría suficientemente, pero, en cambio, no dormía bastante.» Para vencer el sueño, rara vez se sentaba y permanecía mucho tiempo de pie o en movimiento. Respecto al descanso, queremos consignar el testimonio unánime de los encargados de la ropería, que aseguran que el Hermano Gárate durante muchos años no usó las sábanas sino que dormía sobre el colchón o directamente en el suelo. «La ropa blanca de cama del Hermano Gárate siempre estaba limpia. El Hermano ropero se la suministraba a su debido tiempo, como a los otros miembros de la comunidad, pero volvía intacta a la ropería. El mismo Hermano Gárate, para ocultar esto, procuraba reponerlas en los armarios, y, si alguna vez alguien sospechaba esto, el Hermano Gárate le decía simplemente: “Esas sábanas son las que han sobrado” (R.A. p.85).

Una persona que buscaba de esta forma suplementaria el dolor y la cruz de cada día. tenía lógicamente que hacer también algunas penitencias corporales que se practican entre los buenos religiosos; pero de esto no sabemos nada, porque el Hermano Gárate callaba sobre su vida íntima, en la que sin duda la penitencia formaba parte del «silencio sonoro», que guardó toda su vida. Solamente sabemos que, al morir, se encontró en el cuarto un cilicio, que sin duda, no había sido un objeto de adorno...

Y cerramos aquí el díptico, el del trabajo y el del supertrabajo. Y terminamos así también el trazado del triángulo del Santo Portero que se santificó —ante Dios, ante los demás y ante sí mismo—. Y Jesús, al verlo así, y cómo gastaba una a una todas las monedas de su vida, se complacía

en el Hermano Gárate, como lo hizo en aquella buena mujer, que en el tesoro del Templo de Jerusalén echó dos moneditas, que era todo lo que tenía.

Capítulo VII

ENFERMEDAD Y MUERTE DEL HERMANO GÁRATE

«Oualis Vita, Finis ita.» «Fue el final de la partida, como había sido su vida.» Así reza un viejo adagio latino que se hizo célebre en las historias monacales; mas la realidad es que en la vida del Hermano (¡árate el adagio se cumplió con una maravillosa sintonía. Había sido su vida humilde, silenciosa, sin querer llamar la atención, y así fue también su muerte. Había sido su vida un trabajo fielmente repetido, sin ceder ni al cansancio ni a la monotonía, murió casi sin advertirlo previamente, sin movilizar en su auxilio a médicos ni enfermeros. Sin toques de campanas. Estuvo trabajando en su portería hasta pocas horas antes de la muerte. Su vida había sido una oración callada con una frecuente presencia ante el Sagrario. Sus dos últimas visitas fueron para la Capilla Pública que estaba al nivel de la portería y para la de los alumnos, cuya puerta entreabrió al pasar, para despedirse del Señor. Fue una mortificada vida, sin quejas, y así fue su muerte después de unos dolores, padecidos en silencio, causados por una retención de orina que a nadie había comunicado antes. Fue una vida atenta siempre al quehacer diario, a los detalles pequeños, y sus últimas palabras que se le oyeron en la portería fueron para decir que había en los cajones unos estipendios de misas sin decir y unos paraguas viejos sin pagar.

Entre las preguntas que se hacen en el Proceso de Beatificación, una es sobre la muerte del Siervo de Dios. Fueron 24 los que testificaron sobre ese hecho: repasemos sus testimonios, disponiéndolos en su apresurado calendario:

Ocho de septiembre. Festividad del Nacimiento de Nuestra Señora. En el almanaque personal del Hermano Gárate es un día festivo, dedicado

a día, a la que podría llamar, como San Alonso Rodríguez, «los amores de mi alma». Tenía el Hermano Gárate presente a la Virgen María en todas partes, en el centro del patio, por donde continuamente pasaba y cuyas flores cultivaba para ella. En la habitación contigua a la portería, que había convertido en una capilla. Quizá colgaba sobre su cama aquel humilde cuadro de la Virgen Inmaculada que le habían dado en Poyanne cuando aún novicio. Su Rosario no se le caía de las manos.

Cinco de la mañana. Es la hora de tocar la campana de comunidad. Mas para dar esta señal a las cinco, un portero que no tiene reloj, como ya hemos indicado, tiene que estar pendiente mucho antes del reloj de la escalera, que no se oye ni se ve desde su aposento. El Hermano Gárate, como lo hace habitualmente, abre la puerta de la iglesia y se dispone a ayudar la misa que dice el P. Zurbano, quien no advirtió en su acólito nada de extraño, ya que éste no le comunicó los dolores intensos que sin duda ya sufría por la retención de orina.

Ocho de la mañana. Ya llevaba el Hermano varias horas en su portería. Excepcionalmente sale de ella y se dirige a la enfermería para pedirle al hermano Goenaga, que era entonces el hermano enfermero, que le dé un purgante. Una petición no extraña porque otras veces ya había usado de ese remedio. Y al preguntarle el enfermero la causa de esta petición, Gárate respondió vagamente. Y cuando el Hermano Goenaga le insinuó que se retirase a descansar, el Siervo de Dios respondió que «no lo creía tanto como para retirarse».

Nueve de la mañana. Vuelto a la portería, reanudo sus tareas ordinarias, de suerte que el chico que le ayudaba no advirtió nada extraordinario, e incluso rezó, como habitualmente lo hacía, el primer rosario del día. Pero algo sin duda empeoraba en el Hermano, cuando al medio día le dijo a su ayudante «que no se sentía bien».

Dos de la tarde. El hermano no ha subido a comer en el primer turno; eso es corriente. Pero tampoco se presenta en el segundo; esto es alarmante. Baja entonces a la portería el hermano Zurriarrain. que le encuentra encogido en una silla con síntomas de frecuentes dolores en el vientre. El H. Gárate vuelve a quitar importancia a su caso, respondiendo tan sólo que se encuentra «un poco revuelto y sin ganas de comer», por lo que le ruega al Hermano Zurriarrain que le sustituya para tocar la campana de la comunidad que señalaba el fin de la recreación después de la comida.

Tres y treinta. Tras haber descansando brevemente en la enfermería, Gárate vuelve otra vez, a la portería, donde le estaba sustituyendo el Hermano Onaindía. Pero se siente tan mal que tiene que retirarse a su aposento, donde se encierra.

Cinco y media. El Hermano sale de su habitación encorvado y demacrado. Ya no le resiste su naturaleza. Va a abandonar su portería para siempre. Antes de salir, hace unos últimos encargos a su ayudante. Hace una reverencia a las imágenes que tiene en su capillita de la portería. Después se dirige al extremo de la galería para hacer una visita al Santísimo en la Capilla Pública. Comienza a subir las escaleras y en ellas encuentra al P. Rector que le indica que vaya a descansar a la enfermería. Todavía, al pasar ante la Capilla de los alumnos, tiene fuerzas para abrir la puerta y desde allí despedirse del Sagrario. El hermano enfermero le manda acostarse. Interrogado, Gárate se limita a decir que «sentía algunas molestias», mas no dijo la causa ni solicitó la presencia de ningún médico.

Once de la noche. A petición del enfermo, se le administra el Santo Viático.

Doce de la noche. El P. Rector, alarmado ante el curso de la enfermedad, llama por teléfono al médico, Doctor Díaz Emparanza. Vamos a cederle la palabra: «El Siervo de Dios se hallaba en un lecho de la enfermería. Recuerdo perfectamente que, al acercarme a él para saludarlo como de costumbre, sus palabras fueron éstas: “¿Por qué le han molestado a usted a estas horas?” A lo que contesté, naturalmente, que no era molestia y lo hacía con mucho gusto. Me di cuenta pronto del estado de su enfermedad, pues su cara tenía el sello de profunda postración y demacración. Interrogado el enfermo, preguntándole qué era lo que le pasaba, me refirió que “llevaba unos días con ligeras molestias en el vientre”, sin achacar ello a nada de particular. Comencé a explorarle; su pulso era muy débil, el estado general muy depauperado, con frialdad en sus manos. Y llegué a observar que tenía una retención de la orina, que debía ser muy grande, pues la vejiga acusaba una dilatación brutal. Me contestó que hacía aproximadamente 60 horas que no había orinado. “¿Tiene usted mucho dolor?”, le pregunté. Y me contestó: “Tengo molestia”, demostrando en aquellos momentos la misma serenidad que siempre.

Procedí a sondarle, pero fracasé en el intento, pues acusaba una afección prostática con hemorragia profusa. Entonces procedí a una punción vesical, con una troca. La intervención resultó feliz, el enfermó la

toleró con tranquilidad y salieron tres litros de orina; pero, aunque la evacuación fue completa, no quedó el enfermo tan bien de estado general como yo hubiese deseado, aunque sí aliviado de su dolencia. El estado del Hermano Gárate se agravaba cada vez más. a pesar de los tónicos que yo le administraba. Su voz se debilitaba, pero insistía en que yo fuese a descansar y que le perdonara la molestia que me había ocasionado. Estuve a su lado hasta las dos de la mañana y le dejé, en vista de su petición reiterada de que me retirara, encomendando los cuidados al enfermero y al P. Sagarmínaga que no le abandonaba.

Acerca de su enfermedad no me cabe duda de que debía de haber sufrido ataques parciales de retención v molestias diversas, probablemente con un tumor prostético, no siendo asistido por mí, ni tampoco por mi hermano sino en este último cuadro clínico He de observar que en el curso de estas horas no apliqué ningún calmante opiáceo por temor a producir una mayor depresión, y no por acusar excitabilidad ni quejarse de agudos dolores No me cabe duda que tiempos atrás hubo de sufrir dolores diversos referentes a la afección de su aparato urinario, y tuvo que experimentar no sólo molestias sino también dolor. A mi modesto juicio de médico, es hecho sobrenatural la serenidad y la paciencia con que hubo de llevar este cuadro que le condujo hasta la muerte. Durante el tiempo que yo estuve, sus únicas manifestaciones orales eran para lamentar que estuviéramos molestándonos por él» (Sim. p.662-64).

Dos de la mañana. El médico y el P. Rector se retiran Este último le pregunta al paciente si ha sufrido mucho: «Dolores no, alguna molestia.»

Cuatro y media. El enfermo, por iniciativa propia, pide insistentemente que se le administre la Extremaunción. El hermano Goenaga replica que la situación no era tan grave y que pudiera esperar a que terminase la misa el Padre Espiritual. «Si se demora, después será demasiado tarde», responde el Hermano Gárate.

Llega el P. Espiritual, que le administra la Extremaunción. El P. Rector reza la recomendación del alma. El moribundo sigue con los ojos cerrados, pero con muestras de profunda atención. Y sin la más mínima convulsión. sin estremecimientos, como no queriendo atraer la atención de nadie, el hermano Gárate muere. El P. Rector no ha notado nada de extraordinario en aquel trance de agonía...

Siete de la mañana. La campana de la comunidad anuncia que el Siervo de Dios ha muerto. En su constante subida, el Hermano Gárate ha levantado el pie de su último escalón.

Capítulo VIII

FAMA DE SANTIDAD Y MILAGROS

La fama de santidad es algo exterior a un Siervo de Dios. Y propiamente no forma parte de su biografía, porque no consiste en describir lo que él hizo en su vida, sino la estimación y fama que los demás tuvieron de su santidad. Dicha fama se apoya no sólo en las virtudes que poseyó cuando vivía, sino en las gracias y favores que reparte después de muerto. Consecuentemente, esa fama tiene un doble proceso. Uno para demostrar la opinión y los juicios de santidad que los demás hicieron sobre el Siervo de Dios mientras vivía. Y otro para relatar los favores y aun posibles milagros que ha realizado después de muerto.

Apenas murió el Siervo de Dios, y cuando todavía se hallaba insepulto, se produjeron las primeras pruebas de estima, ya que muchos de los presentes querían poseer alguna reliquia del santo hermano. Incluso el P. Rector permitió que tocasen su cuerpo varios rosarios y medallas para «fabricar» estas reliquias, y aun autorizó que se troceara una sotana vieja que fue repartida entre los devotos.

El cuerpo del Hermano Gárate estuvo expuesto algunas horas en la capilla de la Universidad. Mas la rápida descomposición de los restos, debida a las causas de su muerte, hizo que se apresurase su inhumación. El funeral se celebró a la mañana siguiente y el traslado de los restos se hizo a continuación al cementerio privado de los PP. Jesuítas, situado en la misma finca de la Universidad.

Una sencilla lápida, como la de todos los demás allí sepultados, cubría su cuerpo:

F. Franciscus Gárate. Soc. Iesu
Obiit die IX Septembris anni MCMXXIX
Aetatis LXXII
Societatis LV
R.I.P.

Una tumba como las demás. Mas quien reposaba en ella no había sido como los demás. No iba simplemente a «descansar en paz», sino a subir a la Gloria. Por sus pasos, a la velocidad «canónica», que a veces tarda siglos; aunque en este caso se aceleró por la Gracia de Dios.

Porque bien pronto, al difundirse la noticia de la muerte del santo portero de Deusto, la fama de santidad y la devoción de los fieles que imploraban su intercesión comenzaron a dilatarse. Ya el 10 de septiembre, cuando se volvía del cementerio después de terminado el sepelio, alguien susurró: «Un día volverán a llevárselo.» Y ese día llegó. El 7 de agosto de 1946. Diecisiete años después de su muerte, el Hermano Gárate volvía a su querida Universidad. Esta vez el humilde portero no tenía que abrir la puerta a nadie, era la Universidad quien se las abría a él para albergarlo para siempre entre sus paredes. Cuando se hizo este traslado, había terminado ya el Proceso Diocesano para la beatificación del Siervo de Dios, y se efectuó una intervención del Tribunal Diocesano, presidido personalmente por el Sr. Obispo don Carmelo Ballester: «Yo llegué al cementerio —nos relata el P. Juan M. Pérez Arregui— más de una hora antes de iniciarse el traslado, y encontré mucha gente que estaba ya esperando a lo largo de la carretera hasta la puerta misma del cementerio. Llegado el Tribunal Eclesiástico, se abrió el nicho y se extrajo el ataúd con cuidado de que no se perdiese ninguna parte, por el estado de deterioro en que se hallaba. Abierto el ataúd, se le colocó dentro de otra caja mayor, cubierta con un paño negro, y a hombros de Hermanos Coadjutores se le sacó del cementerio.»

«El gentío que esperaba fuera era inmenso, desde luego varios miles de personas. Y desde el cementerio hasta la Universidad fue llevado a hombros de muchas personas que se disputaban como un honor el hacerlo. Entre ellos, sacerdotes, religiosos y seculares. Acudieron muchas personalidades, religiosas y civiles, y durante el traslado la gente iba rezando con mucha devoción. Había gente de todas las clases, incluidos los obreros. Y llegados a la Universidad, se colocó el féretro en un plano

del primer piso frente a la escalinata. Terminado el responso, se trasladaron los restos a la sala de Congregaciones Marianas, y entonces la gente, ansiosa de llevarse algún recuerdo, se abalanzó sobre el lugar en el que había estado el féretro llevándose el último resto de las flores que había, incluso arrancando las gotas de cera que habían caído sobre el paño.»

«Tras el examen de los restos por el Tribunal y los peritos médicos, fueron encerrados nuevamente en una caja de zinc e incluidos en otra de caoba, y recibieron nueva sepultura bajo el pavimento de la capilla pública después de celebrar una solemne misa exequial. Por una misteriosa disposición de la Divina Providencia, en aquella capilla donde tantas veces había entrado el Hermano Gárate para hacer una visita a Jesús Sacramentado, ahora sus devotos entraban para unir afectivamente al Siervo y al Señor en una misma visita. Y así, después de trasladar los restos a la capilla, han aumentado mucho las visitas y puede decirse que casi siempre hay gente encomendándose al Hermano. Esta fama ha llegado a América y ha partido de los mismos Superiores de la Compañía: Rectores de esta Casa, Provinciales, y hay un testimonio del Rvdo. P. Luis Martín, General de la Compañía, que dijo: “Aquél debiera estar donde estoy yo”» (Sum. p. 198-200). A este testimonio podemos unir el del Arzobispo de Génova, Cardenal Pedro Boeto, que conoció personalmente al Siervo de Dios cuando era Visitador de la Compañía de Jesús.

«Uno de mis más gratos recuerdos de mi permanencia en España se refiere a la memoria del buen hermano portero de nuestra Universidad de Deusto. En su apariencia no se mostraba nada de extraordinario, pero bastaba tratarlo por unos momentos para hacerse cargo de que teníamos delante un alma de una profunda espiritualidad ignaciana, un hombre de escogida virtud. Mientras que permanecí en Deusto, muchas veces al entrar o salir de casa me detuve en la portería, para observar a este querido hermano. Hay que advertir que aquella portería era como un puerto de mar. Un continuo ir y venir de gente, familiares que quieren hablar con alumnos, personas que buscan a los Padres, proveedores que traen sus mercancías, pobres que piden limosna. De esta forma he podido darme cuenta de que el buen hermano portero acogía a todos con una amable sonrisa y trataba de complacer a todos, y a todos decía una buena palabra con una calma y serenidad de espíritu que me sorprendía. Y lo que todavía me parecía más maravilloso es el hecho de que, en medio de todo este tumulto de personas, el teléfono llamaba casi ininterrumpidamente, y

entonces el Hermano encontraba modo de responder también a aquellas llamadas sin hacerse esperar demasiado.

Impresionado por tanta actividad externa unida a tanta serenidad de espíritu, le pregunté un día al Hermano: ¿Cómo hace, querido Hermano, para atender a tantas cosas y estar al mismo tiempo con tanta paz y tranquilidad sin perder jamás la paciencia? El buen Hermano me respondió:

—Padre, hago buenamente lo que puedo, y el resto lo hace el Señor que todo lo puede. Con esta ayuda todo resulta ligero y suave, porque servimos a un buen Señor». (Carta firmada en Génova, 15 de junio de 1940).

No queremos, sin embargo, cerrar esta procesión de antorchas de la fama de santidad del Hermano Gárate, sin añadir una más, llevada por las manos de una figura queridísima de todos los que la hemos conocido, el P. Pedro Arrupe, General de la Compañía de Jesús en difíciles años, y que seguramente ahora, desde su enfermería de la Casa Generalicia, seguirá con el pensamiento, y tal vez con los oídos, la glorificación en la cercana Basílica de San Pedro de tres de sus hijos, y en concreto de este Hermano Gárate a quién él conoció cuando era estudiante de medicina en Bilbao. El P. Arrupe, entonces en la plenitud de su vitalidad, escribía las siguientes líneas con ocasión del 50 aniversario de la muerte del Hermano:

«Al anunciarse este año acto conmemorativo del Hermano Francisco Gárate en el 50 aniversario de su muerte, estoy seguro de que algunos han hecho esta reflexión: la figura más relevante, la más universalmente conocida durante los casi 100 años de la Universidad de Deusto, no es precisamente ninguno de sus eminentes maestros, o escritores, ni de los magistrados y políticos que pasaron por sus aulas, sino el humilde hermano que estuvo 41 años al frente de la portería...

Por mi parte, recuerdo todavía aquella figura enjuta, de rostro amable y acogedor, paso menudito y ágil, fuerte y austero, laborioso y humilde, como su caserío natal de Retarte. Así le vi en su portería tantas veces cuando venía yo a la Universidad para estudiar química con el P. Juan María Restrepo, o para jugar algún partido de pelota en los frontones, y sobre todo para visitar al P. Güernechea, entonces mi director espiritual, a quien debo en gran parte mi vocación.

Y al recordar al Hermano con veneración, he pensado más de una vez que, si ciertos rasgos secundarios de su persona son acaso

condicionamiento de una época, ¡o medular en el espíritu de este Santo Portero es profundamente válido en nuestros días y es un mensaje que en la persona del Hermano trasmite al mundo de hoy nuestra Universidad...

Teniendo presente que la vida de este Siervo de Dios transcurrió en un ambiente de sencillez y naturalidad, me parece acertadísima la frase del antiguo alumno, don Francisco de Icaza y Gangoiti: «Yo llamaría al Hermano Gárate “el Santo de lo Ordinario”... Pensamos por un momento en esa vida tal como el Hermano la vivió: en todo ese conjunto de tareas realizadas perfectamente a pesar de las dificultades de entonces, con alegría y constancia, sin decaimiento durante 41 años... Es lo normal, lo cotidiano, que va repitiéndose siempre lo mismo, las mismas preocupaciones, las mismas circunstancias, las mismas dificultades, las mismas tentaciones, debilidades y miserias; con razón se ha llamado a esto el terrible cotidiano».

Puedo yo, por mi parte, decir que entre las figuras de mi niñez y juventud en nuestro “botxo”, es la del Hermano Gárate una de las que han quedado en mi memoria imaginativa más al vivo y más característica de la santidad de los años veinte pero que sigue existiendo en los setenta» (Roma, 15 de agosto de 1979 P. Arrupe).

Crecía la fama de santidad del Hermano, apoyada en algunos favores bien conocidos, e incluso en un milagro, que enseguida narraremos. Pero crecía al mismo tiempo la Universidad y el número de sus alumnos, y la necesidad de un mayor espacio escolar aconsejó un nuevo traslado de los restos del Santo Hermano para colocarlos en un lugar aún más accesible. Y esta vez se acertó plenamente. El 22 de septiembre de 1964 su sepulcro fue colocado en una capilla oratorio muy cercana a la portería. Esta vez sí volvía el Hermano a su lugar más frecuentado. Sólo que ahora la portería no daba tan sólo acceso a la Universidad, sino a los favores celestiales del Siervo de Dios.

La capilla de las reliquias, que hoy puede visitarse, está situada en el vestíbulo de la Universidad, entrando a mano izquierda. En ella, además del sepulcro del Beato, se veneran algunas de sus reliquias. Yo no las llamaría «insignes» sino sencillas, como fue toda su vida: unas gafas ovaladas de sencillo metal blanco. Un librito del Kempis y un devocionario muy usados. Una estampa de la Virgen Dolorosa de Quito. El documento original de la fórmula de los Votos en la Compañía. Y su testamento hológrafo. Unas zapatillas y unos calcetines. Una sotana, y un pañuelo marcado con el número 55. Y además unas fotografías del santo

portero. Existen algunas otras reliquias que yo he visto, como, por ejemplo, un cuadro con marco dorado y cristal con una estampa de la Virgen Inmaculada con una inscripción en francés que debe de proceder de su época del noviciado en Francia. Y además de todo eso, el ajuar de Recarte, de cuya autenticidad hay valiosos testimonios históricos.

Me he referido hasta ahora a la fama de santidad, manifestada en el juicio y opinión de personas de tan variada autoridad. Ahora — continuando este tema de la fama— vamos a narrarles el hecho que ha motivado, oficialmente, la Declaración de Virtudes Heroicas, y del que podemos decir que ha influido decisivamente en su fama de santidad. Nos referimos al milagro que la Iglesia ha admitido en el Proceso, como prueba de las virtudes heroicas del Hermano Gárate. Voy a utilizar unas notas dejadas por el P. Carlos Miccinelli que fue durante algún tiempo Postulador de la Causa, firmadas en Roma el 12 de junio del 51, completadas con otros datos reciente mente obtenidos en el año 1985.

La persona beneficiada con la curación milagrosa es doña María Uralde de Caño, nacida en 1908, en el pueblo húngales de Cubo de Bureba. María se casó en el año 1930 con Antonio Mariavía Arana, natural de Bilbao, donde estableció su residencia. María pertenecía a una familia campesina y tenía once hermanos de los que seis murieron a temprana edad. Uno más en la Guerra Civil, y más tarde, a los dieciocho años, otro hermano que murió de tuberculosis pulmonar.

Esta es la historia clínica de María:

- a) A los dieciséis años, tuvo una pleuritis, de probable naturaleza tuberculosa, de la que prontamente curó, disfrutando después de salud hasta los veintidós años, cuando se casó con Antonio.
- b) Poco después del casamiento, tuvo que ser sometida a una operación de resección de útero y ovarios, por tuberculosis genital, en cuyo proceso le pusieron inyecciones intramusculares de calcio. Y como consecuencia de una de éstas, bien porque era defectuosa o fuese mal administrada, comenzó a sentir molestias que le produjeron una fístula de la que fue operada con raspadura de hueso por el doctor Saldaña, el 18 de enero de 1943.
- c) La operación pareció resultar satisfactoria, pero a los pocos días la sutura de la herida se abrió espontáneamente, manando pus; por lo que María, ya en su domicilio, era curada tres veces al día: mañana y tarde, por

una religiosa, hermanita de la Asunción, llamada Sor María Soledad, y al medio día, por el doctor Echagüe. La operada soportaba estas dolorosas curas con paciencia e incluso permitía a una hija suya adoptiva, que tenía tres años y que dormía en la cuna en su habitación, que saltase sobre la cama. El día 13 de febrero de 1943. estas curas se llevaron a cabo vertiendo sobre la herida un desinfectante de lisovaccina para evitar un cierre en falso.

d) El día 13 de febrero de 1943. faltando los desinfectantes habituales y no hallándose en la farmacia, el Dr. Echague pidió para sustituirlos que le diesen yodo, del que había un tarro en aquella casa. El doctor empapó en yodo una gasa que introdujo dentro de la herida y vertió luego algo del líquido sobrante. La paciente comenzó a sentir como «si le metieran cuchillos en la pierna, con dolores agudísimos, y no pudo dormir ni esa tarde ni esa noche». Y al día siguiente, 14 de febrero, cuando Sor María Soledad destapó la herida para hacer la cura, quedó espantada al encontrar una profunda quemadura que el médico en su siguiente visita diagnosticó de «tercer grado» en la escala de Dupuytren. Sus dimensiones eran de cinco por diez centímetros de largo y ancho. y profunda de centímetro y medio, con destrucción del tejido muscular y penetración hasta el hueso.

e) Al ver los efectos de la quemadura, el médico, prescindiendo de la fístula, se dedicó a curar dicha quemadura, repitiendo las tres curas diarias, que se hacían limpiando con aceite los bordes de la herida necrosada y aplicando después linimento oleocalcáreo o pasta Messur. Este proceso era tan doloroso que no permitía a la enferma dormir ni de día ni de noche.

f) El 17 de febrero la paciente comenzó una novena al Hermano Gárate, colocando su estampa bajo la almohada. Ese mismo día la herida presentaba el aspecto de «un rosbif a la parrilla», en expresión de la Hermana Soledad. Sin embargo, hacia media noche, la enferma quedó dormida profundamente y no se despertó hasta las nueve de la mañana cuando la niña saltó. Aproximadamente a eso de las 9,30 de la mañana, cuando llegó Sor María Soledad, encontró a la enferma muy contenta, movía la pierna sin molestia alguna, por lo que ella se dispuso a quitar la venda. Y vio, con asombro, que la gasa se desprendía sola, que la herida estaba enteramente seca, sin desprender ni sangre ni supuración, y que la recubría en toda su extensión una piel finísima que no dejaba señal alguna de quemadura. Entonces la hermana exclamó: María, coja el espejo y mírese, que le han hecho el milagro.

Cuando hacia la una de ese día como de costumbre llegó el médico Dr. Echagüe, exclamó al descubrir la pierna: «¿Qué es esto? ¡esto no es lo de ayer, y está completamente curado!» La enferma, sacando de debajo de la almohada una estampa del hermano Gárate, le dijo: «No me ha curado usted, éste es el que me ha curado.»

h) La enferma continuó en cama para curar la fístula, y así lo hizo hasta el final de la novena del Hermano Gárate, ya en compañía de su marido que también rezaba con ella. Desconcertado por la lentitud del cierre de la fístula, el médico mandó a la enferma que se levantase para ver si con el ejercicio se cerraba la herida. Y el 23 de marzo la enferma, sola, comenzó otra novena al Hermano Gárate, pidiendo que dentro de ella le diera el médico el alta de su curación. Efectivamente, al octavo día el médico le dijo: «Mañana le daré el alta.» Y así fue: el último día de la novena la fístula estaba enteramente cerrada.

i) Desde entonces la paciente goza de perfecta salud, y no siente síntoma alguno de todo lo pasado ni se nota deformidad alguna en los bordes de la quemadura.

Posteriormente a estas notas, redactadas por el P. Miccinelli en 1941, se han incorporado al proceso otras declaraciones personales de los participantes en la curación, incluyendo la misma persona favorecida. Según ellas, podemos precisar algunos datos que no cambian esencialmente el significado del hecho.

Fue un amigo del marido de María Ugalde, llamado Juan Bautista, quien le regaló una estampa del Hermano Gárate que no tenía reliquia alguna, sino sólo impresa por detrás la novena que María comenzó por su propia iniciativa; aunque Sor Soledad se manifestaba «poco partidaria de novenas».

Al ser curada de la quemadura. María manifestó que «yo sólo le pedí al Hermano Gárate la curación de la quemadura, no de la fístula, que no era causa de mis dolores». Aunque la segunda novena que hizo fue sin duda un regalo complementario del Hermano «Finuras». Cuando María manifestó al médico que no había sido él sino el Hermano Gárate quien le había curado, el médico contestó: «Algo así ha tenido que ser, pues no me explico cómo ha podido ser esta curación.»

Capítulo IX

EL «NEGATIVO» DEL HERMANO GÁRATE

La palabra «negativo» posee aquí un sentido fotográfico, el cliché negativo de un retrato, en el que aparecen invertidos el blanco y el negro, la luz y las sombras. De este «negativo», cuando se ilumina, obtendremos la verdadera imagen del fotografiado.

De este negativo se habla extensamente en el Proceso, precisamente en aquella parte llamada «Animadversiones», es decir, objeciones del Promotor General de la Fe, a quien el Patrono, o Defensor de la Causa, suele referirse con el título de la «Reverendísima Censura», aunque el pueblo cristiano lo llamó en otros tiempos el «Abogado del Diablo», porque propio es del diablo, en su sentido etimológico, ser el acusador de sus hermanos.

Y en el caso de un Proceso de Beatificación, el Promotor de la Fe tiene por oficio acusar al presunto Siervo de Dios de que no poseyó las virtudes en su grado heroico, o que no se hallan suficientemente probadas en el Proceso; total, un elemento negativo.

Nosotros vamos a recorrer algunas de las líneas de este cliché, proyectando sobre ellas la luz que las convierta en la verdadera imagen del bienaventurado portero, de Deusto.

Comienza el Promotor estableciendo cuál es la definición de «heroicidad» de las virtudes; y para eso nos recuerda la doctrina de Benedicto XIV que estableció ciertas normas aplicables en los procesos de canonización:

a) La heroicidad no es otra cosa que la *excelencia de la obra*, que ordinariamente proviene de su misma condición ardua y difícil y de sus circunstancias.

b) No bastan algunos pocos actos heroicos, sino que han de ser numerosos, de manera que manifiesten que se ha adquirido el *hábito de esa virtud* heroica, ya sea teologal o cardinal.

c) La heroicidad de tales virtudes sólo puede probarse cuando los actos estén llevados a cabo con *prontitud, facilidad, delectación y continuidad*. En resumen, que hay que probar que el Siervo de Dios practicó las virtudes heroicas y que no decayó de ellas: «No se eclipsó su fulgor», que son palabras de Benedicto XIV.

Ahora bien, según el Defensor de la Fe, en la vida del Hermano Gárate existen algunos elementos que pueden eclipsar la heroicidad o suscitar algunas dudas sobre ella (A. 10). Nosotros, por nuestra parte, para responder a esta actitud del «Adversario», nos apoyamos en las respuestas del «Patrono de la Causa», que empieza examinando el concepto de lo heroico en el que la doctrina más reciente del Magisterio eclesiástico ha esclarecido notablemente su contenido. Antes de aducir estos documentos de Magisterio sobre el significado de la heroicidad, vamos a permitirnos algunas observaciones.

Estamos tan acostumbrados a leer algunas biografías de los santos en las que se nos relatan sus virtudes de un modo tan sublime y sobrehumano, que nuestra propia vida, ante tales alturas de santidad, se siente chata e insignificante, casi aplastada. Nos resulta difícil escalar la montaña desde nuestro llano. Porque al mirar hacia arriba, percibimos inmediatamente el desnivel. Mas al lado de esta santidad de cordillera y montaña podríamos descubrir que hay otros santos cuya vida parece más llana, pero que también discurre por la altura. Podríamos llamarla *una santidad no de montaña, sino de meseta*. Porque la meseta es una montaña que, mirada desde cerca, parece un plano horizontal, aunque se alza a gran altura sobre la llanura circundante.

Tenemos que abordar necesariamente este tema al tratar de las virtudes «heroicas» del Siervo de Dios. La palabra héroe está llena de resonancias triunfales, tiene perfil de estatua, sonido de trompeta. Y nos cuesta, de entrada, el descubrir que pueden ser estatuas vivientes hombres y mujeres con flaquezas y debilidades humanas, como nosotros. Y que la diferencia consiste en que ellos las superan y nosotros no. Y por ello,

aunque los convirtamos y exaltemos en estatuas, siguen siendo enteramente personas. Esto, que decimos de forma un tanto enrevesada, es lo que podría expresarse más llanamente: la santidad no consiste en hacer cosas extraordinarias sino en hacerlas extraordinariamente.

Esta es la definición que encuentra su realización más perfecta en el Hermano Gárate. Y de hecho fue la misma pregunta que se hizo la Reverenda Censura, cuando objetaba contra las virtudes heroicas del Siervo de Dios.

Por tanto, vamos aquí a recordar una enseñanza de la Iglesia sobre la heroicidad de las virtudes de los santos que constituye la explicación más magisterial de este tema, así como la refutación de posibles malentendidos. En relación con la santidad «ordinaria» del Hermano Gárate, podría haberse citado la de un hermano suyo de religión, un joven flamenco llamado Juan Berchmans, que tampoco hizo ninguna otra cosa extraordinaria, sino ser el santo de la observancia común de sus reglas. También podría aducirse un ejemplo más paralelo en, la vida de San Conrado Birndorfer de Parzham. San Conrado es el segundo alemán canonizado después de la escisión luterana, precedido tan sólo por San Fidel de Sigmaringa, protomártir de la Propaganda Fide.

Conrado procedía de una familia numerosa, y habiendo pasado su niñez y juventud en un ambiente campesino y dedicado a las tareas agrarias, a los cuarenta y tres años entró en la orden de los capuchinos. Durante largo tiempo de su vida religiosa, cincuenta y tres años, fue portero del convento de Altötting en Baja Baviera. Su vida fue la propia de un portero: acogía a los peregrinos que acudían al santuario, manifestó una tierna devoción a la Virgen María y a la Eucaristía, colaboró en la obra en favor de la infancia, llamada Liebes Werk, y —esto es lo diferencial con Gárate— estuvo dotado de dones extraordinarios de profecía. Pío XI lo beatificó en 1930, y seguidamente lo canonizó en 1934.

Pero nos parece que más representativo del concepto de virtud heroica es otro Beato, el Hermano Benilde, de las Escuelas Cristianas. Porque en el proceso de su beatificación y canonización se expresaron tres Sumos Pontífices con una claridad meridiana que ilumina cuál es el concepto que *ahora* tiene la Iglesia sobre las virtudes heroicas de los santos.

Pío XI, en el Decreto de declaración de Virtudes Heroicas, decía: «El Venerable Hermano Benilde, de las Escuelas Cristianas, es un humilde

Siervo de Dios, cuya vida fue toda ella modestia y silencio, enteramente común y cotidiana. Pero ¡cuánto había de no común y de no cotidiano en aquello cotidiano y común! Lo cotidiano, que se repite siempre lo mismo, que siempre trata de las mismas situaciones, de las mismas acciones, de las mismas debilidades, de idénticas miserias y tentaciones ¡y qué rectamente ha sido llamado el «terrible cotidiano»! ¡Cuánta fuerza se requiere, aunque sea sólo para defenderse de este terrible, aplastante, monótono, asfixiante cotidiano! ¡Cuánta virtud no ordinaria es necesaria para no realizar todo eso de una manera común y ordinaria y con negligencia facilona! ¡Cuánta atención, piedad e íntimo fervor de espíritu se necesita para realizar ese conjunto de cosas menudas que llena nuestra vida cotidiana!

La Iglesia nunca muestra tan gran aprecio ni se manifiesta maestra tan pródiga de la santidad, como cuando pone de relieve estas luces humildes, frecuentemente tan ignoradas de aquellos mismos que tuvieron la dicha de ver con sus propios ojos su esplendor.

Las cosas extraordinarias, los grandes exentos, las empresas bellas, solamente con presentarse suscitan y despiertan los mejores instintos; la generosidad, las energías ocultas, que tan frecuentemente duermen en el fondo del alma. Las grandes ocasiones son como un argumento escogido para un artista o un poeta, que con sólo presentarse arrastra consigo la inspiración hasta la más alta cima. Pero lo común, lo vulgar, lo cotidiano, aquello que no lleva consigo ninguna resonancia, ningún esplendor, no tiene ciertamente en sí mismo nada de fascinante ni excitante. Y sin embargo así está hecha la vida de la gran mayoría de los hombres que ordinariamente no se teje sino de cosas comunes y de sucesos cotidianos.

Por esta razón, la Iglesia se manifiesta tan providente cuando invita al pueblo cristiano a mirar e imitar estos ejemplos de las virtudes más ordinarias y humildes, y que por lo mismo son tanto más preciosas cuando son más humildes y comunes. ¿Cuántas veces se nos presentan en la vida circunstancias extraordinarias? Muy raras veces. Y ¡ay si la santidad tuviese que estar reservarla para tales circunstancias extraordinarias! ¿Qué harían entonces la mayor parte de los hombres? Y sin embargo a todos, sin distinción, se les dirige una llamada a la santidad.

La vida es como una milicia para la conquista de un más allá, al que todos debemos mirar y que sólo puede conseguirse a través de la santificación. He aquí, por tanto, la gran lección que este humilde Siervo de Dios nos viene a traer una vez más: que la santidad no consiste en realizar cosas extraordinarias, sino hacer las cosas comunes

extraordinariamente. Porque la cruz cotidiana quiere decir la cruz del deber, la cruz de soportarse recíprocamente, la cruz de las penas continuas, de los dolores de la vida, de los disgustos, de las tentaciones. La cruz de la que más o menos está llena cualquier día de nuestra vida. Preciosa enseñanza es ésta, ya que, aunque no se den ni se presenten dificultades extraordinarias, sí continúa siempre presente la de la marcha tranquila, que podríamos llamar somnolienta, de lo cotidiano» (R.A. p.27-28).

Igualmente, Pío XII se expresará así en la exhortación tenida el día siguiente de la beatificación de Benilde: «Delante del santo, cuya vida es un tejido de hechos esplendorosos, de verdades sobrehumanas, de terribles penitencias, y a la vez de los más singulares favores celestiales, uno queda de tal manera sorprendido, que ante esa misma abnegación y alegando la imposibilidad de una tan alta confesión, se contenta con repetir una vez más la fórmula cómoda y banal de que “los santos son más bien para admirarlos que para imitarlos”. Por el contrario, delante del santo cuya vida se desarrolla sin episodios impresionantes y sin hechos llamativos, muchos quedan decepcionados, ya que lo juzgan demasiado ordinario para que valga la pena de buscar en ellos ejemplos a imitar.

Tanto en un caso como en el otro lo que se nos ha pasado por alto es lo esencial. De manera semejante a como se pisa una violeta, entre la yerba que la oculta, sin conocer su perfume, así se desdeña este perfume discreto de una vida sin hechos extraordinarios. Y de la misma suerte, no se sabe descubrir detrás del espectáculo maravilloso de una vida impresionante, esa otra realidad viviente que se esfuerza no en copiar con los mismos gestos sino en vivir con el mismo espíritu que los inspiró.

...¿Cuál es el secreto de la santidad del hermano Benilde? La ejecución día a día del programa trazado por las Reglas y Observancias de los mismos discípulos de San Juan Bautista de la Salle. Lo que el propio hermano Benilde expresaba, adelantando así su propio panegírico: “Para ser un santo no hay que hacer grandes cosas, basta observar las Reglas”» (R.A. p.29-30).

Finalmente, Pablo VI, en su Decreto de Canonización del mencionado Hermano Benilde, añadía: «Séame lícito decir de nuestro santo que no fue famoso por sus prodigios, ni por sus visiones celestiales, ni por las curaciones, ni por su palabra elocuente ni por sus hechos ni hazañas preclaras y bellas. Por el contrario, la norma de su vida fue ser desconocido y tenido por nada, elegir más bien ser humilde con los humildes y prestar a éstos un servicio sin ruido y sin fama, dulcemente,

como suele brotar de la virtud. Su vida fue semejante a una gota que siempre cae de la misma manera, porque su fe, esperanza, caridad y otras virtudes que llamamos morales no se manifestaron sino en el cumplimiento oscuro del deber cotidiano, llevado a cabo con perfección» (R.A. p.31)

Nos hemos extendido excesivamente sobre estas citas, porque ellas nos revelan, con palabras del más alto Magisterio, en qué consistió la santidad de nuestro nuevo beato, el Hermano Gárate, que es modelo y paradigma para el trabajo ordinario de la mayoría de los seres humanos que dependen de un trabajo cotidiano, a veces ni siquiera compensado con un mínimo salario ni protegido con unos derechos humanos. La mayoría de la Humanidad vive en lo cotidiano. Y aun lo que a veces parece salirse de esta pauta de continuidad, como es un día de fiesta o vacaciones, frecuentemente repite su monotonía hasta perder su peculiar encanto. Esta es una lección no sólo para el cristiano que recibió su bautismo y conserva «estadísticamente» su fe, sino también para todo aquel que se esfuerza en cumplir lo más perfectamente posible la voluntad de Dios, llevando la cruz, de cada día. tan parecida a la cruz del día anterior.

Y también para el religioso, a quien un hermano coadjutor de la Compañía de Jesús recuerda que el camino de su santificación está en el cumplimiento exacto de sus Constituciones y Reglas, que es lo mismo que lo que vienen a decirnos esos tres Pontífices Pío XI, Pío XII y Pablo VI, cuando lo expresan de una forma no exenta de imaginación y belleza. Porque esa santidad de lo ordinario no brilla como una estrella, sino que más bien se oculta entre la niebla y la bruma (Pío XI). Porque esa vida común tiene también algo de humildad o de violeta que casi pueda pasar desapercibida entre la hierba del campo, bajo el pie del que la pisa (Pío XII). Y porque tiene la uniformidad de la gota de agua, que continuamente cae siempre igual a sí misma (Pablo VI). La estrella, la violeta y la gota, que en las palabras de tres Papas nos recuerdan la santidad callada y silenciosa de todas las horas.

Ante estas virtudes heroicas y firmes, como diamantes de la mejor talla, las objeciones o «Animadversiones», presentadas por la Reverenda Censura, parecen simples motas de polvo que pueden ciertamente caer sobre una piedra preciosa, pero que no desvaloran su precio. Veamos ahora estas motas, algunas de las cuales ni siquiera tienen calidad de polvo;

porque más bien ese polvo podría estar en los ojos de quienes miraban el diamante...

A/. La primera de estas Animadversiones se refiere a la personalidad del Hermano que la Censura califica de «algo opaca e indefinida, porque carece de datos sobre la primera infancia y juventud».

R/. Esta objeción queda suficientemente aclarada con los datos que hemos obtenido de su vida, que en parte son tan imprecisos como los que poseemos de muchos santos canonizados, y por otra muestran que, antedecentemente a su permanencia en Deusto, daba ya muestras de eximias virtudes.

A/. La segunda objeción podría ser la dificultad de conocer las virtudes del Hermano Gárate, «por causa de la reserva que lo hacía casi impenetrable, ya que nunca tuvo trato confidencial ni íntimo con ninguno».

R/. Nos sorprende esta objeción de la Censura, que quedará ampliamente respondida cuando exponamos la espiritualidad del Hermano (tárate que poseía una característica de silencio, que era parte de su «soledad sonora» en que vivía, y del recogimiento interior, condición casi necesaria para su vida de oración.

A/. La siguiente pregunta del Promotor es mucho más hiriente porque toca directamente el corazón y centro de la santidad del Hermano. Podas esas virtudes de laboriosidad, inalterabilidad, sentido práctico, amabilidad, cumplimiento del deber, ¿no pudieran ser dotes naturales? A lo cual podría añadirse, el carácter «estático» de santidad en la que aparentemente no hizo progresos. Ahora bien, ¿esto se debía a que era un «hombre naturalmente bueno» o a que ya había adquirido y desarrollado desde edad temprano el último grado de perfección? Como por otra parte casi no conocemos cómo era en su temprana edad, resulta difícil probar la heroicidad del comportamiento.

R/. Estamos ante un ataque frontal o directo contra la espiritualidad del hermano Gárate. Pero es un ataque respondido ya con la noción de lo heroico que hemos expuesto; porque esa vida enteramente común, cotidiana —del terrible cotidiano que decía Pío XI— consiste precisamente en la repetición de unos mismos actos que hacen parecer la vida sin relieve ni altibajos; que aparentemente no son brillantes porque no aparecen como extraordinarios ni heroicos, sino como naturales. Porque en

el santo lo sobrenatural se ha hecho natural; aunque por fuera sólo se siga percibiendo la monotonía de lo cotidiano.

A/. La Censura pasa a impugnar la vida de oración y piedad, aduciendo que, según uno de los testigos. Antonio Aldecoa Zabala, uno de sus ayudantes en la portería, «el Hermano durante el Rosario y la lectura espiritual, que hacía todos los días, alguna vez dormitaba».

R/. Nosotros creemos que, una vez leído todo lo que anteriormente hemos escrito en el capítulo UNION CON DIOS, la objeción queda más que suficientemente re suelta.

A/. Respecto a la caridad, insinúa la Censura, que algunas circunstancias podrían hacer pensar que no estaba exenta de sombras y defectos; y como prueba aduce lo que el texto italiano del Proceso llama un «pizzicoto» es decir un pellizco... «Como señal de afecto, saludaba a los estudiantes jóvenes de la universidad con un pellizco en el brazo y lo hacía con la máxima delicadeza» (Vicente Ros Olano, Sum. p. 150). «No recuerdo ninguna represión dura, todo lo más algún pellizco en el brazo cuando hacía alguna cosa mala».

R/. Aquí encontramos el pellizco como signo de afecto y como signo de represión, aunque hecho con la «máxima delicadeza». Por otra parte, a nosotros nos parece un signo de comunicación muy aceptable en quien no poseía, según parece, gran facilidad de palabra ni tampoco deseos de usarla.

A/. Presentamos ahora una acusación contra la caridad del Hermano. Precisamente en el campo de su máxima actuación, la portería. Como es sabido, la portería de Deusto estaba muy concurrida, y no sólo en ella se recibían recados e informaciones, sino que se solicitaba ayuda, y entre estos últimos, como siempre ocurre, había alguna persona que resultaba particularmente fastidiosa. Entonces el Hermano, sin dar ningún signo de impaciencia. se limitaba a decir: «Emen dek», que significa «ya está aquí». La Censura, le parece que esto es una falta de afabilidad que de alguna forma destruye la caridad.

R/. Sin comentarios.

A/. También en esta línea de la caridad, y que cuestiona especialmente el sentido de la delicadeza o finura que poseía el Hermano, es la calificación que da el censor de «conducta irreverente» con un personaje de calidad, como fue el Conde de los Andes, entonces Ministro de Economía.

R/. El suceso está bien testificado, tuvo centenares de testigos, y nosotros lo tomamos de uno presencial, que fue el padre Rafael Leturia. «Una vez visitó la Universidad de Deusto el Señor Conde de los Andes, que a la sazón era Ministro de Economía Nacional, durante la dictadura del General Primo de Rivera (y añadimos que fue el primer antiguo alumno que alcanzó este alto puesto). Sus compañeros de clase le organizaron un homenaje en la Universidad, y, cuando llegó el Sr. Ministro a la portería, con mucha efusión dijo al Hermano Gárate a voz en grito, en medio del barullo que había en la portería: «¡Aquí está el santo!». El Hermano Gárate le contestó con íntima confianza: «Tú siempre el mismo, poca cabeza, poca cabeza». Esta escena la presencié yo. Más tarde, cuando ya terminaba el banquete que se sirvió en la sala de visitas, vi cómo el Ministro se inclinaba hacia el P. Rector diciéndole algo: Id P. Rector cogió la campanilla imponiendo silencio y ordenó que viniera el Hermano Gárate. Este, creyendo que no era una orden sino humorada del Ministro, se hizo el remolón; pero cuando supo que había partido la orden del P Rector, se dirigió al lugar del banquete. Él quiso llegar a la presidencia por un rincón, pero los asistentes le cerraron el paso para que tuviese que atravesar toda la sala por el centro. Cuando pasó, recibió una ovación esplendorosa. El, con los ojos bajos, llegó hasta la presidencia y al poco tiempo pudo escaparse. Y se vio que todo aquello fue un acto de humildad grande» (Sum. p.333).

A/. Continúa el Censor objetando que el Hermano no demostró la necesaria discreción y moderación en el desempeño de su oficio de enfermero en el colegio de La Guardia, ya que el propio Rector tuvo que reemplazarle de tal oficio y cambiárselo por el de sacristán «porque el excesivo empeño que mostraba en su oficio ponía en peligro su salud» (A. p. 17). Y lo mismo se repito en Deusto, según el testigo Juan Pereda, que opinaba que el «Siervo de Dios dañó un poco su salud haciendo algunas cosas a la intemperie en días de mucho frío». Como también el hecho de que «algunas veces llevaba ensangrentadas las manos, después de haber cuidado el jardín sin que ello disminuyese su actividad en otras ocupaciones». (A. p. 17).

A/. Pero donde la Censura imposta su voz, con «el más grave todavía», es tratándose de la «funesta imprudencia del Siervo de Dios al no manifestar a tiempo, como era su deber, la dolencia que le llevó a la tumba. Lo cual queda confirmado por la opinión del médico, señor Emparanza, que llegó a decir: «Sí. el Hermano Gárate será muy santo,

pero es también muy estúpido, ya que no manifestó hasta el final la retención de orina que le condujo al sepulcro» (A. p.18).

Otras objeciones del mismo estilo fueron aducidas por el Promotor ríe la Fe, referentes a otros hechos, algunas de las cuales ya se han mencionado en esta biografía. Y todas ellas, en nuestra opinión, ni siquiera llegan a la categoría del polvo que puede caer en unos diamantes..., pero lo curioso es que ni siquiera parece que la tienen en las conclusiones del Promotor, en las que escribe estas palabras.

«El Siervo de Dios Francisco Gárate, en la simplicidad y linearidad de su vida de humilde Hermano Coadjutor, se presenta indudablemente a la común atención y consideración como un insigne modelo religioso: en particular por el bello ejemplo de humildad, obediencia, generosa entrega al servicio de sus Hermanos, diligencia y fidelidad en el trabajo, espíritu de piedad y de exacta observancia de las Reglas de su Orden. Y por eso fue, en su humilde y noble condición de Hermano y en sus más de cuarenta años de oficio, el portero sabio, fiel y servicial de un gran Instituto Religioso Universitario» (A. p.24).

Capítulo X

LA SEGUNDA BARCA Y LA SOLEDAD SONORA

La espiritualidad de la Compañía de Jesús, basada en los Ejercicios y en las Constituciones de San Ignacio, ha podido ser resumida en la definición del Jesuita como «un contemplativo en acción». El Hermano Gárate fue uno de esos. Y por pertenecer a la Compañía de Jesús, participa y se integra en la misión de dicha Compañía por la modalidad o grado de Coadjutor temporal.

Conviene recordar que esta modalidad tiene sus características propias que hacen de cada uno de sus miembros un religioso de pleno derecho, integrado en el cuerpo de la Compañía, aunque sin embargo ni es sacerdote, ni uno que se prepara para serlo.

Es posible que, en estos tiempos, en un momento dado de la evolución de la vida religiosa y de la Iglesia, la manifestación de dicha vida tienda a hacerse «bipolar». Por una parte, hallamos que la vida del sacerdote religioso, en virtud de su ordenación, posee un ancho abanico de posibilidades apostólicas. Por otra parte, entendemos bien, sobre todo a partir del Vaticano II, que el seglar o laico vive plenamente su condición de cristiano y colabora en las obras múltiples de la Iglesia. Un seglar, repetimos, que puede tener su propia familia e integrarse en importantes tareas de la Ciudad Terrena. En cambio, la realidad religiosa específica del coadjutor temporal puede quedar un tanto imprecisa y desvahída, y en parte esta podría ser la razón de la escasez de vocaciones que se advierte en este sector. El Hermano Gárate es una prueba viva de la actualidad y peculiaridad apostólica de este grado en la Iglesia y en la Compañía. Un grado necesario para el funcionamiento de muchas de sus instituciones, entre ellas, la de un establecimiento de enseñanza universitaria.

No dudo en afirmar que la Compañía de Jesús y la Iglesia están necesitados de estas personas que viven lo cotidiano en el alto nivel de la santidad. Ese cotidiano que es tan necesario para la vida como otros órganos y funciones que a veces se reputan más nobles, cuando en realidad todos ellos participan de la dignidad del ser humano y son absolutamente necesarias para la realización de la persona.

En un cuerpo social, semejante a lo que sucede en el cuerpo humano, existen, como diría San Pablo, diversos órganos y funciones. Y la función de un portero se asemeja a la de los ojos y oídos del colegio que se relaciona por medio de esos sentidos con el exterior. Oídos y ojos en este caso tienen la función, jerárquicamente más humilde, de un coadjutor, es decir, de alguien que colabora y ayuda en una función más extensa del conjunto.

Cuando pronuncio la palabra «ayudar», me viene a la memoria aquella escena que narra el evangelio de Lucas (Le 5,1-11), comúnmente conocida como la primera pesca milagrosa. Se hallaba Jesús con algunos de sus apóstoles a orillas del Lago de Gennesareth. Había estado predicando en la playa, y agobiado de la muchedumbre, subió a la barca de Pedro y le rogó la distanciase un poco de tierra. Terminada la predicación, le ordenó al apóstol que condujese la barca mar adentro para pescar. La escena es bien conocida... Mas hay en ella un momento en que se produce el milagro de la captura de los peces, se llenan las redes, y rebosan hasta el punto que tienen que venir a ayudarlos desde otra barca para tirar de la red y recoger el copo.

Al meditar este pasaje pienso en el Hermano Gárate y los que hacen como él. Se parecen mucho a los marineros de la segunda barca. En ella no navegaba Jesús ni Pedro, desde ella no se dio la orden de echar las redes, ni se dirigió la maniobra; pero a la hora de jalar de las redes y de capturar la pesca, los de la segunda barca a-yu-da-ron de suerte que sin ellos no habría podido retirarse el copo. Ni siquiera conocemos el nombre de esa barca. Ni quiénes fueron sus tripulantes. Lucas dice, sencillamente, «los compañeros de la otra barca». Así, sin nombre, sencillamente poniendo sus manos y músculos para tirar de las mallas. Yo empiezo a pensar que uno de aquellos compañeros de la segunda barca podía haberse llamado Francisco Gárate...

El Hermano Gárate no dirigía la Universidad. No enseñaba ninguna asignatura, no tenía ninguna responsabilidad económica ni cultural, no predicaba homilías ni decía misas. Sencillamente, estaba allí, en la portería

comunicándose con los de fuera, respondiendo preguntas y trasmitiendo recados, escuchando y obedeciendo al P. Rector, ayudando a los demás, barriendo una escalera, quitando el polvo, llevando unas maletas, regando unas flores... Sin duda pertenecía a la segunda barca. Pero esta vez en esta segunda barca iba Jesús. Y llegado el milagro, también reboseó con la plata de los peces.

Vamos en este último capítulo de su vida a entrar, una vez más, en su barca, para navegar por su mar tranquilo con el batir monótono del remo, sobre el agua honda y clara. Tal vez Jesús pueda dormirse sobre el cabezal de popa en medio de un «silencio sonoro».

Y ante todo la barca del Hermano Gárate se movió en un mar muy reducido, y su vida se desarrolla en un *escenario* repetitivo y casi inmóvil. Todo lo que él hizo, observado desde fuera, sucedió en un espacio muy limitado. Las capillas de la Universidad, sus escaleras, sus tránsitos, y muy especialmente la portería y su aposento individual. Por tanto, la uniformidad del escenario y la sencillez de su actuación eliminan lo insólito y maravilloso que suele formar parte de algunos relatos de hagiografía. Casi nunca salió fuera de casa: sus biógrafos insisten en repetir las únicas excepcionales salidas del Hermano, que fueron en el propio Bilbao y con ocasión de algunas fiestas religiosas, para preparar adornos y flores. A lo que hay que añadir las contadísimas ocasiones de una visita a la Virgen de Begoña, y otra para asistir muy brevemente a la conmemoración de ciertas fechas familiares en Orduña y Loyola. Resumiendo, su espacio exterior fue limitado: no conoció el resto de la ciudad de Bilbao. Nunca pisó la casa de recreo o vacaciones que estaba en Baquio. No consumió ningún kilométrico, jamás navegó en barco, y los aviones de pasajeros aún no aterrizaban en Sondica.

Fue por tanto un ser voluntariamente prisionero de su reducido ambiente. Por otra parte, a lo largo de su vida tampoco hubo otros caminos operativos de oficio u ocupación que proporcionasen una posibilidad de nuevas manifestaciones. Los cuarenta años en Deusto, *siempre fue portero* de la Universidad. Siempre ayudó al sacristán. Siempre atendió a los pobres, proporcionándoles pan y alivio. Siempre se mostró amable y educadísimo con todos, siempre fue obediente a los Superiores, siempre fue devotísimo del Santísimo. Siempre, siempre. Sin cambiar de oficio ni de ubicación dentro de la casa, de alguna manera el portero Gárate se parecía a su Universidad. El edificio estaba inmóvil frente a las aguas del

río Nervión, pero estas aguas corrían siempre nuevas como el flujo de los estudiantes en su portería.

A esto se añade la *falta de escritos*, y es evidente que esto nos dificulta el acceso a su panorama interior. Los santos que escriben, y no nos referimos directamente a un «diario espiritual» sino a otros escritos, necesariamente se reflejan a través de su pluma; la cual los revela, aun frecuentemente los traiciona, en el sentido de que, no queriendo hablar de sí mismos, sin embargo, lo que ellos escriben a otros va elaborando su autorretrato.

El Hermano Gárate no nos dejó escritos, y, si nos descuidamos, casi no nos deja ni siquiera su imagen en una fotografía. Todos sus biógrafos coinciden en ese amor al silencio y al pasar desapercibido y al no dejar rastro de sí, que se manifestó precisamente en este detalle: la dificultad de obtener su fotografía. El P. Rafael de Leturia nos ofrece sobre este aspecto un testimonio muy circunstanciado: «Un alumno, cuyo nombre él no recuerda, se empeñó en sacarle una fotografía, pero jamás logró su intención». En esto creo que se equivoca el declarante, porque este alumno —el granadino López Barajas— tras haberlo espiado muchas veces, un día le sorprendió subido en una escalera, de suerte que el Hermano no pudo volverse ni ocultar el rostro. Y ésta es la única fotografía «personal» que conservamos del Hermano Gárate; porque en las fotos «oficiales» era muy difícil obtener su imagen: «Cuando vino el P. Boetto, como Visitador, nos cuenta Leturia, avisaron que a una hora determinada estuviesen todos. Padres y Hermanos, en el patio para sacar una fotografía como recuerdo de tal visita. El Hermano Gárate obedeció a la orden y fue al lugar convenido, pero no salió en la fotografía; ya que, colocándose detrás de otro, solamente apareció su calva. Cuando vino el R. P. Wladimiro Ledochowski, nos dieron el mismo aviso para sacar una fotografía parecida. Esta vez no se presentó al principio el Hermano Gárate, y cuando estábamos todos preparados, el Hermano Pedro Zuriarrain se acercó al P. General. No se supo entonces que le dijo cómo no se había presentado aún el Hermano Gárate. El P. General ordenó que se le llamara, y cuando llegó el Siervo de Dios, fue recibido por una algazara de simpatía por parte de todos, y se colocó de tal manera que pudo salir en la fotografía, y ésta es la única que pudo sacársele de frente. Y la única que, convenientemente ampliada, figura como fotografía auténtica del Siervo de Dios» (Sum. p.332-33).

En esta falta de testimonio escrito radica una de las grandes diferencias entre el portero de Deusto y el portero de Montesión, San Alfonso Rodríguez: que de éste poseemos su radiografía interior con mucho detalle, a través de varios de sus escritos, mientras que del primero apenas guardamos una foto exterior y mal lograda.

Podría especularse sobre qué nos hubiera dicho el Hermano Gárate si hubiese escrito, y tal vez entonces hallaríamos nuevas semejanzas con la vida de San Alonso. Los dos fueron Hermanos coadjutores, los dos fueron porteros de dos colegios, los dos tenían una dedicación extraordinaria a la oración y amaban tiernamente a la Virgen María. Es muy probable que pudiéramos hallar muchos puntos homólogos. Y también algunas diferencias, al comparar las disonancias entre dos vidas, la una con campana, y la otra con teléfono...

Están de acuerdo todos los que lo conocieron en que el Hermano Gárate era un alma silenciosa. Pocas palabras hacia el exterior y muchas hacia adentro. Algunos han pensado que una de las razones podría ser la dificultad en la comunicación lingüística, por no haber aprendido suficientemente el castellano como para expresarse fácilmente en él. Pero esta objeción apenas vale, porque podría haberse expresado en vascuence con otros compañeros que también lo hablaban, y además de hecho hablaba en castellano lo suficientemente bien para traslucir su vida interior, si él hubiese querido hacerlo, de la misma forma que se entendía perfectamente en sus comunicaciones exteriores.

La razón de este silencio hay que buscarla en su profunda humildad que no daba importancia a la propia persona ni se hacía centro de su mundo, sino que, al contrario, evitaba todo protagonismo, ya que tenía centrada su vida en Dios. Esta alma silenciosa con los demás, que se hurtaba a la confianza pero que se derramaba profundamente en su conversación celestial, realizaba, tal vez sin saberlo, aquella maravilla espiritual que San Juan de la Cruz describió como «soledad sonora».

Tenía yo menos años que ahora y más imaginación, cuando tuve la fortuna de encontrar, sin buscarlos, unos escritos inéditos de San Juan de la Cruz que se convirtieron en una tesis doctoral. Entonces tuve ocasión de aproximarme al pensamiento de este tesoro inagotable de su espiritualidad. En dichos escritos el tema de la soledad es uno de los dominantes que cruza toda su producción literaria. Desde la primera vez que la nombra la

«santa soledad», en la «Subida del monte», hasta los fervores encendidos de la «Llama», donde «Dios habla al corazón en esta soledad». Y en el centro de este itinerario espiritual, podemos situar el «Cántico» en el que encontramos aquella estrofa memorable en la que el alma intenta describirnos quién es Cristo mediante nueve comparaciones, cinco de las cuales se refieren a la soledad.

*Los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
la noche sosegada,
la música callada,
la soledad sonora.*

Cuando he vuelto a leer este estudio de hace tantos años, me ha parecido que desde su óptica se puede entender mejor la personalidad del Hermano Gárate, porque su vida fue «música callada y soledad sonora».

Sabido es que en estos dos últimos versos San Juan de la Cruz presenta una inversión de palabras, originada por su experiencia mística. Lo normal hubiera sido decir que la soledad era callada y la música era sonora. Pero él cruza los adjetivos y llama sonora a la soledad y callada a la música. Y la razón es que el efecto de la vivencia mística es una plenitud para la cual no basta la adjetivación normal, sino que la experiencia hay que enriquecerla incluso con la vivencia contraria, por lo cual lo que una percepción normal diría dividiendo los adjetivos, la mística los acumula e integra.

Así ocurre en la vida del Hermano Gárate. que, para los demás, podría ser silencio y soledad, calificada de muchas maneras, de sencillez, apacibilidad. de «linearidad», incluso de monotonía...; pero que para él era «música callada y soledad sonora», porque integraba en ella una caridad inagotable y una oración profunda y prolongada, que constituía una verdadera sinfonía. Me atrevería a decir que, en la vida de Francisco Gárate, se dio algo parecido a esta experiencia de Dios en sus largas e interminables horas de oración en la noche e incluso en su postración en la tierra que era como «sosegar la casa» del cansado cuerpo, para gozar de una experiencia espiritual, plena de palabra y sonoridad de Dios. Así se explica que el alma de Gárate, que rebosaba de Dios, buscase el silencio, el vacío de todo lo demás.

Y así fue la vida del Beato Francisco Gárate, coadjutor temporal de la Compañía de Jesús.

Nació en un caserío vasco, escondido en el verde Valle de Loyola.

Sintió la vocación de Dios que lo llamaba a salir de su tierra e irse a Francia a un Noviciado en el destierro.

Se asomó a las costas atlánticas como enfermero en el Colegio de La Guardia.

Y entró, al fin, en la Universidad de Deusto, para ser su portero, de la que no saldría jamás, ni vivo ni muerto.

Fue contemplativo de Dios, finura con los demás, austero consigo.

Fue compañero de la segunda barca. Escuchó siempre en su alma silenciosa la música de la soledad sonora.